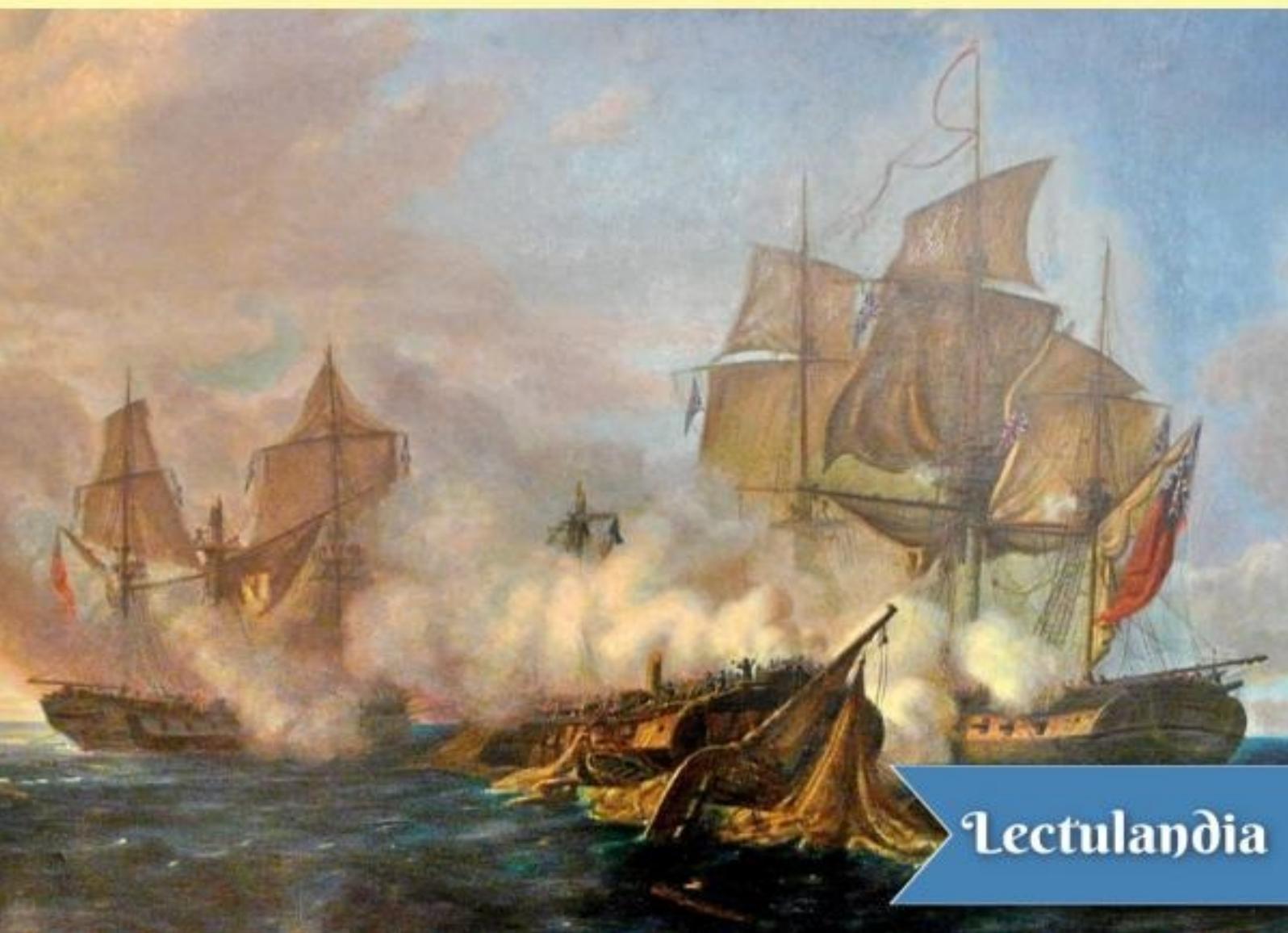


C. S. FORESTER

BANDERAS AL VIENTO

UN OFICIAL Y AVENTURERO EN TIEMPOS DE NELSON



Lectulandia

Obligado a rendirse ante la superioridad de los franceses, Hornblower se enfrenta a un futuro incierto en una incómoda prisión en Rosas. Si bien era una estratagema muy usual en tiempos de guerra, el hecho de haber enarbolado la tricolor en su último enfrentamiento con la armada napoleónica puede llevar a Hornblower y a sus oficiales ante un pelotón de fusilamiento, pues el emperador Napoleón está dispuesto a desprestigiar a los ingleses a toda costa.

Por si fuera poco, al buento de Bush han tenido que amputarle la pierna como resultado del último combate, por lo que intentar una fuga durante el viaje a Vincennes parece una idea completamente descabellada e inútil. Sin embargo, Hornblower no es un hombre que acepte una muerte deshonrosa sin presentar batalla hasta el último momento.

La inesperada aparición en esta novela del legendario Thomas Hardy, cuya intervención en Trafalgar al mando del *Victory* le convirtió en un héroe nacional, sorprenderá a todos los buenos aficionados a la literatura del mar. Pero, como siempre, es Hornblower quien toma las riendas de su propio destino.

Lectulandia

C. S. Forester

Banderas al viento

Hornblower - 8

ePub r1.0

Titivillus 14.05.15

Título original: *Flying Colours*

C. S. Forester, 1938

Traducción: Ana Herrera Ferrer

Ilustración de cubierta: *La Pomone contre les fregates Alceste et Active* de Pierre-Julien Gilbert
(Musée Nationale de la Marine de Toulon)

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO I



El capitán Hornblower se paseaba por el espacio que le había concedido el comandante de la fortaleza para hacer ejercicio, espacio situado sobre el bastión de Rosas y limitado por dos centinelas con el mosquete cargado. En el azul del cielo, brillaba el sol del otoño mediterráneo haciendo cabrillar las aguas de la bahía de Rosas, aquellas limpias aguas con encajes de espuma en las crestas de sus ligeras olas, que iban a morir sobre la playa de doradas arenas y contra los verdosos acantilados. Pero la bandera tricolor que flotaba al viento contra el cielo azul, proclamando al mundo que Rosas pertenecía a los franceses y que el capitán Hornblower era su prisionero, parecía negra ahora. A menos de media milla del lugar donde él paseaba yacía desarbolado el casco de la *Sutherland*, encallado sobre la arena para impedir que se fuera a pique. En fila, detrás de él, estaban anclados los cuatro navíos que habían vencido en la batalla. Aun a aquella distancia, Hornblower podía advertir a simple vista —no sin echar de menos su perdido catalejo— que no estaban preparados todavía para hacerse a la mar, ni lo estarían en bastante tiempo. En la nave de dos puentes que había salido del combate con la arboladura intacta, las bombas de achique debían trabajar cada dos horas para mantenerla a flote. Los otros tres navíos aún no habían repuesto su arboladura. Los franceses eran unos inútiles para las cosas del mar, como se había demostrado en los diecisiete años de derrotas marítimas y los seis de continuado bloqueo que estaban sufriendo.

Habían derrochado amabilidades con él; le habían puesto por las nubes, ensalzando su «gloriosa defensa», después de la «valerosa iniciativa» de haberse metido con su navío entre los cuatro enemigos y las defensas de Rosas. Le habían expresado sus parabienes por haber salido milagrosamente sano y salvo de una lucha en la que había perdido dos tercios de sus hombres, entre muertos y heridos. Pero habían saqueado a los vencidos, siguiendo la costumbre de los ejércitos de Bonaparte, que tan odiosos los hizo en toda Europa. Incluso habían vaciado los bolsillos de los heridos que se amontonaban en los puentes de la *Sutherland*. Su almirante, la primera vez que vio a Hornblower, se mostró sorprendido de no verle llevar la espada que, en reconocimiento a su valor, había ordenado que le restituyeran, y como Hornblower afirmó que no la había vuelto a ver después de su rendición, el almirante ordenó su búsqueda y fue encontrada al fin en un rincón del navío del almirante, con la gloriosa leyenda grabada en la hoja, pero con la empuñadura y la vaina despojadas del oro que las cubría. El almirante soltó una carcajada y ni siquiera se le ocurrió hacer buscar al ladrón. El regalo de la Fundación Patriótica seguía al costado de Hornblower, pero la hoja sobresalía desnuda de la vaina, sin el oro, el marfil y las perlas que la adornaban en otro tiempo.

Igualmente, los marineros y soldados que habían caído como aves de presa sobre

la inerme *Sutherland* habían arrancado hasta el último clavo de latón y arramblado con las estropeadas provisiones de una forma que mostraba lo miserables que eran las raciones que recibían los hombres que luchaban por el imperio. Pero fueron muy pocos los que bebieron hasta emborracharse de los barrilillos de ron. Al verse ante semejante tentación (a la cual ningún oficial británico habría expuesto a sus hombres), los marineros ingleses habrían estado bebiendo hasta quedar inconscientes o ponerse como locos. Los oficiales franceses habían hecho el acostumbrado llamamiento a los prisioneros para que entrasen a formar parte del ejército francés, ya como marinos o como soldados, con los acostumbrados ofrecimientos de un buen trato y una paga regular. Hornblower podía estar orgulloso de sus hombres, pues ninguno de ellos se dejó tentar.

Por eso mismo, los pocos hombres sanos que aún quedaban languidecían confinados en uno de los almacenes vacíos de la fortaleza, privados de tabaco, de ron y aire fresco, cosas éstas que para la gran mayoría constituían la diferencia que hay entre el cielo y el infierno. Los heridos —ciento cincuenta y cinco— se pudrían en una húmeda casamata, y la gangrena y la fiebre no tardarían mucho en acabar con su miseria. Según la lógica francesa, el ejército catalán, que sufría de crónica indigencia y apenas podía ocuparse de sus propios heridos, hubiese hecho una locura derrochando recursos y energías para salvar a unos heridos que en caso de seguir viviendo no servirían más que de estorbo.

Un débil quejido se escapó de los labios de Hornblower, mientras paseaba por el bastión. Tenía una habitación para él solo, un criado para servirle, aire fresco y sol, en tanto que aquellos pobres diablos que lucharon bajo su mandato sufrían todos los padecimientos del encierro. También los tres o cuatro oficiales supervivientes que resultaron ilesos estaban encerrados en las cárceles de la ciudad. Cierto, él sospechaba que le estaban reservando otro destino.

En los breves y gloriosos días que actuó como capitán de la *Sutherland*, cuando sin sospecharlo siquiera se había ganado el apelativo de «Terror del Mediterráneo», había enarbolado la bandera francesa para asaltar la batería de Llansá, legítima *rase de guerre* en favor de la cual se podían citar innumerables precedentes históricos pero considerada por el gobierno francés como una violación del derecho de guerra. El próximo convoy que se dirigiera a Francia o a Barcelona le llevaría para ser entregado a una comisión militar. No era imposible que Bonaparte le condenara a ser fusilado, por rencor personal y como ejemplo para castigar, a la vista de Europa entera, la pérfida duplicidad británica; esto es lo que hacía ya un par de días creía leer Hornblower en los ojos de sus guardianes.

Había pasado tiempo suficiente para que la noticia del apresamiento de la *Sutherland* hubiese llegado a París y para que las órdenes que dio Bonaparte al saberlo hubiesen sido enviadas a Rosas. El *Moniteur Universel* no habría perdido la ocasión de prorrumpir en exclamaciones de triunfo, lanzando a los cuatro vientos que la pérdida de un buque de línea era la prueba más concluyente de que Inglaterra

desfallecía y que ya estaba en camino de su irremediable ruina, lo mismo que la antigua Cartago. Dentro de uno o dos meses darían la noticia de que un servidor desleal de la pérfida Albión había recibido su merecido ante un muro en Vincennes o en Montjuic.

Hornblower se aclaró la garganta nerviosamente. Había esperado sentir miedo, y con gran sorpresa suya se daba cuenta de que no era así. La idea de un abrupto e inevitable final como éste no le alarmaba tanto como las extrañas imaginaciones a que se entregaba a solas en el alcázar esperando una inminente batalla. En realidad, consideraba este fin casi con un sentimiento de alivio, pues al menos serviría para acabar de una vez con todas sus preocupaciones por María y por el hijo que había de venir, además de los tormentos de los celos al pensar en *lady* Bárbara, que se había casado con el almirante. A los ojos de Inglaterra, sería considerado como un mártir, cuyas viudas merecen una pensión. Sería una muerte honorable y no podía pedir más, especialmente un hombre como Hornblower, cuyo pertinaz e infundado escepticismo en su propio valer le ponía en continuo temor de caer en desgracia profesionalmente.

También sería el fin del cautiverio. Anteriormente, durante dos largos y angustiosos años había estado prisionero en El Ferrol^[1], pero al correr el tiempo había olvidado lo penoso que fue hasta vivir esta nueva experiencia. Además, por aquel entonces aún no conocía el placer de aislarse en su alcázar y no había probado la ilimitada libertad —la libertad mayor que existía en este mundo— de ser capitán de un buque. ¿Era una tortura ser prisionero, aun con la libertad de poder contemplar el mar y el cielo? Un león en su jaula no se consumía más que Hornblower en su confinamiento. De pronto se sintió mareado, enfermo. Apretó los puños y, haciendo un gran esfuerzo, consiguió dominarse y no agitarlos sobre su cabeza con un vano ademán de desesperación.

Recobró el dominio de sí, burlándose internamente de estas pueriles debilidades. Para distraerse de esos pensamientos, volvió a mirar de nuevo el mar, tan amado, la bandada de cormoranes que destacaban contra el gris de los escollos y las gaviotas que trazaban espirales sin fin en el aire transparente. A cinco millas, en alta mar, veía las gaviotas de la fragata de su majestad británica *Cassandra*, que, sin descanso, vigilaba a los cuatro navíos franceses refugiados bajo los cañones de Rosas, y más lejos aún los sobrejuanetes de la *Pluto* y la *Calígula*... El almirante Leighton, el indigno marido de su amada *lady* Bárbara, llevaba su enseña en la *Pluto*, pero no consintió que aquello le preocupase. Las naves estaban esperando los refuerzos de la escuadra del Mediterráneo para dar un escarmiento a los franceses por haberle capturado. Hornblower podía confiar en sus compatriotas para que vengasen su derrota. Los cañones de Rosas podían creerse invencibles, pero Martin, el vicealmirante de la escuadra que bloqueaba Tolón, ya se cuidaría de que Leighton no fallase en aquel ataque.

La mirada de Hornblower recorría a lo largo de los bastiones la fila de pesados morteros. En los baluartes de las esquinas se hallaban colocados los enormes cañones

del cuarenta y dos. Hornblower se inclinó y miró por encima del parapeto; desde allí y hasta el foso que corría alrededor de las murallas había una altura de veinticinco pies, y a su vez, el foso estaba rodeado por una empalizada muy fuerte que ningún ejército asaltante conseguiría debilitar si no tapaba el borde del foso. No, no había esperanza de poder asaltar la fortaleza de Rosas con un ataque extemporáneo y precipitado. Allí había un puñado de centinelas constantemente en ronda, y enfrente se veían las macizas puertas con el rastrillo bajado, y un centenar de soldados de guardia continuamente dispuestos a rechazar cualquier ataque por sorpresa que escapase a la vigilancia de los centinelas.

Más abajo, en una plazuela, una compañía de infantería realizaba su instrucción y las cortantes órdenes llegaban con claridad hasta lo alto de los bastiones. Hablaban en italiano; Bonaparte había realizado la ocupación de Cataluña principalmente mediante las tropas auxiliares extranjeras de su imperio: italianos, napolitanos, alemanes, suizos, polacos. Los uniformes de aquellos hombres se encontraban en mal estado, la mayoría de los soldados iban vestidos de andrajos, que ni siquiera eran homogéneos, sino blancos, azules, grises o marrones, según el cuartel de donde procedían. Además, aquellos pobres diablos tenían el aspecto de estar muertos de hambre. De los cinco o seis mil hombres acuartelados en Rosas, aquellos que veía eran los únicos que quedaban para desempeñar deberes militares; los demás estaban saqueando todo el país en busca de comida. Bonaparte no tenía la menor intención de alimentar a aquellos hombres a quienes había obligado a servirle, del mismo modo que sólo les pagaba, después de pensarlo mucho, con un retraso de un año o dos. Era asombroso que aquel destartado imperio hubiese durado tanto; era una prueba de la ineptitud de las diversas naciones que habían medido sus fuerzas con él. Al otro lado de la península Ibérica, en aquel preciso momento, Francia se veía obligada a reunir todas sus fuerzas contra un hombre de verdadero talento y contra un ejército que conocía la disciplina. Del éxito de aquella lucha dependía el destino de Europa. Hornblower estaba seguro de que Wellington llevaría a sus soldados a la victoria, y aunque éste no hubiese sido el hermano de su adorada *lady* Bárbara, habría sentido la misma confianza en él.

Pero luego se encogió de hombros. Aunque Wellington corriese mucho, no destruiría el imperio francés antes de que a él le procesaran y le condenaran a muerte. Mientras pensaba esto, había terminado ya el tiempo que se le concedía para su paseo. La siguiente actividad de su monótono programa era la visita a los enfermos de la casamata y luego a los prisioneros del almacén. La magnanimidad del comandante le permitía detenerse diez minutos en cada lugar, antes de volver a encerrarse de nuevo en su habitación. Allí podía escoger entre hojear por centésima vez la media docena de volúmenes que componían toda la biblioteca de la guarnición, pasear arriba y abajo, tres pasos cada vez, o bien tenderse en la cama, pensando en María y en el hijo que nacería por Año Nuevo, y atormentándose con la dulce obsesión que le causaba *lady* Bárbara.

CAPÍTULO II



Aquella noche Hornblower se despertó sobresaltado, preguntándose la causa de su brusco despertar. Lo comprendió un segundo más tarde, cuando se repitió el ruido; era el estampido sordo que producía un cañonazo que habían disparado desde las murallas, sobre su cabeza. Apresuradamente y latiéndole con fuerza el corazón, saltó de la cama, y aun antes de que sus pies hubiesen llegado al suelo, la fortaleza entera se había convertido en un gran alboroto. Arriba se oía retumbar de cañones. Desde algún otro lugar, en el exterior de la fortaleza disparaban centenares de cañones. A través de las rejjas de su ventana, Hornblower veía un débil relampagueo que se reflejaba en el cielo. Al otro lado de su puerta redoblaban tambores y sonaban clarines llamando a las armas. El patio resonaba con el estrépito de las botas sobre el empedrado.

Aquel terrible estruendo de artillería sólo podía obedecer a una causa. Protegidos por la oscuridad, los navíos ingleses debían de haber entrado en la bahía. Hornblower oía el tronar de las andanadas que bombardeaban a las naves ancladas. A media milla de distancia se estaba desarrollando una gran batalla naval y él no la podía ver. ¡Era para volverse loco! Intentó encender la vela, pero las temblorosas manos no conseguían manejar el pedernal. Lo arrojó al suelo y, palpando en la oscuridad, encontró la casaca, los calzones y los zapatos. Se dirigió a la puerta y empezó a aporrearla. El centinela que estaba al otro lado era italiano y Hornblower no hablaba italiano, sólo español bastante bien, y algo de francés.

—¡Oficial! ¡Oficial! —llamó a gritos. Oyó al centinela llamar al sargento de guardia y luego el acompasado andar de éste al acercarse. Ya se perdían a lo lejos los rumores y las voces de la guarnición que se reunía.

—¿Qué desea? —preguntó la voz del sargento desde el otro lado de la puerta, o eso imaginó Hornblower, que no le entendió.

—¡Oficial! ¡Oficial! —seguía gritando tercamente, aporreando la pesada puerta. Los cañonazos atronaban el aire afuera. Hornblower siguió dando golpes hasta que oyó el ruido de la llave dando la vuelta en la cerradura. La puerta se abrió y él quedó deslumbrado por la luz de una antorcha. Un joven oficial de blanco uniforme se encontraba entre el sargento y el centinela.

—*¿Qu'est ce que monsieur désire?* —preguntó. Él comprendía el francés, aunque lo hablase mal.

—¡Quiero... quiero ver! —tartamudeó Hornblower, que intentaba expresarse en el idioma extranjero—. La batalla... ¡Déjenme subir a la muralla!

El joven oficial meneó la cabeza negativamente. Lo mismo que sus compañeros, sentía una gran simpatía e indulgencia por el capitán inglés, que, según se decía, no tardaría en ser llevado a París para ser fusilado.

—Está prohibido.

—No tengo intención de huir. —La desesperación le soltaba la lengua—. ¡Palabra de honor! ¡Se lo juro! ¡Venga conmigo si quiere, pero déjeme ver! ¡Quiero ver!

El oficial vacilaba.

—No puedo abandonar mi puesto...

—Entonces, déjeme ir solo. Permaneceré dentro de la muralla. ¡Se lo juro! No intentaré huir.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor. Gracias, señor.

El oficial se hizo a un lado y Hornblower salió de la habitación, se precipitó por el corto pasillo hacia el patio y subió por la rampa que llegaba al bastión por la parte del mar. En el momento que ponía el pie en él, el cañón del cuarenta y dos estalló con un ruido atronador, y una llamarada anaranjada le cegó un momento. En la oscuridad, se sintió envuelto por una nube de humo acre. Ninguno de los artilleros ocupados en los cañones se fijó en él, así que corrió hacia la empinada escalera que conducía al muro exterior, en donde, lejos de los cañones, podría ver sin deslumbrarse.

La bahía de Rosas resplandecía con las llamaradas de los cañones. Luego, con intervalos regulares, apareció cinco veces el vivo fulgor rojizo de la descarga de una andanada, y cada fulgor iluminó a un majestuoso navío deslizándose en perfecto orden delante de las naves francesas ancladas. Hornblower reconoció la *Pluto*: vio sus tres cubiertas, la enseña en el palo mayor, la insignia del almirante en el de mesana, las gavias desplegadas y las demás velas recogidas. Allí, sobre el alcázar, estaría Leighton, tal vez pensando en Bárbara. El navío siguiente era el *Calígula*; seguramente Bolton iría caminando pesadamente por cubierta, recreándose con el estrépito de sus descargas. Disparaban con rapidez y buena puntería. Bolton no era un hombre culto, pero sí un buen capitán. Hornblower recordó que Bolton no entendía la máxima *Oderint dum metuant* que brillaba en letras de oro en la popa del *Calígula*, y era la divisa del emperador *Calígula*, hasta que Hornblower se la tradujo y explicó. Tal vez en aquel mismo momento los proyectiles franceses estuvieran borrando aquella divisa.

La escuadra francesa respondía con descargas irregulares. Ningún relampagueo de andanadas se destacaba de las naves ancladas; solamente un chispear intermitente indicaba que las piezas eran disparadas de cualquier modo. En una acción nocturna como aquella y después de un ataque por sorpresa, Hornblower no hubiese dejado jamás a sus artilleros que dispararan así. Seguramente, sólo una décima parte de aquellos cañones franceses debían ser bien servidos y apuntados. En cuanto a la artillería pesada que tronaba desde la fortaleza, sospechaba que hacía más daño que provecho a la causa francesa. A media milla de distancia, en la oscuridad, aunque se disparase desde una plataforma fija y con piezas de grueso calibre, se podía herir igual a amigos que a enemigos. Había hecho muy bien el almirante Martin enviando a Leighton con sus navíos durante las horas de oscuridad nocturna, desafiando todos

los peligros que ofrecía la bahía.

Hornblower se sintió muy emocionado al imaginar lo que estaba ocurriendo a bordo de los navíos ingleses: la cantinela de los hombres con la sonda, el estremecimiento del buque al sonoro estampido de cada descarga, en la cubierta inferior, la débil luz de las linternas que apenas atravesaba el humo, el chirriar de las maderas, los gritos regulares de los oficiales, la tranquila voz del capitán dando órdenes al timonel... Apoyado en el parapeto, Hornblower escudriñaba ansiosamente las tinieblas.

Llegó a su olfato un olor de madera quemada, muy diferente del acre olor de pólvora que salía de las bocas de los cañones. Debían de haber encendido los hornos para poner al rojo los proyectiles. Pero el comandante era un loco si mandaba disparar esos proyectiles en aquellas condiciones. En un combate tan cercano, tanto podían dar a un navío inglés como a uno francés, y ambos eran igualmente inflamables. Luego, sus manos se agarraron con más fuerza a la piedra del parapeto y con los ojos irritados miró intensamente hacia aquel punto en la oscuridad que había llamado su atención: un minúsculo, lejanísimo y casi imperceptible fulgor rojizo. Eran los brulotes que navegaban siguiendo la estela de los barcos ingleses. Una escuadra fondeada era un blanco ideal para un brulote, y Martin había planeado muy bien el ataque, mandando por delante primero a los navíos de línea para quitar de en medio las lanchas de ronda, impedir el fuego del adversario y tener ocupada la atención de las tripulaciones. El reflejo rojizo creció de pronto y se hizo más vivo, dejando ver el casco, la arboladura y las jarcias de un pequeño bergantín, y aún creció más cuando los pocos audaces que permanecían a bordo abrieron las puertas y escotillas para avivar la corriente de aire. Las llamaradas que por allí salían eran visibles hasta para Hornblower, en el bastión. También pudo ver al lado del bergantín la silueta del *Turenne*, el único navío francés que salió de la batalla con la arboladura intacta. El joven oficial que mandaba el brulote debía de tener mucha serenidad y una voluntad muy firme para haber escogido el objetivo más provechoso.

Hornblower veía unos puntitos de fuego que se propagaban por los cordajes del *Turenne* hasta que todo él, perfilándose en rojo sobre el negro de la noche, pareció un decorado, iluminado por un fantástico castillo de fuegos artificiales. Los barriles de pólvora que se incendiaban en las cubiertas se convertían en chorros de llamas, y luego todo el decorado giró, al arder los cables, y al soplo de un ligero vientecillo se fue a la deriva. Un palo se vino abajo, levantando un mar de chispas que aparecieron extrañamente multiplicadas en el reflejo de las aguas de su alrededor. Los otros navíos franceses habían cesado el fuego; las dotaciones tenían demasiado que hacer, ocupadas en alejarse del navío incendiado, y el lento movimiento de sus formas vagas, iluminadas por el reflejo del incendio, permitía descubrir que los oficiales, aterrados por la amenaza del fuego, habían hecho cortar todos los cabos.

De pronto, un lugar más próximo a la orilla, donde estaba abandonado el casco de la *Sutherland*, llamó la atención de Hornblower. También allí crecía y se propagaba

un rojizo fulgor. Un grupo de marineros de la escuadra inglesa había tenido la audacia de prenderle fuego, para no dejar ni siquiera aquel pobre trofeo en manos de los franceses. Más lejos, dentro de la bahía, se elevaron lentamente tres puntos luminosos y Hornblower sintió el temor de que el incendio también se hubiese propagado a bordo de un navío inglés, pero inmediatamente comprendió que era sólo una señal. Eran tres linternas rojas y verticales, probablemente la señal acordada para que cesara el fuego, pues apenas estuvieron en lo alto se hizo el silencio en la escuadra. Los navíos abandonados en llamas alumbraban con rojizos fulgores el rincón de la bahía, donde los otros navíos franceses desarbolados, con las anclas levadas, se veían arrastrados a la deriva hacia la costa. Se produjo un relámpago deslumbrador y una explosión ensordecedora conmovió el aire cuando el fuego alcanzó la santabárbara del *Turenne*. Durante algunos segundos después de hacer explosión las veinte toneladas de pólvora, Hornblower no pudo ver ni pensar; a pesar de la distancia que les separaba, aquella explosión le había sacudido como a un niño las manos de una nodriza irritada.

Sólo entonces se dio cuenta de que los primeros fulgores del día destacaban en el horizonte y ponían al descubierto los angulosos contornos de los bastiones de Rosas, haciendo palidecer las llamas que lamían el pecio de la *Sutherland*. Allá afuera, en la bahía, fuera del alcance de los cañones de la fortaleza, los cinco buques ingleses de línea iban rumbo al mar abierto, en rigurosa formación. En la *Pluto* había algo raro, y mirándola bien, Hornblower se dio cuenta de que había perdido el mastelero de mayor, prueba de que al menos algún disparo francés había causado daños.

Los demás navíos no demostraban haber recibido daños de gravedad en la que podía considerarse una de las más afortunadas empresas de todas las que formaban la larga historia de la marina inglesa. Hornblower apartó la mirada de sus amigos, que se iban alejando, y estudió el campo de batalla. Ni del *Turenne* ni del brulote quedaba señal alguna; de la *Sutherland* sólo algunos maderos ennegrecidos flotando en el agua sobre la cual se mantenía suspendida una nubecilla de humo. Dos navíos de línea francesa habían ido a chocar contra la escollera a poniente de la fortaleza, y la pericia marinera de los franceses no conseguiría volverlos a poner a flote. No quedaba más que el de tres puentes, averiado y desarbolado. Flotaba anclado junto a la orilla. Las primeras ráfagas de viento de levante lo arrojarían a ella como un despojo inútil. En adelante, la flota inglesa del Mediterráneo ya no tendría que desperdiciar su fuerza en el bloqueo de Rosas.

El general Vidal, gobernador de la fortaleza, que hacía la ronda seguido por su estado mayor, llegaba justo a tiempo para ahorrarle a Hornblower una crisis de desesperación, a la que estaba a punto de ceder al ver alejarse la escuadra inglesa, que se perdía en el horizonte.

—¿Qué hace aquí? —Al ver al inglés, el general se había detenido. Bajo su rudo tono se traslucía la piedad que Hornblower había leído en la cara de todos sus enemigos desde que empezaron a sospechar la suerte que le esperaba.

—El oficial de guardia me ha permitido subir aquí —contestó en su defectuoso francés—. Le he dado mi palabra de honor de que no intentaría fugarme. Y ahora, con su permiso, la retiro.

—Él no podía aceptarla —exclamó el general, pero siempre con ominosa cortesía—. Supongo que quería ver la batalla.

—Sí, general.

—Sus compatriotas han hecho un buen trabajo —el general movió la cabeza tristemente—. Esto no contribuirá a mejorar su situación ante el gobierno en París, capitán.

Hornblower se encogió de hombros; ya se le había contagiado aquel gesto durante sus breves días de estancia entre franceses. Con una apatía que no le era habitual se dio cuenta de que era la primera vez que el gobernador hablaba francamente de los peligros que le amenazaban en París.

—No he cometido ningún acto por el que deba sentir temor —dijo.

—No, no, ciertamente —se apresuró a replicar el general, y su tono artificioso era el de un padre que quiere persuadir a su hijo de que la medicina que le obliga a tomar no tiene mal sabor.

Miraba a su alrededor como buscando un tema que le evitara seguir aquella conversación, y la casualidad vino en su ayuda. Del interior de la fortaleza llegaba el eco de unos gritos de júbilo y no eran estridentes voces italianas, sino roncós hurras ingleses.

—Ésos deben de ser sus hombres, capitán —sonrió el general—. Tal vez el nuevo prisionero les haya contado cómo han ido las cosas esta noche.

—¿Un nuevo prisionero?

—Sí, eso es. Un hombre que cayó por la borda del buque insignia... la *Pluto*, ¿verdad?, y tuvo que nadar hasta la costa. Ah, ya me parecía a mí que esto le iba a interesar, capitán. Sí, vaya y hable con él. Dupont, hágase cargo del capitán y escóltele hasta la prisión.

Tan deseoso estaba Hornblower por ver al recién apresado y oír lo que había ocurrido que apenas halló palabras para dar las gracias al general. Llevaba dos semanas de cárcel y estaba ansioso de noticias. Precipitadamente, descendió la rampa —Dupont apenas podía seguirle—, atravesó el empedrado del patio y entró por la puerta, que a un ademán de su acompañante abrió el centinela. Una escalerilla oscura le llevó a una puerta claveteada y guardada por dos centinelas. Con mucho ruido de hierros se abrieron los portones y entraron. Era una habitación ancha y baja de techo, de hecho un almacén en desuso que recibía luz y aire por unas pocas aberturas enrejadas que daban sobre el foso que rodeaba la fortaleza. Apestaba a humanidad confinada y resonaba una gran algarabía de voces. Los supervivientes de la *Sutherland* asediaban con sus preguntas a alguien que se hallaba en el centro del grupo, que se dispersó a la vista del capitán. El nuevo prisionero se acercó a él. Estaba desnudo, a excepción de los estropeados calzones de tela, y llevaba los largos

cabellos recogidos en una trenza que le caía a la espalda.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Hornblower.

—Phillips, señor. Gaviero de la *Pluto*.

Sin sombra de temor, sus honrados ojos azules se encontraron con los de Hornblower, que inmediatamente se dio cuenta de que, como ya se había figurado, no se trataba de un desertor ni de un espía.

—¿Cómo es que se encuentra aquí?

—Estábamos desplegando las velas para salir de la bahía, señor. Habíamos visto incendiarse la vieja *Sutherland*, y el capitán Elliot nos dijo: «Éste es el momento. ¡Valor, muchachos! ¡Gavias y juanetes!». Y todos hemos subido, y yo apenas había llegado a la cruceta del juanete cuando el árbol se ha venido abajo y me he visto arrojado al agua, y lo mismo que yo muchos otros compañeros; pero precisamente en aquel momento el buque francés ha saltado por los aires y creo que muchos han muerto, porque yo me he visto solo y la *Pluto* había desaparecido. Entonces he nadado hacia tierra y allí había un montón de franceses que debían de haberse escapado del incendio y me han cogido y me han llevado con unos soldados, y éstos me han traído hasta aquí. Después, un oficial se ha puesto a hacerme la mar de preguntas (era cosa de risa, señor, oírle hablar en inglés), pero yo no he dicho ni pío, capitán. Y entonces, cuando han comprendido que no iban a sacarme nada, me han metido aquí dentro con los otros. Precisamente les estaba contando cómo han ocurrido las cosas, capitán. Estaban la vieja *Pluto* y la *Calígula* y...

—Sí, ya lo he visto —le interrumpió Hornblower—. Ya he visto que la *Pluto* ha perdido el mastelero mayor. ¿Ha sufrido mucho?

—¡Que Dios la bendiga, capitán! No. Apenas hemos tenido a bordo una media docena de balas, y que no nos han hecho mucho daño excepto la que ha herido al almirante...

—¿El almirante? —Hornblower dio un paso atrás, como si hubiese recibido un golpe—. ¿El almirante Leighton, quiere decir?

—Sí, el almirante Leighton, señor.

—¿Está... está... grave?

—No lo sé, capitán. Yo no estaba allí en aquel momento. Pero un compañero me ha dicho que el almirante había sido herido por una astilla y él se lo había oído decir a otro, que había ayudado a los que llevaban al almirante bajo cubierta.

Hornblower se había quedado mudo. Miraba sin decir nada la estúpida y bonachona cara de aquel marinero. Sin embargo, hasta en aquel momento le llamó la atención el hecho de que el marinero no pareciese nada conmovido por la desgracia ocurrida a su almirante. La muerte de Nelson puso de luto a una flota entera, y él conocía a media docena de comandantes de escuadra cuya muerte, o solamente el saberlos heridos, habría hecho llorar a los hombres que tenían a sus órdenes. Si Leighton hubiese sido uno de éstos, lo primero que habría hecho el gaviero de la *Pluto* antes de contar sus propias desgracias hubiera sido hablar de la herida del

almirante. Hornblower ya sabía que Leighton no era querido por sus oficiales, pero ésta era una prueba concluyente de que tampoco era popular entre los marineros. Sin embargo, tal vez Bárbara lo amaba, a pesar de todo. Por lo menos, consintió en ser su mujer.

—Está bien —dijo Hornblower al fin. Y luego, para aparentar naturalidad, miró en torno suyo buscando a su timonel—. ¿Nada nuevo, Brown?

—Nada nuevo, capitán. No hay novedad.

Hornblower llamó a la puerta a su espalda para salir y marcharse a su celda. Allí, por lo menos, podía dar tres pasos en cualquier dirección para desahogar la emoción que sentía. Lo poco que había sabido bastaba para intranquilizarle y ponerle nervioso. Leighton estaba herido, pero eso no quería decir que hubiese muerto. Una herida producida por una astilla de madera podía ser muy grave... y podía no ser nada. El marinero decía que lo habían llevado bajo cubierta. Ningún almirante habría consentido una cosa parecida en medio de la batalla, por poco que hubiese podido resistir. Pero tal vez le habían herido en la cara o en el vientre. Hornblower se estremeció al pensar en las espantosas heridas que había visto en sus veinte años de servicio. Pero reflexionando fríamente, siempre existía la probabilidad de que Leighton muriese. Hornblower había firmado demasiadas listas de pérdidas para no ser consciente de que las heridas la mayoría de veces eran mortales.

Si Leighton moría, Bárbara sería libre de nuevo. Pero ¿qué tendría esto que ver con él, un hombre casado y cuya esposa, además, estaba embarazada? Mientras viviese María, Bárbara no sería accesible para él. Sin embargo, pensar que sería viuda templaba un poco sus celos. Pero era muy posible que ella se volviese a casar, y entonces él volvería a sufrir de nuevo el tormento de los celos, lo mismo que cuando supo de su casamiento con Leighton. Ante esa alternativa, le parecía preferible que Leighton viviese, aun inválido o mutilado, y las infinitas derivaciones de aquel curso de ideas le llevaron a un estado de exasperación del cual sólo consiguió huir tras desesperados esfuerzos para conservar la cordura.

Al reaccionar, se llamó estúpido a sí mismo. Él no era sino el prisionero de un hombre cuyo imperio abarcaba desde las orillas del Báltico hasta Gibraltar. Se dijo que tendría los cabellos blancos y que su hijo sería ya un hombre, antes de haber recuperado la libertad. Luego, con el corazón encogido, pensó que también podría estar muerto, fusilado por violar las leyes de la guerra. Era extraño que hubiese llegado a olvidar esa probabilidad. Con un ademán despectivo, se dijo que su mente era la de un cobarde, capaz de excluir su propia muerte de todos los cálculos porque tal posibilidad era demasiado monstruosa para contemplarla siquiera.

Existía, además, otra circunstancia con la que no había contado. Aunque Bonaparte no le fusilara, aunque pudiese reconquistar su libertad, siempre tendría que afrontar la amenaza del consejo de guerra por la pérdida de la *Sutherland*. Podrían condenarle a muerte, verse degradado, deshonorado. De todos modos, la opinión pública inglesa no perdonaría que una nave de línea se hubiese rendido, aunque se

encontrase en condiciones de inferioridad frente a su enemigo. Hubiese querido preguntar a aquel gaviero de la *Pluto* qué comentarios hacían sus compañeros acerca de la conducta de la *Sutherland*, si había prevalecido la aprobación o la desaprobación, pero, naturalmente, no era posible hacer una pregunta semejante. Un capitán no podía preguntar a un marinero qué pensaban de él sus compañeros, aunque existiera la posibilidad de que le dijera la verdad... cosa muy dudosa, por otra parte.

Y Hornblower se sentía más inseguro que nunca. La incertidumbre de la prisión, la posibilidad de llegar a ser procesado en Francia, o de un consejo de guerra en su patria, la herida de Leighton... También la suerte de María era un motivo de incertidumbre, debido a su embarazo. ¿Sería niño o niña su nuevo hijo, llegaría a verlo alguna vez?, ¿ayudaría alguien a su esposa, sería ella capaz de educar a un hijo sin apoyo?

De nuevo se le hizo presente el horror del aprisionamiento. Ansiaba apasionadamente la libertad, tanto por sí mismo como por Bárbara y por María.

CAPÍTULO III



Al día siguiente, Hornblower daba su paseo cotidiano por el bastión, y a ambos lados del sector que se le había concedido con este fin se encontraban los dos centinelas con los mosquetes cargados. El oficial que debía vigilarle se había sentado discretamente contra el parapeto, para no estorbar sus pensamientos. Pero Hornblower estaba demasiado cansado para pensar. Todo el día y toda la noche había estado paseando, como ahora, por su estancia, tres pasos hacia adelante, tres pasos hacia atrás, con la mente agitada. Y ahora, el cansancio le salvaba y le evitaba seguir atormentándose.

Sobrevino de pronto un gran movimiento en la entrada principal. El cuerpo de guardia apareció y se abrió la verja para dar paso a un repiqueteante carruaje tirado por seis magníficos caballos. Con toda la curiosidad de un prisionero que no tiene nada que hacer, Hornblower se asomó a mirar la escena que se estaba desarrollando. Llegaba una escolta de cincuenta hombres a caballo, con el uniforme rojo y azul y el tricorno de la gendarmería napoleónica. Los cocheros y palafreneros iban encaramados en el pescante, un oficial bajó de su caballo apresuradamente para abrir la portezuela. El recién llegado debía de ser un gran personaje. Hornblower sintió una desilusión al ver que el viajero que salía del carruaje no era ningún galoneado mariscal, sino un simple oficial de gendarmería. Éste era un hombre todavía joven, que al quitarse el sombrero para descender del coche dejó al descubierto la cabeza, de pelo muy negro. En el pecho ostentaba la estrella de la Legión de Honor; sus altísimas botas negras llevaban espuelas. Hornblower se preguntó por qué razón un coronel de gendarmes que no era un inválido había de viajar en coche, en lugar de ir montado a caballo. Le vio atravesar el patio con aire marcial y dirigirse hacia las habitaciones del gobernador.

Hornblower casi había terminado el paseo cuando uno de los jóvenes ayudantes de campo del gobernador apareció sobre el bastión y se le acercó.

—Su excelencia le saluda, capitán, y le agradecería que le dedicase algunos minutos cuando usted disponga.

Aquellas palabras dirigidas a un prisionero, pensaba Hornblower, no sin amargura, se podrían traducir como: «Venga ahora mismo».

—Iré ahora con muchísimo gusto —contestó, manteniendo la solemne farsa.

Abajo, en el despacho del gobernador, el coronel recién llegado y su excelencia hablaban a solas. La expresión del gobernador era triste.

—Capitán; tengo el honor de presentarle al coronel Jean-Baptiste Caillard, Gran Águila de la Legión de Honor y uno de los ayudantes de campo de su majestad imperial —dijo—. Coronel, el capitán Horatio Hornblower, de la marina de su majestad el rey de Inglaterra.

Era evidente que el gobernador estaba preocupado e incluso algo trastornado. Le temblaban las manos, su voz no era muy firme y hasta hizo una débil tentativa de aspirar la hache de «Hornblower». Éste estuvo a punto de hacer una inclinación, pero viendo que el coronel permanecía tieso y envarado, se quedó erguido. Inmediatamente había comprendido la clase de hombre que era: siervo de un déspota, en estrecha asociación con él, amoldaba su manera de comportarse no ya a la del déspota, sino a la que él se imaginaba que debía ser la conducta de un tirano; en cuanto a arbitrariedad y crueldad resultaba, pues, más papista que el papa.

Tal vez no fuese más que una apariencia exterior (aquel hombre podía ser un buen marido y excelente padre de familia), pero era una apariencia que podía tener desagradables resultados para cualquiera que se viese confiado a su tutela. Sus víctimas sufrirían por su afán de probar que él podía ser más severo y más intransigente —y desde luego también mucho más listo— que el hombre que le mandaba.

Caillard miró a Hornblower con frialdad. —¿Qué hace esa espada en su cinto?— le preguntó al gobernador.

—El almirante se la devolvió el mismo día de la batalla —se apresuró a explicar el gobernador—. Dijo que...

—No importa lo que dijera —interrumpió Caillard—. A ningún delincuente se le debe permitir llevar un arma. Y menos una espada, emblema de un caballero, de un hombre de honor, cosa que él, desde luego, no es. Deje esa espada, señor.

Hornblower se había quedado estupefacto y casi no daba crédito a lo que estaba oyendo. Con una helada sonrisa, Caillard mostraba una blanquísima dentadura bajo los negros bigotes que adornaban su cara cetrina.

—Quítese esa espada —volvió a repetir; y como Hornblower no se movía, se volvió hacia el gobernador—. Si vucencia lo permite, llamaré a uno de mis gendarmes para que le quite la espada.

Ante la amenaza, Hornblower se desabrochó el cinturón y el arma cayó al suelo con un golpe metálico. La espada de honor, que la Fundación Patriótica le había concedido diez años antes por la empresa de la Castilla, yacía en el suelo, medio salida de la vaina. La empuñadura torcida y los huecos en la vaina, de donde habían arrancado el oro con violencia, eran mudo testimonio de la codicia de los servidores del Imperio.

—¡Bien! —dijo Caillard—. Y ahora, si quisiera vuestra excelencia ser tan amable de advertir a este hombre de que se acerca la hora de la marcha...

—El coronel Caillard —dijo el gobernador— ha venido para conducirles a usted y a su primer oficial, míster... míster... Bush, a París.

—¿Bush? —exclamó Hornblower, conmovido como no lo había estado al perder la espada—. ¿Bush? ¡Es imposible! El teniente Bush está gravemente herido. Un largo viaje en su estado podría ser fatal para él.

—El viaje será fatal para él de todas maneras —dijo Caillard, siempre con aquella

siniestra sonrisa que mostraba el brillo de sus blancos dientes.

El gobernador se retorció las manos.

—No debe hablar así, coronel. Estos caballeros aún han de ser juzgados. La comisión militar aún no ha dado su veredicto.

—Estos caballeros, como vos los llamáis, excelencia, han firmado ellos mismos su propia sentencia.

Hornblower recordó que cuando el almirante le había interrogado no intentó siquiera negar que él capitaneaba la *Sutherland* el día en que ésta enarboló la bandera francesa para asaltar la batería de Llansá. Él sabía que la treta empleada era legítima, pero no había contado con que el emperador francés estuviera decidido a convencer a la opinión pública europea de la perfidia inglesa, ni que fuera tan astuto como para imaginar que un par de ejecuciones resonantes se pudieran considerar una buena prueba de culpabilidad.

—El coronel —dijo el gobernador a Hornblower— dispone de un carruaje. Puede estar seguro de que míster Bush tendrá todas las comodidades posibles. Dígame, por favor, ¿cuál de sus hombres desea que les acompañe como criado? Y si puedo hacer algo para que el viaje les resulte más cómodo, lo haré con el mayor gusto.

Hornblower debatió internamente la cuestión del criado. Polwheal, que le había servido tantos años, estaba entre los heridos en la casamata. Aunque tampoco lo hubiese escogido de todos modos, porque Polwheal no era hombre útil para las emergencias... y era muy probable que se viesen en alguna. Latude se había escapado de la Bastilla. ¿No podría fugarse también de Vincennes? Hornblower pensó en los vigorosos músculos de Brown, en su genio alegre y en su abnegación.

—Si no os parece mal, tomaré conmigo a Brown, mi timonel.

—Como guste. Le mandaré llamar, y entre tanto que el hombre que le sirve ahora le prepare el equipaje. ¿Qué es lo que necesita para el viaje?

—No necesito nada. —Mientras decía esto, Hornblower se maldecía por su orgullo. Si quería salvarse y salvar a Bush del fusilamiento en Vincennes, necesitaba oro.

—Oh, no puedo consentir que diga eso —protestó el gobernador—. Cuando esté en Francia, necesitará algo de dinero para procurarse alguna pequeña comodidad. No puede privarme usted, además, del placer de ser útil a un hombre valiente. Le ruego que acepte mi bolsa. Se lo suplico, caballero.

Hornblower se guardó su maldito amor propio y tomó la bolsa que le tendían. Se sorprendió al notar que pesaba bastante y que al tocarla dejaba oír un sonido argentino.

—Le doy las gracias por su amabilidad y por toda la cortesía que me ha demostrado mientras he sido su prisionero.

—Le repito que para mí ha sido un gran placer —replicó el gobernador—. Y permítame que le desee la... la mejor suerte a su llegada a París.

—Bueno, basta ya —conminó Caillard—. Tengo órdenes terminantes de su

majestad para acelerar mi viaje todo lo posible. ¿Encontraremos al herido en el patio?

El gobernador se adelantó, abriendo la marcha, y los gendarmes rodearon a Hornblower en cuanto salió del despacho, en su breve camino hasta el carruaje. Allí encontraron a Bush sobre una camilla, extrañamente pálido y desmejorado a la luz del sol. Con una mano enflaquecida procuraba taparse los ojos de la luz; Hornblower corrió y se arrodilló a su lado.

—Nos conducen a París, Bush —le dijo.

—¿Cómo? ¿A usted y a mí, señor? —Sí.

—Es una ciudad que siempre he deseado ver.

El cirujano italiano que había amputado el pie de Bush tiró a Hornblower de la manga y le puso ante los ojos algunos pliegos de papel. Eran las instrucciones para los cuidados del muñón de Bush, según explicó en su deficiente italiano. Cualquier médico francés lo comprendería. Apenas los hilos que ataban las arterias hubiesen caído, la herida se cerraría. Él había colocado en el coche un paquete de medicamentos para el viaje. Cuando Hornblower quiso darle las gracias, el cirujano ya estaba vigilando la colocación de la camilla de Bush dentro del carruaje; éste era larguísimo y la camilla cabía junto a una portezuela, con los extremos apoyados en ambos asientos.

Brown se acercaba con la bolsa de viaje de Hornblower, y el cochero le indicó dónde debía ponerla. Luego, un gendarme abrió la otra puerta y esperó a que subiese Hornblower. Éste se volvió a mirar los bastiones, que se alzaban imponentes en lo alto sobre el cielo; hacía apenas media hora que se paseaba por ellos, atenazado por la incertidumbre. Por lo menos, una de sus dudas ya se había aclarado de momento, y dentro de dos semanas tal vez se viera ante los fusiles del pelotón de ejecución. Un ligero temor le sobrecogió al pensar en esto, ahogando la inicial y pasajera sensación de contento. Él no quería ser llevado a París y fusilado. Quería vivir. Pero pronto se dio cuenta de que cualquier clase de resistencia era tan imposible como poco digna, así que con esfuerzo subió al carruaje, esperando que nadie se hubiese dado cuenta de su leve vacilación.

A un gesto del sargento de los gendarmes, Brown también se metió en el coche y con un aire de desconcierto se sentó junto a sus jefes, casi como disculpándose. Caillard montó de un salto en un hermoso caballo negro, un animal fogoso e inquieto que tascaba el freno y se movía sin cesar. Apenas el coronel hubo montado, dio la orden de marchar. Rodando ruidosamente sobre el empedrado, el carruaje dio la vuelta al patio y por la verja de entrada salió a la carretera, que se prolongaba bajo los cañones de la fortaleza. Los gendarmes a caballo se colocaron a su alrededor, silbó el látigo y el cortejo se alejó a un trote moderado, acompasado por el repiqueteo de los arneses, el rítmico golpeteo de unas docenas de cascos y el chirriar de los cojines de cuero.

A Hornblower le hubiese gustado mirar por la ventanilla las casas de Rosas al pasar el coche (después de tres semanas de cautividad, el cambio de escenario le

resultaba muy atractivo), pero primero debía pensar en el herido.

—¿Cómo va, Bush? —le preguntó inclinándose hacia él.

—Bastante bien; gracias, señor.

Ahora entraba el sol por las ventanillas, y una hilera de árboles muy altos que bordeaban la carretera proyectaba fugitivas sombras sobre la cara del herido. La fiebre y la pérdida de sangre le habían afinado las facciones que, con la piel pegada a los huesos, estaban menos arrugadas y parecían inverosímilmente jóvenes. A diferencia del oscuro color moreno que Hornblower siempre le había visto, le encontró muy pálido.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó Hornblower, al notar que la cara se le contraía por el dolor con las sacudidas que daba el coche en la accidentada carretera. Se esforzó por disimular el desaliento en su voz.

—No, nada, señor. Muchas gracias —susurró Bush.

—Procure dormir un poco —le aconsejó Hornblower.

La mano que Bush tenía fuera de las mantas se agitó con un estremecimiento convulsivo al tenderse hacia él; Hornblower la tomó y sintió un leve apretón. Durante unos segundos, aquella mano acarició la suya débilmente, casi con la suavidad de una mano femenina. Por aquella cara ajada, con los ojos cerrados, erró la sombra de una sonrisa. Durante los largos años que ambos llevaban juntos al servicio del rey, aquella era la primera y recíproca demostración de afecto. Luego, Bush volvió la cabeza en la almohada y se quedó inmóvil, y Hornblower ya no se atrevió a hacer ningún movimiento por temor a molestarle.

Los caballos habían acortado el paso; empezaban a subir trabajosamente la larga pendiente que llevaba la carretera a través de la península del Cabo de Creus. Aun a aquella velocidad, el coche traqueteaba terriblemente. Aquellas carreteras debían de encontrarse en un estado de absoluto abandono. Los cascos de los caballos de la escolta producían un eco metálico, que indicaba que aquel suelo era rocoso. El sonido irregular, además, señalaba claramente que los jinetes andaban con cautela, procurando esquivar los baches. Enmarcados por la ventanilla, Hornblower veía a los gendarmes uniformados de azul y con sus tricornios, saltando y dando sacudidas por el balanceo del coche. Aquella escolta de cincuenta gendarmes no se debía a la importancia política de los prisioneros, sino que sólo era una prueba de la inseguridad de los caminos incluso allí, a sólo veinte millas de la frontera francesa. Cualquiera de aquellas inaccesibles colinas podía ocultar una partida de guerrilleros españoles.

Y siempre existía la posibilidad de que con una fuerza de mil quinientos catalanes, Clarós y Rovira cayeran de improviso sobre la comitiva de gendarmes, procedentes de sus refugios en el Pirineo. Ante esta idea a Hornblower se le henchía el corazón de esperanza pensando que, en tal caso, en cualquier momento podía verse de nuevo en libertad. El pulso le latió con más fuerza. Nerviosamente cruzaba y volvía a cruzar las piernas, con cuidado de no molestar a Bush. No quería ir a París y enfrentarse a un simulacro de juicio. No, no quería morir. Ya empezaba a alterarse y

sentía que perdía el dominio de sí cuando consiguió salvarle el sentido común y se forzó de nuevo a la indiferencia.

Brown estaba sentado frente a él, erguido y severo, con los brazos cruzados. Al verlo, a Hornblower casi se le escapó una sonrisa de simpatía. Brown en realidad estaba un poco cohibido. Jamás en su vida se había encontrado en tan estrecho contacto con un par de oficiales, y seguramente se debía sentir muy azorado teniendo que permanecer sentado en presencia de dos personajes tan importantes como un capitán y un teniente. Además, podía apostar mil a uno a que Brown nunca había viajado en una carroza de lujo, sentado en cojines de cuero y con los pies sobre una alfombra. Su experiencia de los servicios que se habían de prestar a un caballero era muy limitada, ya que sus obligaciones como timonel de la chalupa del capitán eran más bien disciplinarios y ejecutivos. Había algo cómico en la manera de sentarse de Brown, que, con el proverbial espíritu de adaptación del marinero británico, imitaba lo que a él le parecía que debían ser los modales del criado de un caballero, sentándose tan tieso que parecía que se había tragado un palo.

El carruaje volvió a dar saltos; los caballos aceleraban el paso y se ponían al trote. Debían de haber llegado al fin de la larga cuesta y ahora tenían delante una bajada no menos larga que los conduciría de nuevo al nivel del mar, en las cercanías de Llansá, precisamente donde Hornblower, bajo bandera francesa, había asaltado la batería de costa. Fue un golpe de audacia del que se sintió muy orgulloso, y seguía estándolo. Jamás pensó, ni por un momento, que aquello le llevaría a París, ante el pelotón de ejecución. A través de la ventanilla, por la parte donde estaba Bush, veía los oscuros montes del Pirineo, que cada vez se elevaban a mayor altura. Por el otro lado y cuando el carruaje se inclinó amenazadoramente en otra revuelta, distinguió el mar allá al fondo y el agua que cabrilleaba herida por los rayos del sol de la tarde. Hornblower estiró el cuello para ver aquel mar que le había hecho tantas jugarretas y al que, a pesar de todo, adoraba. Con un nudo en la garganta, pensaba que aquélla era la última vez que lo vería. Por la noche habrían cruzado la frontera y al nacer el nuevo día se hallarían en tierras de Francia; y dentro de diez días, quince, se pudriría en la fosa de Vincennes. Era duro abandonar la vida, a pesar de sus trabajos e incertidumbres, perder el mar con todas sus veleidades y tradiciones, perder a María y al hijo, y también a *lady* Bárbara...

Por delante de la ventanilla desfilaban casitas blancas, y por la parte que daba al mar, escondida entre rocas, estaba la batería de Llansá. Hornblower veía allá arriba un centinela vestido de blanco y azul, inclinándose un poco para mirar, y también distinguía la bandera francesa ondeando en el mástil. No habían pasado muchas semanas desde que Bush la arrió. El cochero hacía sonar el látigo y los caballos aceleraban el trote. Aún faltaban ocho millas y tal vez más hasta la frontera, y Caillard debía de sentirse impaciente por atravesarla antes de oscurecer. Los montes cubiertos de pinos se extendían a los lados del camino. ¿Por qué no aparecían Clarós o Rovira para salvarle? A cada revuelta del camino había un sitio ideal para una

emboscada. Pronto el coche correría por tierras de Francia y sería demasiado tarde. Debía esforzarse por permanecer impassible. La perspectiva de pasar a Francia parecía hacer su destino mucho más cierto e inminente. Las sombras de la noche llegaban con rapidez; ya no podían estar lejos la frontera. Hornblower intentó recordar los mapas tantas veces estudiados para saber el nombre de la pequeña ciudad francesa fronteriza, pero su mente cansada no se lo permitió. El carruaje se detuvo, oyó el ruido de pasos fuera y la metálica voz de Caillard que decía:

—¡En nombre del emperador...!

Y una voz lejana contestaba:

—*Passez, passez, monsieur...*

Pesadamente el carruaje volvió a ponerse en camino. Ya estaban en tierra francesa. Los cascos de los caballos resonaban sobre un suelo empedrado. Había casas y brillaban algunas luces. Pasaban por delante de la ventanilla hombres uniformados y también alguna mujer entre ellos, con bonitos vestidos y gorros en la cabeza. Hornblower oía risas y voces alegres. Luego, bruscamente, el carruaje viró a la derecha y se metió en el patio de una hostería, y allí se detuvo. En la menguante luz del crepúsculo brillaban muchas linternas. Alguien abrió de repente la puerta del vehículo, colocó el estribo e invitó al capitán Hornblower a bajar.

CAPÍTULO IV



Hornblower miró a su alrededor en la habitación adonde le llevaron el hostelero y el sargento de la gendarmería. Le confortó la vista de una chimenea encendida, pues estaba entumecido y helado por la obligada mala postura de la carroza. A un lado había una estrecha cama, y encima de la mesa del centro estaba puesto el mantel. Con paso lento y pesado apareció un gendarme en la puerta, el primero de los dos que llevaban la camilla. Mirando a su alrededor para ver dónde la colocaría, le dio un golpe con el quicio.

—¡Cuidado con la camilla! —exclamó Hornblower, y luego, recordando que era preciso hablar en francés añadió—: *Attention! Mettez le brancard lá. Doucement!*

Brown acudió y se inclinó sobre la camilla.

—¿Cómo se llama este lugar? —preguntó Hornblower al posadero.

—Cerbère. Éste es el Hotel Jena, *monsieur* —contestó el hombre, manoseando su delantal de cuero. El sargento intervino.

—A *monsieur* le está prohibido hablar con nadie. Se le servirá, pero no debe hacer preguntas a los criados del hotel. Si desea alguna cosa, debe decírselo al centinela que está al otro lado de la puerta. Hay otro centinela delante de la ventana. —Y con un ademán mostró a Hornblower el tricornio y el cañón del mosquete de un gendarme que se destacaba en la oscuridad.

—Es muy amable, *monsieur* —dijo Hornblower.

—Ésas son las órdenes que me han dado. La cena se servirá dentro de media hora.

—Agradecería que el coronel Caillard diese órdenes para que viniese un médico a curar al teniente Bush ahora mismo.

—Se lo diré, señor —respondió el sargento, saliendo tras el hostelero.

Bush parecía un poco más animado que por la mañana. Había algo de color en sus mejillas y sus gestos eran menos desmayados.

—¿Puedo hacer algo por usted, Bush? —preguntó Hornblower.

—Sí... —Bush explicó lo que necesitaba. La mirada de Hornblower, desvalida, se dirigió a Brown.

—Temo que les necesitaré a los dos, porque soy un hombre de mucho peso —dijo Bush casi con tono de excusa. La humildad de su acento movió a Hornblower a la acción.

—Por supuesto —dijo, con toda la cordialidad que pudo—. Acérquese, Brown, y levántele por el otro lado.

Terminada la penosa tarea sin que Bush hubiese emitido más que un ahogado gemido, Brown demostró una vez más el asombroso polifacetismo de los marineros británicos.

—¿Quiere que le lave, teniente? Aún no se ha afeitado hoy, ¿verdad, señor?

Hornblower, volviéndose a sentar, contemplaba admirado al fornido marinero que lavaba y afeitaba a Bush con manos diestras. Las toallas con que le envolvió estaban tan bien colocadas que no cayó ni una sola gota de agua sobre las mantas.

—¡Muchas gracias, Brown, muchas gracias! —Repetía Bush, volviéndose a acomodar entre sus almohadas.

La puerta se abrió para dar paso a un hombre barbudo, con un traje semimilitar, que llevaba un maletín de cuero.

—Buenas noches, señores —les dijo con el característico sonsonete que Hornblower reconoció como propio del sur francés.

—Soy el cirujano. ¿Es éste el oficial herido? ¿Son éstos los apuntes de mi colega de Rosas? Perfectamente. Sí, sí están muy bien. ¿Y cómo se encuentra, señor?

Hornblower tradujo a Bush las preguntas del cirujano y las contestaciones del primero en su dificultoso francés. El herido enseñó la lengua y se dejó tomar el pulso y la temperatura por medio de una mano que le introdujeron por el cuello de la camisa.

—Ya está —dijo el médico—. Ahora veamos el muñón. ¿Querría alumbrarme con aquella vela, caballero, por favor?

Separó los cobertores de los pies de la camilla descubriendo el arco de juncos que los tenía levantados sobre el muñón, lo colocó en el suelo y empezó a quitar las vendas.

—Señor —dijo Bush—. ¿Querría explicarle que el pie que me falta me pica horriblemente y que no sé qué hacer para rascármelo?

La traducción puso a dura prueba el francés de Hornblower; pero el cirujano escuchó pacientemente.

—Eso no es nada raro y con el tiempo el prurito desaparecerá naturalmente. Ah, aquí está el muñón. Un muñón magnífico. Un muñón perfecto de verdad.

Hornblower miró a la fuerza. Lo que estaba viendo le recordaba vagamente una pierna de carnero asada. Los pliegues irregulares de la carne quedaban cogidos entre las cicatrices semicerradas, de las que colgaban dos cabos de hilo negro.

—Cuando *monsieur le lieutenant* empiece a andar de nuevo —explicaba el médico—, estará contento de tener una buena cantidad de carne sobre el muñón, pues así no sufrirá el hueso...

—Sí, claro... —dijo Hornblower luchando contra las náuseas.

—Un bellissimo trabajo —decía el cirujano—. Siempre que siga cicatrizando sin novedad y no surja la gangrena... En este momento, el cirujano depende de su olfato para el diagnóstico. —Y uniendo la acción a la palabra olía las vendas y el muñón—. Huela, *monsieur* —dijo, poniendo las vendas bajo la nariz de Hornblower, que sintió una leve vaharada de corrupción—. Magnífico, ¿verdad? —dijo el cirujano—. Es una herida perfectamente sana; todo nos demuestra que los ligamentos se van cerrando.

Hornblower vio entonces que los dos hilos que salían de las cicatrices estaban anudados al final de las dos arterias principales. Cuando se hubiesen cerrado en el

interior, los hilos se podrían quitar y las heridas se curarían por sí mismas. Era una lucha entre la putrefacción de las arterias y la gangrena.

—Ahora he de cerciorarme de si los ligamentos ya se pueden quitar, capitán; advierta a su amigo de que le voy a hacer un poco de daño.

Hornblower miró a Bush para transmitirle la advertencia y se quedó sorprendido al ver en su cara reflejada la aprensión.

—¡Ya sé... ya sé lo que va a hacer... señor!

Sólo en un segundo tiempo había añadido el «señor», lo que probaba su mucha preocupación. Luego se agarró fuertemente a las mantas y cerró los ojos.

—Estoy preparado —dijo, con los dientes apretados y la mandíbula contraída.

El cirujano tiró con firmeza de uno de los hilos y Bush se movió un poco. Luego probó el otro.

—¡Ah...! —gimió Bush, con la cara llena de sudor.

—Casi libres —comentó el cirujano satisfecho—. Lo noto en los hilos. Su amigo pronto estará curado, capitán. Ahora pongamos de nuevo las vendas. Así y así... —Las manos gruesas vendaban el muñón con mucha habilidad, colocaban de nuevo el arco de junco y ponían encima los cobertores—. Hasta la vista, señores —dijo poniéndose de pie y frotándose las manos—. Mañana volveré.

—Será mejor que se siente, señor —la voz de Brown llegaba a los oídos de Hornblower lejanísima, apenas se hubo marchado el médico. La habitación estaba llena de bruma gris, que se aclaró poco a poco al sentarse y le permitió ver a Bush tendido sobre sus almohadas, intentando sonreír animosamente. La honrada cara de Brown revelaba su preocupación.

—Por un momento he creído que se encontraba mal, señor. Supongo que tendrá apetito; desde el desayuno de esta mañana no ha comido nada.

Era muy delicado por parte de Brown atribuir su debilidad al hambre, cosa que todo el mundo podía confesar sin avergonzarse, y no a simple cobardía y temor al dolor físico.

—Me parece que ya llega la cena —comentó Bush con voz ronca, como sumándose a la ficción de no advertir las debilidades del capitán.

El sargento de gendarmería entró con aire marcial, seguido por dos mujeres que llevaban las bandejas. Con rapidez y habilidad las colocaron sobre la mesa sin levantar la vista y luego se marcharon sin mirar a nadie, aunque una de ellas esbozó una media sonrisa, en contestación a una tosecita muy significativa de Brown, que provocó un gesto irritado por parte del sargento. Después de pasear por la habitación una escrutadora mirada, éste también se marchó, no sin cerrar la puerta con mucho estrépito de llaves.

—Sopa —anunció Hornblower destapando la sopera, que humeaba con un aroma exquisito—. Y esto, si no me equivoco, estofado de ternera.

El descubrimiento confirmó su idea de que los franceses se alimentan principalmente de sopas y estofados de ternera, y no, como asegura la leyenda

popular, de ranas y caracoles.

—Bush, ¿querrá tomar un poco de este caldo, verdad? —siguió diciendo. Se mostraba locuaz para disimular la sensación de descorazonamiento que le invadía—. ¿Y una copita de vino? No tiene etiqueta; esperemos que sea bueno.

—Supongo que será ese clarete aguado —gruñó Bush.

Dieciocho años de guerra contra Francia habían hecho creer a la mayoría de los ingleses que los únicos vinos que podía beber un caballero eran el oporto, el jerez y el madeira; mientras que los franceses solamente bebían un clarete aguado que daba diarrea al que no estaba acostumbrado a él.

—Veremos —dijo Hornblower, lo más despreocupadamente que pudo—. Pero primero vamos a incorporarle un poco.

Poniendo una mano bajo el hombro de Bush, le levantó un poco, miró a su alrededor con aire de no saber qué hacer y Brown acudió en su ayuda con unas almohadas cogidas de la cama; entre ambos le ayudaron a sentarse con la cabeza alta, los brazos libres y una servilleta atada al cuello. Hornblower le llevó un plato de sopa y una rebanada de pan.

—¡Hum...! —Hizo Bush, después de probarla—. Podría ser peor. Por favor, señor, no deje que se le enfríe la sopa.

Brown colocó una silla para que el capitán se sentase a la mesa y se quedó de pie a su lado. Habían preparado un segundo cubierto, pero el aspecto del marinero indicaba, mejor que las palabras, que no se le había pasado siquiera por la cabeza la ocurrencia de sentarse a la mesa con su capitán. Hornblower empezó comiendo de mala gana y luego se le despertó el apetito.

—Un poco más de sopa, Brown —dijo Bush—, y mi copa de vino, por favor.

El estofado era riquísimo, aun para un hombre acostumbrado a comer carne a la que se le pudiese hincar el diente.

—¡Que el diablo me lleve! —Decía Bush desde su camilla—. ¿Cree que podría comer un poco de ternera, señor? El viaje me ha abierto el apetito...

Hornblower reflexionó. Un hombre con fiebre debía comer poco; sin embargo, no se podía decir que Bush estuviese febril en aquel momento, y además debía recuperarse de la gran pérdida de sangre. La mirada implorante de Bush le decidió.

—Un poco no puede hacerle daño —le dijo—. Brown, lleve este plato al señor Bush.

El buen vino y la exquisita comida —en los últimos tiempos, la comida era repugnante en la *Sutherland*, y en Rosas demasiado escasa— contribuyó a soltarles la lengua y reanimarles un poco. Sin embargo, era difícil, tras pasar ciertos límites. La aureola de autoridad que rodeaba a un capitán de un navío de línea persistía aun después de que su buque fuese destruido y, además, el recuerdo de la actitud tan severa y reservada que Hornblower siempre mantenía obligaba a conservar el respeto. Para Brown, un primer oficial tenía una posición casi tan astronómicamente elevada como un capitán, y verse encerrado en una habitación con ambos a la vez era una

cosa verdaderamente impresionante, aun con la excusa de que él no era más que un modesto servidor. Hornblower terminó el postre y llegó el momento tan temido por Brown.

—Vamos, Brown —dijo el capitán, levantándose—, siéntese aquí y coma, que aún está caliente.

Brown, que tenía veintiocho años, había servido en los navíos de su majestad desde los once, y durante todo ese tiempo jamás empleó para comer otra cosa que su cuchillo y sus dedos. Nunca había comido en un plato de loza ni bebido en una copa. Experimentó una sensación espantosa, como si los dos oficiales le estuvieran mirando fijamente con unos ojos abiertos como platos, durante el breve instante en que, nervioso, cogió una cuchara y se dispuso a realizar aquella tarea tan inusual para él. Hornblower comprendió al instante el apuro de Brown. Éste tenía unos nervios y unos músculos que Hornblower le había envidiado muchas veces, y en lo más enconado de la batalla demostraba un soberbio valor, que él no podría emular nunca. Conocía el arte de los nudos y las amarras, sabía arrizar, gobernar, medir con la sonda y remar, haciendo todo eso muchísimo mejor que su capitán. Era capaz de subir a la cofa en una noche negra como boca de lobo y con la tempestad desencadenada sin vacilar ni un segundo, pero al hallarse ante una cuchara y un tenedor se sentía angustiado y le temblaban las manos. Hornblower pensaba que Gibbon habría sintetizado la moraleja epigramáticamente en un par de frases antitéticas.

Ni la humillación ni el nerviosismo son buenos para un hombre, y si había alguien en este mundo que lo supiese por experiencia, ese alguien era el propio Hornblower. Discretamente, cogió una silla y fue a sentarse al lado de Bush, quedando de espaldas a la mesa, y se lanzó a la desesperada a una conversación con su segundo, mientras los cubiertos tintineaban tras él.

—¿Preferiría que le llevásemos a la cama? —preguntó. Fue lo primero que se le ocurrió.

—No, muchas gracias, señor. Ya hace dos semanas que duermo en esta camilla. Me encuentro bastante bien y creo que me dolería moverme, aunque... —A Bush le faltaron las palabras para expresar su determinación de no dormir en la única cama, dejando a su capitán sin ella—. ¿Para qué nos llevan a París, señor? —preguntó luego.

—Dios —contestó Hornblower—. Creo que el general Boney quiere interrogarnos personalmente. —Era la contestación que tenía preparada hacía varias horas para cuando llegase la inevitable pregunta; el conocimiento de la suerte que le aguardaba no ayudaría a facilitar la convalecencia de Bush.

—¡Vaya provecho que sacaré de nuestras contestaciones! —dijo Bush sombrío—: Tal vez tomemos una taza de té con *madame* María Luisa en las Tullerías.

—Tal vez... —repitió Hornblower—. También podría suceder que el general necesite que le dé lecciones de navegación. He oído decir que no está muy fuerte en matemáticas.

Esto hizo aparecer una sonrisa en los labios de Bush, que no sentía ningún entusiasmo por los números y sufría angustias mortales ante el más sencillo problema de trigonometría esférica. Mientras tanto, el oído de Hornblower notó que la silla de Brown se movía un poco; la cena debía de progresar satisfactoriamente.

—Sírvese vino, Brown —le dijo sin volverse.

—Sí, señor —contestó él, muy animado. Había quedado una botella llena y parte de otra. Era una buena oportunidad para cerciorarse de si se podía fiar de Brown con la bebida. Siempre de espaldas, Hornblower seguía hablando con Bush. Cinco minutos más tarde, la silla de Brown volvió a moverse de un modo más resuelto. Esta vez Hornblower se dio la vuelta.

—¿Ha comido bastante, Brown?

—Sí; gracias, señor. Una cena muy buena.

La sopera y la fuente de estofado estaban vacías. El pan había desaparecido, excepto un mendrugo; del queso quedaba un pedacito, pero la botella de vino estaba llena en sus dos terceras partes. Brown se había contentado —contando con el que quedó en la otra— solamente con media botella de vino, y el hecho de que bebiese esa cantidad y no más era una clara prueba de que se podía confiar en él.

—Tire del cordón de la campanilla, pues.

Al campanileo lejano siguió, al cabo de unos minutos, el ruido de la llave en la cerradura. Entró el sargento con las dos criadas, que, bajo las miradas de aquél, recogieron la mesa.

—Brown, tengo que encontrarle algo para dormir —le dijo Hornblower.

—Puedo dormir en el suelo, señor.

—No, de ninguna manera.

Hornblower tenía muy clara su opinión sobre eso. Cuando era sólo un joven oficial también tuvo que dormir sobre el desnudo suelo de madera de la cubierta y sabía lo incómodo que era.

—Necesito una cama para mi criado —dijo al sargento.

—Puede dormir en el suelo.

—¡No lo consentiré! Por lo menos me tiene que traer un colchón para él.

Hornblower se sorprendió al ver la rapidez con que se familiarizaba con el francés. Su despierta inteligencia le ayudó a aprovecharse adecuadamente de un vocabulario muy limitado al principio, su buena memoria almacenaba toda clase de palabras que oía y sabía usarlas instintivamente apenas apremiaba la necesidad.

El sargento se limitó a encogerse de hombros y se dispuso a salir.

—¡Mañana me quejaré al coronel Caillard de su insolencia! —dijo Hornblower, irritado—. ¡Busque inmediatamente un colchón!

Lo que surtió efecto no fue tanto la amenaza como la inveterada costumbre de la disciplina. Hasta un sargento de gendarmería francés está acostumbrado a obedecer ante los galones y las charreteras, así como ante una voz autoritaria. Tal vez tuviese algo que ver con la indignación de las criadas al saber que tan guapo mozo tenía que

dormir en el duro suelo. El caso es que se acercó a la puerta, llamó al centinela y le mandó en busca de un colchón a la cuadra, donde se alojaba la escolta. Cuando llegó el colchón resultó ser un jergón de paja, pero siempre era mejor que el suelo duro y frío. El centinela colocó el jergón en una esquina del cuarto, y Brown levantó hacia Hornblower una mirada llena de gratitud.

—Ya es hora de dormir —dijo Hornblower sin mirar al jergón, apenas se hubo cerrado la puerta detrás del gendarme—. Primero le pondremos cómodo, Bush.

Un vago amor propio obligó a Hornblower a sacar de su bolsa de viaje la camisa de dormir bordada que María había confeccionado amorosamente. Era un camisón que él llevaba consigo para el caso en que tuviese que cenar y quedarse a pasar la noche en casa de un gobernador o a bordo de un buque insignia. Desde que era capitán jamás había compartido una habitación con nadie más que con su mujer, y disponerse a meterse en el lecho en presencia de Brown y de Bush era una experiencia nueva para él, que le ocasionaba un ridículo azoramiento, aunque Bush, pálido y extenuado, estuviese tendido desmadejadamente sobre sus almohadas con los ojos cerrados, mientras Brown, con la mirada en el suelo, se quitaba púdicamente los calzones y se envolvía en la manta que le entregó Hornblower, insistiendo para que la tomara, y sin dirigir la vista hacia su superior se acostaba en el jergón.

—¿Preparados? —preguntó Hornblower, metiéndose en la cama, y de un soplo apagó la vela. Algunas brasas que aún quedaban en la chimenea difundían en la estancia un vago fulgor rojizo que iba muriendo. Empezaba una de aquellas noches de insomnio que Hornblower conocía de antemano. En el mismo instante en que puso la cabeza sobre la almohada, una vez apagada la vela, ya sabía que no podría dormir hasta justo antes de amanecer. A bordo de su navío, hubiese subido al puente o se hubiese puesto a pasear por la galería de popa; aquí no le quedaba más remedio que resignarse a una triste inmovilidad. De vez en cuando, un leve chasquido le indicaba que Brown se movía en su jergón, y un par de veces Bush gimió un poco en medio del sueño febril.

Aquel día era miércoles. Hacía dieciséis días, Hornblower era el capitán de un navío de setenta y cuatro cañones, dueño absoluto de la vida y de la muerte de quinientos marineros. Con una palabra dirigía las operaciones de una gigantesca máquina de guerra cuyos golpes hicieron vacilar un trono imperial. Con dolor recordaba las noches de a bordo, los chasquidos del maderamen y los arpegios de las jarcias, el timonel impasible en el timón a la débil luz de la linterna de la bitácora y el paso cadencioso del oficial de guardia en el alcázar.

Ahora ya no era nadie; él, que había regulado minuciosamente la vida de quinientos hombres, se veía obligado a litigar por un jergón, destinado al único marinero que le quedaba; un sargento de gendarmería podía insultarle impunemente y debía ir y venir a merced de gentes que despreciaba. Peor aún —Hornblower sentía que una llamarada le subía al rostro, sólo de pensarlo—, le llevaban a París como un delincuente. Pronto, en un amanecer frío y gris, se vería en un foso en Vincennes,

frente a un pelotón de ejecución, y luego vendría la muerte. En su ardorosa fantasía, Hornblower se imaginaba el impacto de las balas en su pecho. Quién sabe lo que duraría el dolor, antes de que el olvido piadoso cayese sobre él. No era el olvido lo que temía; al contrario, en su gran desamparo, casi lo deseaba. Tal vez fuese la fatalidad, la irrevocabilidad de la muerte...

No, tampoco era esto; lo que le dominaba era el instintivo temor de un súbito e irrevocable cambio hacia algo desconocido. Recordaba la noche de su niñez que pasó en la hostería de Dover, antes de embarcar al día siguiente para empezar la vida de marino. Éste era un recuerdo que ponía como comparación. Tuvo miedo entonces, tanto miedo que no pudo dormir; sin embargo, «miedo» era una palabra demasiado fuerte para describir el estado de ánimo de una persona que, en el fondo, está dispuesta a afrontar el porvenir, y a la que no se le puede reprochar por tanto que el corazón le palpite con más fuerza y tenga los miembros bañados en sudor.

Un gemido de Bush rompió el silencio y distrajo a Hornblower del análisis que hacía de su temor. También Bush sería fusilado. Seguramente le atarían a un palo para poderle acertar mejor. Es curioso que resulte fácil mandar a un pelotón disparar contra un cuerpo en pie, aunque inerme, y que se rebele uno ante la idea de hacer lo mismo con un cuerpo tendido en unas angarillas. En cualquier caso, fusilar a Bush sería un delito monstruoso, porque Bush —aun suponiendo que su capitán fuese culpable— no podía hacer otra cosa que obedecer sus órdenes. Pero Bonaparte no vacilaría en ejecutarlo. La necesidad de unir a Europa entera en su lucha contra Inglaterra se hacía sentir cada vez más. Lo mismo que Hércules estranguló a Anteo, el bloqueo estrangulaba a Francia. Los renuentes aliados de Bonaparte —es decir, toda Europa, excepto Portugal y Sicilia— se volvían ingobernables y pensaban en la desertión; la misma nación francesa, pensaba Hornblower, empezaba a sentirse un poco cansada de aquel soberano insaciable que se había impuesto a sí misma. Débil excusa la que daba Bonaparte al afirmar que la flota británica era el instrumento criminal de una pérfida tiranía; ya hacía doce años que lo estaba repitiendo. La noticia de que un oficial de la marina inglesa había violado las leyes de la guerra seguramente no impresionaría gran cosa. Pero juzgar a dos oficiales ingleses y fusilarlos podía resultar un gesto convincente, y la versión falseada de los hechos proclamada desde París tal vez contribuyera a sostener a la opinión pública francesa —y con ella, a la europea— durante un año o dos en su oposición contra Inglaterra.

Era una lástima que las víctimas tuviesen que ser él y Bush. Durante los últimos años, Bonaparte había tenido en sus manos a una docena de capitanes de la marina inglesa por lo menos, y contra la mitad de ellos podía probar sus acusaciones. El destino había elegido a Hornblower y a Bush como víctimas propiciatorias. Hacía veinte años que el primero presentía su muerte violenta. Esta vez era seguro e inevitable. Esperaba salir a su encuentro valerosamente y morir con las banderas al viento. Pero desconfiaba de la debilidad de la carne. Temía palidecer y que los dientes le castañeteasen, o, aún peor, que el corazón le desfalleciese hasta el punto de

desmayarse antes de que el pelotón hubiese realizado su obra. Aquella sería una buena ocasión para una mordaz sátira en el *Moniteur Universel*. ¡Ingrata lectura para *lady* Bárbara y María!

De haberse hallado solo, hubiese lamentado en alta voz su propia desgracia, revolviéndose inquieto, pero ahora yacía en silencio, quieto. Si sus compañeros de habitación estaban despiertos, por nada del mundo debían sospechar que él también velaba. A fin de distraerse de la ejecución que veía aproximarse, buscó en su memoria otros temas y en seguida aparecieron a montones. Si el almirante Leighton estaría vivo o muerto, y, en este último caso, si *lady* Bárbara pensaría más o menos frecuentemente en Hornblower, su enamorado. Y sobre el progreso del embarazo de María, y de cómo acogería la opinión pública inglesa el desastre de la *Sutherland*; y sobre todo, qué pensaría *lady* Bárbara de su rendición...

Los pensamientos y las preocupaciones no acababan nunca; eran restos a la deriva que continuamente pasaban por el tumultuoso torrente de su memoria. Y los caballos, entre tanto, daban alguna coz en la cuadra, y cada dos horas se oía en la noche la voz de los centinelas que se daban el santo y seña al relevarse fuera, ante la puerta y la ventana.

CAPÍTULO V



Aún no había amanecido y una tenue claridad gris apenas iluminaba la habitación cuando un ruido de pasos de pesadas botas y un resonar de llaves al otro lado de la puerta anunciaron al sargento de los gendarmes.

—El carruaje saldrá dentro de una hora. El cirujano vendrá dentro de media hora. Ruego a los señores que estén preparados.

Bush tenía fiebre. Hornblower lo comprendió sólo con mirarle cuando, aún llevando la camisa de dormir, se inclinó sobre él. Sin embargo, él afirmaba que no era nada.

—Estoy muy bien, señor, gracias —se empeñaba en decir; pero su cara colorada tenía un cierto aire de ansiedad y sus manos se agarraban al cobertor. Hornblower sospechaba que la simple vibración del piso bajo sus pasos y los de Brown producía espasmos de dolor a aquel pobre muñón aún no cicatrizado.

—Cualquier cosa que pueda hacer... —dijo.

—No, gracias, señor; esperemos a que venga el doctor.

Hornblower se lavó y se afeitó con un poco de agua fría que había en la jarra del lavabo. Desde que dejó su navío no había vuelto a tener agua caliente. Pero él suspiraba por la ducha fría a la que estaba acostumbrado desde hacía tantos años. Se le ponía la piel de gallina cuando lo recordaba, y le resultaba repulsivo tener que lavarse así, frotándose con un lienzo mojado y jabón, sólo un trocito cada vez. Brown se vistió en el rincón de su jergón, procurando llamar la atención lo menos posible, y se deslizó hasta el lavabo cuando vio que el capitán había terminado.

Apareció el doctor con su maletín de cuero.

—¿Cómo está hoy nuestro enfermo? —preguntó, animoso, pero Hornblower vio que una sombra de preocupación se extendía por sus facciones al observar la fiebre de Bush. Arrodillándose le descubrió la herida; la pierna se estremecía nerviosamente al contacto de sus dedos. Cogió la mano de Hornblower y la colocó en la piel por encima de la herida. Quemaba.

—Un poco caliente —dijo el doctor—. Puede ser buena señal. Ahora lo veremos.

Agarró el extremo de una de las ligaduras y tiró de él. El cordel se deslizó fuera de la herida como una serpiente.

—¡Bien! —exclamó el doctor—. ¡Excelente!

Observó con atención los restos de materia que quedaban pegados al hilo y luego se inclinó para examinar el chorrillo de pus que salía del orificio.

—¡Excelente! —repitió.

Hornblower recordaba los innumerables informes que sus cirujanos le habían hecho acerca de los heridos de a bordo, y las explicaciones con las que los habían ampliado. Le vinieron a la mente las palabras «pus benigno». Era muy importante

saber distinguir entre el drenaje de la herida que se estaba curando y la supuración apetosa de un miembro infectado. A juzgar por los comentarios del doctor, aquél debía de ser «pus benigno».

—Y ahora veamos el otro —dijo el doctor. Tiró del hilo que quedaba y lo único que consiguió fue un grito de dolor de Bush, que Hornblower sintió como si se le clavara en el corazón. Un convulsivo estremecimiento sacudió el cuerpo del herido.

—Aún no está a punto —dijo el médico—. A mi parecer, sólo es cuestión de horas. Su amigo, ¿tiene intenciones de continuar hoy su viaje?

—Tiene órdenes de continuarlo —replicó Hornblower en su penoso francés—. ¿Cree que no sería bueno para él?

—¡Muy malo! —afirmó el doctor—. Le causaría muchos dolores y hasta podría comprometer la curación de la herida —dijo mientras tomaba el pulso a Bush—. ¡Muy malo! —repitió, poniéndole una mano en la frente.

La puerta se abrió y dio paso al sargento.

—El coche está preparado —anunció.

—Esperará hasta que haya vendado la herida. Y usted, salga —replicó al sargento, irritado.

—Hablaré con el coronel —dijo Hornblower.

Con un empujón al sargento, que quiso interceptarle demasiado tarde, Hornblower salió al corredor, y de allí al patio donde esperaba el carruaje. Los mozos de las cuadras enjaezaban los caballos y algunos gendarmes, un poco más lejos, ensillaban los suyos. Quiso la suerte que en aquel momento el coronel Caillard atravesase el patio, vestido con su uniforme rojo y azul, con las altas botas lustradísimas y la estrella de la Legión de Honor pendiente de su pecho.

—Coronel —dijo Hornblower.

—¿Qué hay?

—El teniente Bush no debe ser transportado hoy. Tiene una grave herida que amenaza entrar en crisis.

Las palabras francesas salían a trompicones de los labios de Hornblower.

—No puedo hacer nada que se oponga a las órdenes que he recibido —dijo el coronel. Tenía la mirada fría y la boca cruel.

—No tiene usted orden de matarlo —protestó Hornblower.

—Tengo órdenes de conducirles a ambos a París con la máxima rapidez. Partiremos dentro de cinco minutos.

—Pero, coronel... ¿No podría esperar por hoy?

—Hasta un pirata como usted debe saber que es imposible desobedecer las órdenes —contestó Caillard.

—Protesto contra esas órdenes en nombre de la humanidad.

La frase era melodramática, pero el momento también lo era, y en su ignorancia del francés, Hornblower no podía entretenerse en escoger los términos más apropiados. Llegó hasta sus oídos un murmullo de voces compasivas y, volviéndose,

vio a las dos criadas con sus delantales, una mujer gorda y el dueño del mesón que, habiendo oído toda la conversación, no disimulaban su desaprobación hacia la actitud de Caillard. Cuando éste se volvió y les miró iracundo, se apresuraron a desaparecer, metiéndose en la cocina y cerrando la puerta, pero ya habían proporcionado a Hornblower una primera impresión de la impopularidad creciente del Imperio, causada por su dureza.

—Sargento, haga subir a los prisioneros al coche —ordenó Caillard, secamente.

No había posibilidad de oponerse. Los gendarmes llevaron la camilla al patio y la levantaron, mientras Hornblower y Brown se movían en torno a ella para evitar que le dieran innecesarias sacudidas. El médico escribía apresuradamente algunas notas al pie del pliego que Hornblower recibió del cirujano de Rosas. Una de las criadas atravesó el patio chancleteando y, por la ventanilla, entregó a Hornblower una bandeja en la que había un plato de pan y tres tazas de un líquido negruzco que reconoció como café; lo que la Francia bloqueada llamaba café. No era mucho mejor que la infusión hecha con pan quemado que Hornblower bebió durante un largo viaje por el Pacífico, cuando no había ninguna posibilidad de renovar los víveres a bordo. Pero en aquella hora del amanecer, por lo menos era una bebida caliente y reconfortante.

—No tenemos azúcar, señor —dijo la criada, excusándose.

—No importa —y Hornblower siguió bebiendo ávidamente.

—Es una verdadera lástima que ese oficial herido tenga que viajar así —añadió la chica—. Estas guerras son terribles.

Tenía la nariz chata, la boca grande y los ojos negros, por lo que no se la podía llamar guapa, pero la piedad que se transparentaba en su voz resultaba agradable a los oídos de un prisionero. Brown, sosteniendo a Bush incorporado, le acercó a los labios una taza. Éste tragó un par de sorbos y volvió la cabeza. El coche empezó a moverse, una vez el cochero y otro hombre subieron al pescante.

—¡Retiraos! —gritó el sargento.

El coche se bamboleó, dio una sacudida y rodó por el empedrado hacia la calle con un gran estrépito de cascos de caballos y ruedas; la última imagen que Hornblower tuvo de la muchacha fue la de su desconsuelo al ver perdida para siempre la bandeja.

La carrera era malísima, a juzgar por las sacudidas del coche. Hornblower oía a Bush suspirar ruidosamente a cada sacudida. Recordaba la hinchazón del muñón y su aspecto inflamado; cada movimiento debía de ser una tortura. Se acercó más a la camilla y tomó la mano de Bush.

—No se preocupe por mí, capitán. Estoy muy bien —pero mientras decía esto, Hornblower sintió el apretón de su mano al sobrevenir una nueva sacudida.

—Lo siento, Bush —fue todo lo que pudo decir. Al capitán le resultaba difícil hablar más extensamente con su segundo de temas tan personales como la compasión y el sentimiento de desdicha.

—No podemos evitarlo, señor —dijo Bush, esforzándose en sonreír.

Eso era lo peor de todo. No poder hacer nada. Hornblower se daba cuenta de que tampoco podía decir nada. El olor a humedad y a cuero que reinaba dentro del coche empezaba a oprimirle; pensaba con espanto que debía soportar aquella prisión rodante por lo menos durante veinte días antes de llegar a París. La sola idea le ponía nervioso. Su inquietud se comunicó a Bush, que, suavemente, retiró su mano y volvió la cabeza hacia un lado, dejando a su capitán en libertad para cambiar de postura dentro del espacio ciertamente limitado del carruaje.

Aún se veía algún trozo de mar por un lado y algún pico del Pirineo por el otro. Sacando la cabeza fuera de la ventanilla, Hornblower pudo notar que había disminuido la escolta aquel día. Solamente dos gendarmes montaban abriendo camino al carruaje, y en la trasera llevaba otros cuatro tras el caballo de Caillard. Era posible que, una vez en Francia, no creyesen factible una fuga de prisioneros. Aunque aquella posición, con la cabeza torcida fuera de la ventanilla, era bastante incómoda, le resultaba mucho mejor que el ahogo del interior. Veía viñedos y campos yermos, y las onduladas cimas de los Pirineos que se perdían en la azulada lontananza. También había gente, casi todas mujeres, según observó Hornblower, que apenas levantaban la cabeza de su labor campestre para dirigir una mirada al coche que pasaba con su escolta, a toda velocidad, por el camino. Pasaron junto a un destacamento de soldados. Reclutas y convalecientes, pensó Hornblower, que iban a unirse a sus regimientos en Cataluña. Arrastraban los pies al andar, como un rebaño de borregos más que como soldados. El joven oficial que iba en cabeza saludó al descubrir la Legión de Honor en el pecho de Caillard y, al mismo tiempo, echó una mirada curiosa al carruaje.

Por aquel mismo camino, y antes que el capitán Hornblower, habían pasado muchos y extraños prisioneros: Álvarez de Castro, el heroico defensor de Gerona, que murió en una carretilla —único lecho que le fue concedido— en una mazmorra durante el viaje hacia el suplicio; Toussaint l'Ouverture, el héroe negro de Haití, arrancado de su soleada isla y llevado a morir de una pulmonía en una fortaleza entre las rocas del Jura; Palafox, de Zaragoza, y el joven Mina, de Navarra, todos ellos víctimas del rencor del feroz corso. Él y Bush serían sólo un par de números más en la ya larga lista. El duque de Enghien, fusilado en Vincennes seis años atrás, era de sangre real, y su muerte provocó conmoción en toda Europa, pero Bonaparte había asesinado a muchos más. Pensando en todos aquellos que le habían precedido, la mirada de Hornblower se fijaba con nostalgia en el paisaje verde que descubría por la ventanilla y respiraba más hondamente el aire libre.

Seguían viendo el mar y las montañas —el monte Canigó aún descollaba en el fondo— cuando se detuvieron en una parada para el relevo de los caballos. Caillard y los hombres de la escolta tomaron nuevas cabalgaduras. Cuatro caballos frescos fueron uncidos al carruaje y en menos de un cuarto de hora volvieron a ponerse en camino, emprendiendo con renovada fuerza la áspera subida que se presentaba ante

ellos. Debían de hacer unas seis millas de promedio por hora, pensó Hornblower, cuya mente volvía a emprender sus acostumbrados cálculos. No podía hacer más que conjeturas sobre lo lejos que aún estaba París. Quinientas o seiscientas millas, calculó. Entonces, antes de llegar a la capital habían de pasar de setenta a noventa horas de viaje; el coche podía viajar ocho, doce, quince horas diarias. Podían llegar a París en cinco días, en doce; eran cifras bastante vagas... Podía estar muerto dentro de una semana o seguir viviendo dentro de veinte días. ¡Vivo aún! Al pensar en eso, Hornblower comprendió cuán grande era su deseo de vivir; era uno de aquellos momentos en los que el Hornblower que él observaba con tanta frialdad como desdén se fundía de pronto con el Hornblower real, es decir, la persona más interesante y más vital del mundo para él. Y envidiaba al anciano pastor, curvado bajo el peso de la edad, que veía trepar con lentitud por la falda de la montaña, apoyado en su bastón, con los hombros cubiertos por una manta a cuadros.

Llegaban a una pequeña ciudad que tenía bastiones y una ciudadela de torvo aspecto y una altiva catedral. Atravesaron una puerta y los cascos de los caballos hirieron el empedrado de las estrechas callejas, llenas de soldados vestidos con uniformes diversos y vistosos. Seguramente aquella ciudad era Perpiñán, la base francesa para la invasión de Cataluña. El coche se paró de repente en una calle un poco más ancha donde un paseo de plátanos y un muelle engalanado con banderas se extendían a lo largo de un pequeño río. Levantando la cabeza, Hornblower pudo leer: Hôtel de la Poste et de la Perdrix, Route Nationale, 9. París 849. Con gran estrépito se cambiaron los caballos. De mala gana permitieron bajar a Brown y a Hornblower a estirar un poco las piernas antes de volver a ayudar al enfermo, que poca cosa necesitaba con la fiebre que le consumía. Caillard y los gendarmes tomaron un rápido tentempié; el primero, en la sala que daba al paseo, y los demás sentados en la mesa que había fuera. Llevaron a los prisioneros una bandeja con carne fría, pan, queso y vino. Apenas la habían colocado en el coche cuando los gendarmes volvieron a montar, silbó el látigo y el carruaje emprendió de nuevo su camino, saltando y cabeceando como un buque en medio de una tempestad, subiendo y bajando por un giboso puente y luego por otro, antes de que los caballos emprendiesen un trotecillo regular por un largo y recto tramo de carretera bordeada de álamos.

—Esta gente no pierde el tiempo —dijo Hornblower, sombrío.

—Desde luego que no, señor —aseguró Brown.

Bush no quería comer y movía desganado la cabeza ante el pan y la carne que le ofrecían. Sólo se dejó humedecer los labios con un poco de vino porque los tenía secos y se moría de sed. Hornblower tomó nota mentalmente para acordarse de pedir agua en el próximo relevo de caballos, echándose en cara haber olvidado una cosa tan obvia. Él y Brown se repartieron la comida, comiendo con los dedos y bebiendo por turno de la botella, y Brown, después de haber bebido, secaba con la servilleta el gollete de la botella. En cuanto acabó, Hornblower volvió a asomar la cabeza por la ventanilla examinando el paisaje del lugar por donde pasaban. Empezaba a caer una

llovizna leve y fría que le mojaba el pelo y la cara e incluso se le metía en hilillos por el cuello, pero él permanecía impassible, con los ojos puestos en la libertad.

La muestra de la fonda donde se detuvieron al caer la noche decía: Hôtel de la Poste de Sigean. Route Nationale 9. París 805. Perpignan 44. Sigean era apenas un pueblo, con casas desperdigadas a lo largo de una milla por la carretera; y la fonda era una casita más pequeña que las cuadras que la rodeaban por los tres lados del patio. La escalera de caracol que subía al primer piso era demasiado estrecha para la camilla, y solamente con mucho trabajo los que la llevaban consiguieron meterla de lado dentro del salón que de mala gana el posadero consintió en ceder a los prisioneros. Hornblower vio dar un respingo de dolor a Bush al chocar la camilla en las jambas de la puerta.

—Es necesario que venga en seguida un médico para ver al teniente —dijo al sargento.

—Ya veré si hay alguno.

El posadero era un hombre rudo y arisco, de ojos bizcos; no le hizo ninguna gracia tener que sacar los muebles que tenía en la mejor habitación de su casa para colocar en ella unos lechos para Hornblower y Brown. Gruñendo, consintió al fin en llevarles los pocos objetos necesarios para procurar a Bush alguna comodidad. No había lámparas ni velas de cera; solamente unas velas de sebo que apestaban.

—¿Cómo va la pierna? —preguntó Hornblower, inclinándose sobre Bush.

—Muy bien, señor —decía Bush con obstinación, pero era evidente que tenía mucha fiebre y sufría. Hornblower empezaba a estar muy preocupado por él.

Al sargento, que entraba acompañando a una chica que llevaba la cena, le preguntó con brusquedad:

—¿Por qué no ha venido aún el cirujano?

—No hay ninguno en el pueblo.

—¿No hay médico? El teniente está muy mal. ¿No hay ni siquiera un... un boticario?

Hornblower se servía de la palabra inglesa, ignorando cómo se decía «boticario» en francés.

—El veterinario se ha marchado esta mañana y no volverá esta noche... No hay nadie más.

El sargento se marchó y Hornblower tuvo que explicarle a Bush lo que pasaba.

—Está bien —dijo éste, moviendo la cabeza con aquella debilidad que tanto asustaba a Hornblower. Al cabo de un momento Hornblower se decidió.

—Voy a tratar de curarle la herida yo mismo —le dijo—. Tal vez vaya bien el vinagre frío. Así lo ha visto hacer a bordo.

—Algo frío —ante ese pensamiento Bush pareció reanimarse.

Hornblower tocó la campanilla y cuando al fin acudieron pidió que le trajeran vinagre. Nadie pensó en la cena que se estaba enfriando en la mesa.

—Vamos allá —dijo Hornblower.

Tenía a su lado un platito con vinagre en el que se empapaban unas hilas, y las vendas limpias que le había proporcionado el cirujano de Rosas.

Quitó las mantas y puso al descubierto el muñón vendado. La pierna se estremecía nerviosamente mientras él quitaba las vendas, y aparecía roja, inflamada y caliente varias pulgadas por encima de la amputación.

—También aquí está hinchado —dijo Bush, señalando a las ingles. En efecto, las glándulas eran enormes.

—Ya.

Después de haber mirado la cicatriz, Hornblower examinó las vendas que acababa de quitar a la luz de la vela que sostenía Brown. Había supurado un poco por el sitio donde el día antes había sacado el ligamento; por lo demás, el resto del muñón aparecía sano y en vías de curarse. En cambio, el otro ligamento al parecer era el que causaba los problemas. Hornblower comprendió que si estaba a punto de desprenderse, era peligroso dejarlo dentro. Con precaución cogió el hilo de seda. A la primera tentativa, sus sensibles dedos lo sintieron libre. Salió un cuarto de pulgada y, a juzgar por la calma de Bush, no le hizo daño. Apretando los dientes, Hornblower siguió tirando; el hilo cedía lentamente, pero se notaba que estaba libre, que se había desprendido de la elástica arteria. Venciendo la leve resistencia, Hornblower volvió a tirar otra vez y poco a poco salió todo él hasta el nudo, seguido por más gotitas de pus, levemente teñidas de sangre. Ya estaba.

La arteria no se había roto, y aquel libre drenaje que se acababa de abrir sería bueno para la herida.

—Creo que ahora empezará a curarse —le dijo Hornblower—. ¿Cómo se encuentra?

—Mejor —dijo Bush—. Me parece que me siento mejor, señor.

Hornblower aplicó luego las hilas empapadas en la herida. Le temblaban las manos; pero con esfuerzo se dominó y pudo vendar el muñón, una tarea nada fácil, pero que consiguió realizar bastante bien. Colocó otra vez el arco de mimbre, puso encima la manta y se levantó. Temblaba más que nunca y con gran sorpresa notó que tenía náuseas y las piernas se le doblaban.

—¿Quiere cenar, señor? —Preguntaba Brown—. Voy a servir al teniente Bush.

Al pensar en la comida, el estómago de Hornblower protestó. Hubiese querido rechazar la cena; pero eso habría sido admitir francamente su debilidad ante un subordinado.

—Primero debo lavarme las manos —dijo con firmeza.

Sin embargo, una vez que se hubo sentado a la mesa y se obligó a comer, vio que resultaba más fácil de lo que se podía figurar, y consiguió tragar los suficientes bocados como para hacer suponer que tenía hambre.

A medida que pasaban los minutos, el recuerdo de la repugnante tarea realizada iba desapareciendo. Bush no tenía ni el apetito ni la vivacidad del día anterior; la fiebre era aún demasiado alta. Pero con el drenaje de la herida era de esperar que se

recuperase pronto. Como la noche anterior no había dormido y con las emociones del día, Hornblower se hallaba muy fatigado. Aquella noche le resultó más fácil dormir; solamente se despertaba un momento para escuchar la respiración de Bush y se volvía a dormir tranquilizado, al oírle respirar serena y regularmente.

CAPÍTULO VI



Desde aquel día, en la memoria de Hornblower los detalles del viaje, que hasta entonces habían tenido la rara crudeza de un paisaje justo antes de la lluvia, se fueron haciendo cada vez más vagos y nebulosos. Cuando se ponía a recordar, el más vivo de todos ellos era la convalecencia de Bush, el continuo progreso de la curación desde el momento en que había sido retirado el segundo hilo de la herida. Recuperaba las fuerzas rápidamente, tanto que hubiese causado asombro a cualquiera que no conociese lo fuerte de su constitución y la vida espartana que siempre había llevado. Entre el momento en que había que sostenerle la cabeza para que pudiese comer y beber y aquel en el cual ya se pudo sentar e incorporar por sí mismo, pasaron muy pocos días.

Éstos eran los detalles que recordaba Hornblower, porque todo lo demás estaba envuelto en una niebla. Tenía reminiscencias de haber pasado largas horas asomado a la ventanilla del coche, al parecer llovía y la lluvia le mojaba el pelo. Eran horas de melancolía, recordadas después por Hornblower con el mismo tono que, para el loco que se ha curado, deben de tener los días pasados en el manicomio. Y todos los hostales en donde habían parado y todos los médicos que habían cuidado de Bush se confundían en su memoria. Recordaba la implacable regularidad con que, cada vez que cambiaban los caballos, disminuía el número de kilómetros señalados, indicando de que cada vez se acercaban más a París: París 525, París 383, París 287...

Cerca de aquel sitio, habían dejado la *Route Nationale* N. 9 por la *Route Nationale* N. 7. Cada día les aproximaba más a París, y cada día Hornblower caía en un descorazonamiento más profundo. Issoire, Clermont-Ferrand, Moulins; apenas leídos, los nombres de las ciudades que atravesaban se borraban de su memoria.

Había pasado el otoño, que dejaron atrás, allá abajo en los lejanos Pirineos, para subir al encuentro del invierno. Los vientos helados ululaban tristemente entre largos caminos de árboles desnudos, y los campos aparecían negros y desolados. Por la noche, Hornblower dormía pesadamente, con un sueño poblado de pesadillas que ya no recordaba al despertar, y los días se deslizaban monótonos, asomado a la ventanilla, viendo desfilar el paisaje tenebroso, ensombrecido por una helada lluvia. Le parecía que había pasado muchos años en aquel angosto encierro que olía a cuero y con el perpetuo ruido de los cascos de los caballos. De reojo veía la corpulenta figura de Caillard cabalgando pegado a la rueda delantera, a la cabeza de la escolta.

Aquella tarde, una de las más tétricas de las que hasta entonces habían vivido, parecía que ni siquiera la inesperada parada, que podía traer alguna distracción a la monotonía de su viaje, era capaz de despertar a Hornblower de su abulia. Con mirada indiferente vio a Caillard, que trotaba hacia delante para averiguar la razón de la parada; con indiferencia oyó las palabras que llegaban hasta él, explicando que uno

de los caballos del coche había perdido una herradura en el camino y estaba cojo. Con indiferencia vio que unos hombres se llevaban al pobre animal, y sin ninguna atención oyó las vagas respuestas de un vendedor ambulante que en aquel momento pasaba con un mulo cargado, al que Caillard preguntó dónde encontrar un herrero por allí cerca. Dos gendarmes se dirigieron a paso de caracol por un sendero llevándose consigo al animal cojo; y el coche, con sólo tres caballos, volvió a seguir el camino hacia París.

Pero aquella etapa era larga y avanzaban despacio. En raras ocasiones habían estado viajando después de la puesta de sol, pero entonces parecía que los iba a sorprender la noche antes de llegar a la ciudad más cercana. Bush y Brown comentaban animadamente el incidente. Hornblower oía sus voces sin fijarse en las palabras, como la persona que vive mucho tiempo al lado de una cascada y ya no percibe el ruido. Una temprana oscuridad entenebrecía las cosas; el cielo estaba cubierto de nubes oscuras y bajas, y el silbido insistente del viento entre los árboles parecía tener algo de amenazador y conseguía sacudir la apatía de Hornblower. No pasó mucho tiempo sin que se diese cuenta de que la lluvia que le mojaba la cara se transformaba en nevisca, y luego, bruscamente, en nieve. Sentía sobre los labios los grandes copos y hasta se tragó algunos. La manta del gendarme que se apeó del caballo para encender los dos fanales colocados a los lados del pescante apareció cubierta de nieve, que brillaba tenuemente a la vaga claridad de las luces. El trote de los cascos empezó a resonar sorda y apagadamente; apenas se oía el ruido de las ruedas y pronto tuvieron que acortar el paso, pues la nieve cada vez era más espesa y dificultaba la marcha. Hornblower oía al cochero golpear con su látigo despiadadamente a los exhaustos animales, que luchaban con la cabeza baja contra el viento helado.

Separándose de la ventanilla, se volvió hacia sus compañeros de viaje. A la débil luz de los fanales que se filtraba por el cristal delantero apenas podía percibir los indecisos contornos de sus cuerpos. Bush yacía envuelto en todas sus mantas; Brown se apretaba el capote, y sólo entonces Hornblower se dio cuenta de que hacía mucho frío. Sin decir una palabra cerró la ventanilla, resignándose a respirar el tufo de cuero y de sebo que reinaba en el interior; y poco a poco, sin darse cuenta, aquel estupor melancólico le fue abandonando.

—¡Que Dios ayude a los marineros en una noche semejante! —dijo en tono casi alegre.

Le contestaron unas carcajadas en las tinieblas. No se le pasó por alto el acento de grata sorpresa, que le reveló que sus compañeros habían percibido muy bien y seguramente lamentado el negro humor que se había adueñado de él durante los últimos días, y se mostraban contentos ante la primera señal de curación. Con resentimiento se preguntó qué es lo que habían esperado de él. Ellos no sabían, como él, que la muerte les esperaba en París a él y a Bush. Pero ¿de qué serviría preocuparse, rodeados de Caillard y sus seis gendarmes? Y con Bush convertido en

un pobre inválido impotente, ¿qué esperanza de fuga podía haber? Por otra parte, ellos ignoraban que Hornblower había rechazado cualquier pensamiento de huir él solo. Aunque milagrosamente hubiese salido con bien, ¿qué habrían pensado de él en Inglaterra al saber que había abandonado a su primer oficial a la muerte? Quizá se solidarizaran con él, le compadecieran, comprendieran sus motivos... odiaba la simple idea de que sucediera algo así; valía más verse fusilado en Vincennes al lado de Bush; valía más no volver a ver nunca a *lady* Bárbara, no llegar a conocer a su propio hijo. Era mucho mejor pasar los últimos días que le quedaban de vida con apatía que con angustia. Sin embargo, las circunstancias actuales, tan diferentes de la monotonía del resto del viaje, le estimulaban. Y rió y bromeó con los compañeros como no lo había hecho desde su salida de Béziers.

El coche se arrastraba penosamente en la oscuridad. El viento ululaba; el cristal de la ventanilla ya estaba cubierto de nieve y el aire en el interior del carruaje no era lo bastante caliente para fundir los copos. El vehículo se detuvo varias veces, y Hornblower, sacando la cabeza, vio que el cochero quitaba de los cascos de los caballos la nieve helada que se les había pegado.

—Si estamos a más de dos millas de la próxima casa de postas, no llegaremos hasta la semana que viene —anunció, acomodándose de nuevo en su asiento.

Debían de haber llegado a la cumbre de una pequeña altura, porque los caballos se movían con más ligereza y volvían a emprender el trote y el coche cabeceaba y se balanceaba a causa de las irregularidades del camino. De repente se oyó un estallido de voces y de gritos.

—¡Eh, eh, eh!

Bruscamente, el carruaje dio un salto y se detuvo peligrosamente inclinado sobre un costado. Hornblower se abalanzó a la ventanilla para mirar hacia afuera. Estaban parados en dudoso equilibrio a orillas de un río; a pocos pies se veían correr las aguas oscuras. A dos yardas de distancia, una barca de remos amarrada a un palo se movía, empujada por el viento y la corriente. No se veía nada más en medio de aquella oscuridad. Dos o tres gendarmes habían acudido a sujetar las riendas de los caballos, que reculaban y coceaban asustados ante la repentina vista del agua.

En la oscuridad, el carruaje debía de haberse salido del camino, metiéndose por un sendero que llevaba al río, y el cochero había detenido a sus caballos con el tiempo justo para evitar la catástrofe. Caillard, sin desmontar, llenaba a sus hombres de inventivas sarcásticas.

—¡Buen cochero, por Dios! ¿Por qué no se ha metido derecho en el río, así me hubiese ahorrado el trabajo de informar de usted al *sous-chef* de la administración? Vamos adelante, vosotros. ¿Queréis pasaros la noche aquí? ¡Deprisa, llevad el coche a la carretera, imbéciles!

La nieve caía y chisporroteaba sobre los vidrios recalentados de los fanales. El cochero había conseguido dominar a los caballos; los gendarmes se quedaron atrás y resonó el látigo. Los animales estiraban el cuello, resbalaban, buscaban un punto de

apoyo en el blando terreno y el coche se estremecía sin moverse lo más mínimo.

—¡Adelante! —Gritaba Caillard—. Sargento, y usted, Pellaton, cojan los caballos por la brida. ¡Vosotros, a las ruedas! Ahora todos a la vez, empujad. ¡Ahora!

El coche se movió un poco y luego volvió a pararse. Caillard juraba, más enfurecido que nunca.

—Si los señores que están en el coche quisieran bajar y ayudarnos, tal vez fuese mejor —sugirió uno de los gendarmes.

—Pueden hacerlo, si no quieren pasar la noche en la nieve —dijo Caillard, que no se dignaba dirigir la palabra directamente a Hornblower. Por un instante, a éste le pasó por la imaginación la idea de contestar que antes prefería ir al infierno— por lo menos hubiese sido un desahogo, —pero por otra parte no quería condenar a Bush a una noche de incomodidad sólo para darse el gusto de tener una satisfacción.

—Vamos, Brown —dijo, tragándose el resentimiento. Abrió la portezuela y los dos saltaron sobre la nieve. Pero a pesar de haber aligerado el vehículo y empujarlo cinco personas, no progresaba mucho. La nieve ya se había amontonado en la rápida pendiente que conducía al río y los caballos, exhaustos, se hundían en ella.

—¡Por Dios, qué gente más inútil! —Se desfogaba Caillard—. Cochero, ¿cuánto hay de aquí a Nevers?

—Seis kilómetros, coronel.

—Querrá decir que supone que son seis kilómetros. Hace diez minutos creía estar en la carretera y no lo estaba. Sargento, vaya corriendo a buscar ayuda a Nevers. Busque al comandante y en nombre del emperador traiga aquí a todos los hombres capaces que encuentre. Usted, Ramel, acompañe al sargento hasta la carretera y espere allí hasta que vuelva, pues de otra manera no nos encontrarán nunca. ¡Vamos sargento, espabile! ¿Qué está esperando? Y vosotros, cuidaos de los caballos y cubridlos con vuestras mantas. Podéis entrar en calor limpiando ese terreno de la nieve amontonada. Cochero: baje y ayúdeles también.

La noche era increíblemente oscura. A dos yardas de los fanales del vehículo no se veía nada y los aullidos del viento ensordecían a los que estaban cerca del coche, impidiéndoles oír el ruido que hacían los hombres en la nieve. Hornblower daba patadas en la nieve y se golpeaba el cuerpo con los puños, para avivar la circulación. Sin embargo, la nieve y el viento helados eran singularmente refrescantes y no sentía ningún deseo de volver a encerrarse en el maloliente interior del coche. Mientras hacía ejercicio se le ocurrió una idea, una idea tal que se paró de repente, temiendo casi, de un modo un poco ridículo, que alguien pudiese adivinarla, y se puso de nuevo a moverse de un lado para otro aporreándose con más entusiasmo. Ya corría la sangre calentándole el cuerpo, como siempre que se le ocurría algún plan, como cuando maniobró mejor que la *Natividad*, por ejemplo, o cuando salvó a la *Pluto* en aquella tormenta junto al cabo de Creus.

Sin medios para transportar a un inválido, la esperanza de fuga era muy remota, pero allí, a pocos pasos, se hallaba el medio ideal: aquella barca que se mecía

amarrada a un palo. Con una noche semejante, era fácil despistarse en la carretera, pero eso no podía ocurrir en el río, sobre una barca; con ella bastaba alejarse de la orilla y abandonarse a la corriente, que con aquella tormenta resultaba más rápida que ningún caballo. Sin embargo, el proyecto era temerario. ¿Durante cuántos días se verían libres los fugitivos en el corazón de Francia y debiendo llevar con ellos un inválido en una camilla? Además, corrían el peligro de helarse, morir de hambre o incluso ahogarse. Pero era una ocasión magnífica y —según podía calcular Hornblower por lo que había observado— difícilmente se presentaría otra en adelante, hasta el momento en que se vieran frente al pelotón de fusilamiento de Vincennes. Con serenidad, Hornblower notó que su ardor se calmaba a medida que su proyecto se iba precisando, y hasta se divirtió al darse cuenta de que la mandíbula, que se le había quedado rígida, se aflojaba para dar paso a una sonrisa. Para él, las acciones heroicas siempre tenían algo de bufo.

Brown se acercó y Hornblower le habló en voz baja, esforzándose por aparentar serenidad.

—Brown, vamos a escapar por el río en aquella barca.

—Sí, señor —replicó Brown, sin demostrar más emoción que si su capitán le hubiese dicho que tenía frío. En la oscuridad, Hornblower vio la mirada del timonel dirigirse hacia donde estaba Caillard, que caminaba impaciente por la nieve cerca del coche.

—Hay que silenciar a ese hombre —le dijo Hornblower.

—Sí, señor —Brown meditó un momento, y luego añadió—: Será mejor que lo deje de mi cuenta, señor.

—Está bien.

—¿Ahora, capitán?

—Sí.

Brown dio algunos pasos hacia la desprevenida figura.

—Eh, eh, aquí —llamó en voz baja.

Caillard se volvió y se lo encontró enfrente, y recibió en plena mandíbula un puñetazo que correspondía a los noventa kilos de peso de Brown. El hombre cayó en redondo. Brown se le echó encima como un tigre y Hornblower se acercó.

—Envuélvale en su capa —le susurró— y apriétele la garganta. Espere. Aquí está su fajín. Átele primero la cabeza.

Rápidamente, ató la faja de la Legión de honor alrededor de la cara y la cabeza del hombre y luego, poniéndole una rodilla en la espalda y sacándose del cuello el propio pañuelo, le ató las manos atrás. Para los pies sirvió el pañuelo de Hornblower. Brown se cuidó de apretar el nudo muy bien. Plegaron el cuerpo en dos y le envolvieron en la capa, que ataron con el cinturón del sable. Tendido en su camilla, en la oscuridad del coche, Bush oyó abrir la portezuela y el ruido de algo pesado que caía dentro.

—Señor Bush... —Ahora que ya había empezado la acción, el apelativo formal

acudía espontáneamente a los labios de Hornblower—. Intentaremos fugarnos por el río en la barca.

—Buena suerte, capitán.

—Usted también viene. Brown, coja la camilla por ese lado. Levante. Un poco a estribor. Vía así.

Bush se vio levantado y fuera del coche con camilla y todo, y transportado sobre la nieve.

—Acerque la barca —musitó Hornblower—. Corte las amarras. Y ahora, Bush, deje que le envolvamos en estas mantas. Aquí está mi manto, cójalo también. Obedezca mis órdenes, señor Bush. Coja por el otro lado, Brown. Levántele y colóquele en la cámara. Déjelo. Al banco de proa, Brown. Coja los remos. Bien. Desatraque. Avante.

Habían pasado seis minutos todo lo más desde que a Hornblower se le ocurrió la idea. Ya estaban libres, a la deriva sobre el oscuro río, y Caillard yacía amordazado y atado en el suelo del coche como un fardo. Por un fugitivo segundo se preguntó Hornblower si no se ahogaría antes de ser descubierto, y se dio cuenta de que esa probabilidad le dejaba indiferente. Los ayudantes de campo de Bonaparte, sobre todo si, como éste, eran coroneles de la gendarmería, tenían que asumir ciertos riesgos inherentes al sucio trabajo que desempeñaban. Tenía otras cosas más importantes en que pensar.

—¡Despacio! —le dijo a Brown—. Dejémonos llevar por la corriente.

La noche era negra; completamente oscura, y sentado en el banco de popa, ni siquiera distinguía la superficie del agua. ¿Qué río era aquél? Aunque todos los ríos llevan al mar. ¡Al mar! Hornblower se estremeció en su banco, lleno de nostalgia, ante el vivo recuerdo de la brisa marina y el movimiento de la cubierta bajo sus pies. Mediterráneo o Atlántico, no sabía a dónde se dirigían, pero con mucha suerte, siguiendo la corriente, podría llegar al mar, y el mar le llevaría a su patria; a la vida, en lugar de a la muerte; a la libertad, en lugar de a la prisión; a *lady* Bárbara, a María, al niño...

El viento le metía la nieve por el cuello; el fondo y los bancos estaban cubiertos de una espesa capa de nieve. Hornblower sintió girar la barca bajo el empuje de una ráfaga de viento; ahora tenía el viento de cara en lugar de tenerlo de lado.

—Ponga el bote contra el viento, Brown —mandó—. Reme con cuidado.

El modo menos peligroso de dejar que la corriente obrase con libertad era intentar neutralizar el efecto del viento. Un ventarrón como aquél podía hacerles dar en la orilla o incluso llevarlos contra la corriente. En aquella completa oscuridad, era imposible prever lo que podía pasar.

—¿Va cómodo, Bush? —preguntó Hornblower.

—Sí, señor.

La forma del inválido empezaba a distinguirse un poco, al recubrir la nieve las grises mantas que le envolvían.

—¿Quiere echarse en el fondo?

—Gracias, señor, prefiero estar sentado.

Pasada ya la primera emoción de la fuga, Hornblower temblaba de frío sin su abrigo. Estaba a punto de decirle a Brown que se iba a poner también a remar cuando oyó la voz de Bush.

—Perdone, señor, pero ¿no le parece oír algo? Brown dejó de remar y ambos se quedaron escuchando.

—No... ¡Sí, ya oigo, por Dios!

A pesar del viento, el oído captaba un lejano y monótono fragor.

—Hum... —exclamó Hornblower, intranquilo.

El rumor se acercaba, iba creciendo y de pronto se distinguió el ruido de las aguas al chocar contra algo. Al lado de la barca pasó un bulto; era una roca, y la espuma blanquecina que hervía a su alrededor lo demostraba. Apareció y desapareció en un instante, como prueba de la gran velocidad que llevaban.

—¡Dios mío! —exclamó Brown.

La barca giraba como una peonza, cabeceando y dando sacudidas, juguete de las aguas cubiertas de espuma; el fragor de la corriente era ensordecedor. En aquella carrera loca no quedaba más remedio que agarrarse con fuerza al asiento. Al fin, Hornblower se sacudió el aturdimiento que le parecía que había durado media hora, cuando seguramente no habían pasado ni dos minutos.

—¡Deme un remo! —le gritó a Brown—. Me pondré a estribor y usted a babor.

Adelantó las manos en la oscuridad y cogió el remo que Brown le tendía. La barca giró sobre sí misma, vaciló y volvió a emprender la carrera. El fragor de los rápidos llenaba el aire. El costado de estribor del bote chocó contra una piedra; Hornblower sintió que las piernas se le mojaban con un chorro de agua helada. Pero ya a ciegas había empujado con el remo desesperadamente contra la roca y un instante después la barca, liberada, volvía a emprender la fuga, inclinándose con lentitud y llena de agua hasta los bancos. Milagrosamente, pasaron sin chocar rozando otra roca, pero entretanto el fragor de la cascada empezaba a disminuir.

—¡Dios mío! —exclamó Bush en tono apocado, que contrastaba de modo singular con la blasfemia—. ¡De buena nos hemos librado!

—¿Hay algo aquí dentro que sirva para achicar el agua? —preguntó Hornblower a Brown.

—Sí, señor; cuando entré, tropecé con un cubo de madera.

—Búsquelo y vaya achicando toda esta agua; entretanto, déme el remo.

Chapoteando en el agua helada, el pobre Brown consiguió al fin coger el cubo que flotaba.

—Lo encontré, señor —informó, y pronto se pudo oír el ruido regular del agua que era arrojada fuera de la barca por medio del pequeño balde de madera.

Ahora que ya no les distraían los rápidos de agua, se volvía a oír el ulular del viento, y remando con lentitud, Hornblower consiguió volver la barca en la dirección

adecuada. A juzgar por la velocidad con que se iba perdiendo el ruido del salto de agua, la barca debía de ser arrastrada por una corriente bastante impetuosa. Era de esperar, porque las abundantes lluvias de los últimos días habían engrosado mucho el caudal de los ríos. Otra vez volvió a preguntarse Hornblower qué río debía de ser aquel que les llevaba por el corazón de Francia. El único cuyo nombre le era familiar y que vagamente le parecía que podía ser era el Ródano; pero él sospechaba que el Ródano se hallaba a cincuenta millas o más del punto donde estaban, en dirección a levante. Este río debía de tener su origen en aquellos desolados montes Cévennes cuyas ásperas pendientes habían franqueado los dos últimos días de viaje. En ese caso, correría hacia el norte y seguramente se volvería hacia el oeste para dirigirse hacia el mar. Podía ser el Loira, o uno de sus afluentes, y el Loira desembocaba en el Golfo de Vizcaya, por Nantes, que debía de encontrarse por lo menos a cuatrocientas millas. Hornblower se recreaba imaginando un curso de agua de tal longitud, con la perspectiva de recorrerlo desde su fuente hasta la desembocadura, en lo más riguroso de la estación invernal.

Un rumor siniestro, de origen desconocido, le devolvió a la realidad. Mientras trataba de identificarlo se repitió más fuerte y con más claridad. La barca dio unos bandazos y disminuyó su marcha. Resbalaban sobre una roca que la providencia había colocado sumergida, de modo que sólo se arañase la quilla de la embarcación. Otra roca cubierta de espuma pasó como un rayo muy cerca y la dirección de aquella blancura reveló a Hornblower lo que en la oscuridad no hubiese podido descubrir jamás; es decir, que el río se dirigía hacia el oeste.

—Vienen más de éstos, señor —decía Bush, y ya se oía el chapoteo de las aguas entre las piedras.

—Coja un remo y cuídese de babor, Brown —dijo el capitán.

—Sí, señor. Ya he achicado casi toda el agua.

Brown cogió el remo. La embarcación cabeceaba de nuevo bailando en la corriente. Hornblower sintió que la proa primero y luego la popa se levantaban y volvían a caer por una especie de escalón en declive, se tambaleó al ponerse en pie y el agua que había quedado en el fondo le salpicó los tobillos. El fragor del agua de los rápidos era ensordecedor, y las aguas blancas borboteaban a ambos lados. La barca corría, cabeceando y bamboleándose. Luego el costado izquierdo por la parte de la proa chocó contra un obstáculo invisible y oyó un chasquido de madera que se astillaba. Vanamente Brown intentaba alejarse del obstáculo que no se veía, empujando con el remo; Hornblower viró y con su empuje y el del piloto consiguió liberar la barca. Tanteando con las manos en la oscuridad, Hornblower encontró un boquete en la borda, pero al parecer sólo estaban dañadas las dos tablas superiores. La casualidad podía haber llevado aquella roca por debajo de la línea de flotación con la misma facilidad que lo había hecho por encima. Por un momento pareció que la quilla se atascaba con algo; la barca dio una horrible sacudida y Bush y Hornblower cayeron hacia adelante. Pero una vez más, se liberó y volvió a deslizarse entre las

aguas rumorosas. Pronto disminuyó el ruido y se encontraron en otro rápido.

—¿He de achicar de nuevo, señor? —preguntó Brown.

—Sí, déme su remo.

—¡Hay una luz a proa por estribor, señor! —gritó Bush.

Hornblower se volvió para mirar. En efecto, había una luz y luego apareció otra a su lado y otra más lejos, apenas visibles entre la nieve. Debía de haber un pueblo en la orilla derecha o tal vez una ciudad, y también podía ser la villa de Nevers, que, según había dicho el cochero del carruaje, debía de estar a seis kilómetros del punto en donde habían embarcado. Por lo menos habían recorrido cuatro millas.

—¡Silencio! —cuchicheó Hornblower—. Brown, deje de achicar.

Con aquellas luces guiándole entre las tinieblas, algo estable y permanente en medio de un mundo loco de infinita inseguridad, Hornblower volvía a sentirse dueño de su propio destino. Había recuperado el sentido de orientación y notaba que el viento soplabla corriente abajo. Con un golpe de remos dirigió la barca a sotavento; y el viento y la corriente la empujaron con rapidez y las luces pasaron con la velocidad del rayo. La nieve le azotaba el rostro. En una noche como aquélla era difícil que alguien les viera desde la ciudad. La barca, de todas formas, corría mucho más que los caballos de los gendarmes a quienes Caillard había mandado por delante. Un nuevo rumor de aguas hirió sus oídos, distinto al ruido de los rápidos. Atisbó en la oscuridad y vio el puente que estaba ante ellos gracias a la nieve amontonada sobre los salientes de los arcos. Remó con fuerza, tratando de conducir la barca al centro de uno de los arcos. Al acercarse sintió que la proa se hundía y la popa se levantaba... el agua estaba acumulada sobre el puente y se precipitaba a través de los arcos por un largo talud, liso y negro. Cuando pasaron remolineando bajo los arcos, Hornblower recogió los remos para que la barca tuviera espacio suficiente y pudiera pasar entre los pilares, sorteando los remolinos que, según le dictaba su instinto de marinero, podían formarse allí. Tan alto era el nivel del agua que sintió que su cabeza rozaba con la bóveda del arco al pasar. El rumor del agua resonaba cavernosamente debajo de las piedras del puente; el viaje debió de durar unos momentos y pronto se vieron al otro lado, mientras Hornblower tiraba desesperadamente de los remos. Aún brilló una luz en la orilla y luego volvió a reinar la más completa oscuridad. Hornblower perdió de nuevo la orientación.

—¡Dios mío! —exclamó Bush en tono solemne, mientras Hornblower cesaba de remar. Una ráfaga más fuerte de viento les metía la nieve por los ojos. Del asiento de proa llegó una risa siniestra.

—¡Dios ayude a los marineros en una noche como ésta! —Decía Brown.

—Siga achicando el agua, Brown, y guárdese las bromas para mejor ocasión —exclamó Hornblower. Sin embargo, no pudo contener la risa, a pesar de la rara impresión que le produjo oír a la marinería bromear con un capitán y un primer oficial. No conseguía vencer la ridícula costumbre de dejarse arrastrar por una hilaridad nerviosa en cuanto se veía en presencia de peligros o dificultades, y ahora

reía mientras remaba desesperadamente y luchaba contra el viento, y del esfuerzo con que los remos cortaban el agua deducía que la barca derivaba mucho. Sólo se le cortó la risa cuando recordó de repente que apenas hacía dos horas que él mismo había proferido aquella plegaria en favor de los marineros. Le parecía que habían pasado dos semanas desde que había respirado por última vez el nauseabundo tufo del interior del carruaje. La barca rozó un fondo de grava, volvió a liberarse, chocó de nuevo y al cabo quedó encallada. Los esfuerzos que Hornblower hacía con los remos no eran suficientes para ponerla de nuevo a flote.

—No hay más remedio que empujarla —declaró, abandonando los remos.

Se metió en el agua helada, resbalando sobre los cantos del fondo, seguido de Brown. Entre los dos la empujaron con facilidad un rato; volvieron a subir a bordo y Hornblower cogió de nuevo los remos. Apenas unos segundos más tarde se hallaban encallados de nuevo. Fue el principio de una pesadilla. En la oscuridad, Hornblower no llegaba a comprender si lo que obstaculizaba su marcha era el viento que le empujaba hacia la orilla, si el río, en aquel lugar, se extendía en un gran recodo, o si se habían metido en un brazo lateral en donde las aguas eran menos profundas. Lo cierto es que a cada momento se veían obligados a bajar de la barca para empujarla, resbalando y tropezando con las piedras del fondo, cayendo y hundiéndose; y de aquel loco juego de la gallinita ciega con el traicionero río salían cada vez con nuevos cortes y magulladuras. El frío iba en aumento y los costados de la barca estaban cubiertos por una costra de hielo. Mientras luchaba con la embarcación, Hornblower se angustiaba por Bush, que, envuelto en el abrigo y las mantas, estaba encogido en la popa.

—¿Cómo está, Bush? —preguntó.

—Bien, señor.

—¿Va bastante abrigado?

—Sí, señor. Ya sólo me puedo mojar un pie, de modo que...

Probablemente fingía aquella animación, pensaba Hornblower, con el agua revuelta por los tobillos y ocupado en la interminable tarea de empujar la barca sobre invisibles bajos. Aunque estuviese bien liado en sus mantas, el pobre Bush debía de sufrir horriblemente por el frío; posiblemente, estaba también empapado de agua. Un convaleciente como él debería estar acostado en un buen lecho. Bush podía morir aquella mismísima noche. La barca se liberó de nuevo con una sacudida, y Hornblower se tambaleó y se hundió en el agua helada hasta la cintura. Volvió a subir a bordo mientras Brown, que al parecer se había hundido hasta el cuello, saltaba dentro por el otro lado. Cada uno de ellos se apoderó de un remo con la esperanza de entrar en calor remando. El viento les calaba hasta los huesos.

La corriente los arrastró. Cuando volvieron a tocar la orilla, se encontraron entre unos árboles, sauces al parecer. Las ramas bajas los golpearon, los arañaron y les dejaron caer encima grandes montones de nieve. La barca se vio detenida y enredada en aquella maraña hasta que, palpando en la oscuridad, consiguieron liberarla. A

Hornblower le pareció que si hubiese podido escoger los obstáculos habría preferido las rocas, y de nuevo rió débilmente, castañeteando los dientes, hasta que se encontraron otra vez sobre un lecho de rocas y escollos de piedra, en un lugar en que el río corría entre unos rápidos de menores proporciones que los anteriores.

Hornblower empezaba a formarse una imagen mental del río: había largos tramos anchos, alternando con otros estrechos y llenos de rocas, y su curso se curvaba adelante y atrás a capricho de los desniveles del terreno. La barca en la que se hallaban seguramente había sido construida en las inmediaciones del sitio en donde la encontraron; tal vez servía para atravesar el río a los campesinos de aquel lugar, allí donde el curso del río era recto, y nunca debía de haberse alejado de su amarre más de media milla. Y al apartarse de otra piedra más, Hornblower pensaba que sería muy raro que volviese a aquel amarre.

A un rápido siguió un largo tramo despejado, pero era difícil calcular su largura. Los ojos de los náufragos ya se habían acostumbrado a discernir las orillas recubiertas de nieve a una yarda o más de distancia y mantenerse apartados de ellas. Cualquier claridad les permitía conjeturar la dirección del río comparándolo con la dirección del viento, de modo que podían remar deprisa, aunque fuese durante poco tiempo, sin peligro de encallar, mientras no hubiera obstrucción alguna en el centro de la corriente. Ya casi había cesado la nevada, y hasta le parecía a Hornblower que la poca nieve que caía la traía el viento, desde los árboles o desde las riberas.

Pero no por ello hacía menos frío; toda la barca estaba cubierta de nieve endurecida y las tablas del fondo resbalaban como un pedazo de hielo, excepto el lugar donde los remeros apoyaban los talones en su esfuerzo para remar.

Diez minutos de agua libre les bastaron para recorrer más de una milla. Hornblower no hubiese sabido decir cuánto camino habían hecho, pero era seguro que el campo cubierto de espesa nieve le aseguraba contra cualquier persecución, y si aquel maravilloso tramo del río libre de rocas se prolongaba, mucho más seguros estarían. Hornblower bogaba desesperadamente y a sus vigorosos esfuerzos respondían los de Brown.

—Señor, tenemos un rápido frente a nosotros —dijo Bush inesperadamente.

Cesando de remar, Hornblower oyó, lejanísimo, el ruido familiar de una caída de agua entre las rocas. Aquel tramo libre era demasiado bueno para durar mucho; pronto volvería a empezar la frenética danza sobre el agua.

—Prepárese para resistir por ese lado, Brown —ordenó Hornblower.

—Sí, señor.

El agua estaba negra como la pez. Hornblower se quedó sentado en el banco, con el remo levantado, y notó que la barca giraba. Parecía que la corriente la llevaba a un lado, y decidió que era mejor dejarla hacer, pues por donde iba el mayor caudal de agua era probable que se encontrase el canal más seguro para bajar los rápidos. Ya se acercaba el fragor, cada vez más próximo.

—¡Dios mío! —exclamó Hornblower con repentino pánico, y se puso de pie para

escrutar las tinieblas.

Demasiado tarde para salvarse; había percibido la diferencia de tono cuando ya estaban demasiado cerca para poder detenerse. Ya no se trataba de un rápido parecido a los anteriores, ni más difícil que los demás. Lo que se acercaba era un tosco dique que cortaba el río en dos, o tal vez una pared natural a flor de agua que había contenido las piedras transportadas por la corriente o alguna otra cosa construida por la mano del hombre. La rápida mente de Hornblower examinó velozmente todas las posibilidades con gran excitación, mientras la barca llegaba a la orilla de la pendiente. A todo lo largo de ésta el agua saltaba por encima del borde, y en aquel punto se hinchaba como un enorme remolino que caía en un caos espumeante. En un instante, la barca se vio levantada sobre el remolino y, a una espantosa velocidad, descendió por el declive. Cayeron en medio de una gran ola que tenía la dureza de un muro de ladrillos.

Hornblower se sintió medio asfixiado bajo el agua, con los oídos ensordecidos por el fragor de la cascada, la mente todavía funcionando frenética. Horriblemente indefenso, se sintió arañado por el fondo rocoso. La presión en sus pulmones resultaba insoportable. Era la agonía, sí, la agonía. Respiró una sola bocanada de aire, que fue como una llamarada de fuego para su garganta, antes de hallarse nuevamente sumergido chocando contra el fondo de rocas, con el pecho más dolorido aún que antes. Luego aspiró una nueva bocanada de aire, pero respirar era tan penoso como ahogarse. Subía y bajaba con un insoportable zumbido en los oídos y la cabeza víctima del vértigo. El estridente ruido del fondo de piedra hacia el que se veía arrastrado era más fuerte que ningún otro ruido que hubiese oído jamás.

Otra vez se hundió en el torturante estrépito bajo el agua. Su cerebro, que aún funcionaba con fulminante rapidez, comprendía lo que le estaba sucediendo. Atrapado en el remolino bajo el dique, volvía a la superficie y otra vez era arrastrado y se hundía de nuevo en él, y volvía a salir para respirar un segundo y empezar el ciclo. Esta vez se dispuso a nadar con las pocas fuerzas que le quedaban, dando apenas tres brazadas hacia un lado mientras aspiraba la única bocanada. Cuando volvió a sentirse atrapado, el dolor en el pecho había aumentado enormemente, y con aquel tormento aparecía otro del que solamente entonces se dio cuenta: el frío en los miembros. Tuvo que apelar a todas sus energías para respirar una nueva bocanada de aire y luego continuar el esfuerzo de la natación. Otra vez se sintió arrastrado; esta vez estaba dispuesto a morir, ya no deseaba otra cosa, con tal de que cesara aquel suplicio. Le vino a las manos un pedazo de madera con unos clavos sobresaliendo. Debía de ser un fragmento de la barca que se había estrellado y cuyos trozos giraban en el torbellino al mismo tiempo que él, eternamente. Reuniendo por última vez todas sus fuerzas, se llenó los pulmones de aire y nadó hacia la orilla. Sentía un miedo espantoso de volver a verse atrapado por el remolino. ¡Oh, maravilla! Esta vez tuvo tiempo de respirar de nuevo dos y hasta tres veces seguidas. Tan delicioso le pareció respirar sin dolor que sintió de nuevo deseos de vivir. Pero estaba extenuado y tenía

mucho sueño. Se puso en pie y cayó empujado por el agua, chapoteó, se debatió, se arrastró por el fondo bajo, a cuatro patas. Se volvió a levantar y dio dos pasos, antes de caer de cara sobre la nieve, con los pies todavía dentro del agua que corría.

Le despertó una voz que retumbaba en sus oídos. Levantando la cabeza, vio que la voz provenía de una vaga y oscura silueta que aullaba a un par de metros de distancia:

—¡Eh! ¡Capitán! ¡Eh! ¡Capitán!

—¡Aquí estoy! —gritó Hornblower. Brown se acercó inmediatamente y se arrodilló a su lado.

—¡Gracias a Dios! ¡El capitán está aquí, señor, Bush!

—¡Bien! —dijo una débil voz a algunos pasos de distancia.

Luchando contra las náuseas y la debilidad, Hornblower consiguió sentarse. Si Bush aún estaba vivo, era necesario ocuparse de él inmediatamente. Debía de estar desnudo y mojado, expuesto a aquel aire cortante sobre la nieve... Aturdido aún, Hornblower se puso en pie sobre sus vacilantes piernas; se tambaleó y se agarró al brazo de Brown. La cabeza le daba vueltas.

—Allá abajo se ve una luz, señor —dijo Brown—. Si no me hubiese contestado esta vez, me disponía a ir hacia ella...

—¿Una luz?

Hornblower se frotó los ojos y luego aguzó la mirada. No había duda, allá, tal vez a un centenar de metros, una lucecita rompía la negrura de la noche. Acercarse a ella era rendirse; éste fue el primer pensamiento que se le ocurrió a Hornblower. Pero quedarse donde estaban tal vez fuera la muerte. Aunque por milagro hubiesen conseguido encender un fuego y vivir aquella noche, al día siguiente serían apresados, y Bush habría muerto sin duda. Aquella débil esperanza de vivir que Hornblower había entrevisto cuando planeó la fuga sobre la barca había desaparecido totalmente.

—Llevaremos al señor Bush —dijo.

—Sí, señor.

Hundiéndose en la nieve, llegaron al sitio donde estaba Bush.

—Hay una casa ahí arriba en la orilla, y le vamos a llevar a ella.

Era raro que, a pesar de lo débil que se sentía, fuese aún capaz de pensar y hablar. Toda aquella energía le parecía ficticia e irreal.

—Sí, señor.

Se inclinaron y, con las manos entrelazadas, sostuvieron a Bush por debajo de los rodillas y por la espalda. Él les echó los brazos al cuello; su camisa de dormir chorreaba cuando le levantaron. De esta forma se metieron por un terreno lleno de obstáculos que la nieve recubría, hundiéndose hasta las rodillas y tambaleándose, siempre guiados por la lucecita lejana. De pronto tropezaron con algo oculto en la nieve, resbalaron por una pendiente y cayeron al fondo. Bush dio un grito de dolor.

—¿Se ha hecho daño, señor? —preguntó Brown.

—Me he golpeado un poco el muñón. Capitán, déjeme aquí y vaya a pedir ayuda a aquella casa.

Reflexionaba Hornblower que sin el peso de Bush podían llegar arriba un poco más deprisa, pero se figuraba lo que sucedería una vez hubiese llamado a la puerta: las explicaciones que se vería obligado a dar en su pésimo francés, las resistencias que encontraría y el tiempo que se perdería antes de poder reunir a la gente dispuesta a acompañarle; y entretanto Bush permanecería hundido en la nieve, semidesnudo y mojado hasta los huesos. Un cuarto de hora en aquel estado podía resultar fatal, y hasta era posible que pasara media hora; ¿y si no se encontraba a nadie para ayudarlo?

—No, no hay más que unos pasos —dijo, casi bromeando, y luego dirigiéndose al marinero—: Vamos, Brown, arriba...

Y, tambaleándose, volvieron a emprender el camino hacia la luz. El inválido pesaba como el plomo. Hornblower sentía que la cabeza le daba vueltas por el cansancio y le parecía que se le descoyuntaban los brazos. Sin embargo, en lo más hondo de aquella enorme fatiga, su cerebro seguía funcionando y en actividad vigilante.

—¿Cómo han salido del río? —preguntó, y su voz tenía un sonido afónico e irreal.

—La corriente nos ha arrojado fuera, señor —explicó Bush un poco sorprendido—. Yo no he hecho más que quitarme de las mantas que me envolvían; apenas he tocado el fondo y Brown estaba ya en la orilla y me ha sacado fuera.

—Ah —exclamó Hornblower.

Los caprichos de la riada son verdaderamente fantásticos. Tres hombres se hallaban juntos en una embarcación al caer al agua y uno de ellos había sido arrastrado, mientras los otros dos eran puestos a salvo por la misma corriente. Sus compañeros no podían figurarse la desesperada lucha que Hornblower había sostenido por su vida, ni tampoco lo sabrían nunca, pues él difícilmente se avendría jamás a hablar de ello. Por un instante un amargo sentimiento de rencor hacia ambos le envenenó el corazón, tan cansado y débil se sentía. Respiraba penosamente; hubiese dado un mundo por poder dejar aquel peso y descansar dos minutos, pero se lo impedía su orgullo. Y siguió hacia adelante, tropezando con las piedras y el desnivel del terreno que la nieve ocultaba. La luz se iba acercando y acabaron por oír el lejano aullido de un perro.

—Dé un grito, Brown —dijo Hornblower.

—¡Eh! —Mugió Brown—. ¡Eh! ¡Buena gente! Inmediatamente empezaron a ladrar furiosamente dos perros.

—¡Eh! —volvió a gritar Brown. Y siguieron su camino. En otro lugar de la casa apareció una luz. El sitio donde se hallaban parecía un jardín. Hornblower sentía las hierbas bajo sus pies y una rama espinosa le rasgó los pantalones. Los perros ladraban furiosamente.

—¿Quién va? —preguntó de pronto una voz en francés, desde una ventana invisible, en lo alto.

Hornblower rebuscó en su fatigada memoria las palabras convenientes.

—Tres hombres. Heridos... —dijo.

Le pareció que eso era lo más apropiado.

—Acérquense —dijo la voz. Hornblower y Brown avanzaron, tambaleándose, bajaron por un invisible sendero en declive y se detuvieron en el marco de luz que salía por una gran ventana iluminada en la planta baja. Bush, con su camisa de dormir, permanecía en brazos de los otros dos.

—¿Quién es?

—Prisioneros de guerra —contestó Hornblower.

—Esperen un momento, por favor —dijo la voz, cortés.

Esperaron, tiritando, hasta que cerca de la ventana iluminada se abrió una puerta, poniendo al descubierto un rectángulo de vivísima luz, poblado por algunas siluetas humanas.

—Entren, caballeros —dijo la misma voz de antes con amabilidad.

CAPÍTULO VII



La puerta se abrió a un vestíbulo empedrado y salió al encuentro de los recién llegados un hombre de alta estatura y vestido con una larga casaca azul, sobre la que destacaba el blanco de la corbata de raso. Tenía a su lado a una joven mostrando los desnudos hombros a la luz de los candelabros. Había tres personas más: dos criados y un mayordomo, se figuró Hornblower, mientras se adelantaba, encorvado por el peso de Bush. Sobre una mesita, en un rincón, la luz de la lámpara revelaba la culata de marfil de dos pistolas, puestas allí, evidentemente, por el dueño de la casa, ignorando si los visitantes nocturnos serían o no personas inofensivas. Hornblower y Brown se detuvieron; estaban harapientos, sucios, cubiertos de nieve, y de pronto sus destrozados andrajos empezaron a chorrear sobre el pavimento. Entre ambos se hallaba Bush, con el pie sano saliendo por debajo de su camisa de dormir de franela y metido en un calcetín de lana gris. Hornblower se sentía dominado por la debilidad y tuvo que contener unos deseos nerviosos de reír al pensar lo que se imaginaría aquella gente al ver llegar a su casa a un inválido vestido únicamente con la camisa de dormir mientras fuera había una tormenta de nieve y hielo.

Pero el dueño de la casa parecía sereno y no demostraba sorpresa alguna.

—Entren, entren —les dijo. Puso la mano en el pomo de una puerta que estaba a su lado y enseguida la retiró—. Pero necesitan un fuego mejor del que les podría ofrecer en mi salón. Félix, acompañe a los señores a la cocina. Espero que me perdonarán, caballeros, si les recibo allí. Por aquí, señores. Félix, lleve sillas y despache a las criadas.

La cocina era grande, con el techo bajo y el piso de piedra, como el vestíbulo. El agradable calorcito que reinaba allí era como el paraíso. En el hogar ardían las brasas de un gran fuego; alrededor destellaban discretamente los utensilios de cocina. Sin decir palabra, la señora de los hombros desnudos amontonó leña sobre el fuego y empezó a soplar con el fuelle para avivarlo. Su vestido de seda crujía y brillaba en la sombra; los cabellos, recogidos sobre la cabeza, eran de un rubio dorado tirando a castaño.

—¿No podrías dejar eso para Félix, Marie, querida? Bueno, como prefieras... —dijo el gentilhombre en voz alta.

—Señores, por favor, tomen asiento. Félix, el vino.

Acomodaron a Bush en una silla delante del fuego. No podía sostenerse de debilidad y tuvieron que ayudarlo. Su anfitrión hizo un gesto de compasión.

—Pronto, esas copas, Félix, y ve a preparar las camas. ¿Una copa de vino, señores? ¿Y usted, caballero? Permítame.

La mujer a la que él había llamado Marie se levantó y se marchó silenciosamente;

el fuego chisporroteaba ya alegremente, entre una batería de asadores y calderas; pero Hornblower, con la ropa empapada y chorreante, no conseguía frenar el temblor angustioso que le sacudía. El vaso de vino que había tomado no acababa de calentarse; la mano que se posaba en el hombro de Bush temblaba muchísimo.

—Tendrían que ponerse ropas secas —dijo el dueño de la casa—. Si me permiten, voy a ver...

Fue interrumpido por Marie y el mayordomo, que entraban con los brazos cargados de vestidos y mantas.

—¡Estupendo! Félix, ayuda a estos señores. Vamos, querida...

El mayordomo calentaba una camisa de dormir de seda junto al fuego, en tanto Hornblower y Brown despojaban a Bush de sus empapados andrajos y le frotaban con una toalla seca.

—Creía que no me volvería a calentar nunca más —decía Bush, metiendo la cabeza por el cuello de la nueva camisa de dormir—. ¿Y usted, señor? No debería preocuparse tanto por mí. ¿No se cambiará también de ropa? Yo estoy perfectamente.

—Primero pensemos en usted —dijo Hornblower, que experimentaba cierto extraño placer en descuidarse a sí mismo para ocuparse de Bush—. Déjeme ver el muñón.

La cicatriz aparecía perfectamente sana; ya no quedaba ni rastro de inflamación ni de pus cuando Hornblower la observó. Félix le entregó un lienzo con el que vendó el muñón y Brown envolvió a Bush en las mantas.

—Levantémosle ahora, Brown; le llevaremos a la cama.

Ya en el vestíbulo vacilaron sin saber hacia dónde dirigirse, cuando por una puerta de la izquierda apareció Marie.

—Aquí —les dijo, y su voz tenía un ronco tono de contralto—. He hecho preparar un lecho aquí, en la planta baja, para el herido. He creído que sería más cómodo.

Una de las criadas, una vieja alta y flaca, estaba sacando un calentacamas de entre las sábanas; la otra metía un par de botellas de agua caliente. Hornblower se sentía impresionado por tanta previsión y sentido práctico por parte de la señora, e intentó expresar su reconocimiento con alguna palabra en francés, mientras entre todos metían a Bush en la cama y lo cubrían bien.

—¡Dios mío, qué bien se está! Gracias, gracias, señor —decía Bush.

Le dejaron, con una vela encendida al lado de la cama.

Hornblower se sentía impaciente por despojarse de sus mojadas ropas ante el fuego de la cocina. Se frotó el cuerpo con una toalla caliente y se puso una camisa de lana; y en pie, y mientras se tostaba las desnudas piernas delante del fuego, bebió otro vaso de vino. El cansancio y el frío se borraban poco a poco y, por reacción, se sentía muy contento y con el cerebro ligero. Félix, arrodillado ante él, le ofrecía un par de pantalones y él se los subió, dejando que el criado le metiese dentro los faldones de la camisa y se los abrochase; desde que era niño, ésta era la primera vez que le ayudaban a ponerse los pantalones, pero le había parecido una cosa muy natural. De

nuevo se arrodilló Félix para ponerle las medias y los zapatos, le estiró las medias y hasta le ayudó a meterse el chaleco y la casaca.

—*Monsieur le comte et madame la vicomtesse* esperan a *monsieur* en el saloncito —dijo Félix. Misteriosamente, y sin una palabra de explicación, había intuido que Brown pertenecía a un nivel social más bajo y le había ofrecido una ropa en consonancia con ello.

—Quédese aquí y póngase cómodo, Brown —dijo Hornblower.

—Sí, señor —contestó Brown cuadrándose, con la negra pelambreira rizada y revuelta. Hasta aquel momento, solamente Hornblower había podido usar un peine.

Hornblower dirigió una mirada a Bush, que ya se había dormido, como le indicaba el leve ronquido que salía de su garganta. No parecía haber sufrido mucho por la inmersión y la intemperie, porque sus veinte años de vida en el mar le habían endurecido contra el frío y la humedad. Apagando la vela de un soplo, Hornblower salió, cerrando la puerta con cuidado y haciendo señas al criado para que fuese por delante. En la puerta del salón, Félix preguntó a Hornblower su nombre y, cuando le anunció, éste se sintió aliviado al ver lo mal que pronunciaba el inglés: al fin y al cabo, eso le hacía humano.

Los dueños de la casa se hallaban sentados a los lados de la chimenea que estaba al fondo del salón.

—Lo siento —dijo el conde levantándose para ir al encuentro de Hornblower—, pero no he oído bien el nombre que mi mayordomo ha anunciado.

—Capitán Horatio Hornblower, del navío *Sutherland* de su majestad británica.

—Encantado de conocerle, capitán —el conde sorteaba la dificultad de la pronunciación con toda la habilidad que era de esperar en un representante del antiguo régimen—. Yo soy Lucien Antoine de Ladon, conde de Graçay.

Ambos se hicieron una reverencia.

—Permítame que le presente a mi nuera, la vizcondesa de Graçay.

—A su servicio, señora —Hornblower volvió a inclinarse; se sintió un palurdo desmañado, porque instintivamente se le había escapado la fórmula de cortesía inglesa. Deprisa y corriendo buscó en su memoria la correspondiente expresión francesa y terminó por murmurar un tímido *enchanté*.

La vizcondesa tenía unos ojos negros que contrastaban extrañamente con el castaño dorado de sus cabellos. Era de formas robustas; se podía decir incluso que escultóricas, y debía de andar cerca de los treinta años. El vestido de seda negra, escotado, descubría unos redondos hombros blancos. Ella se inclinó en una reverencia y sus ojos se cruzaron con los del extranjero con una perfecta naturalidad.

—¿Y cómo se llama el caballero herido que tenemos el honor de alojar en esta casa? —preguntó. Aun para los oídos poco expertos de Hornblower, el francés que ella usaba sonaba de un modo diferente al del conde.

—Bush, primer oficial de mi navío —contestó Hornblower, comprendiendo con esfuerzo el alcance de la pregunta—. En la cocina he dejado a mi criado; se llama

Brown.

—Félix procurará que no le falte nada —se apresuró a decir el conde—. Pero... y a usted, capitán, ¿no le gustaría tomar alguna cosa? ¿O tal vez otra copita de vino?

—No, nada; muchas gracias —dijo Hornblower. Aunque no había comido nada desde el mediodía, no sentía ningún apetito en aquel mundo en que todo andaba trastocado.

—¿Nada, a pesar de las fatigas de vuestro viaje?

No podía hacerse una alusión más delicada a la llegada de Hornblower y sus compañeros entre la nieve, empapados y exhaustos.

—Nada, se lo agradezco —repitió de nuevo Hornblower.

—¿No quiere sentarse? —preguntó la vizcondesa. Y los tres se sentaron.

—Espero que nos perdone si seguimos hablando en francés —dijo el conde—. Pero es que han pasado diez años desde que me vi en la necesidad de expresarme en inglés y tampoco entonces me era nada fácil. Además, mi nuera no lo entiende.

—Bush, Brown —dijo la vizcondesa—. Esos nombres puedo pronunciarlos. Pero su nombre es muy difícil, capitán, Orremblor... No, no me sale.

—¡Bush, Orremblor...! —exclamó el conde, como si de repente recordara algo—. Sabrá que los periódicos franceses han estado hablando de ustedes recientemente, ¿no es así?

—Pues no. Pero me gustaría... —dijo Hornblower.

—Un momento.

El conde cogió un candelabro y salió, y volvió enseguida para impedir que el silencio a que Hornblower se veía obligado se volviese demasiado embarazoso.

—Aquí hay algunos números recientes del *Moniteur* —dijo el conde—. Le pido mil perdones, capitán, por las cosas que va a leer en él.

Entregó el periódico a Hornblower indicándole con el dedo algunas columnas. Una primera noticia anunciaba concisamente que un despacho recibido por el semáforo de Perpiñán comunicaba al ministerio de Marina que un navío de línea inglés había sido capturado en Rosas. Otra daba más detalles y proclamaba triunfante que el buque *Sutherland*, de cien cañones, que hacía tiempo que cometía actos de piratería en el Mediterráneo, había hallado justo castigo por la mano de la escuadra de Tolón, al mando del almirante Cosmao. Cogida de improviso y obligada a rendirse, la nave, «con gesto de cobardía, arrió del palo mayor la bandera de la pérfida Albión, bajo la cual había estado cometiendo sus cobardes delitos». El pueblo francés podía estar seguro de que su resistencia había sido muy limitada y uno sólo de los navíos franceses había perdido un mastelero durante el bombardeo. La acción se desarrolló ante millares de ojos del pueblo español, y sería una saludable lección para los pocos que, ilusionados por las mentiras inglesas o seducidos por su oro, aún acariciaban la idea de rebelarse contra su legítimo soberano, el rey José Bonaparte.

Otro artículo anunciaba que el vil capitán Hornblower y su igualmente infame segundo teniente Bush se habían rendido; el último era uno de los pocos heridos en el

encuentro, y a todos los pacíficos ciudadanos franceses que sufrieron a causa de sus hazañas piratescas de un modo directo o indirecto, se les aseguraba que el tribunal militar juzgaría cuanto antes los delitos cometidos por aquellos individuos. ¡Ya hacía demasiado tiempo que la moderna Cartago mandaba a sus sicarios para ejecutar impunemente sus malvados planes! Pronto sus maldades se verían desenmascaradas ante los ojos del mundo, que debía aprender a discernir entre la verdad y la vil mentira que esparcían las «plumas vendidas» al servicio de Inglaterra.

Otro artículo aseguraba que a consecuencia de la gran victoria del almirante Cosmao sobre la *Sutherland* en aguas de Rosas, Inglaterra había abandonado sus acciones navales en las costas de España, y el ejército de Wellington, tan imprudentemente expuesto a ser aplastado por las fuerzas francesas, sufría gravemente por la falta de aprovisionamiento. Y después de haber perdido a uno de sus viles sicarios en la persona del odioso aventurero Hornblower, la pérfida Albión estaba a punto de perder otro más, pues la rendición de Wellington estaba próxima y era inevitable.

Con impotente furor, Hornblower veía danzar ante sus ojos los negros caracteres que rezaban: «un navío de cien cañones». ¡Vamos, cuando la verdad era que la *Sutherland*, la más pequeña de las naves de línea, apenas contaba con setenta y cuatro!; «una resistencia poco importante», «un solo mastelero perdido», cuando la *Sutherland* había desmantelado tres navíos mayores que ella y desarbolado el cuarto antes de rendirse. «Uno de los pocos heridos». ¡Y los dos tercios de la tripulación de la *Sutherland* habían quedado muertos, heridos o inválidos, y además Hornblower con sus propios ojos había podido ver correr ríos de sangre del navío del almirante francés! «Inglaterra había abandonado sus acciones navales en las costas de España». ¡Ya, ya! Y ni siquiera una alusión al hecho de que, quince días después de la captura de la *Sutherland*, toda la escuadra francesa que se hallaba en aguas de Rosas había sido destruida en un ataque nocturno efectuado por los ingleses.

Hornblower se sentía ofendido en su honor de marino.

No se podía decir que aquellas mentiras no estuviesen presentadas con habilidad. Aquel detalle de «un solo mastelero perdido» tenía todas las apariencias de la verosimilitud. Europa entera podía creerle un cobarde, además de un pirata, y él no tenía la más mínima probabilidad de contradecir públicamente aquellas afirmaciones, hechas con tanta desfachatez. Hasta en Inglaterra aquellas noticias podían encontrar algún crédito. Las gacetas inglesas reproducían casi todos los boletines del *Moniteur*, sobre todo los que hacían referencia a acciones navales. *Lady Bárbara*, *María*, los capitanes compañeros suyos, todos debían de estarse preguntando la veracidad que se podía atribuir a las noticias que daba el *Moniteur*. Por muy acostumbrada que estuviera a las exageraciones francesas, no se podía esperar que toda Europa comprendiese que aquellas noticias, con excepción de la pura y simple de la rendición de Hornblower, eran completamente falsas. A Hornblower le temblaban un poco las manos, tan excitado se sentía, y cuando sus ojos se encontraron con los de

sus anfitriones, notó que le subía al rostro una oleada de calor. Y con la ira que le apretaba la garganta, le fue muy difícil pronunciar unas palabras en francés.

—¡Todo esto es una infamia! —estalló al fin—. ¡Esto me deshonra!

—Deshonraría a cualquiera —dijo el conde serenamente.

—¡Pero esto... esto...! —tartamudeó Hornblower, y renunció al esfuerzo de expresarse en francés. Recordó que cuando estaba prisionero en Rosas había pensado que seguramente Napoleón no renunciaría a publicar unos triunfantes boletines sobre la captura de la *Sutherland*, y todo aquel furor, ahora que podía leerlos, no era más que una debilidad por su parte.

—¿Me perdonará si cambio la conversación y le hago algunas preguntas personales? —inquirió el conde.

—Por supuesto.

—Supongo que han huido de una escolta que les llevaba a París. ¿Es así?

—Sí —contestó Hornblower.

—¿Dónde se encontraban cuando han escapado?

Hornblower se esforzó en explicar que se hallaban en un lugar en que un camino lateral conducía al río, a seis kilómetros de Nevers. Luego siguió buscando las palabras para relatar las circunstancias de la fuga, cómo el coronel Caillard fue reducido al silencio y el horrible viaje por el río, en medio de la oscuridad nocturna.

—Debían de ser poco más o menos las seis de la tarde cuando han huido, ¿verdad? —dijo el conde—. En efecto.

—Ahora apenas es medianoche y han recorrido veinte kilómetros. No existe la menor probabilidad de que, por lo menos en bastante tiempo, los gendarmes de la escolta vengan a buscarles aquí. Es todo lo que quería saber. Puede dormir tranquilo esta noche, capitán.

Conmocionado, Hornblower se dio cuenta de que había dado por sentado que iba a dormir tranquilamente, al menos durante las primeras horas; la atmósfera de aquella casa, desde el principio, había sido demasiado cordial para pensar otra cosa. En cambio, ahora, y por reacción, empezaba a ponerlo en duda.

—¿Pero no... no le dirá a la gendarmería que nos encontramos aquí? —Era endiabladamente difícil expresar un pensamiento semejante en un idioma extranjero, sin ofender al huésped.

—Al contrario —dijo el conde—. Si me preguntan les diré que no se encuentran aquí. Espero que en esta casa se considere entre amigos, capitán, y que se quede con nosotros mientras le convenga.

—Gracias, caballero. Muchísimas... —tartamudeó Hornblower.

—Añadiré —siguió diciendo el conde— que las circunstancias —es una historia muy larga, al menos por ahora— hacen que las autoridades acepten mi afirmación sin vacilar, cuando les diga que no sé nada de usted ni de dónde se encuentra. He de decirle que tengo el honor de ser alcalde de este pueblo y por eso represento al gobierno, aunque sea el secretario el que desempeñe toda la labor que corresponde a

mi cargo.

A Hornblower no se le escapó la escéptica sonrisa que el conde había esbozado al pronunciar la palabra «honor» y balbuceó una contestación adecuada, que el primero escuchó cortésmente. Pensando en ello, se decía que era una verdadera casualidad haber ido a parar a una casa donde había sido bien acogido y socorrido y donde podía considerarse a cubierto de toda persecución y dormir en paz. La idea de dormir le hizo comprender que, a pesar de la excitación que sentía, estaba enormemente cansado. La impasible cara del conde y el amable rostro de su nuera no dejaban traslucir si ellos estaban o no fatigados; por unos instantes, Hornblower se sintió preocupado con el problema que siempre se presenta al que pasa la primera noche en una casa extraña, de si serían los dueños de la casa los que le sugirieran retirarse o si estarían esperando una alusión por parte del huésped. Finalmente se decidió y se puso en pie.

—Debe de estar fatigado —dijo la vizcondesa. Eran las primeras palabras que pronunciaba desde hacía mucho rato.

—Sí —confirmó Hornblower.

—Le acompañaré a su habitación —se ofreció el conde—. ¿Quiere que llame a su criado? ¿No?

En el vestíbulo, después de haberse hecho una inclinación y darse las buenas noches, el conde señaló las pistolas que aún se hallaban sobre la mesita.

—¿Tal vez le gustaría tenerlas a su lado? —preguntó con su acostumbrada cortesía—. ¿No se sentiría más seguro?

La tentación era muy grande, pero Hornblower terminó por rechazar el ofrecimiento. Seguramente no bastarían para salvarle dos pistolas de las manos de los gendarmes napoleónicos, si llegaban a entrar en su habitación.

—Como desee —dijo el conde, abriendo el camino con un candelero en la mano—. Las cargué apenas oí que se acercaba alguien; podía ser una banda de *refractaires*, que son los jóvenes que huyen del alistamiento, escondiéndose en los bosques y en las montañas. Su número ha aumentado considerablemente después del último decreto que anticipa el alistamiento en varios años. Pero luego he comprendido que la gente que tuviese malas intenciones no delataría su presencia dando gritos. Aquí está su habitación, capitán. Espero que encuentre en ella todo lo necesario. La ropa que lleva ahora creo que le sienta bastante bien; tal vez desee llevarla mañana. Y ahora, muy buenas noches. Espero que duerma bien.

El lecho en el que se metió Hornblower estaba gratamente cálido. Cerró las cortinas de la alcoba.

Su cerebro se hallaba deliciosamente amodorrado; a los penosos recuerdos del pavoroso salto desde la barquita a los vertiginosos remolinos de la cascada y la angustiada lucha por la vida en el agua, se sobreponían las imágenes de la expresiva cara del conde y de Caillard amordazado, envuelto en su capote y colocado en el fondo del carruaje.

No durmió bien, pero tampoco se puede decir que durmiese mal.

CAPÍTULO VIII



Cuando Félix entró a la mañana siguiente con la bandeja del desayuno y descorrió las cortinas, Hornblower estaba aún medio dormido. Brown seguía a Félix; y mientras éste colocaba el desayuno sobre la mesita de noche, se dedicó a recoger la ropa que Hornblower había esparcido por allí la noche anterior, esforzándose bastante para adoptar el digno aspecto del criado de un gran señor. Hornblower bebía el café humeante y comía con apetito el pan, y Brown, recordando sus deberes, se apresuró a descorrer las cortinas de la ventana.

—El viento ha cesado, capitán —dijo—. Me parece que el poco que queda empieza a retirarse hacia el sur; es seguro que habrá deshielo.

Por la ventana de la habitación Hornblower veía desde la cama un paisaje sin límites, de una blancura cegadora, en una empinada pendiente hacia el río que, por contraste, parecía negro, igual que una raya oscura sobre un papel blanco. Los árboles destacaban oscuros y desnudos allí donde el viento había hecho caer la nieve que se amontonaba en sus ramas; a la orilla del río, una hilera de sauces, cubiertos de blanco, parecían como brotar del agua. Hornblower creyó oír el gorgoteo de las aguas, y aguzando el oído estaba casi seguro de percibir el rumor sordo y regular de la cascada, que se veía un poco más lejos, si estiraba el cuello. Más allá, al otro lado de la ribera, se descubrían los tejados de algunas casas de campo, cubiertos por la nieve.

—Ya he visto al teniente Bush —decía Brown—. Está perfectamente y le envía sus saludos. Iré a ayudarle a afeitarse en cuanto termine con usted, señor.

—De acuerdo —asintió Hornblower.

Experimentaba un ligero remordimiento por haberse interesado tanto por el paisaje, olvidándose de su segundo; pero sentía una deliciosa languidez en todos sus miembros. No deseaba más que abandonarse a la pereza. El presente era un momento de transición entre las angustias y los peligros de ayer y lo desconocido que le traería el día de hoy. Quería que aquel momento se prolongase indefinidamente; que el tiempo se detuviese; que sus perseguidores, que le andaban buscando más allá de Nevers, se quedasen petrificados como por ensalmo mientras él seguía allí, a cubierto de todos los peligros y libre de responsabilidades. El propio café que había saboreado contribuía a darle aquel sentimiento de bienestar, aliviando su sed sin impulsarle sin embargo a la actividad. Imperceptiblemente iba cayendo en un vago y delicioso sopor, y el respetuoso ruido de pasos con el que Brown le devolvió a la realidad le pareció odioso.

—Bueno —dijo resignándose a lo inevitable. Apartó la ropa de la cama y saltó al suelo; al instante le envolvió el áspero mundo cotidiano y sus fantasías se desvanecieron como las coloreadas nubes de una aurora tropical. Se afeitó y se lavó

en la palangana absurdamente pequeña que halló en un rincón, pensando de muy mal humor en la perspectiva de largas horas de conversación en francés con sus anfitriones. Le parecía muy penoso el esfuerzo que eso le exigiría y envidiaba a Bush, que no hablaba más que inglés. Aquel esfuerzo cobraba la misma importancia ante su obstinada mente que el hecho de que, si le cogían, sería irremediablemente condenado a muerte. Se fue a la habitación de Bush, y con paciencia, escuchó su charla insólitamente animada. Ni siquiera se tomó la molestia de satisfacer su legítima curiosidad respecto a la casa en la que habían encontrado acogida y a las intenciones de sus moradores. Aquel modo de desahogar su mal humor sobre el pobre Bush le inspiraba desprecio hacia sí mismo, pero no le sirvió para levantar sus decaídos ánimos.

Dejó sin ceremonias a Bush, apenas creyó que podía hacerlo de un modo decente, y fue en busca del amo de la casa. En el salón encontró únicamente a la vizcondesa, que le recibió sonriente.

—El conde está trabajando en su despacho —le dijo—. Esta mañana tendrá que contentarse con mi compañía.

A pesar del esfuerzo que le costaba, Hornblower consiguió construir una frase apropiada a las circunstancias, que la señora acogió con una sonrisa. Sin embargo, la conversación no era demasiado fácil; Hornblower debía forjar penosamente cada frase en su pensamiento, antes de disponerse a hablar, y esforzarse bastante para no caer en el español, con el que se confundía cada vez que empezaba a pensar en un idioma extranjero. Sin embargo, las primeras observaciones sobre la tormenta de la pasada noche, sobre la nieve de los campos y sobre la inundación tuvieron por resultado darle a conocer el nombre del río cuyo rumor llegaba hasta él: se trataba del Loira, a cuatrocientas millas de su desembocadura en el golfo de Vizcaya. A poca distancia de allí corriente arriba, se encontraba la ciudad de Nevers; corriente abajo, un gran afluente, el Allier, se unía al Loira, pero en aquella dirección no había más que unas pocas casas habitadas y ningún otro pueblo en unas veinte millas a lo largo del río hasta llegar a Pouilly, de cuyos viñedos salía el vino que bebieron la noche anterior.

—Sólo en invierno va tan crecido el río —dijo la vizcondesa—. En verano es muy poca cosa, y por algunos sitios se puede atravesar a pie de una ribera a otra. Entonces es azul, y las orillas parecen de oro; en cambio ahora es negro y feo.

—Sí —dijo Hornblower.

El dolor en sus muslos y pantorrillas le hizo recordar la caída en la cascada y la desesperada lucha en el agua. Lo mismo él que Bush y Brown hubiesen podido ser a aquellas horas unos cadáveres flotando a la deriva, chocando contra todas las rocas en el fondo del río, y, tal vez, cuando la corrupción los pusiese a flote...

—Aún no le he dado las gracias a usted y al señor De Graçay por su hospitalidad —dijo, escogiendo cuidadosamente las palabras—. Ha sido una gran bondad por parte del conde.

—¿Bondad? Sí, es el hombre más bueno del mundo. No podría explicar todo lo bueno que es.

La sinceridad se transparentaba en sus palabras; la boca, un poco grande, se abrió con alegre expresión y brillaron sus ojos.

—¿De veras? —dijo Hornblower. La palabra *vraiment* salió de sus labios con toda naturalidad, ahora que la conversación se animaba.

—¡Oh, sí! Es muy bueno. Es la dulzura y la bondad personificadas por naturaleza y no... no solamente por la experiencia de la vida. Para mí no ha tenido jamás una palabra desagradable, jamás, a pesar de la desilusión que yo le he proporcionado.

—¿Usted, señora?

—Sí, yo ¿no es obvio? Yo no soy una gran dama. Marcel no debería haberse casado conmigo. Mi padre es un campesino normando, propietario de sus tierras, es cierto, pero campesino al fin y al cabo; mientras que los Ladon, condes de Graçay, descienden de... del rey San Luis y aún de más atrás. Marcel no me ocultó que nuestro matrimonio fue un gran disgusto para su padre, pero yo nunca lo hubiese sabido por parte de mi suegro, que jamás me ha dicho una palabra ni hecho la más mínima alusión a ello. Marcel era el mayor, porque su hermano Antoine cayó en Austerlitz. Marcel también ha muerto... fue herido en Aspern, y yo no tengo hijos. Sin embargo, el conde nunca me lo ha echado en cara.

Hornblower contestó con un murmullo de simpatía.

—Ahora también ha muerto Louis-Marie. Murió de fiebre en España. Era el tercer hijo, y el señor De Graçay es el último de los Ladon. Estoy segura de que tiene destrozado el corazón, pero jamás ha dicho una palabra desagradable.

—¿Todos los hijos del conde han muerto?

—Sí, como os lo digo. El señor De Graçay era un emigrado; durante varios años después de la Revolución, vivió con sus hijos en Londres, y luego, cuando ellos ya fueron mayores y oyeron hablar de las hazañas del emperador, que entonces era primer cónsul, quisieron participar en las glorias de Francia. Sólo por contentar a sus hijos se aprovechó el conde de la amnistía y volvió aquí, al lugar donde la Revolución le dejó alguna propiedad. A París no quiso volver nunca. ¿Qué podía tener de común con el emperador? Sin embargo, permitió que sus hijos ingresaran en el ejército... y ahora han muerto todos. Antoine, Marcel y Louis-Marie. Marcel y yo nos casamos cuando su regimiento estaba de guarnición en mi ciudad; los otros dos eran solteros. Louis-Marie no tenía más que dieciocho años cuando murió.

—¡Espantoso! —dijo Hornblower.

La palabra expresaba imperfectamente el profundo pesar que le había producido la historia que la vizcondesa le contaba, pero fue lo único que supo decir. Ahora comprendía lo que le dijo el conde la noche anterior, que las autoridades le creerían cuando él les dijese que no había visto prisioneros evadidos por aquellos lugares. Un gran señor que había dado tres hijos al imperio no podía ser acusado de albergar fugitivos.

—Sin embargo, usted debe comprender que si le ha dado albergue no es por odio hacia el emperador —siguió diciendo la vizcondesa—. Es porque es bueno y usted necesitaba ayuda; nunca le vi negar su ayuda a nadie. Ah, es difícil de explicar, pero creo que usted me comprenderá.

—Comprendo —contestó Hornblower con dulzura.

La vizcondesa le inspiraba mucha simpatía. Tal vez la pobre se sentía sola e infeliz; poseía, sin duda, el carácter entero de la raza campesina de su familia y, sin embargo, su primera idea había sido hacer notar al extranjero la virtud y la bondad de su suegro. Con sus cabellos tirando a rubio y sus ojos oscuros, resultaba una mujer muy atractiva, y la blancura lechosa y opulenta de su piel hacía resaltar sus formas. Si no fuese por la ligera irregularidad de los rasgos y por la boca un poco grande, aquella cara hubiese sido de una deslumbradora belleza. No era extraño que el joven oficial de húsares —Hornblower daba por seguro que el joven vizconde de Graçay había sido un oficial de húsares—, se hubiese enamorado de ella durante los monótonos días de la guarnición, empeñándose en hacerla su esposa a pesar de la oposición paterna. Hornblower pensaba que a él mismo no le resultaría difícil amarla, si fuera lo bastante loco para permitir que ocurriera tal cosa mientras su vida se hallaba en manos del conde.

—¿Y usted? —Preguntaba la vizcondesa—. ¿Está casado en Inglaterra? ¿Tiene hijos?

—Tengo esposa... —dijo Hornblower.

Aunque hubiese podido explicarse fácilmente en francés, no le resultaba agradable describir a una extranjera cómo era María; por eso se limitó a decirle que era pequeña de estatura y de cabellos oscuros. En cuanto a las manos rojas y el cuerpo achaparrado y el gran amor que sentía por él, y que le aburría cuando no le causaba enfado, todo eso era tan difícil de explicar que prefirió callar antes que dejar ver su desamor por su esposa. Sobre esto jamás se había traicionado hasta entonces.

—¿De modo que tampoco tiene hijos? —volvía a preguntar la vizcondesa.

—No, ahora no.

Aquello era un tormento para él.

Habló de sus pequeños muertos por la viruela en la posada de Southsea y, tragando saliva, añadió que para enero esperaba ser padre nuevamente.

—Es de desear que para entonces esté ya en su hogar —concluyó la vizcondesa—. Hoy podrá discutir con mi suegro lo que se puede hacer para su huida.

Como obedeciendo a una invocación, entró el conde en la estancia en el mismo momento en que era pronunciado su nombre.

—Perdonen que les interrumpa —dijo, devolviendo el saludo a Hornblower—, pero desde la ventana de mi despacho he visto que se acercaba un gendarme, separándose de un grupo que cabalga a lo largo del río. ¿Será mucha molestia para usted, capitán, si le ruego que se retire por unos momentos a la habitación de *monsieur* Bush? También mandaré a ella a su criado y espero que sea tan amable de

cerrar la puerta con llave. Yo mismo voy a recibir al gendarme, y estoy convencido de que sólo tendrán que estar encerrados en la habitación unos minutos.

¡Un gendarme! Antes de que hubiese terminado la explicación, Hornblower se dirigía hacia la estancia de Bush; el señor Graay iba detrás, impávido y cortés, hablando sin prisas. Bush estaba sentado en la cama y empezó a hablar, pero a un brusco ademán de Hornblower se interrumpió y calló. Poco después llamaba Brown a la puerta; Hornblower le hizo entrar y acto seguido la cerró con doble vuelta de llave.

—¿Qué pasa, capitán? —susurró, y, en voz baja, Hornblower le explicó cómo estaban las cosas, sin separar la mano del pomo de la puerta y encorvándose para escuchar.

Se oyó llamar a la puerta de la calle, y Félix abrió haciendo un gran ruido de cadenas. Hornblower intentaba, febrilmente, captar el diálogo que se desarrollaba en el exterior, pero no entendía ni media palabra. Sin embargo, el gendarme hablaba con tono respetuoso, y Félix no abandonaba el aire impersonal y desapasionado del perfecto mayordomo. Un sordo rumor de pasos y el ruido metálico de unas espuelas indicó que el gendarme acababa de entrar en la casa. El golpe dado al cerrar la puerta de la calle fue el último ruido que Hornblower pudo oír. Los minutos pasaban lentos como horas en aquella espera. Consciente de su propia excitación, se esforzó en volverse hacia los otros dos, fingiendo desenvoltura, aunque también ellos eran todo oídos.

La espera se prolongaba demasiado para que pudiese durar la tensión; pronto se sonrieron, relajaron y no con la alegría postiza que Hornblower había fingido al principio. Al fin, nuevos rumores en el vestíbulo volvieron a llamar su atención, y se quedaron inmóviles, escuchando las penetrantes voces. Luego, la puerta de la calle se cerró y callaron las voces. Aún transcurrieron largos minutos antes de que sucediese nada; cinco; tal vez diez, y al fin un golpe en la puerta les hizo estremecerse, como si hubiese sido un pistoletazo.

—¿Puedo entrar, capitán? —Decía la voz del conde.

Hornblower abrió apresuradamente la puerta para darle paso; también entonces tuvo que armarse de paciencia, a pesar de su nerviosismo, traduciendo como podía mientras el conde se excusaba con Bush por haberle molestado, se interesaba por su salud y le preguntaba si había dormido bien.

—Dígale que he dormido estupendamente, capitán, por favor —dijo Bush.

—Me alegro mucho de saberlo —dijo el conde—. Ahora hablemos del gendarme...

Hornblower adelantó una silla; no quería que el conde pensara que su impaciencia era mayor que su buena educación.

—Gracias, capitán, gracias. ¿No les molesta que me quede un rato? Son muy amables. Pues bien, el gendarme ha venido a decirme...

La necesidad de traducírselo continuamente a Bush y a Brown hacía el relato interminable. El gendarme formaba parte del cuerpo que se estacionaba en Nevers;

todos los hombres disponibles habían sido movilizadas poco antes de la medianoche por un furibundo coronel Caillard para que fueran en busca de los fugitivos. En la oscuridad, apenas pudieron hacer nada. Al rayar el alba, Caillard había organizado unas búsquedas sistemáticas por las casas de campo a orillas del río, tratando de hallar el más pequeño rastro. La visita del gendarme a casa del conde era de simple rutina: venía a preguntar si por casualidad había visto alguien a tres ingleses fugitivos, y advertirles de paso que podían estar escondidos por allí. Las declaraciones del conde le dejaron completamente satisfecho. En realidad, el gendarme estaba convencido de que a aquellos ingleses no los encontrarían vivos. En la búsqueda se había encontrado una manta de las que usaba el herido, abandonada en la orilla cercana al Bec d'Allier, y aquello parecía una segura señal de que la barca había volcado, en cuyo caso, y llevando el Loira un gran caudal como llevaba, no había duda de que los fugitivos se habían ahogado. Al día siguiente las aguas arrojarían sus cuerpos en cualquier parte. El gendarme opinaba que la barca debió de volcar en el primer rápido que encontró en su camino, antes de recorrer una sola milla; tan peligrosas eran aquellas aguas.

—Espero que convendrá conmigo, capitán, en que estos informes son bastantes satisfactorios —concluyó el conde.

—¿Satisfactorios? —dijo Hornblower—. Ya lo creo. No podrían serlo más.

Si los franceses lo creían muerto, pronto desistirían de su persecución. En inglés explicó la situación a sus compañeros y ellos se deshicieron en gestos y sonrisas para demostrar al conde su agradecimiento.

—Tal vez en París no se sienta Bonaparte muy satisfecho de esa solución, encontrando que es demasiado sencilla —dijo el conde—. Estoy seguro de que no le parecerá suficiente y ordenará una nueva búsqueda. Pero a nosotros no nos molestará.

—Muchas gracias, señor conde —le dijo Hornblower; pero él le interrumpió con un gesto.

—Ya sólo queda que ustedes decidan lo que prefieren hacer en el futuro. Yo me permito opinar que sería muy imprudente que continuaran el viaje mientras el teniente Bush no esté perfectamente curado.

—¿Qué dice, capitán? —preguntó Bush al oír que le nombraban y ver que todos le miraban. Hornblower se lo explicó.

—Dígale a su señoría, señor, que soy capaz de hacerme una pierna postiza en un dos por tres y que dentro de una semana andaré y saltaré mejor que él.

—¡Estupendo! —dijo el conde cuando le fueron traducidas esas palabras en forma más conveniente—. Sin embargo, no veo que el empleo de una pierna de palo resuelva nuestro problema. Señores, podrían dejarse crecer la barba y disfrazarse. Había pensado que, haciéndose pasar por oficiales alemanes al servicio del emperador, podrían ofrecer una excusa verosímil de su ignorancia del francés, pero un pie amputado no se puede ocultar y durante muchos meses la llegada de un forastero al que le falte un pie recordará a los oficiales de policía al oficial inglés

herido que huyó y creyeron ahogado.

—Seguramente, a menos que consigamos evitar todo contacto con la policía —observó Hornblower.

—Eso es imposible —respondió el conde con firmeza—. Toda Francia está llena de policías. Para viajar, seguramente necesitarán caballos y un coche, y en un viaje de centenares de leguas, los caballos y el coche no dejarán de llamar la atención de la policía. Nadie puede hacer una docena de millas de camino por nuestras carreteras sin que le pidan más de una vez el pasaporte.

El conde se pellizcaba la barbilla con perplejidad. Los profundos pliegues de su expresiva boca estaban más marcados que nunca.

—Si nuestra barca no se hubiese destrozado la pasada noche en el río, tal vez... —dijo Hornblower.

La idea se le había ocurrido de pronto y sus ojos se encontraron con los del conde. De nuevo se dio cuenta de que les unía una extraña simpatía. Lo mismo había pensado el conde y no era la primera vez que notaba un fenómeno semejante.

—¡Es cierto! —exclamó el conde—. ¡El río! ¡Qué tontería no haberlo pensado antes! Hasta llegar a Orleans el río no es navegable y, a causa de los desbordamientos, las orillas están medio desiertas excepto en algún pueblo; y hay villas y ciudades por las que podrían pasar de noche, si hiciese falta, lo mismo que hicieron en Nevers.

—¿Dice que no es navegable, señor?

—Quiero decir que no hay tráfico comercial. Claro que hay barcas de pesca y de vez en cuando alguna draga de las que sacan la arena del lecho del río, pero eso es todo. Bonaparte ha intentado hacer el río navegable para embarcaciones mayores desde Orleans a Nantes, pero no ha tenido mucho éxito, según he oído decir. Luego, en Briare hay un canal lateral, que sirve para el tráfico, por lo que el río está desierto casi siempre.

—Pero ¿podremos bajar por él? —Insistía Hornblower.

—Oh, sí —contestó el conde, adoptando una actitud meditativa—. En verano, con una barca de remos... Hay algunos puntos donde podrían hallar dificultades, pero no hay ningún peligro.

—¡En verano! —exclamó Hornblower.

—Claro. Mientras tanto deberán esperar a que el teniente se encuentre bien y luego tendrán que construir una barca; supongo que siendo marinos podrán hacerlo. No creo que durante algún tiempo puedan pensar en partir. En enero, el río se suele helar; en febrero, con el deshielo se desborda, y eso dura hasta marzo. Entonces sería imposible vivir en el río; es demasiado frío y húmedo. Parece inevitable que me conceda su grata compañía hasta el mes de abril, capitán.

La perspectiva de verse obligado a esperar durante cuatro meses el momento de la partida era algo inesperado para Hornblower. Le había cogido por sorpresa. Había imaginado que al cabo de tres o cuatro semanas como máximo se pondría en viaje

hacia Inglaterra. Durante diez años, nunca había pasado cuatro meses seguidos en el mismo lugar; y no era eso solamente, sino que durante aquellos diez años tal vez no estuvo en tierra cuatro meses completos.

Su imaginación consideraba todas las alternativas posibles, sin ningún resultado. Para ir por tierra necesitaba caballos, por supuesto, y un vehículo, y era inevitable el contacto con toda clase de gentes. No podía esperar llevarse a Bush y a Brown con éxito. Y si tomaban el camino del río debían esperar necesariamente. Entretanto, durante aquellos cuatro meses, Bush tendría tiempo para restablecerse por completo, y en verano podrían prescindir de refugiarse en albergues o casas. Podrían dormir en la orilla, evitando el trato con los franceses y, bajando poco a poco por el río, llegarían al mar.

—Si llevan aparejos de pesca —aconsejaba el conde—, cualquiera que les vea podrá creer que son pescadores que se pasan el día en su trabajo. Por algún motivo que no acabo de explicarme, un pescador de agua dulce es un individuo del cual jamás se sospecha que lleve malas intenciones, como no sea contra los peces.

Hornblower asintió. Era raro, pero en aquel mismo instante él también había visto la barca con la imaginación, transportada por la corriente con los aparejos de pesca, seguida desde la orilla por alguna mirada indiferente. Realmente, no se podía imaginar un modo más seguro de atravesar Francia.

¡Pero en abril! Su hijo habría nacido entonces, y *lady* Bárbara se habría olvidado hasta de su existencia.

—Me parece monstruoso que hayamos de ser un estorbo para usted durante todo el invierno —exclamó.

—Capitán, le doy mi palabra de que su presencia será un grandísimo placer, tanto para mí como para la vizcondesa.

Y Hornblower no tuvo más remedio que resignarse.

CAPÍTULO IX



El teniente Bush observaba a Brown ocupado en atar la última correa de su nueva pierna de madera y Hornblower, desde el otro extremo de la habitación, los observaba a ambos.

—Vira en redondo —dijo Bush—. Basta.

Sentado en la cama, intentaba acostumbrarse a mover la pierna.

—Ahora, duro y... a por todas. —Hornblower vio a Bush levantarse y ponerse de pie apoyándose en el robusto hombro de Brown, y por su cara pasó una gradación de expresiones que iban del dolor al estupor.

—¡Ay! —dijo con voz débil—. ¡Dios mío, cómo se tuerce!

Era natural que así sucediera después de tantas semanas pasadas en la cama y luego sentado. Sentía que el suelo se movía y se balanceaba bajo sus pies, y, a juzgar por el modo como bizqueaba, todo debía de dar vueltas a su alrededor. Brown le sostenía pacientemente mientras Bush se enfrentaba a aquel fenómeno inesperado.

—Preparados —dijo al fin el teniente, apretando los dientes y dispuesto a vencer aquella debilidad—. ¡Vayamos con rumbo al capitán!

Brown se dirigió despacio hacia Hornblower, Bush agarrado a su brazo. La punta de la pata de madera, forrada de cuero, golpeaba en el suelo con un ruido sordo a cada nuevo esfuerzo para dar un paso. Bush la levantaba demasiado y, en cambio, la pierna sana se doblaba por la rodilla debilitada.

—¡Dios mío! —volvió a exclamar Bush—. ¡Despacio! ¡Despacio!

Hornblower se levantó, con el tiempo justo para recibirle en sus brazos y depositarle en la silla, donde Bush se dejó caer jadeante. Su rostro, al que la larga reclusión había proporcionado una palidez extraordinaria, estaba más descolorido que nunca. Hornblower recordó con una íntima punzada al antiguo Bush, tan vigoroso y lleno de confianza en sí mismo, con una cara que parecía tallada en un tronco de árbol; aquel Bush que no tenía miedo a nada y siempre se encontraba dispuesto a aceptar lo que le enviase la suerte, buena o mala; ese mismo Bush había perdido ahora su confianza al verse tan débil. No se le había ocurrido que tenía que volver a aprender a andar; y mucho menos que andar con una pierna de madera fuese tan diferente de hacerlo con dos piernas en buen estado.

—Descanse un poco antes de volver a empezar —le recomendó Hornblower.

Aunque había estado suspirando ansiosamente por poderse mover, durante unos días Bush se sintió desalentado, y Hornblower tuvo que darle ánimos mientras aprendía a andar. No había previsto ninguna de las dificultades que ahora aparecían, y se deprimía por ellas de forma desproporcionada. Pasaron unos cuantos días antes de que consiguiese dominar los vértigos y la debilidad que sentía. En cuanto pudo usar la pierna de madera, ésta empezó a demostrar sus defectos. Por ejemplo: no era fácil

encontrar la largura exacta, y con gran asombro por parte de todos, se descubrió que era muy importante que la punta de cuero estuviese en el ángulo adecuado con la pata de palo. Brown y Hornblower se dedicaron a la tarea empleando un banco de carpintero que había en el patio de las cuadras, y rehicieron la pierna por lo menos media docena de veces.

La rodilla de Bush, sobre la cual pesaba todo el cuerpo cuando se ponía a andar, se le había hinchado y le dolía; fue necesario almohadillar la rodillera y rehacer varias veces la horcajadura. Bush tuvo que irse acostumbrando, andando cada día un poquito, hasta que la piel de la rodilla se encalleció y se acostumbró a la nueva tarea. Cada una de sus caídas —y se caía con mucha facilidad— le causaba espantosos dolores en el muñón apenas cicatrizado: con la rodilla doblada en ángulo recto, el muñón se llevaba los golpes en todas las caídas y el dolor era intenso.

Pero las pruebas de Bush eran una manera como otra cualquiera de distraerse durante las largas veladas invernales. Entretanto, las nuevas órdenes de París reanudaban la busca y captura de los fugitivos prisioneros ingleses haciendo uso de todos los soldados recién ingresados en los depósitos de los alrededores. Un día que llovía a cántaros, apareció un grupo llamando a la casa del señor De Graçay; eran una docena de chicos temblorosos de frío y un sargento que los dirigía. Chorreando agua, fingieron registrar la casa y las cuadras de forma poco convincente. Hornblower, Bush y Brown estaban ocultos en un granero. A los quintos se les sirvió una comida en la cocina, preparada por los criados, y que a ellos les supo a gloria, pues hacía tiempo que no habían comido nada semejante. Se marcharon pronto para continuar sus pesquisas en otra parte. Todas las casas y pueblos en varias leguas a la redonda fueron visitados.

Después de esto, el nuevo acontecimiento que alteró la monotonía de sus días fue la noticia aparecida en los periódicos de que el capitán Hornblower y el teniente Bush habían padecido la suerte que se merecían, ahogándose en el Loira durante su tentativa de fuga, cuando eran conducidos a París para ser procesados. Indudablemente —según aseguraba el boletín—, esto les había ahorrado las balas del pelotón de ejecución que les aguardaba para castigar sus piraterías en el Mediterráneo.

Hornblower no pudo leer sin cierta emoción aquellas cosas cuando se las mostró el conde. No a todos los hombres les es concedido el privilegio de leer su propia esquila de defunción. Sin embargo, su primera impresión fue que el cariz que tomaban las cosas le facilitaría muchísimo la fuga. La policía ya no se volvería a preocupar de los fugitivos. Pero inmediatamente una oleada de nuevos sentimientos se sobrepuso a la anterior. En Inglaterra, María se creería viuda, precisamente cuando estaba a punto de dar a luz. ¿Cómo acogería la noticia? Hornblower sabía muy bien el gran amor que su mujer sentía hacia él, aunque solamente en un momento semejante consintiese en reconocerlo. Pero ¿qué haría María si le creía muerto? Eso significaría el fin de su razón de existir. Sin embargo, contaría con una pensión que le permitiría

cierto bienestar y un hijo a quien querer, con lo que, insensiblemente, podría irse haciendo a la idea de una nueva vida. En un momento de clarividencia, Hornblower veía a María vestida de luto, con un gesto resignado en la boca, las rubicundas mejillas humedecidas por las lágrimas y las rojas manos crispadas.

Así se le había aparecido aquel día de estío en que una fosa única acogió los cuerpecitos de Horacio y María...

Hornblower alejó de sí, con un estremecimiento, semejantes recuerdos. María no se vería en apuros económicos, pues la prensa británica se cuidaría de que el gobierno recordase cuál era su obligación. Él ya se figuraba poco más o menos lo que dirían los artículos comentando la declaración de las gacetas francesas; la indignación suscitada por la acusación de piratería lanzada contra un capitán de la marina real inglesa, las sospechas, claramente expresadas, de que hubiese sido asesinado a sangre fría en lugar de morir durante un intento de fuga y, en fin, el clamor por las represalias. En aquellos días era raro que un periodista inglés hablase de Napoleón sin recordar a otro oficial de marina británico, el capitán Wright, que, según se decía, se había suicidado en una prisión de París. Todo el mundo en Inglaterra creía que había sido asesinado y en el caso de Hornblower correría la misma voz. Pero era divertido ver cómo casi siempre las acusaciones más espectaculares que se lanzaban contra el tirano se basaban en acciones insignificantes o inexistentes. El ingenio británico, siempre fértil en invenciones propagandísticas, había descubierto que era más provechoso echar mano de un accidente insignificante que arremeter contra teorías y principios; los periódicos dedican más espacio a informar a la opinión pública de la muerte de un capitán de marina del que, por ejemplo, dedicarían a elucidar la naturaleza criminal de la invasión de España, que había ocasionado la matanza de miles de seres inocentes.

También *lady* Bárbara leería que el capitán Hornblower había muerto. Y se sentiría apenada, Hornblower lo creía firmemente... pero no sabía qué hondura alcanzaría su dolor. Este pensamiento despertó en él una tempestad de dudas y suposiciones, que en los últimos tiempos había procurado olvidar: si *lady* Bárbara pensaba en él o no, si su marido había sobrevivido a sus heridas y, en último caso, cómo le afectaba a él todo eso.

—Siento mucho que esa noticia le haya impresionado tanto —le decía el conde. Por estas palabras dedujo que, mientras estaba leyendo, su cara debía de expresar ansiedad y preocupación. Por una sola vez había bajado la guardia, pero se sobrepuso inmediatamente.

—Estoy pensando en que todo esto nos facilitará mucho el viaje a través de Francia —dijo, esbozando una sonrisa.

—Yo estaba pensando lo mismo cuando lo he leído, de manera que le felicito, capitán.

—Gracias.

Pero el conde parecía inquieto, como si algo le preocupara y, sin embargo, no se

decidía a explicarse.

—¿Qué piensa, señor conde? —preguntó Hornblower.

—Pues... que, hasta cierto punto, la posición es más peligrosa que antes. Ha sido dado por muerto por un gobierno que no admite los errores, y que no puede permitirse el lujo de admitirlos. Yo he sido bastante egoísta al aceptar el placer de su compañía y temo haberle hecho un flaco servicio. Si le vuelven a coger, morirá. El gobierno se cuidará de que muera antes de que la atención pública vuelva a fijarse en usted.

Hornblower se encogió de hombros con una indiferencia que, al menos por esta vez, era sincera.

—También si me hubiesen cogido antes me habrían fusilado. El resultado es el mismo.

A él no le parecía posible que un gobierno moderno pudiese cometer delitos secretos; eso era una cosa que se podía esperar de los turcos, tal vez de los sicilianos, pero de ningún modo de un Bonaparte, y de repente se dio cuenta, conmocionado, de que no era imposible en absoluto. Un hombre con un poder sin límites, que tenía enormes intereses en juego, que se rodeaba de sicarios con cuyo silencio podía contar, que no consentiría en quedar en ridículo a los ojos del mundo entero, cuando podía evitarlo con un simple asesinato. Este pensamiento no era nada consolador, pero Hornblower se esforzó por sonreír de nuevo.

—Tiene usted todo el valor que tanto honra a su nación, capitán —le dijo el conde—. Pero la noticia de su muerte no dejará de llegar a Inglaterra, y me temo que será una pena muy grande para *madame* Orrenblor...

—También yo lo temo.

—Podría encontrar la manera de enviar un mensaje a Inglaterra; puedo fiarme de mis banqueros. Pero no sé si resultaría conveniente.

Si se llegaba a saber en Inglaterra que él vivía, también se sabría en Francia, y se reanudarían las pesquisas con redoblado celo. Era terriblemente peligroso. María iba a sacar muy poco provecho de la seguridad de que su marido vivía, si ese conocimiento causaba la muerte de él.

—Creo que no es conveniente —declaró Hornblower.

En su mente reinaba un extraño dilema.

El Hornblower que era capaz de pensar fríamente, calculando con precisión las probabilidades de vivir, era un producto de su fantasía al compararlo con el Hornblower de carne y hueso que aquella mañana se había afeitado. Sabía por experiencia que sólo cuando estallaba una crisis, sólo cuando luchaba por la vida, arrastrado por un remolino, sólo cuando, en el fragor de la lucha, paseaba por el alcázar, sólo entonces esos dos seres se fundían en uno... en el momento en que el miedo aparecía.

—Espero, capitán, que estas noticias no le hayan alterado demasiado —le dijo el conde.

—En absoluto, señor.

—Me complace oírlo. Esta noche espero que usted y el señor Bush sean tan amables de acompañarnos a la vizcondesa y a mí en una partida de *whist*.

El *whist* se había convertido en la diversión de todas las noches. La predilección del conde por el juego era otro motivo de simpatía que le acercaba a Hornblower. El conde no era un jugador del tipo «matemático», como Hornblower, sino que más bien se fiaba de su instinto y tenía su propia táctica. Maravillaba ver cómo, a menudo, sus ataques a ciegas sorprendían a sus contrincantes y conseguía llevarse bazas que parecían irremediablemente perdidas, y la gran cantidad de veces que decidía intuitivamente cuál era el juego ganador, cuando se veía enfrentado a un dilema. Sin embargo, había días en que su facultad parecía abandonarle y entonces perdía una partida tras otra, ante la precisión del juego de Hornblower o de su nuera. Pero sus misteriosas facultades telepáticas le sacaban en triunfo, con gran disgusto por parte de Hornblower si lo tenía por adversario, o con intensa satisfacción si eran compañeros: disgusto por el fracaso de sus elaborados cálculos o satisfacción por su vindicación completa. La vizcondesa, en cambio, era una jugadora discreta y poco brillante. Hornblower sospechaba que el interés que ella ponía en el juego era debido en su mayor parte al afecto que sentía por su suegro. Para Bush, aquellas veladas eran una verdadera penitencia. Odiaba los juegos de naipes de cualquier clase, hasta el humilde «veintiuno»; y en el supremo refinamiento del *whist* se sentía perdido. Hornblower consiguió curarle de algunas de sus peores costumbres, como por ejemplo preguntar: «¿Cuál es el triunfo?» a la mitad de cada mano; consiguió que contase las cartas a medida que se iban sacando o que aprendiera las principales jugadas y descartes, y haciéndolo así, consiguió un jugador cuya presencia resultaba tolerable para tres buenos jugadores, con tal de no perderse su velada diversión. Para él, sin embargo, aquellas veladas eran períodos de agónica y fatigosa concentración, de confusos errores y vergonzosas peticiones de disculpas. El hecho de que la conversación se desarrollara en francés tampoco facilitaba las cosas. Bush clasificaba mentalmente el francés, el *whist* y la trigonometría entre las materias que ya era demasiado viejo para aprender, y, por su parte, hubiese sido completamente feliz dejándose las por entero a su adorado capitán.

En cambio, Hornblower hacía rápidos progresos en el francés, gracias a la necesidad de usarlo continuamente. Su oído, poco musical, no le permitiría jamás captar las sutilezas del acento, y siempre hablaría con la pronunciación átona del extranjero, pero su vocabulario se enriquecía, su estilo gramatical era más seguro y ya había adquirido una facilidad de palabra que más de una vez le valió los cumplidos de sus anfitriones. Pero el orgullo de Hornblower se veía soliviantado por el hecho de que Brown estaba aprendiendo el francés con la misma fluidez sin moverse de la cocina. También él se hallaba todo el día en contacto con gente francesa: Félix y su mujer, que era el ama de llaves, y su hija Louise, la camarera. En el patio de las cuadras habitaba la familia de Bertrand, el cochero, hermano de Félix. La mujer de

Bertrand era la cocinera, teniendo como ayudantes a sus dos hijas, mientras que uno de los hijos era lacayo a las órdenes de Félix y los otros dos trabajaban en las cuadras junto a su padre.

Una vez se atrevió Hornblower a expresar al conde su temor de que la presencia de él y de sus compañeros pudiese ser revelada a las autoridades por uno de aquellos numerosos servidores, pero el conde se limitó a negar con la cabeza, con un gesto de una seguridad increíble.

—No me traicionarían jamás —le aseguró; y tan profunda era su convicción que tuvo la virtud de convencer a Hornblower. Cuanto más conocía al conde más natural le parecía que nadie que le conociese bien llegase a engañarle o a traicionarle.

—Además, capitán, no debe olvidar que aquí la autoridad soy yo —había añadido el conde, con su sonrisa llena de malicia.

Después de esto, Hornblower pudo dejar que su mente se recreara de nuevo en una cómoda seguridad e indolencia; aquel sentimiento de seguridad aparecía teñido de irrealidad, como un sueño. Era irreal encontrarse encerrado durante largas semanas entre cuatro paredes, privado de los ilimitados horizontes y la infinita variedad del mar. Ahora se pasaba las mañanas paseando por el patio, como si fuese el alcázar de un navío y Bertrand y sus hijas, que se dedicaban charlando a sus quehaceres, fuesen los marineros empleados en la limpieza matutina. El olor de cuadra y el viento de tierra que llegaba por encima de las altas paredes eran un pobre sustituto de la viva frescura marina. Luego, Hornblower se pasaba horas en una ventana de una torrecilla para explorar el paisaje con un catalejo que el conde le había dado. Veía los viñedos desolados en la tristeza del invierno, las lejanas torres de Nevers, el ornamentado campanario de la catedral y las graciosas agujas del palacio de los Gonzaga. Veía el negro río impetuoso, con sus sauces medio sumergidos. El hielo de enero y la nieve que por tres veces cubrió aquel invierno las desiertas colinas fueron agradables variaciones a la monotonía del paisaje. Allí estaban los collados distantes y las suaves colinas cercanas; el valle del Loira y su cauce serpenteando hacia lo ignoto, lo mismo que el del Allier, que salía a su encuentro... A los ojos de un agricultor, la vista que se extendía ante la ventana de la torrecita del pequeño castillo a orillas del Loira habría sido un encanto, aun velada por la lluvia que tan a menudo caía, mas para un marino que, además, se sentía prisionero, aquello resultaba odioso. Hornblower echaba de menos el indefinible encanto del mar, su mágico misterio y su libertad. Bush y Brown, notando el malhumor con que Hornblower volvía de la torre cuando permanecía en ella largo rato mirando por la ventana con su catalejo, se preguntaban por qué perdía así el tiempo. El propio Hornblower se hacía la misma pregunta, pero no podía evitarlo. Su humor se agriaba aún más cuando veía al conde salir a caballo con su nuera y, después de una galopada, con la libertad que él tanto echaba de menos, volver sudorosos y acalorados, pero felices y llenos de salud. Hornblower se decía, furioso consigo mismo, que su envidia era estupidez, pero seguía envidiándoles.

También se sentía celoso de la alegría que la construcción de la nueva barca procuraba a Bush y a Brown. Él no tenía habilidad manual. Una vez trazado el diseño de la embarcación y resuelto que el fondo fuese plano y tuviese quince pies de eslora y cuatro pies de manga, no hubiese sabido hacer más que estorbar a los dos artífices, bastante más expertos en manejar las herramientas, el cepillo, la sierra y el taladro. Además, aquella tarea significaba para ellos una inagotable fuente de satisfacciones, motivo más que suficiente. Le irritaba la pueril alegría de Bush al descubrir que sus manos, reblandecidas en el largo período de convalecencia, volvían a recuperar sus callosidades. Envidiaba la sencilla satisfacción que experimentaban ellos al ver formarse la barca bajo sus manos, en el henil vacío que habían transformado en taller, y aún le daba más envidia la precisión óptica de Brown, que, sirviéndose de herramientas de cualquier clase, tallaba los remos sin ninguna de las plantillas o aparatos que a Hornblower le parecían indispensables.

Aquel invierno de reclusión fue una época oscura. Llegó enero y con él el tiempo en que debía venir al mundo su hijo. Hornblower casi se volvía loco ante tanta incertidumbre, la angustia por María y su hijo y el pensamiento de que *lady* Bárbara le creyese muerto y se pudiese olvidar de él. También le irritaba el amable carácter del conde y su constante cortesía, que acabaron por empalagarle. Hubiese dado un año de vida por oírle contestar con brusquedad a una de las desmañadas frases de Bush, y a veces el deseo de tratar con dureza al conde o incluso pelearse con él aunque le debiera la vida, o tal vez a causa de eso precisamente, se le hacía irresistible. Aquel esfuerzo de autocontrol le ponía de peor humor todavía. A pesar de la extraña concordancia de pensamientos entre ambos, que a veces era realmente curiosa, la inagotable bondad del conde le fatigaba, y aquel modo de verse reflejado en él, como en un espejo, como otro yo, le parecía con frecuencia una monstruosidad, recordando que un sentimiento parecido de simpatía le había unido al hombre más perverso que jamás conoció: el Supremo, en América Central^[2]. El Supremo pagó sus crímenes en el patíbulo en Panamá, y Hornblower temía que el conde, por amor a su nuevo amigo, no estuviese arriesgándose a ser guillotinado en París. Era una locura imaginar que pudiese existir ningún paralelo entre las vidas del Supremo y el conde, pero Hornblower se encontraba en un estado de ánimo pésimo. Pensaba demasiado y tenía muy poco que hacer, y su cerebro hiperactivo se estaba desmoronando. Era una locura dejarse llevar por ridículos pensamientos místicos sobre las relaciones anímicas que pudiesen existir entre él, el conde y el Supremo, y él lo sabía. Se decía que para llegar al final de aquellas semanas de espera no hacía falta más que paciencia y dominio de sí mismo; pero la suya estaba agotándose y se sentía harto de imponerse una continua contención.

La carne le salvó, cuando el espíritu empezaba a flaquearle. Una tarde, al bajar de una de sus enervantes estancias en lo alto de la torrecilla, se encontró con la vizcondesa en la galería del piso alto. Ella estaba en la puerta de su saloncito y a punto de entrar, y al acercarse Hornblower se volvió y le sonrió, y a él le pareció que

todo daba vueltas a su alrededor; exasperado y con la cabeza trastornada, se sintió como empujado hacia la mujer y tendió las manos hacia ella, a riesgo de verse rechazado, en su sed de hallar un consuelo de cualquier clase, algo que aliviase aquella insoportable tensión. Ella, sin dejar de sonreír, puso las manos en las del capitán, y al contacto de su tibia piel desapareció toda resistencia. Era una locura ceder al desencadenado torrente de la pasión, pero era una dulce locura. Ya se encontraban dentro de la habitación y la puerta se había cerrado a su espalda. Hornblower sentía palpar entre sus brazos una carne joven, saludable, satisfactoria, sin dudas ni vacilaciones ni especulaciones místicas. Ahora, el instinto ciego y el estímulo de largos meses de castidad podían tomar su desquite. Los labios de Marie eran un succulento fruto maduro; sus pechos, apretados contra él eran montículos de dulzura, y a su olfato llegaba el vago y embriagador efluvio femenino.

Junto al saloncito se encontraba el dormitorio, hacia donde ella atraía lentamente a Hornblower. Lo mismo que otro cualquiera se hubiese abandonado a la bebida y adormecido su cerebro en una bestial intoxicación, él se adormecía en la voluptuosidad de la pasión.

En su loco abandono lo había olvidado todo y nada le preocupaba.

Era extraño que Marie comprendiese el impulso que le había llevado a ella y aún más extraño que no se sintiese ofendida. A medida que el deseo de él se iba saciando, veía su rostro con mayor claridad.

Ella le contemplaba con una expresión tierna, desapasionada, casi maternal.

Ella se había dado cuenta de la sed de él por su magnífico cuerpo, y se daba cuenta también de que se sentía desgraciado. Le había entregado su cuerpo al ver el desesperado deseo de él, lo mismo que hubiese ofrecido un vaso de agua a un sediento. Ahora, manteniéndole la cabeza sobre su pecho, le acariciaba el cabello, acunándole como a un niño, murmurándole dulces palabras. Él sintió que le caía una lágrima en la mejilla. Marie se había enamorado de aquel extranjero, aunque sabía demasiado bien que no era el amor lo que le había traído a sus brazos. Sabía que tenía mujer e hijo en Inglaterra, y sospechaba la existencia de otra mujer a la que él amaba. No habían aparecido las lágrimas en sus ojos al pensar en aquellas mujeres, sino por la conciencia de que ella no era nadie en la vida de él. Sabía que aquella estancia a orillas del Loira no contaba para él, era algo inexistente, como un sueño, era un paréntesis de tiempo que él estaba obligado a soportar hasta el momento en que pudiese huir de nuevo hacia el mar, hacia aquel mundo loco que para él era la cordura, donde a cada paso tendría que luchar con los peligros y la dura necesidad. Aquellos besos suyos no significaban nada en comparación con la cruel realidad, con la guerra, la misma guerra que a ella le había robado a su joven esposo. Cruel, rapaz y dura realidad que había llenado Europa de jóvenes viudas, de campos devastados, de pueblos incendiados. Él la besaba lo mismo que un hombre, durante una interesante reunión de negocios, acariciaría la cabeza de su perro.

Al fin Hornblower levantó la cabeza para mirarla, y en sus ojos leyó el dolor que

ella sentía. La vista de aquellas lágrimas le conmovió indeciblemente, y le acarició dulcemente las mejillas.

—*Oh my dear!* —le dijo él en su idioma materno, buscando palabras francesas con las que poder expresar lo que deseaba. Tenía el corazón desbordante de ternura. En un momento de intuición comprendió el amor que ella le entregaba y la razón por la que se había dejado estrechar tan fácilmente entre sus brazos. La besó en los labios y separó de aquellos ojos suplicantes los magníficos cabellos rojizos. La ternura reavivó la pasión y, bajo las caricias de él, desapareció la última reserva.

—¡Te amo! —suspiró ella, ciñéndole el cuello con los brazos. En realidad, esto no hubiese querido confesarlo ni a él ni a sí misma. No ignoraba que entregándose tan apasionadamente Hornblower acabaría por destrozarle el corazón; sabía que él no la amaba, ni siquiera ahora que la ternura había dado paso al deseo en sus miradas. Si ella se permitía amarle, él le rompería el corazón. Marie vio claro durante un momento, antes de dejarse arrastrar a los abismos de aquel engaño de sí misma, que en el futuro no consideraría tal. Sin embargo, la tentación de engañarse a sí misma pensando que él la amaba resultaba demasiado fuerte. Y ella acabó entregándosele apasionadamente.

CAPÍTULO X



Aquel estallido de pasión había purificado el aire como una tormenta; al menos eso creyó Hornblower. Ahora tenía algo más concreto en que entretener sus pensamientos, dejando a un lado sus místicas lucubraciones. Para mitigar sus penas contaba con el tierno afecto de Marie, y, por otra parte, sentía escrúpulos de conciencia al considerar que había seducido a la nuera de su anfitrión bajo su propio techo. Sentía cierto malestar al pensar que las facultades telepáticas del conde le permitiesen adivinar el secreto; y el temor de que cualquiera pudiese percibir una mirada o un gesto involuntario, mantenía su mente en continua y saludable actividad.

Además, aquella aventura amorosa, mientras duró, se desarrolló con una rara e inesperada felicidad. No hubiese podido hallar amante más perfecta que Marie. Por matrimonio pertenecía a una familia noble, cosa que complacía las veleidades aristocráticas de Hornblower; mientras que por el lado opuesto, saber que ella descendía de una familia de campesinos le evitaba excesivos remordimientos. Marie sabía ser tierna y apasionada, maternal y flexible, se había mostrado práctica a la vez que romántica, y sobre todo le amaba, aunque se resignaba al mismo tiempo a la idea de que debía marcharse y estaba dispuesta a ayudarle. Su corazón se iba enterneciendo por ella a medida que pasaban los días.

Su marcha se convirtió de pronto en algo más fácil y próximo. Como por casualidad, el tema apareció en el horizonte uno o dos días después del encuentro de Hornblower con Marie. La barca estaba terminada, pintada y dispuesta en el henil, a punto de ser botada al agua; Brown la había llenado con agua sacada del pozo y anunció muy orgulloso que no perdía ni una sola gota. Parecía que los planes de su viaje hacia el mar se iban concretando continuamente. La gorda Jeanne, la cocinera, coció galletas en el horno para ellos. Esta vez Hornblower pudo tomar su desquite, pues era la única persona de la casa que sabía cómo se hacía la galleta, y Jeanne trabajó siguiendo sus indicaciones.

Después de laboriosos debates entre Hornblower y el conde, el primero resolvió no comprar alimentos por el camino para no arriesgarse, a menos que fuera imprescindible. Las cincuenta libras de galleta (en la barca había un cajón donde guardarlas) asegurarían a los navegantes una libra de pan por día y por cabeza durante diecisiete días. También llevaban un saco de patatas y otro de guisantes secos. Además, había algunos salchichones de Arlés, largos y delgados, secos como palos y, a juicio de Hornblower, bastante indigestos, pero que tenían el mérito de durar mucho tiempo; un poco de aquel abadejo con el que Hornblower trabó conocimiento durante su prisión en El Ferrol y un hermoso trozo de jamón completaban las provisiones. En resumen, todo estaba muy bien calculado, como

Hornblower hizo notar al conde, y durante aquel viaje por el Loira se alimentarían mejor que a bordo de ciertos navíos del rey Jorge. Para Hornblower, tan acostumbrado a los largos viajes por mar, la facilidad de resolver el problema de las provisiones de agua en un viaje por un río era una maravilla: tendrían agua dulce en cantidad ilimitada para beber, para lavarse y bañarse; agua que no se podía ni siquiera comparar, según le explicaba al conde, con el líquido maloliente, verdoso y rebosante de infusorios que solamente se entregaba a razón de cuatro pintas diarias a cada marinero, y con el que debía contentarse la gente de mar.

Hasta que se encontrasen en las cercanías del mar, no había que temer ningún contratiempo; solamente al aproximarse al estuario del Loira se hallarían en peligro. Hornblower, que a las órdenes de Pellew había desembarcado una vez a un espía en las marismas saladas de Bourgneuf, sabía que la costa de Francia era un hervidero de guarniciones y aduaneros, y que ante las propias narices de éstos deberían apoderarse de una barca pesquera que les permitiese aventurarse en el mar. Entre el temor al desembarco de tropas inglesas, el sistema continental de defensa y todas las precauciones que se tomaban para evitar el espionaje, los estuarios estaban perfectamente vigilados. Pero Hornblower pensaba que no había más remedio que confiar en la buena suerte. Era difícil hacer planes contra contingencias que podían adoptar cualquier forma, y además aquellos peligros estaban todavía lejos y Hornblower estaba demasiado ocupado de momento en otras cosas para entretenerse pensando en ello. El afecto que le ataba a Marie cada vez con más fuerza le hacía difíciles y penosos aquellos proyectos que lo separarían de ella.

Fue el conde el que hizo la proposición más práctica de todas.

—Si me lo permite... —le dijo una noche—, quisiera exponerle una idea que se me ha ocurrido para facilitarles el paso por Nantes.

—Le oiré encantado, señor —replicó Hornblower. La prolija cortesía del señor De Graçay resultaba contagiosa.

—No crea que deseo inmiscuirme de ninguna forma en sus planes; pero he pensado que su presencia en la costa sería más explicable si fingiese ser un alto empleado del servicio de aduanas.

—Sin duda —contestó Hornblower con calma—, pero no comprendo bien de qué manera podría...

—No tiene más que decir, si se presenta el caso, que es holandés. Ahora que Holanda ha sido anexionada a Francia y el rey Luis Bonaparte ha huido, es de presumir que sus funcionarios se unirán al servicio de Francia y del emperador. A mí me parecería perfectamente verosímil que, por ejemplo, un coronel de los aduaneros holandeses visitase Nantes para instruirse en sus obligaciones, especialmente si se tiene en cuenta que han entrado en vigor nuevas leyes de aduanas. Su excelente pronunciación francesa es la que puede esperarse de un oficial holandés, aunque (perdone mi franqueza) no hable nuestro idioma como un nativo.

—Pero..., pero... —tartamudeó Hornblower. Le pareció que el conde había

perdido su buen sentido habitual—. Sería muy difícil.

—¿Difícil? —Sonrió el conde—. Podría ser peligroso, pero (y perdone si le contradigo) no sería difícil. En la democrática Inglaterra tal vez nunca tuvo usted ocasión de comprobar lo que vale un uniforme y un gran aplomo en un país como éste, que ya ha realizado el fácil descenso de una autocracia a una burocracia. Un coronel de aduaneros puede ir a donde le dé la gana, cuándo y cómo quiera por nuestras costas. No debe dar cuentas a nadie; su uniforme le protege.

—Pero es que yo no tengo uniforme, señor. Antes de que las palabras saliesen de su boca, Hornblower adivinó lo que iba a decir el conde.

—En casa tenemos media docena de costureras, desde Marie a la pequeña Christine, la hija de la cocinera. Sería muy raro que entre todas no consiguieran confeccionar unos uniformes para usted y sus compañeros. Añadiré que la invalidez de *monsieur* Bush, que tanto deploramos, será una verdadera ventaja si adoptan mi plan. Está perfectamente en consonancia con el modo de obrar de Napoleón Bonaparte: colocar a los oficiales mutilados a su servicio como aduaneros. La presencia del señor Bush añadirá una pincelada de... realismo al efecto que producirá su presencia.

Y el conde se inclinó ligeramente en dirección a Bush, como para pedirle perdón por haber aludido a su desgracia física. Bush le devolvió el saludo desde su poltrona lo mejor que supo, ignorando las tres cuartas partes de lo que se había dicho.

Pero, mientras tanto, Hornblower había comprendido perfectamente el valor de aquella sugerencia, y durante varios días las mujeres de la casa, tuvieron mucho trabajo cortando, cosiendo y probando, hasta que llegó la noche en que los tres huéspedes pudieron presentarse ante el conde con sus elegantes casacas azules con galones blancos y rojos, y, en la cabeza, los atrevidos quepis. Éstos habían puesto a dura prueba la habilidad de Marie, pues en aquel tiempo los quepis todavía eran raros en el servicio gubernamental francés. En el cuello de Hornblower relucían las estrellitas de ocho puntas del grado de coronel, y en la gorra llevaba la escarapela entorchada.

—¡Muy bien! —dijo el conde aprobando con la cabeza, mientras ellos daban vueltas solemnemente ante él; luego vaciló.

—No falta más que un detalle que, según mi parecer, contribuirá a dar cierto toque de, hum... de realismo. Excúsenme un momento.

Se marchó a su despacho, dejando a los demás boquiabiertos, y en seguida volvió llevando en la mano un estuche pequeño que se apresuró a abrir. Sobre la seda reposaba una cruz de esmalte blanco con una corona de oro encima y, en el centro, un medallón igualmente de oro.

—Esto se lo pondremos en el pecho —le dijo—. No hay nadie que ostente el grado de coronel sin la Legión de Honor.

—¡Papá! —dijo Marie (era raro que ella usase ese apelativo tan familiar)—. Era de Louis-Marie...

—Lo sé querida, lo sé. Pero para el capitán Hornblower esto puede representar la diferencia entre el éxito y el fracaso.

Sin embargo, la mano le temblaba un poco mientras prendía la condecoración en la guerrera de Hornblower.

—Señor, señor conde, es usted demasiado bueno —protestó aquél.

La larga cara del conde expresaba tristeza cuando se enderezó; pero, en un instante, volvió a recuperar su acostumbrada sonrisa.

—Bonaparte me la mandó después..., después de la muerte de mi hijo en España. Fue un reconocimiento póstumo. Para mí, naturalmente, no tiene ningún valor: las condecoraciones del tirano no pueden significar nada para un caballero del Espíritu Santo. Pero le atribuyo un valor sentimental y por eso le agradecería que me la guarde y me la devuelva una vez que haya terminado la guerra.

—No puedo aceptarlo, señor conde —dijo Hornblower inclinándose para quitársela, pero su anfitrión se lo impidió.

—Se lo ruego, capitán, llévela, como un favor hacia mí. Me complacería mucho que lo hiciera.

Más que nunca, y después de haber aceptado de mala gana, Hornblower sentía remordimientos de conciencia recordando que había seducido a la nuera de aquel hombre mientras se aprovechaba de su hospitalidad. Más tarde, durante la velada, cuando se encontró a solas con el conde en el salón, la conversación que se siguió no hizo más que aumentar sus remordimientos.

—Ahora que su estancia aquí está a punto de terminar, capitán —dijo el conde—, comprendo lo mucho que le voy a echar de menos. Su compañía ha sido para mí un verdadero y grandísimo placer.

—Que no se puede comparar con la inmensa gratitud que yo siento por usted, señor conde.

Con un gesto, el conde detuvo las palabras de gratitud que Hornblower intentaba expresar penosamente.

—Hace poco hablábamos del final de la guerra. Algún día deberá terminar y, aunque soy viejo, tal vez viva aún lo bastante para ver ese fin. ¿Querrá acordarse entonces de mí y de este castillo a orillas del Loira?

—Por supuesto, señor. No lo olvidaré jamás. —Y miraba a su alrededor, al salón que ya le era familiar: los candelabros de plata, los anticuados muebles de estilo Luis XVI, la delgada figura del conde, erguida en su traje azul oscuro...

—Jamás lo olvidaré —repitió.

—Mis tres hijos han muerto jóvenes —dijo el conde—. No eran más que unos muchachos y tal vez no hubiesen llegado a la madurez de modo que yo pudiese sentirme orgulloso de ellos. Cuando entraron al servicio de Bonaparte ya me veían como un reaccionario, un hombre de otros tiempos al que era necesario soportar con todas sus manías. Era natural que así fuese. Si hubiesen vivido hasta ver el final de esta guerra, tal vez habríamos sido mejores amigos después. Pero el cielo no lo ha

querido, así que soy el último de los Ladon. Soy un hombre muy solo, capitán, sólo bajo este régimen; y, sin embargo, me temo que si cae Bonaparte y los reaccionarios vuelven al poder, no me hallaría menos solo entonces de lo que estoy ahora. Pero este invierno no he estado solo, capitán.

Hornblower se sentía atraído poderosamente hacia aquel viejo delicado, con el rostro lleno de arrugas, que tenía enfrente, sentado en un alto e incómodo sitial.

—Pero ya he hablado bastante de mí mismo, capitán —prosiguió el conde—. Quería hablarle ahora de las noticias que han llegado estos últimos días. Son bastante interesantes. Las salvas que oímos ayer fueron, como pensamos, en honor del nacimiento de un heredero imperial. Ahora tenemos un rey de Roma, como le ha llamado Bonaparte, para heredar el trono. No sé si tendrá algún tipo de apoyo. Hay muchos bonapartistas que no estarán muy entusiasmados ante la idea de que el poder se concentre indefinidamente en una dinastía. La caída de Holanda es indudable: hubo una lucha final entre las tropas de Luis Bonaparte y las de Napoleón a causa del asunto de las aduanas. Ahora Francia se extiende hasta el Báltico: Hamburgo y Lübeck son ciudades francesas, como Amsterdam, Livorno y Trieste.

Hornblower pensaba en las caricaturas de los periódicos ingleses, que con frecuencia comparaban a Bonaparte con la rana que se esfuerza en hincharse para parecer un buey.

—Yo creo que todo esto no es más que un síntoma de debilidad —continuaba el conde—. ¿No lo cree usted? ¿Sí? Me alegro de ver confirmadas mis sospechas. Diré más: tendremos guerra con Rusia; ya se han mandado tropas a Oriente y los detalles de las nuevas levadas han sido publicados al mismo tiempo que la proclamación del rey de Roma. Ahora, el país ocultará más refractarios al alistamiento que nunca. Tal vez Bonaparte se dé cuenta de que ha emprendido una tarea superior a sus fuerzas cuando se ponga a luchar con Rusia.

—Tal vez... —aventuró Hornblower, que no tenía buena opinión de las virtudes militares de Rusia.

—Pero hay una noticia aún más importante —dijo el conde—. Finalmente ha sido publicado un boletín del Ejército de Portugal. Está fechado en Almeida. Le costó un par de segundos a Hornblower comprender el significado de la noticia, que fue abriéndose paso en su mente poco a poco junto a sus infinitas consecuencias.

—Esto quiere decir que su Wellington ha derrotado al general Masséna; que la tentativa de conquistar Portugal ha fracasado y que los asuntos de España están de nuevo muy embrollados. Se ha abierto un boquete en el costado del imperio napoleónico, un boquete que poco a poco puede hacerle perder toda su fuerza... Ya qué precio para la pobre Francia sólo podemos imaginarlo. Pero es natural que usted, capitán, pueda formarse una idea más clara que yo de la situación militar, y tal vez he sido demasiado presuntuoso al hablar de ella. Sin embargo, usted no puede calcular los efectos morales de esta noticia con la misma facilidad que yo. Wellington ha derrotado a Junot, Victor y Soult. Ahora ha derrotado a Masséna, el mejor de todos.

Ya no se le puede comparar con nadie más que con Bonaparte. Es malo para un déspota tener rivales de igual prestigio. El año pasado, ¿cuántos años de poder habríamos concedido a Napoleón, si nos lo hubiesen preguntado? ¿Veinte? Tal vez. Ahora, en 1811, hemos cambiado de opinión. Decimos diez años. En el año 1812 podemos cambiar aún más y darle cinco. Yo, personalmente, no creo que el imperio dure en la forma actual más allá de 1814. Los imperios decaen a una velocidad que aumenta en progresión geométrica, y será su Wellington quien acabe con éste.

—Espero sinceramente que tenga razón —dijo Hornblower.

El conde no podía saber lo mucho que agitaba a su huésped la mención de Wellington, porque no se podía figurar que Hornblower se veía asaltado diariamente por las especulaciones sobre si la hermana del duque de Wellington era viuda o no; y si *lady* Bárbara Leighton, nacida Wellesley, había dedicado algún pensamiento al capitán de marina que había sido dado por muerto. Tal vez las victorias de su hermano ocupaban su pensamiento hasta el punto de excluir cualquier otra idea, y Hornblower temía que si conseguía al fin verse de nuevo en Inglaterra, se la encontraría elevada a una altura tal que no le prestaría atención alguna. Odioso pensamiento éste.

Pero luego se metió en la cama con el ánimo singularmente tranquilo, con el pensamiento ocupado en resolver problemas de diversa índole, desde los pronósticos de la caída del Imperio hasta los cálculos sobre el viaje por el Loira que estaba a punto de emprender. Ya hacía un buen rato que había pasado la medianoche y aún estaba desvelado cuando oyó abrir y luego cerrar con tiento la puerta de su habitación. Por instinto permaneció inmóvil, experimentando una ligera sensación de disgusto al recordar la intriga que mantenía bajo un hospitalario techo. Suavemente, se descorrieron las cortinas del lecho y, en la oscuridad, con los ojos a medio cerrar, vio una figura que se inclinaba hacia él como un fantasma. Una mano aterciopelada se posó en su mejilla y la acarició, y no pudiendo seguir fingiendo que dormía, simuló despertarse sobresaltado.

—Soy yo... soy Marie, Horatio —dijo una voz susurrante.

—Ah —respondió Hornblower.

No sabía qué decir ni qué hacer. Ni siquiera sabía lo que quería. Era consciente sobre todo de la imprudencia que había cometido ella. Presentarse en su habitación a aquellas horas, con riesgo de verse descubierta y dar un escándalo. Para ganar tiempo y poder reflexionar, cerró los ojos y aparentó que tenía sueño. La mano dejó de acariciarle la mejilla. Esperó aún un momento y luego se asombró al oír nuevamente el ruido de la puerta que se cerraba. De un salto se sentó en la cama. Silenciosamente, lo mismo que entró, Marie se había marchado. Sentado en la oscuridad, Hornblower seguía pensando qué significaría aquel incidente, pero no sacaba nada en limpio. Desde luego, no se arriesgaría a ir hasta la habitación de ella para pedirle explicaciones. Acabó por volverse a tender en la cama para seguir reflexionando, y esta vez, caprichosamente, como de costumbre, el sueño le sorprendió en medio de

sus especulaciones y durmió como un tronco hasta que entró Brown a despertarle llevando el desayuno.

Le costó casi la mitad de la mañana reunir el valor suficiente para enfrentarse a un coloquio que preveía muy poco agradable, y sólo después de una última ojeada a la barca en compañía de Brown y de Bush subió al fin las escaleras y fue a llamar al saloncito de Marie. A la invitación que ella le hizo, entró. ¡Cuántos recuerdos tenía para él aquella estancia! Las sillas doradas, de alto respaldo de forma ovalada, forradas de damasco blanco y rosado, y las ventanas, que daban al soleado Loira, y Marie, sentada con el bordado en la mano en el hueco de una de ellas...

—He subido para darte los buenos días —acabó por decir, ya que ella no hacía nada para animarle.

—Buenos días —contestó ella con la cabeza inclinada sobre su labor. Sus cabellos, iluminados por el sol que entraba a raudales, tenían fulgores maravillosos; parecía que ella quisiese ocultar el rostro al hablar—. Hoy nos damos los buenos días y mañana nos diremos adiós.

—Sí —dijo Hornblower, estúpidamente.

—Si me amaras —prosiguió ella—, sería terrible para mí verte partir y saber que no nos volveremos a ver durante años, tal vez para siempre. Pero como no me amas, me alegro de que vuelvas con tu esposa, con tu hijo, a tu vida de marino. Es lo que deseas y me alegro de que puedas llegar a realizarlo.

—Muchas gracias.

Ella seguía sin mirarle.

—Tú eres de esos hombres que las mujeres aman fácilmente. No creo que yo sea última. Y me parece que nunca amarás a una mujer ni sabrás lo que significa el amor.

Ante estas dos asombrosas afirmaciones, Hornblower no hubiese sabido qué replicar en inglés, y mucho menos en francés. No le quedó, pues, otra salida que tartamudear unas palabras sin sentido.

—Adiós —dijo Marie.

—Adiós, señora —balbució Hornblower, débilmente.

Tenía la cara roja cuando salió al vestíbulo, y se sentía en un estado de miseria moral en el que la humillación no tenía más que una pequeña parte. Era plenamente consciente, sobre todo, de haber obrado de un modo despreciable y haber sido despedido sin dignidad.

Pero las observaciones de Marie le daban que pensar. Nunca se le había ocurrido que las mujeres pudiesen enamorarse de él con facilidad. María —¡qué extraña semejanza de nombre: María y Marie!— le amaba y él siempre encontró aquel amor un poco fastidioso y cargante. Bárbara se le había ofrecido, pero él jamás se atrevió a creer que ella le amase; después de todo, ¿no se había casado con otro? Y Marie le amaba; casi avergonzado, Hornblower recordaba un incidente sucedido pocos días atrás. Entre sus brazos, Marie había murmurado: «Dime que me amas...», y con fácil amabilidad, él le había dicho: «¡Te amo, querida!». «Ahora soy feliz», había

replicado Marie. Quién sabe... Tal vez fuese bueno para ella saber que le había mentido; eso hacía más fácil la separación. Otra mujer, con una sola palabra, hubiese podido llevarlos a él y a Bush a la cárcel y a la muerte, y había mujeres muy capaces de hacerlo.

Que él no fuese capaz de amar... Marie podía equivocarse en eso. Ella no conocía las torturas que él pasaba por *lady* Bárbara, no sabía cuánto la había deseado y seguía deseándola. En este punto dudaba, culpable, y se preguntaba si el deseo persistiría después de satisfacerlo. Este pensamiento era tan molesto que se apresuró a olvidarlo, lleno de pánico. Si Marie se había propuesto turbarle para tomarse venganza, lo había conseguido plenamente, y si, por otro lado, había querido reconquistarle, tampoco andaba lejos de conseguirlo. Solamente con que Marie hubiese levantado un dedo, entre el remordimiento que le atormentaba y la inseguridad que sentía, Hornblower habría vuelto a ella; pero Marie no lo hizo.

Aquella noche, a la hora de cenar, apareció muy guapa y despreocupada, con los ojos brillantes y la expresión animada, y cuando el conde levantó la copa bebiendo por «un feliz viaje de vuelta a la patria», ella se le unió con todas las apariencias de un sincero entusiasmo. Bajo su forzada alegría, Hornblower ocultaba una gran tristeza. Ahora que estaba en vísperas de empezar a actuar de nuevo, solamente ahora, se daba cuenta de que había muchas cosas buenas en el limbo de calma y desocupación en el que habían transcurrido los últimos meses. Al día siguiente abandonaría aquella seguridad, aquella tranquilidad, aquella descansada indolencia. Ya presentía el peligro físico y sabía que le haría frente con serenidad, apenas con una cierta tirantez en la garganta, y también sabía que eso sería la solución de todas las dudas y de todas las vacilaciones que le habían atormentado.

Sin embargo, ahora, de repente, le parecía que no deseaba tan ardientemente aquella solución. Tal como estaban las cosas, aún podía esperar... Si Leighton declaraba que en Rosas el capitán Hornblower había combatido con espíritu contrario a las órdenes recibidas; si el consejo de guerra decidía que la *Sutherland* no había sido defendida hasta el último aliento... y los consejos de guerra son asuntos impredecibles..., si..., si... Y le esperaba María, con su empalagoso afecto, y el suplicio del deseo de *lady* Bárbara, tantas cosas diferentes de la pacífica vida que llevaba en la casa del Loira, con la incomparable cortesía del conde y el estímulo de la sana sensualidad de Marie.

Hornblower tuvo que hacer un esfuerzo para sonreír cuando levantó la copa.

CAPÍTULO XI



Las verdes aguas del Loira bajaban hasta su acostumbrado nivel estival. Hornblower había visto sus avenidas, sus hielos, al aparecer y al derretirse; había visto los sauces de las orillas casi sumergidos, pero ahora el agua volvía a su cauce, dejando al descubierto en las orillas unas riberas de dorada gravilla. Las aguas verdiazules que corrían veloces eran limpias, y bajo la pureza de aquel cielo destacaban los lejanos canales en un alegre contraste de colores con los primaverales tonos esmeralda del valle y los reflejos dorados de la ribera.

Los dos pacientes bueyes de oscuro y lustroso pelaje habían llevado el *travois* al río con las primeras luces del alba. Brown y Hornblower, que andaban a sus costados, cuidaban de que la preciosa embarcación, que se mantenía en equilibrio, no sufriese ningún daño. Bush jadeaba, cojeando, detrás. La barca resbaló suavemente al agua y, bajo la vigilancia de Bush, los campesinos cargaron las provisiones que habían llevado hasta allí. Una neblina matinal se extendía sobre el valle, levantándose en espirales sobre la superficie del agua, como si esperase los primeros rayos del sol para disiparse. Aquélla era la mejor hora para la salida. La niebla protegería a los viajeros de las miradas de los ojos indiscretos, que se llenarían sin duda de curiosidad al ver los preparativos de aquella inusitada expedición. En la casa ya se habían despedido de todo el mundo. El conde, tan impasible como siempre, como si levantarse a las cinco de la mañana fuese para él la cosa más natural del mundo; Marie, sonriente y serena. En las cuadras y en la cocina, las mujeres lamentaban la marcha de Brown, llorando sin disimulo y luego riendo entre sus lágrimas por las bromas que él les estuvo dirigiendo hasta el último instante en el voluble francés que había aprendido, acompañadas de algún manotazo en las abundantes posaderas. Hornblower se preguntaba cuántas conquistas habría hecho Brown durante el invierno y cuántos niños medio ingleses, medio franceses nacerían al siguiente otoño como resultado.

—Recuerde que me ha prometido volver después de la guerra —repitió el conde—. Marie se alegrará mucho de volverle a ver.

Su sonrisa no ocultaba aparentemente ninguna segunda intención. ¿Cuánto había adivinado y qué es lo que sabía? Este pensamiento obligó a Hornblower a tragar saliva.

—Desatraca —ordenó con voz ronca—. Brown, coja los remos.

La barca chirrió sobre las piedrecillas y, de pronto, flotó en el agua, abandonándose a la corriente y se alejó del pequeño grupo de campesinos y de los bueyes indiferentes, una visión ya vaga en medio de la niebla.

Las chumaceras rechinaron y la barca se movió a los vigorosos movimientos de los remos de Brown. Hornblower oía aquel rumor y veía a Bush sentado a su lado,

pero durante unos momentos no pudo fijarse en nada. Estaba rodeado de una niebla mucho más espesa que la verdadera y palpable.

Sin embargo, todas las nieblas se disiparon a los rayos del sol que pronto empezaron a calentarle la espalda. Sobre la orilla opuesta, magnífico en la plenitud de su floración, estaba el frutal en el que tantas veces se posó su mirada desde lo alto de la torrecilla, y al volverse vio brillar el castillo a los rayos del sol. Sabía que las torrecillas en los ángulos habían sido añadidas hacía unos cincuenta años por un conde De Graçay que tenía el característico gusto rococó por lo antiguo; pero vistas así de lejos parecían auténticas. A la luz matinal parecía realmente un castillo embrujado, un castillo de hadas, de maravilla, y los meses que había pasado en él a Hornblower le parecían ahora un sueño, un sueño del que despertaba de mala gana.

—Señor Bush —dijo con tono de mando—. Por favor, coja la caña y finja que está pescando. Más despacio, Brown.

Se deslizaban por el río, azul en la lejanía y verde de cerca, limpio y transparente hasta el punto de verse el fondo. Al cabo de unos minutos estaban en la confluencia del Allier con el Loira. Era un hermoso río, casi tan grande como este último, y al unirse ambos formaban una corriente majestuosa que de una a otra orilla medía por lo menos ciento cincuenta brazas. Se hallaban a tiro de fusil de la ribera, pero bastante seguros, porque las dos orillas se prolongaban en un ancho trozo de terreno arenoso, sobre el que apenas se veía algún sauce y que, a causa de las periódicas inundaciones, permanecía inculto y sin vivienda alguna. Sólo lo visitaban los pescadores y alguna aldeana que lavaba la ropa en el río.

La niebla se había desvanecido por completo y el cálido sol prometía uno de aquellos espléndidos días primaverales que se dan en la Francia central. Hornblower se acomodó algo mejor sobre el banco. La jerarquía estaba realmente en gran desproporción en aquella barca. La proporción de un capitán, un teniente y un marinero resultaba ridícula. Hornblower necesitaría muchísimo tacto para arreglarlo de modo que pudiesen hacer todo lo necesario entre los tres. Había que procurar que Brown no se molestase al ver que le colgaban todo el trabajo, y que la disciplina no corriera el riesgo de perderse por una división de las tareas excesivamente democrática. En una barca de quince pies de largo no sería empresa fácil conservar la dignidad que correspondía a un capitán.

—Brown —le dijo—. Hasta ahora estoy muy satisfecho de usted. Continúe así y cuando estemos en Inglaterra procuraré que le recompensen debidamente. Si quiere tendrá un nombramiento de contramaestre de la tripulación.

—Muchas gracias, señor, se lo agradezco muchísimo, pero si me disculpa le diré que me encuentro muy bien tal como estoy ahora, señor.

Quería decir que se avenía muy bien en su cometido de timonel; pero el tono de su voz dejaba entrever algo más. Hornblower le miraba mientras, de cara al sol, iba remando con lentitud. Había en su cara una sonrisa de satisfacción; aquel hombre era completamente feliz. Durante varios meses había estado bien comido y bien alojado,

en compañía de mujeres, con poco trabajo y bien tratado. Ahora mismo tenía por delante la perspectiva de un largo período de tranquilidad, en el que seguiría comiendo como jamás comió antes de poner el pie en Francia y sin más ocupación que la de remar plácidamente, sin necesidad de salir a la intemperie en una noche tempestuosa para arrizar las gavias. Veinte años entre la tripulación de un barco de la marina real, pensaba Hornblower, tenían que acostumbrar a cualquiera a vivir al día. El mañana podía traer peligros, enfermedades, fatigas y muerte; penalidades, desde luego, y probablemente hambre, sin poder levantar ni un dedo para conjurar todas esas miserias, pues el simple hecho de levantarlo podía hacer, quizá, que empeorasen. Veinte años a merced de la casualidad y no solamente en las cosas grandes, sino también en las más insignificantes, debían conseguir que el hombre que sobreviviese fuese un fatalista. Durante un segundo Hornblower sintió un poco de envidia por Brown, que jamás conocería el sufrimiento de la indefensión ni la indignidad de la incertidumbre.

En aquel lugar, el río estaba sembrado de islotes bordeados por una pequeña playa de gravilla dorada, los cuales lo dividían en varios brazos. La tarea de Hornblower no era nada sencilla, teniendo que escoger el trozo más navegable entre todos los que se presentaban. Había bajíos en el sitio que podría creerse más espacioso y por donde parecía dirigirse la corriente principal; las limpias aguas verdosas corrían veloces, cada vez más veloces; pero también cada vez más bajas, hasta que la barca pasó rozando contra los cantos del fondo. A veces la orilla se cortaba de repente a pico, de modo que se encontraban en poco más de seis pulgadas de aguas tumultuosas y, al instante siguiente, en aguas hondas y tranquilas, para luego verse medio encallados. Más de una vez Brown y Hornblower, con los calzones remangados hasta la rodilla, se vieron obligados a bajar para arrastrar la barca durante algunas docenas de yardas antes de hallar de nuevo bastante profundidad. Hornblower agradeció mentalmente al destino el hecho de haber decidido construir la barca con el fondo plano, porque la quilla habría sido un tremendo estorbo.

Luego llegaron a un salto de agua, casi igual que aquél que, durante la fuga en las tinieblas nocturnas, había provocado la catástrofe. El dique era medio natural y medio artificial, formado por grandes piedras amontonadas a través del río y, en algunos puntos, las aguas caían tumultuosamente.

—¡A la orilla, Brown! —gritó Hornblower al timonel, que esperaba sus instrucciones.

Llevaron la barca hacia un pequeño banco de guijarros, justamente encima del dique. Hornblower bajó y miró hacia delante. Bajo el dique se extendía un centenar de yardas de aguas turbulentas; era muy aconsejable transportarlo todo a cuestras. Hornblower y Brown hicieron tres viajes hasta el lugar en que el río volvía a ser navegable, llevando las provisiones. Bush, con su pierna de palo, no podría hacer otra cosa que ir cojeando por el accidentado terreno. Después fue necesario emplearse en la tarea de transportar la barca. No resultaba nada fácil; había una enorme diferencia

entre arrastrarla por los bajos en el río a levantarla en tierra. Tristemente se puso Hornblower a considerar la tarea antes de levantarla del suelo. Luego se inclinó y pasó las manos por debajo.

—Cójala por el otro lado, Brown. Ahora... arriba.

Entre ambos apenas consiguieron levantarla; pero aunque tambaleándose, ya habían recorrido unos pasos cuando Hornblower sintió que se le acababan las fuerzas y la barca resbaló de sus manos. Evitando las miradas de Brown, se inclinó nuevamente exasperado.

—¡Arriba! —exclamó. Pero era imposible llevar semejante peso de aquella forma. Apenas lo levantó, se vio obligado a volverlo a soltar.

—Así no se puede, capitán —dijo Brown, respetuoso—. Será preciso que nos la carguemos a la espalda. No hay más remedio.

Hornblower oía la voz de Brown como si llegase de muy lejos.

—Perdone, capitán; pero si usted la levanta por la proa, yo me encargo de la popa. Así, capitán, levante el otro lado y sosténgala firme, mientras me pongo yo. Bien, capitán. ¡Vamos! ¡Arriba!

Ya estaban encorvados bajo el peso. Hornblower, que estaba bajo la proa, que era lo más ligero, pensaba en Brown, que había cargado con la popa, mucho más pesada, y apretando los dientes se juró que no se detendría hasta que Brown no le avisase. Aún no habían pasado cinco segundos y ya se arrepentía de su decisión. Le costaba respirar y le dolía el pecho como si fuese a estallar. Cada vez se hacía más difícil hallar un punto de apoyo para el pie en aquella superficie tan desigual. Aquellos meses pasados en el castillo de De Graçay le habían debilitado; no se encontraba en forma. Las últimas yardas las recorrió sin ser consciente de nada salvo del peso abrumador sobre la nuca y los hombros y su dificultad para respirar. Al fin oyó la voz de Bush.

—Aquí, señor. Deje que la agarre bien.

Con la ayuda ligera pero eficaz que le prestó Bush, Hornblower pudo salir de debajo de la barca y depositarla suavemente en el suelo. Brown jadeaba, de pie en la popa, secándose el sudor de la frente con el revés de la manga. Hornblower le vio abrir la boca para hacer una observación, tal vez sobre el peso de la barca, pero enseguida la cerró, quizá recordando que debía nuevamente atenerse a la disciplina y hablar solamente cuando se le pidiese. Y la disciplina, según pensaba Hornblower, exigía que él mismo tampoco mostrase ninguna señal de debilidad ante su subordinado. Ya había sido bastante malo verse obligado a soportar los consejos de Brown sobre la manera en que se debía levantar la barca.

—Cójala otra vez, Brown, y la empujaremos al agua —dijo, dominando con un esfuerzo su jadeante respiración.

La barca resbaló en el agua y volvieron a cargar en ella las provisiones. Hornblower se sentía mareado por el esfuerzo, y ya pensaba en su comfortable asiento al timón, cuando alejó de sí este pensamiento.

—Yo remaré, Brown.

Brown volvió a abrir la boca, y la cerró de nuevo sin decir nada; no podía discutir una orden terminante. La barca se deslizó en el agua con Hornblower en los remos, feliz en su infundada seguridad de haber demostrado que un capitán era capaz de igualar en fuerza física a un simple timonel, por muy hercúleo que éste fuera.

Todavía volvieron a encontrarse aquel día con nuevos bancos casi a flor de agua, que no pudieron atravesar sin aligerar antes la barca de todo el peso que fue posible. Cuando Hornblower y Brown, con el agua hasta las rodillas, no conseguían arrastrarla más, Bush se veía obligado a descender; la pierna de palo se hundía en la arena, a pesar de su remate de cuero, y cojeando iba hasta el final del banco, esperando allí hasta que sus compañeros llegaron con la barca aligerada. Una de las veces tuvo que cargar con el saco del pan y el envoltorio de las mantas, y en esta ocasión, su pata de palo se hundió tan profundamente en la arena que los compañeros tuvieron que quitársela, llevarle a él a costas hasta la barca y volver a recuperar la pierna. Aquel día tuvieron que hacer otro transporte por tierra, pero afortunadamente no tan largo como el primero. En resumen, aquel primer día de viaje presentó las incidencias suficientes para evitar que se aburrieran.

Navegar por aquel río solitario era como viajar por un país desierto. Durante buena parte del día no se distinguía alma viviente. Una vez, vieron un bote atado a un palo en la orilla que seguramente servía para cruzar el río; otra vez pasaron cerca de una barcaza de transporte que, atada a robustos cables que atravesaban el río de parte a parte en forma oblicua, se movía de un lado a otro empujada por la fuerza de la corriente. Un día encontraron una barca que llevaba a bordo dos hombres bronceados por el sol que se dedicaban a sacar arena del río; provistos de una especie de pala de largo mango, rascaban el fondo y metían la arena en la barca. Hubo un momento de tensión entre nuestros viajeros cuando se acercaron. Bush y Brown habían echado mano de las cañas, fingiéndose absortos en la pesca, mientras Hornblower, con los remos, procuraba mantener la barca en medio del río. Por un instante estuvo a punto de ordenar a sus hombres que silenciaran a aquellos otros dos, pues su aspecto le pareció sospechoso, pero se contuvo. Confiaba en que supieran reaccionar con rapidez sin necesidad de que les diera la orden, y su dignidad exigía que no revelase la aprensión que le agitaba.

Ésta resultó perfectamente infundada. No había ninguna clase de curiosidad en las miradas que les dirigieron aquellos hombres; al contrario, hasta parecía haber cierta cordialidad en sus sonrisas cuando les dedicaron un cortés: *Bonjour, messieurs*.

—*Bonjour* —contestaron Hornblower y Brown. Bush tuvo la sensatez de no decir esta boca es mía; de otro modo se hubiese puesto demasiado en evidencia, así que siguió absorto en la pesca. Era evidente que las barcas con pescadores eran un espectáculo muy corriente en el Loira y no llamaban la atención ni despertaban muchas sospechas; además, la inocencia inherente al pasatiempo de la pesca les protegía de toda sospecha, como habían imaginado Hornblower y el conde hacía

tiempo, y nadie se hubiese podido imaginar que una barquita, en el mismo corazón de Francia, pudiese albergar a unos prisioneros de guerra en fuga.

El espectáculo más corriente en las riberas del río eran las lavanderas; a veces solas y otras en pequeños grupos, su animada charla llegaba claramente hasta los oídos de los tres ingleses, que también oían el golpeteo de las palas sobre las ropas mojadas y veían a las mujeres arrodilladas levantarse e inclinarse de nuevo al aclarar la ropa en la corriente. Algunas levantaban la vista de su trabajo para echar una mirada a los pescadores, pero sin la menor curiosidad. En tiempos de guerra y revueltas había tantas posibles explicaciones para que las mujeres no conocieran a los ocupantes de la barca que no les resultaba extraño.

No tropezaron con ninguno de los rápidos por causa de los cuales se vieron en tan grave peligro. La confluencia del Allier y el cese de las lluvias invernales bastaban para explicar el hecho. Algunos bajíos, especialmente arenosos, sembrados de piedras, seguramente en invierno se veían transformados en rápidos. De todos modos, ahora era fácil atravesarlos o dar un rodeo para evitarlos. El viaje no ofrecía dificultades de esta especie. El tiempo era bueno, el día hermoso y soleado, agradablemente cálido, y el paisaje iluminado todo él de verdes, oros y azules. Brown disfrutaba en su contemplación sin reserva, tumbado cómodamente; y el recio Bush también se lo tomaba con calma y, mecido por aquella paz, daba alguna cabezada. En su austera filosofía, la humanidad —la de los marinos por lo menos— había nacido para sufrir dolores, contratiempos y peligros de todas clases, y cualquier cambio de ese estado de cosas había que considerarlo con desconfianza; y no disfrutar demasiado, a riesgo de tenerlo que pagar muy caro más tarde. Aquella encantadora navegación a la deriva, o poco menos, a lo largo del río, era demasiado hermosa para que durase mucho. A la mañana seguía el mediodía y a éste una larga tarde propicia a los ensueños, después del delicioso almuerzo (regalo de la gorda Jeanne) a base de paté y una botella de vino.

Las pequeñas ciudades o más bien pueblos junto a los que pasaban estaban edificadas en pequeñas alturas sobre las distantes riberas, más allá de los límites de las avenidas. Hornblower, que conocía de memoria el breve itinerario que el conde le había trazado con sus distancias, sabía que la primera villa con puente que hallarían a su paso sería Briare, y no podían llegar a ella hasta últimas horas de la tarde. Él había pensado esperar hasta que cayera la noche y atravesarla en la oscuridad, pero aunque era de día decidió seguir sin detenerse. No sabía por qué. Se daba perfecta cuenta de que desafiar así el peligro, aunque fuese muy ligero, sin que le obligase el deber ni el afán de conquistar honores, era algo que se salía de lo corriente. No había nada que ganar, como no fuesen un par de horas de tiempo. La frase de Nelson «no perder ni siquiera una hora» estaba profundamente grabada en su conciencia, pero no era eso lo que le había movido.

Era más bien una innata tendencia a las complicaciones. Hasta entonces todo había salido estupendamente bien. La huida de Caillard y de sus gendarmes casi

había sido milagrosa, y aún más milagrosa fue la suerte que les llevó al castillo de Graçay, el único lugar en todo el país donde podían hallar refugio. También ahora, este viaje por el río se presentaba excepcionalmente afortunado. La instintiva reacción de Hornblower ante aquella sucesión de acontecimientos excepcionalmente felices era la de intuir una desgracia. Tantas desdichas le habían sucedido en su vida que cuando le faltaban casi se sentía mal.

También le empujaba en parte el mal humor que sentía. Estaba arisco y enfurruñado. Echaba de menos a Marie y a cada golpe de remo se alejaba más de ella. Por un lado le atormentaba el pensamiento del vergonzoso papel que había desempeñado, y el recuerdo de las horas pasadas al lado de ella le llenaban, en cambio, de nostalgia. Ante él tenía su patria, donde le creían muerto y donde María, que ya se habría resignado a la idea de perderlo, se iba a mostrar penosamente feliz al verle, donde Bárbara le habría olvidado y, en fin, donde le esperaba un consejo de guerra que juzgaría sus actos. Pensó con amargura que habría sido mejor para todos que él hubiese muerto. El pensamiento de su vuelta le producía un vago malestar, casi como tener que arrojarse de cabeza en el agua helada o enfrentarse a un peligro inminente. Sí, esa era la verdadera razón. Se había obligado siempre a afrontar el peligro, avanzar valientemente a su encuentro. Siempre se había tragado todas las amargas píldoras que la vida le había ido presentando, sabiendo muy bien que cualquier vacilación por su parte tendría que pagarla luego con el desprecio de sí mismo, que aún era más amargo. Por eso, ahora, no quería aceptar ninguna excusa para un retraso.

Ya se veía Briare allá, al fondo de una recta del río. El campanario de su iglesia se dibujaba en el cielo vespertino, y el largo puente destacaba en negro contra las lejanías plateadas del agua. Todo esto pudo verlo Hornblower volviendo la cabeza para mirar mientras sentía los ojos de sus compañeros clavados en él.

—Brown, tome los remos —gruñó.

Sin decir una palabra cambiaron de lugar, y Bush le pasó la caña del timón con una mirada interrogativa.

Sabía que su capitán había decidido no pasar debajo de ningún puente si no era a favor de la oscuridad nocturna. Allí había dos grandes manchas negras que parecían resbalar sobre el espejo de las aguas; eran balsas remolcadas desde el canal lateral hacia el canal de Briore por un cauce que atravesaba el río, dragado con este fin. Hornblower las veía acercarse, mientras la barca, empujada vigorosamente por los remos de Brown, adquiría velocidad.

Una rápida mirada al río le indicó qué arcada del puente debía escoger para su paso. Ya veía claramente las sirgas de remolque de las barcazas. Sobre el puente y en las orillas, recortándose claramente contra el cielo, había caballos atados por parejas, que tiraban de las grandes y pesadas balsas a través de la impetuosa corriente.

Algunos hombres que estaban en el puente se inclinaron para mirar la barca; entre las barcazas había espacio suficiente para pasar sin detenerse a dar explicaciones.

—¡Adelante! —susurró Hornblower a Brown, y la barca pasó como una flecha, se metió bajo una arcada, y pasó junto a la popa de una de las barcas. Un viejo musculoso, que estaba en el timón con un niño a su lado, les vio pasar y alejarse sin demostrar ninguna curiosidad. Hornblower agitó alegremente la mano en gesto de saludo para el chiquillo. La excitación era una droga que saboreaba con avidez y que siempre le levantaba el ánimo. Luego dirigió una sonrisa a los hombres del puente y de las orillas. Habían pasado en un abrir y cerrar de ojos. Ya Briare quedaba atrás.

—Ha resultado bastante fácil, señor —observó Bush.

—Sí —dijo Hornblower.

Si hubiesen viajado por vía terrestre, seguro que habrían sido detenidos para examinar sus pasaportes; en cambio, en un río que no era navegable a nadie se le ocurría exigir aquella formalidad.

El sol ya estaba bajo y le daba a Hornblower en los ojos. Antes de una hora reinaría la oscuridad. Ya empezaba a buscar con la mirada un lugar donde acomodarse para pasar la noche. Dejó pasar una isla bastante larga y luego descubrió el lugar que juzgó ideal: un pequeño montículo que surgía del agua sombreado por tres sauces. El minúsculo oasis de verdura estaba rodeado de una amplia franja de oro oscuro, en el lugar en que las aguas al retirarse habían dejado al descubierto la grava.

—Allí pondremos la barca en seco, Brown —anunció Hornblower—. Despacio. Reme a estribor. Ahora los dos. Despacio.

No fue un abordaje muy feliz. Hornblower, a pesar de su indiscutible habilidad para maniobrar grandes buques, tenía bastante que aprender en cuanto a las reacciones de una barca de fondo chato entre los bajíos de un río. Un remolino les hizo dar media vuelta, y apenas tocó fondo la barca la corriente la volvió a arrastrar. Brown, que se había echado al agua por la proa, estaba hundido en ella hasta la cintura y, agarrando la cuerda, se vio obligado a hacer fuerza contra la corriente para contener la embarcación. El diplomático silencio que siguió se hizo notar mucho, mientras Brown tiraba de la barca para remolcarla hasta la orilla del islote.

A Hornblower, que se sentía muy molesto, no le pasó por alto el movimiento de impaciencia de Bush, y pensó en la bronca que habría echado sin duda su primer oficial a un guardiamarina que hubiera llevado a cabo una labor tan chapucera. El pensar que Bush se veía obligado a tragarse el disgusto le hizo sonreír, y la sonrisa le hizo olvidar su turbación.

Bajándose por el costado, entró en el agua, ayudó a Brown a remolcar la embarcación aligerada y no dejó que Bush descendiese a su vez. Para Bush, ver que el capitán estaba trabajando mientras él permanecía ocioso era un verdadero suplicio. Solamente cuando el agua era tan baja que apenas llegaba al tobillo, Bush obtuvo el permiso para desembarcar. Sacaron la barca a la orilla todo lo que pudieron y Brown ató la cuerda a una estaca profundamente hundida en el terreno; de esta manera, aunque las aguas hubiesen tenido una inesperada crecida, no podrían arrastrarla. Mientras, se había puesto el sol entre una apoteosis de rosadas nubes, y la oscuridad

aumentaba por momentos.

—Ahora pensemos en la cena —dijo Hornblower—. ¿Qué cenaremos esta noche?

Un capitán con rígidas ideas sobre la disciplina se hubiese limitado a anunciar lo que se iba a cenar, guardándose muy bien de pedir la opinión de sus subordinados. Hornblower era demasiado consciente de las excepcionales circunstancias que vivían para querer llevar hasta ese extremo la ficción; pero tanto Brown como Bush, acostumbrados a una vida entera de subordinación, fueron incapaces de abrir la boca para hacer una sugerencia, aunque se la pidiese el propio capitán; por eso permanecieron silenciosos e incómodos, dejando que fuera Hornblower quien decidiera que acabarían de comerse el paté, acompañado de un plato de patatas hervidas. Una vez tomada la decisión, Bush, como un buen primer oficial, se encargó de interpretar y ampliar las órdenes de su jefe.

—El fuego se encenderá aquí —dijo—. Necesitaremos bastante leña, Brown. Sí... y también será necesaria alguna rama para hacer un trípode y colocar encima la olla... Corte tres de aquel árbol de allí.

Bush sospechaba que Hornblower estaba pensando en tomar parte en la preparación de la cena, y esa idea se le hacía insoportable. Dirigió al capitán una mirada que era de súplica y a la vez desafiante. Un capitán no debía ser visto jamás ocupado en trabajos poco honrosos, sino que debía mantenerse en un majestuoso aislamiento, encerrado en las misteriosas interioridades de su camarote. Así que Hornblower les dejó y decidió dar una vueltecita de reconocimiento por el islote, y observó las lejanas orillas y las casas aisladas que iban hundiéndose en la oscuridad. Tuvo una desilusión al descubrir que el agradable verdor que formaba una hermosa alfombra en todo el suelo del islote no era de hierba, como había pensado, sino de ortigas, que, a pesar de lo temprano de la estación, crecían espesas y altas hasta la rodilla. A juzgar por ciertas expresiones que se le escaparon, Brown también acababa de hacer el mismo descubrimiento al ir con los pies descalzos a buscar leña.

Después de pasear un poco, Hornblower volvió y se encontró ante una idílica escena. Brown cuidaba el pequeño fuego que chisporroteaba debajo de la olla, suspendida del trípode fabricado con las ramas. Bush, con la pierna de palo extendida hacia adelante, estaba pelando la última patata. Al parecer, había considerado que un primer oficial podía efectuar los trabajos domésticos a medias con el último miembro de la tripulación sin poner en peligro la disciplina. Cenaron los tres juntos, callados, pero amigablemente, junto al fuego que se apagaba poco a poco. El frío aire del anochecer no conseguía helar aquel sentimiento de compañerismo que cada uno de ellos sentía a su manera.

—¿Debemos hacer guardia, señor? —preguntó Bush una vez terminaron de cenar.

—No —contestó Hornblower.

La escasa seguridad adicional que proporcionaría uno de ellos permaneciendo despierto no compensaba la incomodidad de que todos perdieran cuatro horas de sueño cada noche.

Bush y Brown iban a dormir envueltos en abrigos y mantas sobre el desnudo suelo, seguramente, pensó Hornblower, incómodos. Él tenía un jergón de ortigas cortadas y metidas hábilmente bajo la cubierta de la barca. Brown se lo había preparado en la parte llana de la orilla de grava, y sólo Dios sabe a costa de cuánto escozor. Hornblower durmió pacíficamente, con la cara humedecida por el rocío y bajo la luz de una media luna que brillaba en el cielo estrellado. Vagamente, en duermevela, recordaba cómo los grandes capitanes —Carlos XII, entre otros— habían compartido la dura vida de sus hombres y dormido con ellos en el suelo. Por un momento se preguntó si él mismo no debería hacer algo parecido; luego su buen sentido se impuso a su modestia, y se dijo que él no tenía que recurrir a esos trucos teatrales para ganarse el afecto de Bush y de Brown.

CAPÍTULO XII



Aquellos días en el Loira eran bastantes agradables, y cada día que pasaba era mas grato que el anterior. Sin embargo, Hornblower no encontraba en ellos la pasiva complacencia de un viaje de recreo, sino la alegría más emocionante de la camaradería que le unía a sus compañeros. Durante diez años —desde que ascendió a capitán—, su natural timidez había reforzado las limitaciones que su cargo comportaba; cada vez se había ido encerrando más en sí mismo, hasta no sentir apenas la dolorosa necesidad de compañía humana. En aquella diminuta embarcación, viviendo en estrecho contacto con otros, con los que había de compartir las alegrías y los pesares, llegó a conocer la felicidad. Su aguda inteligencia le hacía apreciar mejor que nunca las buenas cualidades de Bush, que secretamente sufría por la pérdida de su pie, por la inactividad a que le condenaba esa pérdida y por la incertidumbre de su porvenir de inválido.

—Haré que le nombren capitán, aunque sea lo último que consiga en este mundo —le dijo un día Hornblower, cuando por única vez Bush insinuó la pena que le roía.

Después de todo, la cosa no sería imposible, aunque él se hallase en desgracia en Inglaterra. *Lady Bárbara* debía recordar el tiempo que estuvo a bordo de la *Lydia* y, por lo tanto, acordarse de Bush y apreciar sus cualidades, lo mismo que Hornblower. Una súplica que le dirigiese, redactada con habilidad, aunque él fuese condenado por el consejo de guerra, seguro que surtiría efecto y pondría en movimiento los secretos engranajes de las más poderosas influencias. Y si había alguien que mereciese el grado de capitán entre la multitud de oficiales que tenían su misma antigüedad en el escalafón ese hombre era Bush.

También estaba Brown, con su inagotable buen humor. Nadie mejor que Hornblower podía comprender la extrañeza de la situación en que se hallaba; pero Brown sabía quedarse siempre en el justo término medio entre la camaradería y el respeto hacia sus superiores. Sabía reír alegremente cuando, al resbalar sobre un canto liso de fondo, se caía sentado en el río, y sonreír discretamente cuando la misma desdicha le sucedía a Hornblower. Se encargaba siempre de desempeñar los trabajos indispensables y nunca, ni cuando tras unos días de navegación se hubo establecido una especie de rutina, permitió que sus superiores realizasen ningún trabajo manual mientras él pudiese desempeñarlo. Hornblower preveía para Brown un brillante porvenir, sólo con que le ayudase alguien con influencias. No tendría nada de particular que un buen día llegase a ser capitán. Derby y Westcott habían salido también de entre la tripulación. Y Hornblower haría lo que pudiese por el buen muchacho. Aunque se sometiese a un consejo de guerra, Elliot y Bolton no le abandonarían del todo; y si él lo pedía como un favor particular, uno de los dos tomaría a Brown a bordo con el grado de guardiamarina.

Haciendo proyectos para mejorar el porvenir de sus amigos, Hornblower se resignaba a la idea de que aquel viaje debía acabar al fin, acercándose a la fecha de verse ante el consejo de guerra. El resto del tiempo durante aquellos gratos días evitaba todo pensamiento del inminente final. Era como vivir en el limbo. Tras de sí, hundido en el pasado, quedaba el ingrato recuerdo de su aventura con Marie, y las desgracias del porvenir estaban todavía lejos. Por una sola vez en su vida, lo mismo que el que ingiere el loto olvida completamente lo que fue, vivía sólo en el presente.

A esto ayudaban todas las menudencias que forman la realidad cotidiana, insignificancias que, sin embargo, tenían también su importancia. Escoger el camino entre los dorados bancos de arena, echarse al agua en el momento preciso para arrastrar la barca cuando su decisión no había sido acertada, encontrar algún islote solitario donde acampar para pasar la noche y preparar la cena, pasar veloces ante los extractores de arena y los raros pescadores, o evitar llamar la atención cuando atravesaban algún pueblo; siempre había algo en que ocuparse. Hubo dos noches de lluvia en que los tres tuvieron que dormir muy pegados, cubiertos por una lona tendida entre dos sauces. Hornblower sintió una rara satisfacción al despertar, y verse junto a Bush, que roncaba, rodeándole con un brazo con un gesto protector.

Además estaba el magnífico espectáculo de las orillas del Loira: el castillo fortificado de Gien, con sus altas terrazas, y Sully con sus bastiones redondos, y Château-Neuf-sur-Loire, y Jargeau. Durante diez millas pudieron contemplar, de lejos, los desnudos campanarios de la catedral de Orléans, una de las pocas ciudades que el río costeara durante varias millas, y no tuvieron que pasar por allí sin llamar la atención y sorteando con cuidado sus difíciles puentes. Apenas se alejaron de Orléans, ya estaban a las puertas de Beaugency, con su interminable puente de innumerables arcos y la extraña torre cuadrada.

El río era un puro juego de reflejos áureos, azules y verdes. A las rocas de Nevers siguieron los bancos de grava del tramo medio, y ahora la gravilla había dejado su puesto a la arena, arena dorada entre aguas verdosas, que se volvían azules en la lejanía. Tantos tonos verdes —verde de los sauces, que no dejaron de acompañarlos ni por un instante, verde de los viñedos, y verde de los trigales y las praderas— eran un encanto para los ojos de Hornblower.

Pasaron por Blois, con el puente de un solo arco, coronado por la pirámide con la inscripción que proclama que aquel puente fue la primera de las obras públicas realizadas por el niño Luis XV; y Chaumont y Amboise, con los hermosos castillos que se miraban en el río; Tours, donde el Loira tenía una anchura imponente, y Langeais. Aquí el paisaje era desolado, el río lleno de islotes; lejos, castillos, torres e iglesias. Más abajo de Langeais, hacia la izquierda, estaba Vienne. Grande y serena, la ciudad parecía comunicar al río su propio carácter; allí corría más regular, y los bancos eran menos frecuentes. Después de Saumur y las innumerables islas de Les Ponts de Cé a la derecha, el Loira recibía al gran Maine, perdiendo su carácter primitivo. Ahora ya era mucho más profundo y más lento, y por primera vez se

hacían patentes los intentos de convertirlo en navegable con fines comerciales. Habían pasado junto a numerosos restos de trabajos abandonados de Bonaparte.

Más allá de la confluencia con el Maine, los diques habían resistido a las avenidas invernales y la continua erosión, formando playas de dorada arena en las orillas y dejando en medio un ancho y profundo canal navegable; ahora ya se veían en él grandes barcazas que iban desde Nantes hacia Angers. La mayoría de aquellas embarcaciones eran remolcadas por mulas, pero también había algunas que aprovechaban el venticillo de poniente con la ayuda de una gran vela cangreja para subir el río. Hornblower miraba aquellas velas con inmensa nostalgia; eran las primeras que veía desde hacía varios meses. Pero rechazó inmediatamente el pensamiento de sustraer una de aquellas embarcaciones. Una mirada a su grosera construcción le bastó para comprender que hubiese sido muy peligroso usarlas para la navegación marítima, aunque no fuese más que para un corto viaje; mucho más que emplear el pequeño cascarón de nuez que se habían construido en el castillo de Graçay.

Aquel viento de poniente que ayudaba a las barcazas llevaba consigo algo más. Brown, encorvado sobre los remos, levantó la cabeza de pronto, arrugando la nariz.

—Perdón, capitán; huelo el mar.

Los tres se pusieron a husmear el viento.

—Por Dios; tiene razón, Brown —dijo Bush.

Hornblower no dijo nada; también había olido el aire salino y éste había levantado en él una oleada tal de confusos sentimientos que le dejó mudo. Y cuando aquella noche volvieron a acampar, pues a pesar de los cambios que el curso del río experimentaba seguían hallando algunos islotes, Hornblower notó que el nivel del agua se había elevado sensiblemente del lugar en que se encontraba cuando amarraron la barca. No era agua como aquélla que engrosaba el río después de un día de lluvia persistente y torrencial; aquella tarde por encima de Nantes hacía tres días que no llovía. Hornblower miraba el agua que casi se veía subir, que llegó a alcanzar un nivel máximo, ondeó, se rizó y empezó a descender lentamente. Era el flujo. En Paimbeuf, en la boca del río, el agua crecía y decrecía diez o doce pies, y en Nantes, cuatro o seis. Aquí Hornblower veía morir el último esfuerzo del mar para impedir que el río se vertiese en su inmensidad.

Aquel pensamiento le producía una extraña emoción. Ya habían alcanzado la marea y, con ella, el lugar donde transcurrió la mayor parte de su vida; habían viajado de mar a mar, desde el Mediterráneo hasta aquello que técnicamente era ya el Atlántico. Aquella marea que estaba viendo también lamía en aquel momento las costas de Inglaterra, donde estaban Bárbara y María con el hijo que aún no conocía y los lores del Almirantazgo. También significaba que la plácida vida sobre el Loira había acabado. En las cercanías del mar, ya no se podía esperar seguir gozando de aquella libertad de que habían disfrutado tierra adentro. Las caras forasteras y los recién llegados eran mirados con desconfianza y, probablemente, las próximas

cuarenta y ocho horas decidirían si el capitán Hornblower desembarcaría en Inglaterra para verse llevado ante un consejo de guerra o sería apresado de nuevo para ser conducido ante el piquete de ejecución. Hornblower sintió en aquel momento aquella antigua sensación de agitación a la cual para sí mismo daba el nombre de miedo; los latidos del corazón se aceleraban, las palmas de las manos se le humedecían y sentía un hormigueo en las piernas... Tuvo que apelar a toda su sangre fría para dominar aquellos síntomas, antes de volverse a sus compañeros y comunicarles sus observaciones.

—¿Marea alta en media hora, señor? —repitió Rush.

—Sí.

—Hum...

Brown no dijo nada, como correspondía a su posición en la vida, pero su cara tenía la misma expresión meditabunda y preocupada. Ambos, a la manera de los marineros, comprendían el hecho.

Hornblower sabía que, de ahora en adelante, con una mirada a la altura del sol, tal vez, pero no necesariamente al agua, podrían calcular al instante el grado de la marea, ayudados por la subconsciente habilidad adquirida en los largos años de vida en el mar. Él mismo era capaz de hacerlo también, y la única diferencia consistía en que él se interesaba en el fenómeno y ellos, en cambio, se quedaban completamente indiferentes o no se daban cuenta.

CAPÍTULO XIII



Antes de entrar en Nantes, Hornblower decidió que había llegado el momento de vestir los uniformes de funcionarios de aduana. Había meditado mucho antes de llegar a aquella decisión, sopesando todos los pros y los contras. Si llegaban vestidos de civil, serían interrogados y les resultaría casi imposible explicar la falta de documentación y de pasaportes; mientras que si los veían de uniforme, tal vez nadie se metiese con ellos, y aunque alguien llegase a interrogarles, podría salvarles adoptar un aire arrogante. Pero el papel de coronel de aduaneros quería poseer una cierta habilidad histriónica, y Hornblower desconfiaba de sí mismo, no tanto de su habilidad como de sus nervios. Fríamente se decía que si durante tantos años había fingido ser un hombre rígido e imperturbable, mientras que en realidad era lo contrario, ¿por qué no iba a poder aparentar durante unos minutos ser un hombre arrogante y muy pagado de sí mismo, aun con la dificultad adicional de tener que hablar en francés? Al fin se decidió; a pesar de estas dudas se puso el flamante uniforme y se colocó en el pecho la Legión de Honor.

Como siempre, los primeros momentos fueron los más difíciles. Se sentó en la popa y cogió el timón, mientras Brown se ponía a remar. Era tal su nerviosismo que si se hubiera descuidado lo más mínimo le habrían temblado las manos, así como su voz al dar las órdenes a Brown. Por eso se impuso aquella rigidez a la que todos estaban acostumbrados y habló con la inconsciente aspereza que siempre empleaba en el momento de la acción.

Pronto se deslizaron con rapidez por el río. La ciudad de Nantes se acercaba a ojos vistas. Las casas eran cada vez más frecuentes a lo largo de ambas orillas; y luego, el río empezó a dividirse en varios brazos. Hornblower reconoció inmediatamente el canal principal por los indicios de actividad comercial que se observaba en las orillas; sin embargo, en su mayoría no eran sino restos del pasado esplendor, pues Nantes, lentamente estrangulada por el bloqueo inglés, era ahora una ciudad moribunda. La gente ociosa que se movía con indolencia por los *quais* y los almacenes desiertos revelaba los duros efectos de la guerra en el comercio francés.

Pasaron por debajo de un par de puentes, en donde la corriente era bastante impetuosa, y dejaron a estribor la mole imponente del castillo ducal. Hornblower intentaba adoptar un aire de indiferencia, como el de quien no pretende llamar la atención pero tampoco hace nada para evitarla. La Legión de Honor tintineaba suavemente, meciéndose sobre su pecho. Una mirada que dirigió a Bush le confortó y le tranquilizó. Bush estaba sentado, inmóvil, con la cara tan impasible que Hornblower comprendió que también estaba nervioso. Bush era capaz de combatir y afrontar al enemigo con una gran indiferencia por el peligro; pero verse sentado allí, ante las miradas de miles de franceses, mientras de su simple inactividad dependía la

salvación de la muerte y de la cárcel, era algo que ponía a prueba su valor. Al ver a Bush, Hornblower sintió que se disipaban todos sus terrores, y sintió la alegría y la excitación del valor temerario.

Después de pasado el último puente, empezó el puerto marítimo. Allí encontraron las primeras barcas de pesca. Hornblower las estudiaba atentamente porque pensaba apoderarse de una de ellas. Ahora, la experiencia que adquirió años atrás a las órdenes de Pellew en el escuadrón de bloqueo le sería muy útil. Él conocía muy bien aquellas barcas. Por lo común, navegaban entre las islas de la costa de Bretaña, pescando aquellos peces que los franceses se empeñaban en llamar *sardines*, y luego subían por el estuario para venderlos en el mercado de Nantes. Con Bush y Brown podría maniobrar fácilmente una de aquellas barcas, que eran lo bastante marineras para sacarles del bloqueo, y, si llegaba el caso, conducirles a Inglaterra. Hornblower estaba casi seguro de que iba a llevar a cabo ese plan, de modo que ordenó a Brown que remara más despacio, mientras él concentraba toda su atención en las embarcaciones.

Además de las barcas pesqueras había dos naves estadounidenses. Las barras y estrellas ondeaban al viento alegremente. Hornblower no dejó de percibir un siniestro entrechocar de cadenas: eran los presos que hacían de cargadores del muelle, tambaleándose encorvados bajo el peso de los sacos de grano. Esto era interesante. Hornblower volvió a mirar a los galeotes. Estaban vigilados por soldados. Hornblower veía sus gorros y el brillo de los cañones de los mosquetes, y así comprendió quiénes debían de ser aquellos pobres diablos. Eran los delincuentes militares, los desertores, los centinelas que habían sido sorprendidos durmiendo en su puesto, soldados que desobedecieron una orden; en resumen, todos los infortunados de los ejércitos que Napoleón mantenía en todos los países de Europa. Los tribunales militares los condenaban a «galeras», y como la marina francesa ya no usaba navíos de remos, los condenados servían para desempeñar las más rudas tareas en los puertos. Dos veces, siendo teniente a bordo de la *Indefatigable*, había visto Hornblower recoger varios grupos de hombres desesperados que habían huido de Nantes poco más o menos de la misma forma que él se proponía.

Luego, además de los buques estadounidenses, vio algo más, algo diferente que hizo que le diera un vuelco el corazón. Allá, la bandera tricolor parecía ondear petulantemente proclamando su triunfo sobre una bandera azul.

—*Witch of Endor*, un cúter con diez cañones —dijo Bush con voz ronca—. Una fragata francesa lo capturó el año pasado en la costa de sotavento, a la altura de Noirmoutier. Dios mío, cómo son estos franceses. Han pasado once meses y aún tienen la bandera inglesa debajo de la suya.

Era un encanto la pequeña embarcación. Aun a aquella distancia se podía apreciar su elegante línea, que proclamaba su velocidad y todas las buenas cualidades marineras que la adornaban.

—Parece que los gabachos no la han cargado de palos, como habría sido de

esperar —comentó Bush.

Estaba preparada para hacerse a la mar. Los expertos ojos de los viajeros midieron inmediatamente el área de las velas mayores, que estaban aferradas. El cúter apenas se movía sobre el agua y el mástil, que se elevaba alto y esbelto, parecía inclinarse hacia los tres ingleses, en una imperceptible señal de saludo. Semejaba un prisionero que pidiese ayuda, y aquella enseña azul, humillada por la tricolor, narraba una trágica historia. Como empujado por un repentino impulso, Hornblower movió el timón.

—Desembarquemos —ordenó a Brown.

Con unos pocos movimientos de remos llegaron a la orilla, y, cogiendo una anilla del muro, Brown amarró el cabo. Hornblower, esbelto y ligero, y luego Bush, con alguna dificultad, subieron las escaleras de piedra que conducían al muelle.

—*Suivez nous* —dijo Hornblower a Brown, recordando en el último instante que era necesario hablar en francés.

Hizo un esfuerzo por levantar bien alta la cabeza y adoptó un aire desafiante. Se sintió más tranquilo al sentir las pistolas bajo el paño de la guerrera, en su costado, y la espada golpeándole el muslo. Bush andaba a su lado; su pierna de palo chocaba acompasadamente sobre el pavimento. Un grupo de soldados saludó al pasar al elegante uniforme, y con desenvoltura y asombrado de su propia sangre fría, Hornblower devolvió el saludo. El corazón le latía con fuerza y, sin embargo, en una especie de éxtasis, comprendía que no sentía ni el más mínimo temor. Tal vez valiera la pena correr aquel riesgo por el gusto de sentirse tan locamente temerario.

Cuando llegaron al lado del *Witch of Endor* se detuvieron a contemplarlo. Su cubierta no tenía aquella inmaculada limpieza que hubiese exigido un primer oficial inglés, y sus jarcias muertas mostraban un desaliño que daba pena. Un par de hombres se movían con desgana en cubierta, vigilados por un tercer individuo.

—La guardia del anclaje —murmuró Brown—. Dos hombres y un contramaestre.

Hablaba sin mover los labios, como un chico travieso en clase, temiendo que un observador atento, leyendo el movimiento de sus labios, comprendiese que no hablaba francés.

—Los otros están todos en tierra, vaya marineros de agua dulce —comento Bush.

Parado en el *quai*, Hornblower sentía el aire sutil soplarle en las orejas. Había un continuo movimiento de soldados, marineros y gente civil; desde lejos se oía el trajín de los barcos estadounidenses que se descargaban. Los pensamientos de Bush seguían poco más o menos el mismo rumbo que los de su capitán. Bush sentía la tentación que poco a poco se iba adueñando del ánimo de Hornblower: apoderarse del *Witch of Endor*, y navegar con él a Inglaterra... Una idea semejante no se le hubiese ocurrido jamás a Bush, pero los años de servicio pasados a las órdenes del capitán Hornblower le habían hecho receptivo a cualquier idea, aun las más fantásticas. Ésta lo era, realmente. Aquellos grandes cúters tenían una dotación de sesenta hombres, que eran los que se necesitaban para aparejar y maniobrar. Tres hombres —uno de

ellos inválido— no podían esperar ni siquiera izar la vela mayor; aunque era posible que entre los tres, con buen tiempo y en alta mar, pudiesen maniobrar la nave. Esa posibilidad era la que había encauzado los pensamientos de Hornblower, pero por otra parte estaba el traicionero estuario del Loira, que les separaba del mar. Hornblower no ignoraba que los franceses, por temor a las incursiones inglesas, habían retirado todas las boyas y señales para la navegación. Sin un práctico era una locura esperar hallar el buen camino a lo largo de treinta y cinco millas sin encallar en los bancos de arena, y además, había que contar con las baterías de Paimboeuf y Saint-Nazaire, que vedaban las entradas y salidas de todo el que no tuviese permiso. La empresa era imposible, sólo pensaba en ella por puro sentimentalismo, se dijo Hornblower, crítico consigo mismo.

Volvió sobre sus pasos y se dirigió con lentitud hacia los buques norteamericanos, observando con interés a los infelices presos que avanzaban penosamente sobre las pasarelas cargados con sus sacos de grano. La vista de tanta miseria le ponía enfermo, lo mismo que los brutales sargentos que los custodiaban. Allí, más que en ninguna otra parte, se dijo a sí mismo, se encontraba el germen del levantamiento contra Bonaparte que todo el mundo esperaba. Lo único que hacía falta era un líder desesperado... Sí, informaría de ello al gobierno cuando volviese a casa. Algo más allá, en el río, otro buque se dirigía al puerto; con las gavias negras contrastando con el sol poniente y empujado por un vientecillo sur, navegaba a todo ceñir dejando atrás la marea. También enarbolaba las barras y estrellas: otro buque estadounidense. Hornblower experimentaba el mismo sentimiento de impotencia que había sentido en otros tiempos, cuando navegaba a las órdenes de Pellew. ¿Para qué mantener el bloqueo de una costa, afrontando los peligros y las molestias que eso comportaba, si después resultaba que las naves neutrales podían ir y venir a su gusto? Oficialmente, aquellos cargamentos de grano no eran considerados contrabando y, sin embargo, el trigo para el régimen napoleónico era una cosa de importancia vital, como lo era el cáñamo, la brea o todas las demás cosas que se consideraban contrabando de guerra. Cuanto más grano consiguieran importar, más hombres podría mantener el ejército. Hornblower volvió a plantearse la eterna incógnita: si Estados Unidos abandonaba su humillante neutralidad, ¿contra cuál de las dos naciones volvería sus armas: Francia o Inglaterra? Con Francia ya había estado algún tiempo en guerra, y les interesaba combatir el despotismo imperial, pero quedaba por resolver la cuestión de si luego podría escapar a la tentación de tirar de la cola al león británico.

Entretanto, el barco que llegaba iba subiendo por el río y, costeano el muelle, maniobraba con bastante pericia. Las gavias en facha lo acercaron a puerto y finalmente las sirgas reclinaron en torno a los norays. Hornblower, Bush y Brown se habían detenido a mirar, como unos transeúntes ociosos. Una vez que se hubo parado el buque, echaron una pasarela entre él y el muelle, y un hombre regordete se dispuso a bajar por ella. Vestía de paisano, tenía una cara redonda y mofletuda, con un ridículo mostacho negro con las puntas hacia arriba. Por la manera como saludaba al

capitán, estrechándole la mano, y por el inglés que hablaba, bastante mal, Hornblower supuso que debía de ser el práctico.

¡El práctico! De repente una marejada de pensamientos asaltó a Hornblower. Dentro de una hora anochecería, y aparecería la luna en cuarto creciente. Ya la veía perfilarse tenuamente en el cielo sobre el sol que se ponía. Una noche serena, la marea a punto de bajar, un viento discreto del sur con ligera tendencia al este, un práctico al alcance de la mano por un lado y una tripulación por el otro. Luego dudó. Aquel proyecto era imprudente hasta la locura, más allá aún. Era una verdadera insensatez. Tumultuosamente volvió a digerir aquellas ideas, pero mientras lo hacía se sentía exaltado por una oleada de atrevimiento. Había algo embriagador en el hecho de arrojar toda prudencia por la borda, algo que no había sentido desde que era un muchacho. En los breves instantes, llenos de ansiedad, que el práctico empleó para descender por la pasarela y acercarse al grupo que ellos formaban, Hornblower ya se había decidido. Hizo a sus acompañantes una leve señal con la cabeza, invitándoles a seguirle, y luego se adelantó, cortando el camino al menudo piloto, que se acercaba sin sospechar nada malo.

—*Monsieur* —le dijo—, desearía hacerle algunas preguntas. ¿Sería tan amable de acompañarme un momento a bordo de mi embarcación?

El práctico se fijó en el uniforme, en la estrella de la Legión de Honor y en las maneras autoritarias del desconocido.

—Ahora mismo —contestó. Su conciencia estaba tranquila. No se sentía culpable más que de ligeras infracciones al sistema continental. Dando media vuelta, siguió a Hornblower.

—Supongo que es usted forastero, coronel.

—Me han enviado desde Amsterdam y llegué ayer —contestó Hornblower con laconismo.

Brown andaba al otro lado del práctico, y Bush, detrás, procuraba animosamente no distanciarse de ellos. De esta forma llegaron al *Witch of Endor* y se metieron en él por la pasarela. El contramaestre le miró un poco sorprendido, pero conocía al práctico y también el uniforme de la aduana.

—Querría examinar una de las cartas náuticas —dijo Hornblower—. ¿Puede acompañarnos al camarote?

El hombre no desconfió lo más mínimo, hizo seña a sus compañeros de seguir su trabajo y, bajando por la corta escalera, se dirigió al camarote del capitán. Entró en él y Hornblower se puso cortésmente a un lado para dejar entrar al piloto. La camareta era estrecha, pero había espacio para moverse. Poniéndose en el umbral de la puerta, Hornblower sacó sus pistolas.

—Si hacen un solo ruido les mato —dijo, con la boca contraída en una mueca por la excitación.

Los dos se quedaron quietos y mudos, mirándole, pero al fin el práctico, que parecía ser un hombre locuaz, abrió la boca para hablar.

—¡Silencio! —exclamó Hornblower, y se retiró sólo lo justo para dar paso a Bush y a Brown—. Átenlos —ordenó.

Cinturones y pañuelos fueron suficientes para realizar esa tarea. Los dos hombres se vieron amordazados y reducidos a la impotencia, con las manos atadas a la espalda.

—Métanlos bajo la mesa —indicó Hornblower y ahora prepárense para ocuparse de los dos marineros que voy a traer.

En dos brincos subió a la cubierta.

—¡Eh, vosotros! —gritó—. He de interrogaros. Venid abajo conmigo.

Los dos marineros dejaron su tarea y, sin hacer ningún comentario, le siguieron. Cuando se hallaron en la cámara, las dos pistolas de Hornblower los persuadieron de que debían mantenerse callados. Brown subió a cubierta y volvió con una buena provisión de cuerdas para atarlos y reforzar las ligaduras de los otros. Ni él ni Bush habían dicho esta boca es mía desde que empezó la aventura y, en silencio, se volvieron a Hornblower en espera de sus órdenes.

—Vigiladlos —dijo éste—. Dentro de cinco minutos volveré con la tripulación. Aun será necesario atar a otro hombre.

Volvió al muelle y se acercó al grupo de galeotes que estaban reunidos, cansados después de una jornada de fatigas. Los diez hombres encadenados le miraron con ojos inexpresivos; sin fuerzas apenas para preguntarse qué nuevas miserias les traería aquel coronel tan despierto que se dirigía al sargento.

—Sargento —dijo Hornblower—. Lleve a esos hombres a mi buque. Tienen trabajo allí.

—Sí, coronel —contestó el sargento. Gritó unas palabras a los desventurados y todos siguieron a Hornblower. Sus pies desnudos no producían el menor rumor, pero las cadenas que los ataban por la cintura uno a otro chocaban rítmicamente a cada paso.

—Hágalos subir a bordo —dijo Hornblower—. Luego baje conmigo para recibir mis órdenes.

Todo salía perfectamente gracias al uniforme y la condecoración. Hornblower tuvo que contener la risa ante el estupor del sargento cuando se vio desarmado y atado, y no fue necesario más que un gesto con sus pistolas para que Hornblower supiese dónde tenía el sargento la llave de las cadenas de los prisioneros.

—Mantenga a todos esos hombres bajo la mesa, por favor, señor Bush —dijo Hornblower—. Todos menos el piloto. A ése le quiero sobre cubierta.

Sin demasiados cumplidos, el sargento, el contramaestre y los dos marineros fueron metidos de cualquier manera debajo de la mesa. Hornblower subió, mientras a su espalda Bush y Brown empujaban al práctico. Ya era casi de noche, la luna brillaba con claridad. Los galeotes se habían sentado en el suelo, cerca de las escotillas, con indiferencia. Hornblower se dirigió a ellos calmadamente. A pesar de la dificultad del lenguaje, poco a poco la agitación que le conmovía se comunicó a

ellos.

—Yo puedo devolveros la libertad —les dijo—. Si hacéis lo que os mande, terminarán para vosotros la esclavitud y los malos tratos. Soy un capitán inglés y llevaré este barco a Inglaterra. ¿Hay alguno que quiera venir conmigo?

Del grupo se elevó un ligero murmullo: tal vez aquellos hombres no creían lo que estaban oyendo.

—En Inglaterra seréis premiados —proseguía Hornblower—. Se abrirá para vosotros una nueva vida.

Ahora empezaban a comprender. No habían sido llevados a bordo del cúter para pasar nuevas fatigas; ante ellos se presentaba realmente la probabilidad de verse libres.

—¡Sí, señor! —exclamó una voz.

—Ahora os quitaré las cadenas —prosiguió Hornblower—. Fijaos en lo que os digo. No debéis hacer ruido. Permaneced tranquilamente sentados hasta que se os diga lo que debéis hacer.

En la penumbra buscó el candado y lo abrió. El gesto maquinal con que el primer hombre libre levantó los brazos era conmovedor. Estaba acostumbrado a ser atado y desatado a la cadena cada día, como si fuese un animal. Hornblower fue liberándolos a todos, uno por uno. Las cadenas cayeron ruidosamente al suelo. Él no quitaba la mano de la culata de la pistola, dispuesto a disparar en caso de resistencia, pero no hubo muestra alguna de ello. Los hombres estaban aturridos; el cambio de la esclavitud a la libertad había durado apenas tres minutos.

Hornblower sentía el movimiento del cúter que, por efecto del viento, se mecía, golpeando ligeramente en las defensas del muelle. Una mirada al río confirmó sus suposiciones: la marea aún no había empezado a bajar. Era necesario esperar un poco, y se volvió hacia Brown que, con aire impaciente, vigilaba al práctico, que se hallaba sentado a sus pies, al pie del palo mayor.

—Brown —dijo Hornblower en voz baja—, corra a nuestra barca y tráigame el envoltorio con mi ropa. ¡Vamos, corra! ¿A qué espera?

Brown obedeció de mala gana. A él le parecía una locura que el capitán perdiese unos minutos preciosos en recuperar su ropa. Pero Hornblower no estaba tan loco como parecía. Como no se podía partir hasta que bajase la marea, más valía dar algo que hacer a Brown, en lugar de tenerle allí impacientándose. Por una vez en su vida, Hornblower no tenía ninguna intención de fingir ante sus inferiores. A pesar de la agitación, tenía claras las ideas.

—Gracias —le dijo a Brown cuando volvió jadeando y casi con la lengua fuera, entregándole una bolsa de lona—. Saque inmediatamente mi uniforme.

Se quitó el uniforme de coronel de aduaneros, se metió la casaca que Brown le presentaba, alegrándose al sentir en sus dedos el contacto de los botones con la corona y el ancla, cuando se la abrochó. La casaca estaba muy arrugada, y los entorchados, doblados y rotos; sin embargo, seguía siendo un uniforme; aunque la

última vez que lo llevó fue aquella noche infernal en que la barca volcó en el Loira. Pero con aquel traje puesto, Hornblower no podría ser acusado de espía, y si su intentona fracasaba lamentablemente, con él podría protegerse y proteger a sus compañeros.

El fracaso y la posibilidad de volver a ser capturados era algo que había que tener en cuenta; así se lo recordaba su mente lógica. En cambio, ya no tendría una muerte secreta e ignorada. La captura del cúter atraería lo suficiente la atención para hacerlo imposible. Había mejorado su posición. Ahora ya no podría ser fusilado como espía, ni estrangulado clandestinamente en una cárcel. Si le volvían a coger, no podrían acusarle más que del viejo crimen de violación de las leyes de guerra, y Hornblower sospechaba que sus recientes hazañas le ganarían las simpatías de la opinión pública, de modo que insistir en la acusación sería una política equivocada por parte de Bonaparte.

Ya era hora de entrar en acción. Hornblower cogió una cabilla de maniobra que estaba en la borda y, sopesándola con aire meditabundo, se acercó al práctico.

—*Monsieur* —empezó a decir—, quiero que saque este cúter fuera del puerto.

A la débil luz de la luna vio que el práctico le miraba con estupefacción.

—Es imposible —gruñó—. Mi honor profesional... Mi deber...

Con un gesto, que el hierro convertía en amenazador, Hornblower le cortó las palabras en los labios.

—Salgamos al momento —dijo—. Puede usted dar las instrucciones o no, lo que desee, pero le diré una cosa, *monsieur*. En el momento en que encallemos, le hago papilla los sesos con esto que tengo en la mano.

Hornblower veía las descoloridas facciones del piloto. El bigote aparecía torcido y ridículo después de aquel duro trato. Su mirada se dirigía a la cabilla con la que el inglés se golpeaba la palma de la mano. Hornblower sintió un leve estremecimiento de triunfo. La amenaza de levantarle la tapa de los sesos de un balazo no hubiese sido suficiente para aquella imaginación de meridional, pero el hombre debía de imaginarse muy bien lo que sería el impacto de aquel hierro sobre el cráneo y los brutales golpes que le iban a «liquidar». Era evidente que Hornblower había escogido el argumento más contundente.

—Sí, *monsieur* —dijo el piloto, débilmente.

—Bien. Brown, átelo a la borda y partamos inmediatamente; señor Bush, ¿quiere llevar el timón, por favor?

Los preparativos indispensables fueron muy breves. Los convictos fueron colocados junto a las drizas y se les pusieron en las manos los cabos, para tirar cuando se les mandase. Gracias a la actividad de las levas de Inglaterra, Brown y Hornblower tenían cierta experiencia sobre la manera de tratar con hombres inexpertos, y fue muy consolador comprobar que el francés que hablaba Brown, acompañado por su ejemplo, servía perfectamente.

—¿Cortamos los cabos, capitán? —preguntó Brown con cautela.

—No. Soltadlos —ordenó Hornblower.

Si los cabos pendían cortados de las cadenas, sería una señal indiscutible de una marcha apresurada y probablemente ilegal; en cambio, si los soltaban retardarían las indagaciones y ganarían, por lo tanto, unos minutos, y en un porvenir que se presentaba tan inseguro cada minuto resultaba precioso. Ya se tensaban los cables al primer reflujo de las aguas, simplificando la tarea de apartarse de la orilla. La maniobra de la pequeña embarcación no requería ni la experiencia ni la fuerza que hubiese necesitado un buque de mayores proporciones; en aquellas circunstancias, la única precaución necesaria era la de largar las amarras de popa antes que las de proa, como sabía muy bien Brown, igual que Hornblower. A la escasa luz de la luna, Hornblower tanteaba a ciegas para desatar los ballestrinques, obra de algún marinero francés. Brown, por su parte, los había deshecho mucho antes que él. En la oscuridad, era necesario escoger el momento más conveniente para soltar las velas, teniendo en cuenta la poca práctica de la dotación, el reflujo a lo largo de la orilla, la marea y el viento.

—¡Izad! —dijo Hornblower a los hombres—. *Tirez!*

La mayor y el foque se levantaron acompañadas por el chirrido de las poleas. Las velas gualdrapearon, se hincharon y volvieron a caer; al fin se inflaron por el viento; y Bush en la caña —el cúter estaba gobernado por una caña y no por una rueda— sintió una presión constante. El cúter se movía. Aquello que parecía muerto renacía a la vida. Ya avanzaba meciéndose ligeramente con aquella brisa que arrancaba algunos ligeros silbidos a los obenques y, simultáneamente, Hornblower percibió unos ligeros chasquidos procedentes de la proa, al hender las aguas el tajamar. Cogió de nuevo la cabilla de maniobra y en tres zancadas se acercó al práctico, balanceándola en la mano.

—A estribor, *monsieur* —tartamudeaba el hombrecillo—. Manténgase siempre a la derecha.

—¡Timón a babor, señor Bush! —gritó Hornblower—. Tomamos el canal de estribor.

Y continuando la traducción de las apresuradas instrucciones que le iba dando el práctico, exclamó:

—¡Aguante! ¡Vía así!

Sobre las aguas débilmente iluminadas por la luna, el cúter se deslizaba en su camino hacia el mar. Visto desde la orilla debía de ofrecer un bonito espectáculo, y seguramente nadie se podía figurar que la expedición no fuese perfectamente normal.

El práctico decía algo más. Hornblower se inclinó para escucharle. Al parecer habría sido muy conveniente poner a un hombre para sondar la profundidad, pero de momento no se podía ni pensar en ello. Nadie más que él mismo y Brown eran capaces de hacerlo, y ambos resultarían más necesarios en cubierta en el caso de que el cúter debiese virar; además, podía darse alguna confusión entre las medidas inglesas y las decimales.

—No —dijo Hornblower—. Tiene que calcularlo usted, y fíjese bien, porque yo siempre cumplo mis promesas.

Golpeándose la palma con la cabilla, se echó a reír. Aquella risa le dejó sorprendido porque sus implicaciones helaban la sangre. Cualquiera que la hubiese oído habría jurado que Hornblower le iba a romper la cabeza al piloto si permitía que la embarcación encallara. Él mismo se preguntó si estaba haciendo comedia, y se quedó sorprendido al no saber qué contestar. No se creía capaz de asesinar a un hombre indefenso y, sin embargo, no estaba seguro de no hacerlo si se presentaba la ocasión. Aquella feroz e implacable resolución que le consumía era una novedad para él. Sabía muy bien que una vez se había propuesto hacer una cosa seguía adelante sin permitir que consideración alguna le impidiese llevarla a cabo, pero siempre se había considerado un fatalista, un hombre resignado. Siempre le sorprendía descubrir en sí mismo las cualidades que admiraba en los demás. De momento, era satisfactorio saber que el práctico estaba convencido de morir de mala manera si el cúter llegaba a encallar. Después de recorrer media milla, fue necesario dirigirse al otro lado. Era muy interesante notar que aquel gran estuario repetía en mayor escala las características de la parte superior del río, donde los canales serpenteaban de una a otra orilla entre bancos de arena. Advertido por el práctico, Hornblower reunió a su variopinta tripulación por si era necesario virar de nuevo, pero la precaución resultó inútil. Ciñendo y empujado por la marea, el cúter corría veloz; Hornblower y Brown estaban a las escotas, y Bush, al timón, daba una nueva prueba de su pericia de marino. Hornblower miraba ansiosamente las velas que aparecían espectrales en la oscuridad para comprobar la dirección del viento.

—*Monsieur* —suplicó el piloto—, *monsieur*, estas cuerdas que me atan están muy apretadas...

Hornblower volvió a reír siniestramente.

—Así le mantendrán a usted bien despierto —replicó.

Su instinto había dictado la respuesta y la razón la confirmó. Era mejor no mostrar ninguna señal de debilidad ante el hombre del que dependía su salvación; cuanto más convencido estuviese de haber caído entre las garras de un ser despiadado, menos procuraría hacerle una jugarreta. Era preferible que sufriera el tormento de los cabos que le cortaban la piel a que tres hombres fuesen llevados a prisión y a la muerte. De pronto, Hornblower se acordó de los otros cuatro: el sargento, los dos marineros y el contramaestre, amordazados y atados en la cámara. Seguramente, no debían de sentirse cómodos; tal vez estuviesen a punto de ahogarse. Pero no se podía evitar. De momento, nadie podía abandonar la cubierta y bajar a ocuparse de ellos. Debían quedarse allí hasta que no hubiera esperanza alguna de ser rescatados.

Hornblower se apiadó de su suerte y se apresuró a rechazar aquel sentimiento. La historia de las hazañas marítimas de todos los países estaba plagada de episodios en los que los prisioneros habían conseguido dominar a débiles tripulaciones. No se iba

a arriesgar a nada semejante. Hornblower, que se observaba con espíritu crítico, notó cómo ante ese pensamiento la mandíbula se le ponía rígida y, además, pudo observar que la ingrata perspectiva de enfrentarse a un ambiente hostil al volver a la patria, a pesar suyo, reavivaba la decisión de llevar la aventura hasta el fin. No quería fracasar, y la idea de que sin embargo podía alegrarse de fracasar para así ver pospuestos sus asuntos no hacía más que afirmarle en su determinación de no fracasar.

—Le aflojaré las cuerdas —le dijo al fin al práctico— cuando nos hallemos a la altura de Noirmoutier, y no antes.

CAPÍTULO XIV



Alcanzaron la altura de Noirmoutier al llegar la aurora, con el último soplo de viento. La luz gris del amanecer los halló en una encalmada, envueltos en una ligera niebla que a intervalos erraba sobre la plácida superficie del mar, esperando que la salida del sol la disipase. Cuando se pudo ver algo mejor, Hornblower miró en torno. Amontonados todos juntos, intentando hallar un poco de calor, los galeotes dormían como los cerdos en una pocilga en el castillo de proa. Brown, sentado un poco más allá, junto a la escotilla, apoyaba la barbilla en las manos. Bush, aún al timón, no demostraba ningún cansancio después de la noche pasada en vela; con la pierna de palo apoyada contra un perno de argolla, sostenía la caña con el costado. El práctico seguía atado y suspendido de las cuerdas, y la cara, que la tarde anterior era mofletuda y rosada, aparecía gris y surcada de profundas arrugas por la fatiga y el sufrimiento.

Con un estremecimiento de disgusto, Hornblower le cortó las ligaduras.

—Ya ve que mantengo mis promesas —le dijo. Pero el piloto, indiferente, se dejó caer sobre cubierta con la cara distorsionada por el sufrimiento, cuando la sangre le volvió a correr por los miembros y le arrancó gemidos de dolor.

La botavara de la vela mayor golpeaba ruidosamente sobre el puente al gualdrpear la vela.

—Capitán, no puedo mantener el rumbo —anunció Bush.

—Bien —dijo Hornblower.

Ya se lo temía. El viento del anochecer, que los había empujado ayudándoles a salir del estuario, era de los que acaban cuando amanece, dejando a las embarcaciones encalmadas. Si se hubiese mantenido, aunque no fuese más que durante media hora, habrían podido adelantar otro par de millas y hubiese sido la salvación. Ahora tenían Noirmoutier a la izquierda y a popa la tierra firme. A través de los desgarrones de la niebla, Hornblower descubría los escuetos perfiles de la estación semafórica. Dieciséis años atrás, él fue el segundo de la expedición que Pellew mandó desembarcar para destruirla... Ahora las islas estaban llenas de fortines armados con cañones pesados, como consecuencia de los continuos ataques ingleses. Hornblower se puso a calcular la distancia que les separaba de Noirmoutier. Estaban fuera de tiro aun de las piezas de más alcance —por lo menos eso creía—, pero la marea podría empujarles más cerca. Incluso existía el peligro de que se vieran metidos dentro de la bahía de Bourgneuf.

—Brown —llamó—. Despierte a esos hombres y póngalos a los remos, seis por cada lado.

A ambos lados de cada cañón había unas chumaceras para colocar el remo; seis para cada lado de la embarcación. Brown colocó en posición a sus hombres, que se

frotaban los ojos legañosos, y les enseñó la manera de manejar los grandes remos retenidos por las largas cuerdas.

—¡Uno, dos, tres, remad! —gritó Brown.

Los hombres se echaron con todo su peso sobre los remos que, débilmente, y sin ningún resultado, cortaron las tranquilas aguas.

—Uno, dos, tres: ¡tirad! Uno, dos, tres: ¡tirad!

Brown se exaltaba, gesticulaba y corría de uno a otro llevando el compás con todo el cuerpo. Poco a poco, el cúter empezó a moverse; los hombres iban adquiriendo mayor pericia y los remos se hundían en el agua profundamente.

—Uno, dos, tres, ¡remad!

Aunque Brown contaba en inglés, el sentido de su grito, acompañado por los gestos y ademanes de su corpachón, no dejaba lugar a dudas.

—¡Remad!

Los galeotes clavaban los pies en el suelo buscando un apoyo y remaban desesperadamente. El entusiasmo de Brown era contagioso, y ya algunos de ellos levantaban sus roncas voces en un unánime grito. El cúter avanzaba poco a poco, y con unos movimientos del timón Bush pudo volverlo a poner en su rumbo. La embarcación se elevó y cayó sobre la pequeña marejada con un crujido de poleas.

Apartando la vista de los remeros, Hornblower dejaba que sus ojos vagasen sobre el mar, tranquilo como una balsa de aceite. Si hubieran tenido suerte, podrían haberse tropezado con algún navío de la escuadra del bloqueo que cruzase aquellos lugares cercanos a la costa. A veces, para provocar a los franceses, se metían entre las islas. Pero no había ninguna vela a la vista. Hornblower vio levantarse los largos brazos del semáforo, que se quedaron inmóviles, por lo que supuso que quería indicar que se hallaba dispuesto a recibir las señales de otra estación de tierra firme que Hornblower no podía ver. Creyó adivinar poco más o menos el contenido del mensaje. Luego, a sacudidas, los brazos empezaron a señalar y transmitieron al interior una breve contestación. Hubo otra pausa y luego Hornblower vio que los brazos que se le aparecían antes de perfil se dirigían de frente hacia él. Automáticamente se volvió hacia Noirmoutier y allí vio que la banderita del mástil subía y bajaba. En la isla estaban dispuestos a recibir órdenes de tierra. Los brazos del semáforo volteaban en amplios círculos y, en contestación a cada frase, la bandera subía y bajaba afirmando.

Al pie del mástil apareció pronto una larga voluta de humo blanquecino del que salió instantáneamente una bala, y, uno tras otro, cuatro chorros de agua se elevaron de la superficie del mar. Siguió el sordo estampido del disparo. El surtidor más cercano se levantó a media milla; el *Witch of Endor* se hallaba, por tanto, fuera de tiro.

—¡Que remen esos hombres! —gritó Hornblower a Brown.

Se figuraba lo que sucedería luego. Movido por los remos, el cúter hacía menos de una milla por hora, así que todo el día se hallarían en peligro, a menos que se levantase un poco de viento, y Hornblower no distinguía ninguna señal que se lo

anunciase en la gran extensión de agua tranquila y el claro azul del cielo matutino. En cualquier momento se acercarían a ellos unas barcas cargadas de hombres que, remando, irían mucho más deprisa que el cúter. En cada una de ellas habría cincuenta hombres, quizás hasta llevasen un cañón montado en la proa. Tres hombres, con la problemática ayuda de una docena de galeotes, seguramente no podrían oponerse a ellos.

—¡Por Dios, ya lo creo que puedo! —exclamó Hornblower para sí. En el mismo momento vio las barcas salir de la punta de la isla, minúsculas en lontananza. Una vez dada la alarma, la guarnición seguramente se había precipitado a las embarcaciones una vez recibida la orden desde tierra.

—¡Remad! —Gritaba Brown.

Los remos rechinaban en las chumaceras y el cúter se desplazaba un poco más deprisa. Hornblower, entretanto, había preparado el cañón del seis posterior de babor. En un cajón bajo la baranda había proyectiles, pero ni un gramo de pólvora.

—¡Que los hombres sigan trabajando, Brown, y no pierda de vista al práctico!

—Sí, señor.

De un manotazo, Brown agarró al piloto por el cuello de la camisa, mientras Hornblower desaparecía en la cabina. A fuerza de moverse, uno de los cuatro prisioneros había conseguido arrastrarse hasta el pie de la escalerilla; con las prisas que llevaba, Hornblower le pisó y, lanzando un juramento, lo apartó a un lado. Había una escotilla que daba al pañol; la abrió de par en par y se metió por ella. Casi estaba completamente a oscuras, pues la única luz entraba desde la cámara. Hornblower iba buscando a ciegas sobre montones de cajones y sacos de mercancías. Se tranquilizó, pensando que por mucha prisa que tuviera, el pánico no le serviría para nada. Esperó a que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad. Encima de él oía los gritos de Brown y el chirrido de los remos, acompasado y continuo. Al fin, en el tabique que tenía delante vio lo que buscaba: una pequeña abertura cerrada por una ventanilla de cristal. Aquello debía de ser la santabárbara. El artillero debía trabajar con la luz de la linterna al filtrarse por ella.

Sudando por el calor no menos que por la ansiedad, Hornblower amontonó a un lado los cajones que le estorbaban y abrió la puertecilla. Metiéndose a tientas por allí, casi doblado en dos, sus manos dieron con cuatro grandes barriles de pólvora. Le pareció sentir crujir un poco de pólvora bajo sus pies; un movimiento descuidado y podía hacer saltar el cúter por los aires al producir el más leve chispazo. Los franceses habían sido muy descuidados con los explosivos. Hornblower respiró con alivio cuando sus dedos palparon los cartuchos preparados para las cargas. Esperaba encontrarlos, pero podía haberse dado el caso de que no estuviesen preparados, y no le entusiasmaba precisamente la idea de tener que usar un cazo para la pólvora. Cogió todos los cartuchos que pudo y, reculando, salió del diminuto almacén y subió a cubierta a la luz del sol.

Las barcas se habían acercado mucho y ya no eran unos puntos insignificantes,

sino que se distinguían claramente sus contornos, habiéndose distanciado unas de otras para realizar la captura. Hornblower colocó sus cartuchos en cubierta. El corazón le palpitaba por el esfuerzo y por la emoción. Le parecía que cada vez le era más difícil y penoso seguir manteniéndose sereno. Una cosa era planear, dirigir y mandar «haced esto» o «preparad lo otro», y otra muy distinta era tener que hacerlo con sus propias manos, fiándose en su habilidad y en la agudeza de la propia vista. La sensación que sentía era poco más o menos la misma que se apoderaba de él cuando había bebido una copa de más: sabía perfectamente lo que tenía que hacer, pero sus miembros no estaban tan dispuestos como de costumbre a obedecer las órdenes de su cerebro. Más de una vez le temblaron las manos al manejar la garrucha para sacar el cañón de su sitio.

Aquel temblor le curó al fin y, como un creyente que se libera del saco de sus pecados, se sacudió las dudas y vacilaciones, sintiendo que sus ideas se habían aclarado y estaba ya dispuesto a la acción.

—¡Eh, venga aquí! —le gritó al práctico.

El práctico protestó un poco, alegando que era imposible que él accediera a apuntar un cañón contra sus propios compatriotas; pero la mirada feroz que le dirigió su verdugo le hizo entrar en razón. Hornblower no era consciente de la dureza de su mirada, sólo se daba cuenta de que sentía una gran irritación contra cualquiera que se atreviese a discutirle nada en aquellos críticos instantes. El práctico estaba convencido de que, si volvía a remolonear, el capitán inglés le mataría sin compasión, y tal vez no anduviese muy desencaminado. Entre los dos, y con ayuda de las garruchas, colocaron la pieza en posición. Hornblower, sacando la tapa, se acercó a la barca, giró la manivela de elevación hasta que su mirada le advirtió de que había llegado al máximo, levantó el seguro, y luego, inclinándose sobre el cañón a fin de hacer sombra, tiró del acollador. La chispa fue satisfactoria.

Abrió un cartucho y echó la pólvora en el cañón metiéndola por la boca; con el cartón hizo una pelota y la empujó con la baqueta para apretar la carga en el fondo. Dirigió una mirada a las barcas y constató que aún estaban fuera de tiro y por tanto no había prisa. Dedicó unos momentos a escoger los proyectiles, separó dos o tres de los más redondos, y luego atravesó la cubierta hacia el cajón de estribor y realizó allí también una selección. Para un tiro a larga distancia necesitaba unos proyectiles que no rebotaran dentro del cañón para luego dirigirse a Dios sabe dónde. Con la baqueta empujó dentro de la boca el que había escogido y luego, abriendo un segundo cartucho, vertió la pólvora a su vez.

—*Allons!* —le dijo al piloto, y juntos empujaron el cañón. Dos hombres era el mínimo que necesitaba la maniobra de una pieza de seis, pero el delgado cuerpo de Hornblower era capaz de desarrollar una fuerza excepcional a impulsos de su voluntad. Con una palanca apuntó el cañón a popa todo lo que pudo. Aun así, éste no apuntaba hacia el bote que iba en cabeza, que se encontraba con el viento muy a popa del través. El cúter tendría que guiñar para poder dispararle bien. Hornblower se

enderezó bajo la luz del sol.

Tan absorto estaba en su trabajo que no escuchaba la ronca cantinela de Brown, que animaba a los hombres casi junto a su oído, ni siquiera había visto que por poco tropieza con el último remero de popa. Para dar una guiñada, el cúter debía acortar la marcha; eso significaba perder parte de lo ganado, pero era necesario resignarse. No era fácil dar a una barca con un proyectil de seis pulgadas a doscientas yardas. No valía la pena disparar; era mejor esperar a que se acercasen. El problema era interesante, pero no se podía obtener una solución exacta porque había una incógnita, y era la posibilidad de que se levantase el viento.

Pero por más que Hornblower escrutaba la gran extensión marina, no había la más ligera señal. Mientras miraba, descubrió que Bush tenía clavados sus ojos en él con ansiosa expresión. Bush esperaba la orden de guiñar. Hornblower le sonrió meneando la cabeza y volvió a estudiar el horizonte, las islas lejanas, la inmensidad del mar, que prometía la libertad. Una gaviota de deslumbrante blancura revoloteaba sobre la embarcación, destacándose sobre el azul del cielo y soltando unos gritos lastimeros. El cúter se mecía suavemente con el leve oleaje.

—Perdón, capitán —le decía Brown al oído—. Capitán, perdóneme... ¡Remad...! Esos pobres ya no pueden seguir más. Fíjese en aquél de allá a estribor... ¡Remad!

Era cierto; los hombres dejaban caer la cabeza y remaban flojamente por el cansancio. Brown columpiaba en la mano un pedazo de cuerda lleno de nudos, y se comprendía que había recurrido a aquel sistema de persuasión para incitarles a remar.

—Démosles algo de descanso y alguna cosa para comer y beber, señor, y podremos seguir adelante. ¡Remad, granujas! Desde ayer por la mañana no han comido nada.

—Muy bien —dijo Hornblower—. Déjelos descansar y déles de comer. Señor Bush, viremos, pero despacio.

Se inclinó sobre el cañón sin enterarse ni siquiera de que había cesado el chirrido de los remos que los hombres habían abandonado para descansar y reponerse, igual que no se acordaba de que él mismo no había comido ni bebido ni pegado ojo desde el día anterior. El cúter giraba con lentitud. La negra mancha de una barca apareció dentro de la mira. Hornblower hizo un signo con la mano a Bush. La barca desapareció y no volvió a aparecer en el campo visual hasta que Bush hubo parado la embarcación con un movimiento del timón. Hornblower bajó el cañón con la manivela hasta que se encontró en el punto exacto y se enderezó separándose de él, para evitar que le alcanzase al recular, con el acollador en la mano. Se sentía más inseguro del alcance de la bala que de su misma dirección, y era indispensable observar la caída del proyectil. Calculó el movimiento del cúter sobre las olas, esperó a que estuviese sobre una de ellas y tiró del gatillo. Con un estampido, el cañón reculó casi rozándole. Saltó a un lado y esperó a que se disipase el humo. Los cuatro segundos que el proyectil empleó en cortar el aire le parecieron eternos. Al fin pudo ver un surtidor de agua levantarse del seno de una ola; el tiro quedó corto por

doscientas yardas, y un centenar de lado hacia la derecha. No podía llamarse un tiro bien colocado.

Limpió el cañón con la esponja y lo volvió a cargar, llamó al práctico con brusquedad y colocó el cañón nuevamente en posición. Era necesario que se familiarizase con el arma para entrenarse, si quería conseguir hacer disparos más afortunados, por lo que creyó inútil alterar la elevación; procuró colocarlo como en el tiro anterior y disparó en el momento en que el cúter se hallaba poco más o menos a la misma altura que antes. Esta vez la elevación fue exacta; el proyectil cayó cerca de la barca, pero demasiado hacia la derecha. Hornblower lo movió un poco hacia la izquierda y, manteniendo la misma elevación, volvió a disparar. Esta vez demasiado a la izquierda y doscientas yardas demasiado corto.

Semejantes variaciones en la caída de un proyectil de un cañón de seis en plena elevación eran muy naturales, y Hornblower lo sabía, pero resultaba un consuelo muy flaco. La cantidad de pólvora era diferente en cada cartucho, los proyectiles no eran perfectamente redondos, sin hablar de las variaciones en las condiciones atmosféricas y de la temperatura del cañón. Apretando los dientes, Hornblower tomó puntería y volvió a disparar. Corto y un poco hacia la izquierda. Era para volverse loco.

—Capitán, el desayuno —le decía Brown a su espalda.

Hornblower se volvió con brusquedad. Allí estaba Brown con una bandeja en la que había un plato lleno de pan de galleta, una botella de vino, un vaso de agua y una jarra de peltre. Al ver todo eso, Hornblower fue consciente de tener mucha hambre y mucha sed.

—¿Y ustedes? —le preguntó a Brown.

—Nosotros nos hemos arreglado muy bien, señor.

Sentados en la cubierta, los galeotes comían pan con voracidad y se quitaban la sed bebiendo agua. Lo mismo hacía Bush, apoyado en el timón.

Hornblower notó que tenía la lengua y el paladar secos como el cuero, y le temblaba la mano mientras servía el vino, diluyéndolo con agua y bebiéndoselo de un trago. Cerca de la claraboya de la cámara se encontraban los cuatro prisioneros que había dejado atados y amordazados. Ya tenían las manos libres, aunque siguiesen con los pies atados. El sargento y uno de los marineros estaban mortalmente pálidos.

—Me he tomado la libertad de subirlos aquí, capitán —dijo Brown—. Esos dos parecían casi muertos por culpa de la mordaza, pero dentro de un rato ya estarán buenos.

Hornblower pensó que había sido negligente y cruel al dejarlos atados de aquella forma, pero, repasando los acontecimientos de aquella noche, no halló el momento en que hubiese podido dedicarse a los prisioneros. En la guerra era natural la crueldad.

—Aquellos granujas —decía Brown, señalando a los galeotes— querían arrojar por la borda al sargento en cuanto le han visto, señor. Y sonreía como si aquello fuese la cosa más divertida del mundo. Esta ocurrencia desencadenó en Hornblower una larga serie de reflexiones sobre la miseria de las galeras y la brutalidad de los

soldados que tenían el cometido de vigilarlas.

—Sí —y entretanto Hornblower tragaba un bocado de pan y bebía un sorbo—. Me parece que también los prisioneros se pueden poner a los remos.

—Sí, señor. Si me disculpa, a mí se me ha ocurrido la misma idea. Con todos esos hombres podremos montar dos turnos.

—Arréglole como quiera —le contestó Hornblower, y volvió a su cañón.

La primera barca ya estaba muy cercana y creyó que podía reducir un poquito la elevación. Esta vez el proyectil casi cayó dentro de la barca, entre dos remos de un costado.

—¡Estupendo, capitán! —exclamó Bush, al timón.

A Hornblower le picaba la piel por el sudor y el humo de la pólvora. Se quitó la galoneada casaca y sintió el peso de las pistolas que llevaba en el bolsillo. Con un ademán se las ofreció a Bush, pero éste sacudió la cabeza sonriendo, señalando el trabuco con el cañón en forma de trompeta que tenía a su lado. Si tenía que llegar a enfrentarse con su abigarrada tripulación, aquélla era un arma mucho más conveniente. Por un momento, Hornblower, que empezaba a sentirse exasperado, se preguntó qué hacer con las pistolas, y acabó por colocarlas al alcance de su mano, en los imbornales, antes de volver a cargar el cañón. El siguiente disparo cayó bastante próximo a la barca. A aquella distancia, acertar en un disparo era una cuestión de pura suerte, porque ningún cañón afinaba hasta las cincuenta yardas.

—Los hombres están preparados para remar, capitán —anunció Brown.

—Muy bien. Señor Bush, haga el favor de colocar el timón de manera que yo pueda tener aquella barca a mi alcance.

Brown era un refugio de fortaleza. Había preparado solamente tres remos a cada lado, poniendo seis hombres a la faena. Los otros estaban apelotonados, a proa, dispuestos a relevar a los compañeros cuando éstos estuviesen cansados. Seis remos eran suficientes para hacer adelantar apenas la gran embarcación; sin embargo, un continuo progreso, aunque fuese lento, era preferible a los altibajos del principio. En cuanto a la clase de argumentos que habría empleado para conseguir que los franceses que no eran galeotes trabajaran con ellos, Hornblower prefería ignorarlos; bastaba que estuviesen allí con los pies atados, poniendo todas sus fuerzas en los brazos mientras Brown, balanceando en la mano el rebenque, llevaba el compás.

El cúter volvía a avanzar sobre las aguas azules; a cada tirón de los remos respondían chirridos y susurros en el aparejo. Si hubiese querido prolongar la persecución, habría tenido que volverles la popa y no darles la aleta, pero Hornblower creía que por la probabilidad de dar en el blanco valía la pena perder aquel tiempo. Se daba cuenta de la temeridad de su proceder, que debía justificar de algún modo. Se inclinó sobre el cañón, tomó puntería con cuidado y volvió a disparar demasiado lejos. Al ver el chorro de agua se sintió invadido por una rabia sorda y estuvo a punto de ceder el cañón a Bush para que probase, a ver si lo hacía mejor, pero rechazó la idea. En realidad, y dejando aparte la falsa modestia, él se sentía capaz de maniobrar

un cañón mucho mejor que Bush.

—*Tirez!* —ordenó bruscamente al práctico, y con la fuerza de los dos reunida empujaron el cañón hacia adelante.

Hasta aquel momento las barcas que iban en su persecución habían aparentado no darse cuenta de que eran el objetivo de los disparos. Adelantaban a fuerza de remos sobre las aguas azules, manteniendo con regularidad el rumbo que a una milla de distancia cortaría el paso al *Witch of Endor*. Las tres eran grandes barcas y tenían a bordo por lo menos ciento cincuenta hombres entre todos. Bastaba que una de ellas consiguiese llegar al costado del cúter para que los fugitivos se vieran dominados. Hornblower, tercamente, seguía disparando una y otra vez, disimulando la amarga desilusión que le invadía a cada disparo perdido. Según calculaba, el alcance se había acercado por lo menos a la mitad; era lo que en un informe oficial él calificaría de «largo alcance». Odiaba aquellas barcas que se acercaban y parecían arrastrarse por el agua como inmundos insectos que amenazaban su libertad y su vida. También aborrecía aquel viejo cañón tan caprichoso que no quería disparar dos veces del mismo modo. La camisa, empapada de sudor, se le pegaba al cuerpo, y los granos de pólvora le irritaban la piel.

Pero no se vio dónde había caído el siguiente disparo. Luego Hornblower vio que la primera barca daba media vuelta y que los remos se detenían.

—Esta vez ha dado en el blanco, capitán —le informó Bush.

Pero la barca volvía a ponerse en camino y los remos a cortar el agua. Una enorme desilusión. Parecía imposible que una embarcación de aquellas proporciones pudiese resistir un proyectil del seis que le había dado de lleno sin verse gravemente dañada; pero, en fin, así era. Por primera vez Hornblower se sentía descorazonado. Si el tiro preparado tan meticulosamente tenía un resultado tan mezquino, ¿valía la pena proseguir la lucha? Pero luego volvió a inclinarse tercamente sobre el cañón, poniendo su atención en la mira, para corregir la ligera inclinación a la derecha de la pieza. En ese momento se dio cuenta de que la barca tocada había dejado de remar, se movía y viraba sobre sí misma. Se balanceó y giró, lanzando desesperadas señales a los de las otras barcas. Hornblower volvió a disparar y falló el blanco; sin embargo, veía cómo la barcaza se iba hundiendo perceptiblemente y que las otras embarcaciones se acercaban para recoger a la tripulación.

—¡Una cuarta a babor, señor Bush! —gritó Hornblower, pero el grupo de barcas ya había quedado fuera de tiro; sin embargo, era un blanco demasiado tentador para dejar que se perdiese. El práctico francés gruñía, mientras ayudaba a Hornblower a arrastrar el cañón; pero éste no tenía tiempo para escuchar sus patrióticas protestas. Apuntó cuidadosamente y disparó. No se levantó ningún chorro de agua. La bala había hecho blanco, pero seguramente en la misma barca. Ésta debía de hacer agua, pues inmediatamente las otras dos se alejaron de ella para proseguir la persecución.

Brown cambiaba de remeros. Hornblower recordó haberle oído prorrumpir en roncoshurras cuando dio en el blanco, y halló un instante para admirar su habilidad

para tratar a los hombres, ya fuesen legítimos prisioneros de guerra o escapados de las galeras. Tuvo tiempo para admirarle, pero no para envidiarle. Los perseguidores cambiaban de táctica: una de las barcas se dirigía directamente hacia el cúter mientras que la otra, separándose un poco, intentaba de nuevo cortar el camino. Pronto se vio la razón. De la proa de la primera salió una nubecilla de humo, y una bala de cañón levantó una columna de agua en la popa del cúter y casi lo rozó.

Hornblower se había encogido de hombros al ver aquello. Un cañón de pequeño calibre disparado desde una plataforma bastante más insegura que la de el *Witch of Endor*, a aquella distancia, no podía hacerle mucho daño, y cada disparo significaba un retraso en la persecución. Dirigió su cañón hacia la barca que quería cortar el camino, disparó y falló el blanco. Ya estaba tomando puntería otra vez cuando oyó el estampido del segundo cañonazo disparado desde la barca, pero ni siquiera se preocupó de averiguar dónde cayó la bala. En cambio, su disparo dio muy cerca del blanco, porque el tiro se acertaba y ya se había acostumbrado al modo de actuar del cañón y se acompasaba al ritmo de la larga marejada del Atlántico que mecía al *Witch of Endor*. Por tres veces consiguió que los proyectiles cayesen tan cerca de la barca que los hombres debían de estar mojados por los salpicones que levantaban. Todos los tiros hubiesen podido resultar eficaces y Hornblower estaba convencido de ello, pero había que contar con las variaciones de la pólvora, de los proyectiles y de la propia arma: era cuestión de suerte acertar en un radio aproximado de cincuenta yardas. Diez cañones bien dirigidos y disparados a la vez hubiesen hecho el trabajo, pero no podía contar con diez cañones.

Se oyó un estruendo en la proa; una lluvia de astillas se desparramó en abanico y una bala rayó el puente en diagonal, pasando junto a la escotilla de proa.

—¡No os mováis! —Rugía Brown saltando hacia adelante con su pedazo de cuerda atado al puño—. ¡Seguid remando, granujas! —Y de un empujón volvió a colocar en su puesto al desdichado galeote, que oyendo silbar la bala a una yarda de distancia, había abandonado el remo—. ¡Remad! —tronó. De pie en medio de la dotación, la mitad en el entarimado de cubierta y la otra mitad sudando a los reinos, y balanceando su látigo, con su físico soberbio, estaba realmente magnífico. Parecía un domador en una jaula de fieras. Hornblower se convenció de que Brown no tenía ninguna necesidad de llevar un par de pistolas. Esta vez se volvió a su cañón con una franca punzada de envidia.

La barca que había disparado sobre ellos no sólo no se había acercado, sino que más bien había quedado algo rezagada; en cambio, la otra se había acercado mucho. Se veía claramente a los hombres que la tripulaban, con sus negras cabelleras y los hombros bronceados por el sol mediterráneo. Los remos estaban parados en aquel momento, pero había algo de movimiento, como si los remeros estuviesen cambiando de lugar. Luego avanzaron de nuevo, ganaron velocidad y se dirigieron hacia el cúter en línea recta. El oficial que los mandaba había colocado dos hombres en cada remo a fin de poder cubrir velozmente aquel pequeño y peligroso espacio que los separaba, y

en su deseo de abordar el cúter cuanto antes, derrochaba la energía tan cuidadosamente ahorrada hasta entonces.

Hornblower estimó la distancia, que iba disminuyendo rápidamente, corrigió la elevación e hizo fuego. El disparo cayó al agua a diez yardas de la proa de la barca, y, rebotando, describió un arco sobre ella. Si ahora erraba el golpe sería fatal, se decía Hornblower, mientras volvía a cargar meticulosamente, esforzándose por seguir la rutina con la misma exactitud que antes. Disparó y volvió a cargar inmediatamente, sin preocuparse de mirar adónde había ido a parar el proyectil. De nuevo debía de haber pasado sobre las cabezas de los remeros de la barca, pues ésta seguía acercándose al cúter, impertérrita. Hizo una pequeña reducción de la elevación y, echándose a un lado, aplicó la mecha. Cuando tuvo tiempo de volver a levantar la cabeza para mirar, vio que la barca se había abierto como un abanico. Encima de ella, en el aire, había algo oscuro que inmediatamente volvió a caer, tal vez un barril que el golpe había hecho saltar al aire como una pelota golpeada con un puntapié. La proa sobresalía un poco del agua —el proyectil le había dado de lleno a nivel del agua—, las maderas se dispersaron a su alrededor y luego de pronto se hundió hasta la borda. Posiblemente, también el fondo debió de quedar agujereado por el disparo.

Brown volvía a prorrumpir en alaridos de alegría, y Bush saltaba de contento, dentro de lo que le permitía su pierna de palo, sin abandonar el timón. A su lado Hornblower oía respirar ruidosamente al práctico, como si jadease. Las azules aguas estaban sembradas de manchitas negras. Los supervivientes luchaban desesperadamente por salvarse; el agua debía de estar helada y aquellos que no consiguiesen aferrarse a alguna tabla flotante tendrían una rápida muerte, pero nada se podía hacer para ayudarles. El *Witch of Endor* ya llevaba más prisioneros de los que aconsejaba la prudencia, y el más pequeño retraso les habría hecho perder un tiempo precioso, pues la otra barca ya se estaba aproximando.

—¡Que trabajen sus hombres! —dijo Hornblower a Brown con una aspereza innecesaria, y en seguida se volvió a inclinar para cargar de nuevo.

—¿Qué rumbo, señor? —preguntó Bush desde el timón.

Necesitaba saber cómo debía maniobrar para poder hacer fuego sobre la tercera barca que había dejado de disparar y se dirigía a toda prisa hacia los náufragos.

—Siga así —exclamó Hornblower con brusquedad. Sabía perfectamente que aquella barca ya no les molestaría más. Habiendo visto hundirse a sus dos compañeros, y encontrándose por tanto muy cargada de náufragos, seguramente se alejaría en lugar de continuar la persecución. Y así resultó. Una vez la barca hubo recogido a los supervivientes, la vieron virar en redondo y dirigirse hacia Noirmoutier, acompañada de una exclamación burlona de Brown.

Ahora Hornblower ya podía mirar a su alrededor. Se acercó a la balaustrada cerca de Bush —era raro que encontrase más natural estar allí que al lado del cañón—, y escrutó el horizonte. Durante el combate y a fuerza de remos el cúter había recorrido un buen trecho. La costa de tierra firme se perdía en una neblina lejana. Noirmoutier

ya había desaparecido de la vista, pero aún no se advertía ninguna señal del viento. Todavía estaban en peligro si llegaba la noche y sorprendía en aquel punto al *Witch of Endor*, pues podía ser alcanzada por otras barcas que viniesen desde las islas. Un ataque nocturno sería algo muy diferente. Era preciso seguir alejándose sin descanso, y los hombres debían continuar remando en un sobrehumano esfuerzo durante todo el día y también durante toda la noche, si era necesario.

Después de aquella frenética actividad para maniobrar él solo un cañón durante toda la mañana, Hornblower sentía dolorido todo el cuerpo. No había descansado en toda la noche, lo mismo que Bush y Brown. Apestaba a sudor y a pólvora y le picaba la piel. Sentía un enorme deseo de descansar y sin embargo, maquinalmente, fue a asegurar el cañón, colocó los cartuchos que aún no había empleado en un lugar donde no pudieran causar daño y volvió a guardarse en el bolsillo las pistolas que se había dejado en los imbornales por un olvido imperdonable.

CAPÍTULO XV



A medianoche, y no antes, un poco de viento pasó susurrando sobre la nublada superficie del mar. El primer soplo apenas jugueteó con la gran vela mayor y arrancó algunos arpegios a las jarcias; luego sopló más sostenidamente, hasta que las velas consiguieron retenerlo e hincharse. En la oscuridad, Hornblower pudo dar la orden a la extenuada tripulación de que abandonase su trabajo, y pronto el cúter se deslizó con un balanceo casi imperceptible, levantando apenas una ligera espuma con el tajamar y avanzando, sin embargo, con más velocidad de la que le podían imprimir los remos. Aquel vientecillo, tan constante como ligero, llegaba del este. Hornblower lo sentía apenas, mientras manejaba las escotas, y sin embargo, sobre la invisible superficie marina, la gran cantidad de velamen del cúter llevaba el gracioso casco hacia delante como en un sueño.

En realidad, a Hornblower todo aquello le parecía un sueño. El cansancio acumulado y la falta de sueño le transportaban a una atmósfera extraña, y se movía y realizaba las tareas acostumbradas entre una nebulosa irrealidad que cuadraba muy bien con la oscuridad reinante sobre las olas. Los galeotes y los prisioneros podían tenderse y dormir, ya no había nada que temer por su parte, puesto que en las últimas veinte horas habían pasado diez remando y al caer la noche tenían las palmas de las manos en carne viva. Pero ni él ni Bush ni Brown podían pensar en dormir. Oía su propia voz extraña y lejana, como la de un extranjero que hablase en la habitación de al lado, al emitir sus órdenes. Sus propias manos, al manejar las escotas, le parecían extrañas como si fuesen las manos de otro. Era como si se hubiese abierto una brecha entre el cerebro con el que se esforzaba en pensar y el cuerpo que se avenía a obedecerle.

En algún lugar hacia el noroeste debía de hallarse la flota que vigilaba sin descanso la rada de Brest. Por eso Hornblower había escogido el rumbo noroeste, con el viento confortablemente por la aleta. Si no encontraba a la escuadra del Canal, doblaría Ouessant y conduciría al *Witch* a Inglaterra. Todo eso lo sabía muy bien y, sin embargo, le parecía más irreal que nunca, y por eso mismo creía vivir en un sueño. El recuerdo del saloncito de Marie de Graçay o la desesperada lucha por la vida en las aguas del Loira le parecían mucho más reales que la cubierta de aquella pequeña embarcación que sentía bajo sus pies y las escotas que estaba manejando. Indicar el rumbo a Bush le parecía una puerilidad, como si jugara con un niño. Se decía a sí mismo que aquel fenómeno no era nuevo y que le había sucedido con frecuencia cuando pasaba unas noches sin dormir. Podía dejar de dormir una noche sin sentirlo demasiado, pero a la segunda, el cansancio le nublaba el entendimiento y la fantasía empezaba a hacerle jugarretas.

Se volvió hacia Bush; la débil lucecilla de la bitácora apenas iluminaba la cara del

segundo en la oscuridad de la noche. Tan grande era la necesidad que sentía de alguna cosa real que Hornblower entabló conversación con él.

—¿Cansado, Bush? —empezó.

—No, capitán. En absoluto. Pero ¿y usted, cómo se encuentra?

Bush había servido demasiados años a sus órdenes y atravesado a su lado demasiadas vicisitudes para hacerse una idea excesivamente optimista de su fortaleza.

—Bastante bien, gracias.

—Si este viento se sostiene, señor, tal vez por la mañana alcancemos a la flota.

Bush no dejó escapar una de las raras ocasiones en que podía expresar a su superior sus opiniones personales.

—Eso espero —accedió Hornblower.

—Dios mío, señor, ¿qué dirán en Inglaterra de esto?

Bush estaba extasiado. Ya se imaginaba fama y honores no sólo para su capitán, sino también para él mismo.

—¿En Inglaterra? —preguntó Hornblower vagamente.

Hasta aquel momento, había tenido tanto que hacer que sus sueños no pudieron concretarse en la consideración de lo que pensaría el público inglés, siempre sentimental, de un capitán británico que, fugándose del enemigo, volvía triunfalmente a su patria llevando una embarcación armada, arrebatada al enemigo casi sin ayuda. Y la verdad es que si se había apoderado del *Witch of Endor* era, sobre todo, porque se le había presentado la ocasión, y tras la captura se había visto demasiado ocupado y al fin excesivamente cansado para detenerse a reflexionar sobre el dramatismo de su aventura. Su perpetua desconfianza de sí mismo y el pesimismo que le invadía al pensar en su carrera le impedían considerarla una aventura afortunada. Pero, por lo visto, Bush, a pesar de no tener ninguna imaginación, sabía apreciar mucho mejor las posibilidades del asunto.

—Sí, señor —prosiguió. A pesar de que tanto el timón como la brújula y el viento exigían su atención, se volvía locuaz al hablar de aquello—. El rescate del *Witch of Endor* aparecerá en la *Gazette*. Y también en el *Morning Chronicle*, capitán...

El *Morning Chronicle* era una espina clavada para el gobierno, siempre dispuesto a denigrar las victorias y dar importancia a las derrotas.

Hornblower recordó que, más de una vez, durante los días de su prisión en Rosas, en aquellas horas tan amargas, se había preguntado qué diría el *Morning Chronicle* de la rendición de la *Sutherland*.

De repente sintió náuseas y solamente entonces creyó despertar del sueño. Toda aquella niebla ante sus ojos, se dijo, debía de ser efecto de su cobardía y su temor a mirar al porvenir cara a cara. Hasta aquella noche todo había sido incierto, en cualquier momento podía haber sido detenido de nuevo, pero ahora ya era seguro, con la relativa seguridad que podía dar el mar, que volvería a Inglaterra. Tendría que sufrir el procesamiento por la pérdida de la *Sutherland*, después de dieciocho años de servicio. Podían acusarle de no haber luchado contra sus enemigos hasta la muerte, y

para ese crimen no había más que una pena: la de muerte. Ese artículo del código militar no terminaba como otros con palabras atenuantes, como las de «u otras menores»... A Byng lo habían fusilado hacía cincuenta años bajo la misma acusación.

Y aunque fuese absuelto de ese cargo, su manera de obrar como comandante de la *Sutherland* podía ser objeto de discusión. Se le podía acusar de error de apreciación al arriesgar su buque contra un enemigo cuatro veces más poderoso; el castigo podía ir desde verse borrado de las listas de la Armada Real, lo que le convertiría en un proscrito, un mendigo, hasta una sencilla reprobación que, sin embargo, bastaría para arruinar su carrera. Un consejo de guerra era siempre un asunto azaroso, del cual pocas personas conseguían salir indemnes: Cochrane, Sydney, Smith, media docena de brillantes capitanes habían sufrido grandes perjuicios al someterse a un tribunal militar, y el capitán Hornblower, un hombre sin amigos, sería el próximo.

Sin embargo, el consejo de guerra no era más que una de las variadas pruebas que le esperaban. El niño ya debía de tener tres meses. Hasta aquel momento, no se había parado a pensar en si sería niño o niña... Estaba loco de ansiedad por María, aunque, obligado a apurar el amargo cáliz de la verdad, debía reconocer que no tenía ningún deseo de volver a ver a su esposa. No quería hacerlo. Sintió unos terribles celos cuando supo que *lady* Bárbara se había casado con el almirante Leighton, y en aquellas horas de locura fue cuando concibieron al niño. María, en Inglaterra, Marie, en Francia... Su conciencia alborotada iba de la una a la otra, y bajo aquella conmoción ocultaba un morboso deseo por *lady* Bárbara, aquel deseo que por algún tiempo se había apaciguado, pero que volvería a crecer, lo sabía muy bien, hasta convertirse en una enfermedad incurable, en un cáncer interno, en cuanto sus preocupaciones cesaran... si es que lo hacían algún día.

Pegado al timón, Bush seguía charlando encantado; Hornblower oía las palabras sin comprender el sentido y contestaba a fuerza de «hum...» y de «claro». No hallaba ninguna satisfacción en las sencillas cosas que tanto extasiaban a Bush: la brisa marina, sentir bajo sus pies el entarimado del puente... No en aquellos momentos en que le atormentaban amargos pensamientos. El tono rudo de sus respuestas acabó por frenar la intrascendente charla de Bush, llena de contento y buena fe, y el teniente se irguió adoptando un aire digno. Hornblower pensaba que era absurdo que Bush sintiese aún afecto por él después de ver la cruel brutalidad con que a veces le trataba. Bush era como un perro fiel, pensaba con amargura, demasiado cínico en aquellos momentos para concederle la posibilidad de tener ninguna clase de perspicacia. Sí, era un perro que se obstinaba en lamer la mano que le pegaba. Hornblower se sintió despreciable por pensar así y se volvió hacia las escotas, a un largo, largo período de solitario tormento en su infierno personal.

Allá en el horizonte empezaba a apuntar el día, las tinieblas nocturnas se iban disolviendo en un tenue fulgor perlado, y la niebla, de entre la cual salió Brown dirigiéndose hacia el capitán, ya era gris en lugar de negra.

—Perdone, señor, pero he creído ver algo allí, en la amura de babor, capitán. ¿Lo ve, señor?

Hornblower se esforzó por ver en la oscuridad. Tal vez... Entre la oscura bruma había un núcleo más sólido, un atisbo de algo que se movía y balanceaba. A Hornblower se le cansaron los ojos.

—¿Qué le parece que es, Brown?

—Cuando lo he visto me ha parecido que sería un buque, pero con esta niebla...

Existía alguna probabilidad de que fuese un navío de guerra francés; la misma, más o menos, que de encontrar un rey desprevenido al salir con un palo de cuatro a un as; seguramente sería inglés, y también era probable que se tratase de un buque mercante. Lo mejor que se podía hacer era acercarse lentamente a barlovento; de este modo el cúter, más manejable que una embarcación de grandes proporciones, siempre podía largarse por el camino por donde había venido, confiando en la niebla, la oscuridad y la sorpresa, para evitar verse desarmado aun antes de poder ponerse fuera de tiro.

—Señor Bush, me parece que tenemos una vela a sotavento. Ponga el cúter viento en popa y dirijámonos hacia la vela. Prepárese para virar si se lo mando. Brown, el foque.

Ahora que sentía la proximidad del peligro, Hornblower volvía a tener las ideas claras. Le disgustó ver que el pulso le latía con más velocidad; la incertidumbre siempre le producía ese mismo efecto. Entretanto, el cúter había tomado el nuevo rumbo y navegaba empujado por el viento sobre las aguas grises, con la botavara de la vela mayor hacia babor. Hornblower tuvo un momento de duda de si Bush se acercaría por sotavento, pero decidió no intervenir. Sabía que podía fiarse de la experiencia marinera de Bush. Aguzaba la mirada en la oscuridad. La niebla cambiaba, se espesaba en algunos sitios y parecía disolverse para luego espesarse de nuevo. Pero, sin duda, allá había una nave. Solamente llevaban las gavias, y eso demostraba que se trataba de un buque inglés, uno de los de la escuadra que vigilaba a lo largo de Brest. Una nueva nube de bruma volvió a rodear el cúter y, cuando la hubo atravesado, la embarcación parecía más cercana y el alba era inminente. Las velas eran de color gris claro, en la luz que iba aumentando con rapidez. Ya estaban junto a ella.

De repente, el enorme silencio fue interrumpido por un grito, un grito agudo y penetrante, cuya pureza de timbre apenas estropeaba el megáfono. La voz que lo había lanzado estaba acostumbrada a hacerse oír en medio del fragor de las tempestades del Atlántico.

—¡Ah del cúter! ¿Quiénes sois?

Al oír aquel acento inglés, Hornblower experimentó un inmenso alivio. Ya no era necesario virar, ni alejarse, ni buscar refugio en la niebla. Al mismo tiempo, todos los inconvenientes futuros que había estado rumiando durante sus largas horas de incertidumbre se convertían en certezas.

Tragó saliva, no hallaba las palabras.

—¿Quiénes sois? —Repetía la voz. El porvenir podía ser ingrato, pero el capitán Hornblower enarbolaría su bandera hasta el final, y si su carrera tocaba a su fin, la finalizaría con una buena broma.

—El cúter armado *Witch of Endor*, de su majestad británica, capitán Horatio Hornblower. Y vosotros, ¿quiénes sois?

—*Triumph*, capitán *sir* Thomas Hardy... ¿y quién ha dicho que es?

Hornblower sonreía para sí. El oficial de guardia del desconocido navío había pronunciado su contestación maquinalmente, y sólo después de dar el nombre de su buque se había dado cuenta de que la afirmación del cúter era absurda. El *Witch of Endor* hacía un año que estaba en manos de los franceses, y el capitán Hornblower hacía seis meses que había muerto.

Hornblower repitió lo que había dicho, y tanto Bush como Brown se reían como locos ante la broma, encantados.

—¡Poneos a sotavento y nada de burlas, de lo contrario os hundiremos! —gritó la voz.

Desde el cúter se oía el rodar de los cañones que eran colocados en posición sobre la cubierta del *Triumph*. Hornblower se figuraba el movimiento de a bordo. Los hombres que corrían a sus puestos, el capitán que era llamado a toda prisa...

Sir Thomas Hardy debía de ser el antiguo capitán del navío almirante de Nelson en Trafalgar, dos años más antiguo que Hornblower en la lista de los capitanes. Éste le conoció de teniente, y desde entonces no se habían visto más. Bush llevó el cúter a sotavento, a popa del navío de dos cubiertas. Ya era casi de día y se podía ver bastante bien; estaba al paio, balanceándose suavemente sobre la marea. Hornblower dejó escapar un largo suspiro. La sólida belleza del navío, las dos listas amarillas a los costados, punteados por negras portas, la bandera del palo mayor, los hombres sobre cubierta, las rojas casacas de los soldados, la voz del contraestre que reñía a algún marinero... Todas aquellas voces y rumores que tan familiares le eran y entre los que se había formado le conmovieron de un modo indescriptible en aquel momento, el fin de su largo cautiverio y de su fuga.

El *Triumph* había botado al agua una chalupa que se dirigió velozmente hacia el cúter. Un joven guardiamarina saltó ágilmente a bordo, con el puñal en el costado, una arrogante desconfianza pintada en su cara y acompañado por cuatro marineros armados con pistolas y machetes.

—¿Qué significa esto? —Con una mirada, el muchacho recorrió la cubierta del cúter, fijándose en los prisioneros adormilados que se frotaban los ojos, en el paisano con la pata de palo al timón y el hombre sin sombrero y con casaca de marino que parecía que le estaba esperando.

—¡Debe usted llamarme «señor»! —estalló Hornblower, como había hecho siempre con los guardiamarinas desde que fue nombrado teniente.

El guardiamarina se fijó en la casaca galoneada de oro. Indudablemente, estaba

guarnecida lo mismo que la de un capitán con más de tres años de antigüedad, y el hombre que la llevaba tenía todo el aspecto de merecer cierta deferencia.

—Sí, señor —contestó, un poco intimidado.

—Ése es el teniente Bush, al timón. Usted quédese aquí con sus hombres mientras yo voy a presentarme ante su capitán.

—Sí, señor —dijo el guardiamarina, poniéndose firme.

La chalupa llevó a Hornblower al costado del *Triumph*; el timonel levantó los cuatro dedos que indicaban la llegada de un capitán, pero no había ni marineros ni grumetes esperando a Hornblower cuando éste subió a bordo. La Armada Real no se arriesgaba a prodigar sus preciosos homenajes a quien podía resultar un impostor. Pero Hardy estaba en cubierta, y su elevada estatura se destacaba sobre todos los que tenía a su alrededor. Hornblower vio que se alteraba su cara bovina apenas le vio.

—¡Dios mío! ¡Pero si es Hornblower en carne y hueso! —exclamó Hardy, precipitándose a su encuentro con la mano tendida—. ¡Bienvenido, capitán! ¿Cómo está por aquí? ¿Cómo ha recuperado el *Witch*? ¿Cómo...?

La pregunta que le quemaba los labios era: ¿cómo ha salido de la tumba?, pero tal pregunta resultaba demasiado inconveniente.

Hornblower estrechó la mano que se le tendía y con vacilantes pasos se dirigió otra vez hacia el alcázar de un buque de línea. Se sentía demasiado emocionado para hablar y su cerebro estaba entorpecido por el cansancio, de modo que no podía responder al interrogatorio de Hardy.

—Venga abajo a mi camarote —dijo Hardy, amable. Aunque era flemático, supo comprender el apuro en que se hallaba su colega.

Hornblower se sintió mejor en el camarote, sentado sobre los cojines del arcón, debajo del retrato de Nelson colgado en el mamparo, con las maderas emitiendo ligeros chasquidos a su alrededor y el mar azul que se veía por el ventanal de popa. Se puso a contar parte de sus aventuras, no mucho y sin extenderse en detalles; apenas media docena de frases concisas, pues Hardy también era hombre de pocas palabras. Sin embargo, escuchaba con atención, acariciándose las patillas y aprobando con la cabeza a cada frase.

—Dedicaron todo un número de la *Gazette* al ataque a la bahía de Rosas —dijo él—. Trajeron el cadáver de Leighton para el funeral en San Pablo.

El camarote daba vueltas, según le parecía a Hornblower, y la bondadosa cara de Hardy, con sus formidables patillas, se desvanecía en una niebla.

—Entonces, ¿murió? —preguntó Hornblower—. Murió a consecuencia de sus heridas, en Gibraltar.

De manera que Bárbara era viuda desde hacía ya seis meses...

—¿No sabe nada de mi mujer? —volvió a interrogar Hornblower.

La pregunta le pareció muy natural a Hardy, aunque fuese un hombre que apenas se fijaba en las mujeres, y aunque realmente no viese ninguna relación con la conversación anterior.

—Recuerdo haber leído que el gobierno le concedió una pensión cuando llegó la noticia..., la noticia de la muerte de usted.

—¿Nada más? Mi mujer esperaba un hijo.

—No sé más. Llevo cuatro meses en esta nave.

Hornblower había dejado caer la cabeza sobre el pecho. La noticia de la muerte de Leighton aumentaba la confusión de su mente, y no sabía si estar triste o alegre. Bárbara resultaría más inalcanzable que nunca para él y tal vez le esperasen nuevos sufrimientos a causa de los celos cuando ella se volviese a casar.

—Ahora, ¿no querría desayunar conmigo? —preguntó Hardy.

—El teniente Bush y mi timonel están en el cúter. Primero debo ocuparme de ellos.

CAPÍTULO XVI



Un guardiamarina entró en el camarote cuando aún estaban sentados a la mesa.

—Desde el palo mayor ya se avista la escuadra, señor —anunció a Hardy.

—¡Muy bien! —Una vez que se hubo ido el guardiamarina, Hardy se volvió a Hornblower—. Tengo que anunciar su llegada a su señoría.

—¿Aún está aquí? —preguntó Hornblower, sorprendido. Le asombraba que el Gobierno hubiese dejado al almirante lord Gambier como comandante en jefe de la escuadra del canal de la Mancha durante tres años, a pesar de su desastrosa actuación en las costas de Vizcaya.

—Arriará la bandera el mes que viene —dijo Hardy de mal humor. Muchos capitanes se ponían de mal humor cuando hablaban de Jimmy Malasombra—. Le absolvieron en el consejo de guerra gracias a algunas recomendaciones, y han tenido que dejarle sus tres años enteros.

Una sombra de azoramiento apareció en las facciones de Hardy; había dejado escapar esa alusión al consejo de guerra delante de un hombre que pronto iba a sufrir la misma prueba.

—Me figuro que no pudieron hacer otra cosa —dijo Hornblower, y el curso de sus pensamientos seguía paralelo a los de su colega, mientras se preguntaba si para él no habría también alguna influencia...

Hardy rompió el penoso silencio en el que habían caído invitando a Hornblower a subir con él a la cubierta. En el horizonte había aparecido una larga línea de navíos ciñendo. Navegaban en fila, bien alineados, viraron uno tras otro en perfecto orden, como si estuviesen encadenados. La flota de la Mancha estaba muy disciplinada, y sus dieciocho años de servicio en el mar le habían conferido una indiscutible superioridad sobre cualquier otra.

—El *Victory* está en vanguardia —dijo Hardy, entregando el catalejo a Hornblower, e inmediatamente gritó, volviéndose al guardiamarina encargado de las señales—: Señales: «*Triumph* al almirante. Tenemos a bordo...».

Hornblower miraba con el catalejo mientras Hardy dictaba su mensaje. El navío de tres cubiertas, en cuyo mástil ondeaba al viento la insignia del almirante, guiaba la larga fila de navíos. Las anchas fajas pintadas en sus costados brillaban al sol. Había sido el navío almirante de Jervis en San Vicente, de Hood en el Mediterráneo, de Nelson en Trafalgar. Ahora era el de Jimmy; una gran tragedia como no se había dado otra. Entretanto, las banderas de señales iban ascendiendo a sus mástiles, y Hardy tenía mucho trabajo dictando contestaciones.

—El almirante dice que desea que vaya usted a bordo de su nave —dijo al fin, volviéndose a Hornblower—. Espero que me hará el honor de emplear mi chalupa.

La chalupa del *Triumph* estaba pintada de color amarillo intenso con puntos negros y lo mismo los remos. La dotación vestía chalecos amarillos y pañuelos negros al cuello. Hornblower se sentó con la mano aún dolorida por el vigoroso apretón de Hardy, pensando que él jamás había podido vestir a la dotación de su chalupa con una de aquellas libreas de fantasía. Aquello fue siempre una espina en su amor propio. Hardy, a consecuencia del rico botín de Trafalgar y su pensión de coronel de Marina, sería sin duda un hombre rico. Hardy, *baronet*, con una buena fortuna, y célebre... Y él, pobre, desconocido y en espera de ser procesado.

A bordo del *Victory*, fue recibido con los honores que prescriben los reglamentos del Almirantazgo. Los soldados de infantería de marina presentaron armas.

Sonaron los silbatos, le ayudaron a subir los grumetes con guantes blancos, y el capitán salió a su encuentro en el alcázar. Todo esto le pareció a Hornblower muy extraño, por cuanto no tardaría en verse convertido en el personaje central de un proceso.

—Soy Calendar, capitán de fragata. Abajo está esperando su señoría —le dejó pasar con extrema cortesía—. Fui primer oficial a bordo del *Amazon* mientras usted lo era en el *Indefatigable*. ¿No me recuerda?

—Desde luego —repuso Hornblower, que no se había atrevido a arriesgarse a recordarlo el primero.

—¡Oh, me acuerdo muy bien de usted! —prosiguió Calendar—. También recuerdo lo que decía Pellew de usted.

Cualquier cosa que Pellew hubiese dicho de él sería favorable. Debía su grado de capitán a las entusiastas recomendaciones de Pellew. Era muy amable por parte de Calendar haber aludido a aquello.

El camarote de lord Cambier no estaba, ni mucho menos, tan adornado como el del capitán Hardy. Lo más notable de él era la gruesa Biblia con cierres de latón colocada sobre la mesa. Gambier, con las mejillas colgantes y la cara sombría, le dictaba algo a un amanuense que se retiró a la llegada de los dos capitanes, sentado bajo la ventana de popa.

—Capitán, de momento puede darme su informe verbalmente —dijo el almirante.

Con un gran suspiro, Hornblower comenzó a explicarse. Presentó la situación en el momento en que la *Sutherland* inició la acción contra la escuadra francesa en la bahía de Rosas. Apenas dedicó un par de frases a la descripción de la batalla. Los hombres que la escuchaban también se había hallado en semejantes casos y sabrían rellenar las lagunas. En cambio, describió el grupo de los desarbolados navíos que se refugiaron en la bahía bajo la protección de los cañones de la fortaleza, y las cañoneras que avanzaban a fuerza de remos.

—Se produjeron ciento diecisiete muertos —continuó— y ciento cuarenta y cinco heridos, de los cuales murieron cuarenta y cuatro, antes de que yo saliera de Rosas.

—¡Dios mío! —exclamó Calendar. No era el número de muertos en la enfermería, que era la proporción habitual, lo que había arrancado aquella

exclamación de sus labios, sino el total del número de pérdidas. Resultaba que la mitad o más de la dotación de la *Sutherland* había sido puesta fuera de combate antes de rendirse.

—Thompson, en la *Leander*, perdió noventa y dos hombres de un total de trescientos —continuó Hornblower. Thompson, con la *Leander*, se había rendido a un navío de línea francés, luego de una encarnizada defensa con la que consiguió la admiración de toda Inglaterra.

—Sí, ya lo sabía —replicó Gambier—. Le ruego que continúe, capitán.

Hornblower contó cómo había asistido a la destrucción de la escuadra francesa desde los bastiones de la ciudadela; cómo, más tarde, llegó el coronel Caillard para llevárselo a París, y luego, cómo había huido primero de la gente que le vigilaba y después de la muerte en las tumultuosas aguas del río. Apenas mencionó el castillo del conde De Graçay y el viaje por el Loira —no eran cosas que interesasen al almirante—, pero se entretuvo con los pormenores de la reconquista del *Witch of Endor*. Los detalles eran muy importantes, porque en el transcurso de las múltiples actividades de la Armada Real británica podría resultar que un exacto conocimiento del puerto de Nantes y de las dificultades de navegación por el Loira inferior fuesen de incalculable utilidad.

—¡Señor Dios Todopoderoso! ¿Cómo puede contar esas cosas con tanta sangre fría, hombre? —exclamó Calendar—. ¿No estaba...?

—¡Capitán Calendar! —le interrumpió Gambier—. Le he rogado varias veces que no nombre a Dios de forma irrespetuosa. Como vuelva a hacerlo, incurrirá en mi terminante desaprobación. Capitán Hornblower, tenga la bondad de continuar.

Faltaba por contar la escaramuza con las barcas perseguidoras delante de Noirmoutier. Esta vez, Gambier interrumpió a Hornblower:

—Dice que abrió fuego con un cañón del seis... Los prisioneros estaban remando y el cúter debía tener piloto. ¿Quién maniobraba el cañón?

—Yo, milord. Me ayudaba el práctico francés. —¡Hum!... ¿Los puso en fuga?

Hornblower confesó que había conseguido hundir dos de las barcas que habían enviado contra él. Un silbido le descubrió la sorpresa y la admiración de Calendar, pero la cara de Gambier estaba más sombría que nunca.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Y luego?

—Avanzamos a fuerza de remos hasta medianoche, milord, y encontramos después un poco de viento. Al amanecer avistamos el *Triumph*.

En la cámara reinó un gran silencio, interrumpido solamente por el eco de los rumores sobre cubierta, hasta que Gambier se movió en su asiento.

—Supongo, capitán, que habrá dado gracias al Todopoderoso por haberle preservado milagrosamente. En todas sus aventuras veo claramente la mano de Dios. Encargaré al capellán que en la plegaria de esta noche recuerde especialmente su agradecimiento.

—Sí, milord.

—Ahora puede hacer su informe por escrito. Creo que podrá tenerlo terminado para la hora de comer. Espero que me conceda el placer de acompañarme a la mesa, capitán. De este modo podré incluir el informe en el correo que voy a mandar al Almirantazgo.

—Sí, milord.

Gambier se sumió en profundas meditaciones.

—El *Witch of Endor* podrá llevar el correo —dijo al fin. Como a todos los almirantes del mundo, el problema que más le preocupaba era el de recoger y enviar las informaciones sin debilitar el cuerpo principal de la flota mandando a algún navío de los suyos. Por eso debió de experimentar un inmenso alivio al ver llover del cielo aquel cúter, al que podía confiar el correo. Pero continuaba meditando.

—Nombraré comandante del *Witch* a su teniente Bush —anunció.

Hornblower estuvo a punto de soltar una exclamación. Una promoción a comandante significaba casi la seguridad de poseer el grado de capitán dentro del año, y aquella facultad de conceder rápidos ascensos era la más apreciada de las ventajas que poseía un almirante con mando. Bush se merecía aquel ascenso, pero era asombroso que Gambier le hubiese ayudado. Por lo general, no había almirante que no sintiera especial predilección por algún teniente, un sobrino suyo o el hijo de algún antiguo amigo que se hallaba en espera del primer puesto vacante. Hornblower se imaginaba ya el contento de Bush ante la noticia de que, al fin, también él se hallaba en camino de llegar a almirante, siempre que viviese bastantes años para ello.

Pero eso no era todo, en absoluto. La promoción de un primer oficial era un gran honor para su capitán; es decir, daba aprobación de carácter oficial a la forma de obrar del capitán. La decisión tomada por Gambier era un anuncio público y no sólo privado de que Hornblower había obrado con toda corrección.

—¡Gracias, milord, gracias! —dijo Hornblower.

—El *Witch* es su botín, naturalmente —prosiguió Gambier—. El gobierno deberá comprarla a su llegada.

Hornblower no había pensado en ello. Valdría, por lo menos, mil libras esterlinas.

—El timonel se sentirá encantado —reía Calendar—. Él solo se llevará toda la parte de la tripulación.

También eso era cierto. A Brown le correspondía un cuarto del valor del *Witch of Endor*. Con ello podría comprarse una casita y un trozo de tierra, o, si le apetecía, poner un negocio propio.

—El *Witch* esperará hasta que esté terminado su informe —concluyó el almirante—. Le mandaré a mi secretario. El capitán Calendar le proporcionará un camarote y hará que no le falte nada de lo necesario. Espero que siga siendo mi huésped hasta que me haga a la vela hacia Portsmouth la próxima semana. Tal vez sea mejor así.

Estas últimas palabras eran una delicada alusión al asunto que ocupaba la mayor parte del tiempo y de los pensamientos de Hornblower desde el momento en que puso el pie en el buque almirante, y del que aún no se había tratado. El caso es que él sería

llevado ante un consejo de guerra por la pérdida de la *Sutherland*, y que, por tanto, hasta ese día debía considerarse arrestado. Según una antigua ordenanza, mientras durara el tiempo de su arresto quedaría bajo el cuidado de un oficial de su misma graduación. Por tanto, no se podía ni pensar en enviarlo a tierra con el *Witch of Endor*.

—Sí, milord —contestó Hornblower.

A pesar de toda la cortesía y la indulgencia que Gambier le había demostrado, a pesar de la visible admiración de Calendar, Hornblower sentía todavía un nudo en la garganta cuando pensaba en el consejo de guerra, y estos síntomas persistían aún cuando intentó concentrarse para redactar el informe con la ayuda de un avisado y joven capellán que se presentó en el camarote que Calendar le había asignado.

—*Arma virumque cano* —citó el secretario del almirante tras las primeras frases, que no salían con demasiada facilidad.

Instintivamente, Hornblower había comenzado el informe por la batalla de Rosas.

—Comienza usted *in media res*, como todos los buenos poemas épicos.

—Es un informe oficial —dijo Hornblower bruscamente—. Es la continuación de mi último informe dirigido al almirante Leighton.

La pequeña cámara le permitía dar escasamente tres pasos de un lado a otro, y tenía que agacharse bastante. Como de costumbre, algún desdichado teniente tuvo que ceder el camarote para que él se acomodara. En un buque almirante, aunque fuese de las majestuosas proporciones de uno de tres cubiertas como el *Victory*, entre el almirante, el capitán, los tenientes, el secretario y el capellán, juntamente con el resto de la oficialidad, la solicitud de camarotes excedía siempre al número de los disponibles.

—Le ruego que continúe —dijo Hornblower, sentándose sobre la culata de un mortero del doce que se hallaba al lado de la litera—. «Teniendo en cuenta las condiciones, empecé por...».

Al fin concluyó el informe. Era la tercera vez, durante aquella mañana, que Hornblower contaba sus aventuras, y ya no tenían para él aliciente alguno. Estaba enormemente fatigado. La cabeza se le caía sobre el pecho mientras seguía sentado sobre la culata. De pronto, se despertó con sobresalto. Se había dormido unos instantes.

—Está muy cansado, capitán —le dijo el secretario.

Le miraba con ojos de admiración, del mismo modo que se mira a un héroe, pero esto le producía a Hornblower cierto malestar.

—Si quiere hacerme el favor de firmar aquí, capitán, colocaré el sello y la dirección.

El secretario se levantó. Hornblower tomó la pluma y firmó aquel documento que había de servir para juzgarle.

—Gracias, capitán —dijo el secretario, recogiendo los papeles.

Hornblower ya no le veía. Sin preocuparse de las apariencias, se tumbó de bruces

sobre la litera y se precipitó en un abismo de negrura. Roncaba ya antes de que el secretario hubiese llegado a la puerta, y no se dio cuenta de que éste echó sobre sus piernas una manta, unos momentos más tarde, entrando de nuevo en el camarote de puntillas.

CAPÍTULO XVII



Una impresión extraordinariamente penosa despertó a Hornblower a la vida. No quería volver. Era doloroso despertarse; era una tortura sentir que la bendita inconsciencia en la que se había hundido se iba desvaneciendo poco a poco. Se aferraba a ella e intentaba reconquistarla, pero en vano; despiadadamente, huía. Alguien le sacudía por los hombros suavemente. Con un estremecimiento se despertó del todo y, volviéndose, vio al secretario del almirante inclinado sobre él.

—El almirante se sentará a la mesa dentro de una hora, capitán —anunció el sacerdote—. El capitán Calendar ha pensado que tal vez desearía usted tener algún tiempo para prepararse.

—Sí —gruñó Hornblower. Instintivamente, sus manos se acariciaron el mentón sin afeitar—. Sí...

El secretario permanecía allí tieso e inmóvil; Hornblower le miró con curiosidad. Tenía una extraña expresión compungida y con una mano escondía a sus espaldas un periódico, como si no quisiera que se viera.

—¿Qué hay? —preguntó Hornblower.

—Malas noticias para usted me temo, capitán —le contestó.

—¿Qué noticias?

A Hornblower se le cayó el alma a los pies. Tal vez Gambier había cambiado de idea. Tal vez fuese mantenido bajo estricto arresto, juzgado, condenado y fusilado. Tal vez...

—Recordaba haber visto por casualidad esta noticia en el *Morning Chronicle* de hace tres meses, capitán —dijo el secretario—. Se lo he enseñado a su señoría y al capitán Calendar y ellos han dicho que sería conveniente que se lo comunicase lo más pronto posible. Su señoría dice...

—¿Qué noticia es ésa? —preguntó Hornblower tendiendo la mano para coger el periódico.

—Una mala noticia capitán —repitió el secretario, dudando.

—¡Demonio! ¡Déjeme que la vea!

El secretario le entregó el periódico y con el dedo le señaló unas líneas.

—«El Señor nos lo da y el señor nos lo quita. ¡Bendito sea el nombre del Señor!» —recitó. Eran unas líneas muy breves.

Lamentamos anunciar que el 7 del corriente mes ha muerto de parto la señora María Hornblower, viuda del difunto capitán Horatio Hornblower, atormentada víctima de Bonaparte. El luctuoso acontecimiento tuvo lugar en casa de la señora viuda de Hornblower, en Southsea. Nos hemos enterado de que el niño, que es muy hermoso, goza de perfecta salud.

Hornblower leyó dos veces aquellos renglones y se dispuso a leerlos por tercera

vez. María, la dulce y amante María, había muerto.

—Capitán, en la oración hallará consuelo... —empezó a decir el ministro de Dios, pero Hornblower no le escuchaba. Había perdido a María. La maternidad la había matado, y recordando las circunstancias en que fue engendrado su hijo, era como si él mismo hubiera provocado su muerte. María no existía ya. No habría nadie, nadie que le diera la bienvenida a su vuelta a la patria. María habría permanecido a su lado durante el juicio y cualquiera que fuese el veredicto, jamás, jamás hubiese creído culpable a su marido. Hornblower recordaba las lágrimas que humedecían las rubicundas y ásperas mejillas de ella cuando, la última vez, la había abrazado para decirle adiós. Entonces, todas aquellas formalidades de la despedida de su mujer le habían fastidiado un poco. Ahora él ya era libre: la realidad de ese hecho le llevó como de un baño caliente a una ducha de agua helada. Pero no era justo para la pobre María... Nunca hubiese comprado la libertad a ese precio. Con su amor y su abnegación, ella se había ganado su afecto y merecía su respeto; y ambas cosas se las hubiese otorgado sin condiciones hasta el fin de su vida. Aquella muerte le dolía profundamente.

—Su señoría —proseguía el secretario— me ha encargado que le transmita su más sentido pésame por tan doloroso acontecimiento. Me ha rogado que le diga que no lo tomará a mal si prefiere no reunirse con él y con sus huéspedes en la mesa, si desea buscar el consuelo de la religión en su propio camarote.

—Sí —dijo Hornblower.

—Si puedo serle útil en algo, capitán...

—No, gracias. —Hornblower continuaba sentado en la litera con la cabeza agachada. El secretario movió los pies discretamente...

—Quiero estar solo —dijo Hornblower, sin levantar la cabeza. Aún permaneció sentado mucho rato; sus pensamientos estaban en desorden. Tenía la cabeza trastornada. Sentía en lo hondo de su alma una profunda melancolía; un sentimiento de malestar que bordeaba el dolor físico, pero el cansancio, la excitación y la falta de sueño le impedían ver con claridad. Al fin, y haciendo un desesperado esfuerzo, se rehízo. En el camarote, con el aire un poco enrarecido, sentía ahogo; las hirsutas mejillas y la piel, pegajosa por el sudor que se le había secado encima, le molestaban.

—Que llamen a mi ordenanza —mandó al centinela que estaba en la puerta.

Le sentó bien la operación de afeitarse, lavarse el cuerpo con agua fría y ponerse ropa limpia. Luego subió al puente y, respirando a pleno pulmón, disfrutó del fresco aire marino. También sentía alivio al poder disponer de un trozo de cubierta por donde pasear entre las filas de las carronadas de popa, mientras que, a su alrededor, las voces familiares de la vida a bordo entonaban una especie de canción de cuna para sus cansados nervios. Andaba de un lado para otro, lo mismo que hiciera tantas y tantas veces a bordo de la *Indefatigable*, de la *Lydia* y de la *Sutherland*. Le dejaron solo. Los oficiales de guardia, reunidos en el otro extremo del navío, se limitaban a dirigirle discretas miradas desde lejos y disimulaban discretamente la curiosidad que

les inspiraba aquel hombre que acababa de conocer la noticia de la muerte de su esposa, que había huido de las cárceles francesas y que esperaba ser juzgado por haber rendido su navío; era el primer capitán que había arriado la bandera de un buque de línea inglés después del capitán Ferris en Algeciras, con el Hannibal. Seguía paseando sin parar. El bendito cansancio volvió a apoderarse de su cuerpo, hasta que su entendimiento se sintió como intoxicado y se dio cuenta de que ya apenas conseguía mover los pies. Entonces bajó a su cabina y se abandonó a la seguridad de poder dormir y olvidar. Pero las turbulentas pesadillas se empeñaban en atormentarle. Eran visiones en las que María tenía mucha parte y contra las cuales luchaba, sudoroso, sabiendo que el cuerpo de su mujer ya no era más que una masa en descomposición. Luego venían las pesadillas de la muerte y la prisión, y al fin, en el límite extremo de los horrores que le atormentaban, aparecía insistentemente la imagen de Bárbara sonriéndole.

Hasta cierto punto, la muerte de su mujer fue una suerte para Hornblower durante aquellos días de espera. Por lo menos le ofrecía un magnífico pretexto para mantenerse taciturno e inabordable. Sin parecer descortés, siempre encontraba un pedacito de cubierta sobre el que pasear solo, al sol y al aire. Gambier paseaba con el capitán de la escuadra y con el capitán del navío, y pequeños grupos de oficiales menores se reunían para cambiar cuatro palabras y pasear juntos; pero todos ellos se mantenían alejados de él y nadie se molestaba si él se sentaba en silencio a la mesa del almirante, y si a la hora de la oración se mantenía apartado.

Si no hubiese sido por esa triste circunstancia se habría visto obligado a tomar parte en la ajetreada vida social a bordo del navío almirante, y a hablar con los oficiales, que hubiesen considerado un deber evitar por todos los medios la más mínima alusión al hecho de que, dentro de poco, habrían de convertirse en los jueces del consejo de guerra para juzgar su actuación. Tampoco se veía obligado a tomar parte en las discusiones técnicas que fermentaban a su alrededor, a pesar de que fingiese estoicamente que la responsabilidad de la rendición de un navío de línea no pesaba excesivamente sobre sus hombros. A pesar de la cordialidad con que le trataban, se sentía como un paria. Ya podía Calendar expresar francamente la admiración que sentía por él, y Gambier tratarle con deferencia, y los jóvenes tenientes mirarlo con los ojos muy abiertos por la admiración, lo mismo que se hace con un héroe; ninguno de ellos había jamás arriado su propia bandera. Más de una vez durante la larga espera sintió Hornblower que una bala de cañón no le hubiese matado en el puente de la *Sutherland*. Ya no había nadie en este mundo que se preocupase por él; su hijo, en Inglaterra, crecería entre los brazos de una nodriza cualquiera, avergonzándose del nombre que llevaba.

Sospechando morbosamente que, si podían, los demás le iban a tratar como a un proscrito, él se les adelantaba y se proscribía a sí mismo, lleno de amargura y orgullo. De esta manera atravesó todo aquel negro período de la espera, sin ninguna compañía durante los últimos días del mando de Gambier, hasta que Hood llegó con el

Britannia para relevarle y, después de cambiarse los cañonazos de saludo, el *Victory* puso rumbo hacia Portsmouth. Hubo unas ráfagas de viento contrario que retrasaron la travesía, y durante siete largos días tuvo que luchar el navío en el canal de la Mancha antes de poder entrar al fin en Spithead y lanzar el ancla.

Hornblower permanecía en su camarote. Las verdes colinas de la isla de Wight y el espectáculo del movimiento de Portsmouth no le inspiraban el menor interés. Supuso que el golpecito que dieron en su puerta anunciaría la llegada de órdenes a propósito del consejo de guerra.

—¡Adelante! —dijo, pero fue Bush quien entró cojeando con su pata de palo, con la cara iluminada por una sonrisa y los brazos cargados de paquetes y envoltorios. Al ver aquella cara tan conocida, toda señal de depresión desapareció de Hornblower como la niebla ante los rayos solares.

Sonrió tan alegremente como Bush; le estrechó cordialmente la mano varias veces, le hizo sentar a la fuerza en el único sillón, y ofreció pedir que les trajesen algo de beber. Todos los rastros de amor propio y de reserva desaparecieron con una velocidad increíble.

—Ah, no, estoy bastante bien, señor. Muchas gracias —dijo Bush contestando al torrente de preguntas de Hornblower—. Ésta es la primera vez que hallo ocasión para darle las gracias por mi ascenso...

—No me dé las gracias a mí —le interrumpió Hornblower, y una sombra de amargura volvió a aparecer en su semblante y a insinuarse en su voz—. Es a su señoría a quien se lo tiene que agradecer.

—De todos modos, yo sé muy bien a quién debo estar reconocido —insistía Bush, testarudo—. Esta semana me ascienden a capitán. Un navío no lo tendré por culpa de esta condenada pierna; pero hay un lugar en el astillero de Sherness que parece hecho aposta para mí. Si no hubiese sido por usted, yo jamás habría llegado a tanto, señor.

—¡Tonterías! —dijo Hornblower. La conmovedora gratitud que transparentaba la voz y la cara de Bush le hacía sentir incómodo.

—¿Y usted, cómo se encuentra, capitán? —preguntó Bush mirándole ansiosamente con sus ojos azules.

Hornblower se encogió de hombros.

—De salud, bien.

—Siento mucho lo de su esposa, capitán —dijo Bush, y no tuvo necesidad de decir más. Él y Hornblower se conocían demasiado bien para insistir hablando de ello.

—Me he tomado la libertad de traerle la correspondencia —prosiguió Bush—. Había varias cartas esperándole.

—¿De veras? —dijo Hornblower.

—Este gran paquete es una espada, creo, señor —añadió Bush, que tenía la astucia suficiente para encontrar motivos con los que distraer a Hornblower.

—¡Vamos a verlo! —propuso éste.

En efecto, era una espada con incrustaciones de oro en la vaina y empuñadura de oro; cuando Hornblower la desenvainó, la hoja de azulado acero descubrió una dedicatoria. Era la espada «de un valor de cien guineas» que le había regalado la Fundación Patriótica por las hazañas de la *Lydia*; la misma que dejó empeñada en casa del proveedor de Plymouth como pago de sus provisiones personales cuando abasteció a la *Sutherland*. «Demasiada letra para mí», había dicho Duddingstone cuando la vio.

—Vamos a ver qué me cuenta Duddingstone... —dijo Hornblower abriendo el billete que iba con el envoltorio.

Capitán:

Con gran emoción me he enterado de la forma en que ha conseguido burlar las malas artes del corso, y no sé hallar palabras para expresar mi contento al saber que la noticia de su prematura muerte era infundada y, mucho menos, mi admiración por sus gestas durante este último viaje. Sé que me remordería la conciencia si siguiese reteniendo en mi poder la espada de un capitán tan valeroso, y me tomo por ello la libertad de mandársela, esperando que la lleve la próxima vez que defienda nuestro poderío sobre los mares.

Su obediente y humilde servidor, siempre a sus órdenes,

J. DUDDINGSTONE.

—¡Misericordia divina! —exclamó Hornblower entregando la carta a Bush, quien, como ya podía llamarse capitán, era por lo tanto su colega y amigo personal, y no había nada malo en que supiera a qué extremos tuvo que recurrir su exjefe para aparejar la *Sutherland*. Cuando Bush levantó la cabeza para mirarle después de haber leído el billete, Hornblower soltó una risita de satisfacción.

—¡Nuestro amigo Duddingstone debe de haberse sentido muy conmovido para dejar escapar de entre las manos una prenda de cuarenta guineas! —dijo con tono cínico para disimular el orgullo que le temblaba en la voz. Estaba verdaderamente conmovido. Si se hubiera dejado llevar, los ojos se le habrían llenado de lágrimas.

—¡No me sorprende, señor! —exclamó Bush, revolviendo entre los periódicos que había puesto a su lado—. Mire esto... y esto... Éste es el *Morning Chronicle* y aquí está el *Times*. Los he puesto aparte para enseñárselos pensando que le interesarían.

Hornblower pasó la vista por las columnas que Bush le señalaba. Parecía que el sentido de aquellas líneas era obvio. Esta vez la prensa inglesa no se andaba con rodeos. Como Bush había imaginado, las simpatías del público se dirigían unánimemente a un capitán que todos se habían figurado ignominiosamente condenado a muerte por el tirano corso y que, sin embargo, había conseguido evadirse, y no solamente huir, sino también recuperar una embarcación inglesa que hacía varios meses que estaba en manos francesas. Había columnas enteras que alababan la audacia y el valor de Hornblower. Unas frases del *Times* llamaron la atención de Hornblower y las leyó más detenidamente.

El capitán Hornblower sigue esperando su juicio por la pérdida de la *Sutherland*; pero, según ya explicamos en nuestra información sobre el modo en que se desarrolló la batalla de Rosas, su conducta fue tan inteligente y su valor tan ejemplar en aquella ocasión, lo mismo si obró bajo las órdenes del almirante Leighton que si lo hizo por su propia iniciativa, que aunque el caso siga estando *sub judice*, nosotros no vacilamos en creer que el capitán Hornblower pronto se verá reintegrado al servicio.

—Y aquí está lo que dice el *Anti Gallican*, capitán —prosiguió Bush.

Lo que decía el *Anti Gallican* era poco más o menos lo mismo que decían los otros periódicos. Empezaba a darse cuenta Hornblower de que era un hombre famoso. Volvió a reír azorado. Todo aquello le parecía bastante raro, y no estaba muy seguro de que le gustase. Pensándolo fríamente, se dio cuenta del porqué. En los últimos tiempos, ningún marino se había ganado el favor del público. Cochrane había estropeado su carrera con sus empresas desafortunadas; ya habían pasado seis años desde el día en que Hardy besó al moribundo Nelson. Collingwood había muerto y también Leighton, y el público tenía sed de un ídolo al que admirar. Como a los israelitas en el desierto, no les satisfacían los dioses invisibles. La casualidad había hecho de Hornblower el ídolo del público, y era probable que eso no disgustase al gobierno, que veía reforzada su propia posición por aquella inesperada popularidad de uno de sus hombres. Pero todo aquello no le gustaba nada a Hornblower; no estaba acostumbrado a la popularidad, desconfiaba de ella y su innata modestia le hacía comprender la falsedad de la situación.

—Espero que estará satisfecho, señor —le dijo Bush, mirándole un poco asombrado, al ver que en su cara se transparentaba la lucha interior.

—Sí. Creo que lo estoy...

—La armada compró ayer el *Witch of Endor* —le informó Bush, que se devanaba los sesos buscando noticias que pudiesen alegrar a su excapitán— por el precio de cuatro mil libras esterlinas. El reparto del dinero, cuando el botín ha de repartirse entre una dotación incompleta, está regulado por una antigua ley que yo no he conocido hasta que no me lo han dicho. Fue hecha a propósito, cuando en 1797 la tripulación del *Squirrel* capturó un galeón español cargado de lingotes. Dos tercios son para usted, capitán; es decir, dos mil seiscientas libras esterlinas; mil para mí y cuatrocientas para Brown.

—¡Hum! —murmuró Hornblower. Dos mil seiscientas libras esterlinas eran una buena ganancia y un galardón bastante más convincente que los aplausos del público caprichoso.

—Y aquí están todas estas cartas y estos paquetes, capitán... —Proseguía Bush, deseoso de aprovechar el momento oportuno.

La primera docena de cartas que leyó eran de gente desconocida que felicitaba al capitán Hornblower por sus éxitos y por su fuga. Dos de ellas estaban escritas por locos, según parecía; en cambio, también había dos de colegas suyos. Hornblower se quedó un poco asombrado por las firmas y el papel de cartas con sus coronas. Aún

más impresionado se quedó Bush cuando Hornblower se las entregó para que las leyese.

—Esto es estupendo, señor, ¿no le parece? —dijo.

—Pero aquí hay más cartas.

La mano de Hornblower se detuvo escogiendo una carta entre el montón, en el mismo instante en que reconoció la caligrafía. Estuvo vacilando un rato antes de abrirla. Bush, lleno de ansiedad, vio cómo se le contraían los labios y se ponía pálido; le estuvo observando mientras leía, pero Hornblower consiguió dominarse y permanecer impasible.

Londres, 129 Bond Street, 3 junio 1811

Querido capitán Hornblower:

Resulta para mí muy difícil escribir esta carta, tan abrumada estoy por la alegría y la sorpresa, sabiendo en este instante por el Almirantazgo que está en libertad y disfrutando de perfecta salud. Me apresuro a comunicarle que su hijo se halla a mi lado, confiado a mis cuidados. Después del triste fin de su esposa me tomé la libertad, al quedarse huérfano, de quedármelo y encargarme de la responsabilidad de educarlo; mis hermanos lord Wellesley y lord Wellington han consentido en ser sus padrinos de bautismo, y le han sido impuestos los nombres de Richard Arthur Horatio. Richard es un hermoso y robusto niño que se parece muchísimo a su padre, y ya se ha encariñado muchísimo conmigo, de tal modo que, cuando llegue el día en que me lo aparte de mí, voy a sentir mucho su ausencia. Permítame decirle que será para mí un verdadero placer continuar cuidando a Richard hasta ese día, pues me figuro que a su llegada a Inglaterra estará muy ocupado con sus asuntos. Si alguna vez quiere venir por mi casa para ver a su hijo, que cada día se vuelve más inteligente, será siempre bienvenido.

Puede estar seguro de que procurará con ello un gran placer no sólo a Richard, sino también a su muy afectísima amiga,

BÁRBARA LEIGHTON.

Hornblower carraspeó nerviosamente y volvió a leer la carta. Había demasiadas cosas en aquellas cortas líneas para poder asimilarlo todo.

Richard Arthur Horatio Hornblower, con dos Wellesley por padrinos, y que cada día se hacía más inteligente. Tal vez tuviese realmente un gran porvenir ante sí... Hasta aquel momento, Hornblower apenas había pensado en el niño. Sus instintos paternales no podían despertarse al pensar en un hijo al que no había visto, aparte del hecho de que aún estaban influidos por el recuerdo de aquel otro pequeño Horatio, muerto entre sus brazos varios años atrás. Pero ahora se sentía conmovido por una oleada de amor por la desconocida criatura que había conseguido hacerse querer por *lady* Bárbara.

Y Bárbara lo había tomado a su cargo. Probablemente, al verse viuda y sin hijos, la gran señora había buscado un huerfanito para adoptar; sin embargo, ¿no era posible que lo hubiera hecho en memoria de aquel capitán Hornblower a quien creía muerto por aquel entonces?

A Hornblower todo eso se le hacía muy penoso. Se metió la carta en el bolsillo — las otras las había ido dejando por todos lados en gran confusión—, y, con la cara impasible, volvió a afrontar la mirada de Bush.

—Hay más cartas, capitán —dijo Bush con gran tacto.

Las había de grandes hombres y también de gentes exaltadas —una de ellas contenía una onza de rapé, como prenda de aprecio y estimación, de parte de un excéntrico terrateniente—; pero hubo una que llamó la atención de Hornblower. Era de un desconocido abogado de Chancery Lane, que, al parecer, había sido informado por *lady* Bárbara Leighton de que la noticia de la muerte del capitán Hornblower era falsa. Por encargo del Almirantazgo se había dedicado a ordenar los asuntos del capitán Hornblower, trabajando de acuerdo con el agente encargado de los botines en Mahón. Con el consentimiento del lord canciller, habiendo fallecido la señora Hornblower sin testar, él había obrado como fideicomiso del heredero de ambos, Richard Arthur Hornblower, y, a su nombre, había invertido en Deuda del Estado el total de lo obtenido en la venta del botín de guerra del capitán Hornblower, deducidos los gastos. Como el capitán podía comprobar por las cuentas adjuntas, existía un total de tres mil doscientas noventa y una libras esterlinas, seis chelines y cuatro peniques, invertidas en bonos cuya suma, una vez comprobado que él vivía, le sería devuelta. El abogado esperaba las instrucciones del capitán Hornblower.

Entre las cuentas adjuntas, que Hornblower iba a aportar, y entre las innumerables entradas sobre las que pasó la mirada distraída, hubo algo que llamó su atención. Era la cuenta de gastos del entierro y funerales de la señora Hornblower y de una tumba en el cementerio de la iglesia de Santo Tomás Beckett y una lápida, además de los honorarios para los que cuidaban la tumba. Era una lista lúgubre que hizo estremecer a Hornblower y que más que cualquier otra cosa le confirmaba la pérdida de María. No tenía más que subir a cubierta para ver el campanario de la iglesia al lado de la cual ella estaba enterrada para siempre.

Luchó contra la depresión que de nuevo amenazaba con apoderarse de su ánimo. Las noticias que contenía la carta de aquel abogado, la seguridad de que poseía tres mil libras y pico en rentas del Estado, le distraían un poco. La verdad era que casi se había olvidado por completo de todo aquel botín que conquistó en el Mediterráneo, antes de combatir a las órdenes de Leighton. En conjunto, su capital sumaba alrededor de seis mil libras esterlinas. Algunos capitanes habían conseguido reunir grandes riquezas, pero lo suyo tampoco estaba mal. Aunque le dejasen a medio sueldo, tenía con qué vivir discretamente, dar a Richard Arthur Horatio la educación conveniente y ocupar un modesto lugar en sociedad.

—La lista de los capitanes ha variado mucho desde que la vimos la última vez —decía Bush, y con esas palabras seguía el curso de los pensamientos de Hornblower más que interrumpirlo.

—Así, ¿la ha mirado? —preguntó Hornblower con una sonrisa.

—¡Naturalmente, señor!

De la colocación de sus respectivos nombres en aquella lista dependía la fecha de su ascenso a un grado superior. Cada año irían subiendo, a medida que la muerte o los ascensos eliminaran a los compañeros más antiguos, hasta que, un buen día, si vivían bastante para ello, llegarían al grado de almirantes, con la paga y los privilegios

correspondientes.

—La primera mitad de la lista es lo que ha cambiado más, señor —dijo Bush—. Mataron a Leighton, y Ball también murió en Malta, y Tronbridge se da como desaparecido, en el Océano Índico, capitán, y, además, hay otros siete u ocho que no están tampoco. Usted ha adelantado casi la mitad.

Hornblower llevaba en su presente rango once años; pero a medida que fuese pasando el tiempo, iría ascendiendo con más lentitud, en proporción con el menor número de los más antiguos que él, y llegaría a 1825 antes de poder enarbolar la insignia de almirante. Recordó la profecía del conde De Graçay de que la guerra terminaría en 1814, y pensó que en tiempos de paz las promociones irían con más lentitud. Bush, que tenía diez años más que él, empezaba ahora a ascender. Probablemente no viviría tanto como para ser almirante, pero Bush se sentía ya lo suficientemente contento y satisfecho con su empleo de capitán. Sus ambiciones no volaron nunca más alto. Bush tenía suerte.

—Los dos hemos tenido suerte, Bush —terminó Hornblower.

—Sí, señor... —Bush vaciló antes de continuar—. He sido llamado como testigo para el consejo de guerra, pero ya sabe cuál será mi declaración. Ya me han interrogado largamente en Whitehall y me han asegurado que todo lo que les he dicho estaba de acuerdo con lo que ya conocían; así que, capitán, en lo referente al consejo de guerra, puede estar tranquilo.

CAPÍTULO XVIII



Durante las veinticuatro horas siguientes, Hornblower se repitió varias veces que nada tenía que temer del consejo de guerra, y sin embargo le ponía enormemente nervioso la espera, todo aquel continuo estrépito de silbatos y pisadas que resonaba sobre su cabeza en honor de los capitanes y de los almirantes que llegaban a bordo para juzgarle, y luego el repentino silencio que cayó sobre el buque cuando el consejo quedó reunido, y el sombrío estampido de los cañones que dispararon una salva cuando el tribunal abrió la sesión; y el ruido seco del cerrojo de la puerta del camarote cuando Calendar fue a buscarle para acompañarle ante los jueces...

Después de esto, Hornblower recordaría muy poca cosa de lo que fue el proceso, pues su memoria recogió muy escasas impresiones. Sólo el chispeante brillo de los galones de oro sobre las casacas de los jefes, sentados alrededor de la mesa en la gran cámara del *Victory* y la expresión de la honrada cara de Bush, llena de ansiedad, declarando que ningún capitán hubiese podido mandar un navío con más habilidad y decisión que Hornblower en la bahía de Rosas con el *Sutherland*. Una cosa muy importante, que fue puesta de relieve por el oficial que el Almirantazgo asignó a Hornblower como defensor, fue que poco antes de la rendición el teniente Bush había quedado fuera de combate por la pérdida del pie y, por tanto, no tenía ninguna responsabilidad en el asunto y no le interesaba tergiversar las cosas. Hubo otro oficial que se puso a leer un larguísimo resumen de declaraciones e informes con una voz monótona e inteligible. Era evidente que la solemnidad del acto le acobardaba, para gran disgusto del presidente del consejo. Llegó un momento en que el presidente le arrancó el papel de la mano y se puso a leer la declaración del almirante Martin con sonora voz de tenor. Declaraba que el combate entablado por la *Sutherland* había contribuido mucho a facilitar la destrucción final de la escuadra francesa, y según su opinión, la había hecho posible, a fin de cuentas. Hubo unos momentos difíciles cuando se observó una discrepancia entre el registro de señales de la *Pluto* y la *Calígula*, pero los jueces lo pasaron por alto sonriendo cuando alguien recordó al tribunal que todos los guardiamarinas, a veces, se equivocan con las señales.

Durante el descanso del consejo, un elegante caballero civil con calzón de piel, casaca azul y hermosa corbata de seda, se acercó a Hornblower y le hizo diversas preguntas. Se llamaba Frere. A Hornblower le sonaba vagamente el nombre de Hookham Frere. Era uno de los cerebros que redactaban el *Anti Gallican*, un amigo de aquel Canning que durante algún tiempo hizo de embajador cerca del gobierno patriótico español. Hornblower se sentía un poco intrigado por la presencia de un personaje que estaba tan enterado de los misterios del gabinete gubernamental, pero estaba demasiado preocupado y ansioso de que se abriese de nuevo la sesión del

consejo para hacer mucho caso de aquel caballero y contestar a sus preguntas de una manera detallada.

Aún fue peor cuando, acabadas todas las declaraciones de los testigos, tuvo que esperar al lado de Calendar, mientras los jueces deliberaban. Entonces supo Hornblower lo que era el miedo. Era muy duro tener que quedarse allí sentado y aparentemente impasible mientras los minutos pasaban con una lentitud irritante, esperando ser llamado a comparecer a la gran cámara para escuchar su sentencia. Cuando al fin entró, el corazón le latía violentamente y sabía que estaba pálido. Haciendo un esfuerzo, levantó la cabeza a fin de mirar cara a cara a sus jueces; pero los jueces, rodeados por el esplendor del oro y el azul, aparecían envueltos en una niebla que ensombrecía la cámara entera, y los ojos de Hornblower no veían más que el pequeño espacio libre del centro, el lugar de la mesa frente al presidente en donde habían colocado su espada, la espada de cien guineas regalo de la Fundación Patriótica. Hornblower no veía nada más; le parecía que aquella espada estaba suspendida milagrosamente en el aire. La empuñadura estaba vuelta hacia él, de manera que no era considerado culpable...

—Capitán Hornblower —empezó a decir el presidente del consejo (aquella voz nasal y aguda tenía, sin embargo, un timbre agradable)—, este consejo opina por unanimidad que su valerosa defensa del navío de línea *Sutherland* contra unas fuerzas notablemente superiores y sin precedentes en la historia de nuestra marina merece las mayores alabanzas, que tanto el país como este consejo se complacen en proclamar y otorgar. Su conducta, junto con la de sus oficiales y los hombres de la tripulación a sus órdenes, le hace honor no solamente a usted, sino también a nuestra patria. Por eso declaro solemnemente que queda honrosamente absuelto de cualquier inculpación.

Hubo un pequeño murmullo de aprobación por parte de los demás miembros del consejo, al que siguió un movimiento general. Alguien colocaba el cinto de la espada a Hornblower; una mano le daba afectuosos golpecitos en la espalda. Y hasta Hookham Frere estaba allí, hablando sin parar.

—Le felicito, capitán. Y ahora, ¿está dispuesto a acompañarme a Londres? Hace seis horas que mi coche está preparado y nos espera...

La niebla se aclaraba lentamente. Alrededor de Hornblower todo era muy confuso cuando le sacaron al exterior y le acompañaron por la cubierta hasta la chalupa que esperaba al costado del navío. Alguien prorrumpió en un «hurra» que fue coreado por centenares de voces. La tripulación del *Victory* se arracimaba en las vergas, los hombres gritaban hasta enronquecer, y de los otros buques del puerto se elevaban aplausos. Esto era la fama. Esto era el «éxito». Pocos capitanes habían sido aplaudidos alguna vez así por toda una flota de navíos.

—Capitán, le aconsejo que se quite el sombrero en señal de agradecimiento, para demostrar que sabe estimar este cumplido —le decía la voz de Frere al oído.

Hornblower se quitó el sombrero y, al caluroso sol de media tarde, se dejó caer en

el banco de la chalupa. Intentó sonreír, pero su sonrisa era mecánica. Realmente, se hallaba más predispuesto a las lágrimas. La niebla volvía a espesarse, y aquellas voces roncadas y retumbantes le parecían agudos chillidos infantiles.

La chalupa chocó levemente contra el muelle. Cuando puso el pie en él, volvieron a resonar más aplausos. La multitud le daba golpes en la espalda y quería estrecharle la mano, y a fuerza de blasfemias y empujones un grupo de marineros le abrió camino hasta la silla de posta, cuyos caballos se movían con inquietud entre todo aquel estrépito. Luego oyó un repiqueteo de cascos y el chirrido de unas ruedas, y mientras el postillón hacía restallar el látigo, el coche se alejó del puerto.

—Una demostración muy satisfactoria de afecto por parte del público y de las fuerzas armadas de la Corona —constató Frere, secándose el sudor del rostro.

De repente Hornblower saltó en su asiento, pues se le había ocurrido algo.

—¡Pare ante la iglesia! —le gritó al postillón.

—¿Podría saber por qué ha dado esa orden, capitán? Tengo la orden terminante de conducirlo a Londres sin perder ni un instante. Me la ha dado su alteza real.

—Mi mujer está enterrada aquí —contestó Hornblower con brusquedad.

La visita a la tumba no fue nada satisfactoria; no podía serlo estando allí Frere, que se movía inquieto, dando resoplidos y mirando continuamente el reloj. Hornblower se descubrió y se inclinó ante la lápida esculpida de la sepultura, pero estaba demasiado alterado para poder pensar con claridad. Intentó murmurar una oración. Eso le habría gustado a su mujer, que siempre se dolía de que él fuera un librepensador. Frere mugía de impaciencia.

—Vamos, vamos —dijo Hornblower, girando sobre sus talones y dirigiéndose hacia el coche. Dejaron la ciudad a sus espaldas. Un sol rutilante caía sobre los campos, haciendo resaltar el precioso verde de los árboles y la suave ondulación de las colinas. Hornblower sentía un nudo en la garganta. Ésta era la Inglaterra por la que había estado combatiendo durante dieciocho largos años; ahora, al volverse a mirar a su alrededor y respirar aquel aire, comprendía que Inglaterra se lo merecía todo.

—Es una condenada suerte para el ministro que usted se haya podido fugar —dijo Frere, y añadió—: Necesitaba una cosa parecida. Aunque Wellington hace poco que ha tomado Almeida, la gente se estaba impacientando. Antes teníamos un ministerio lleno de grandes hombres; ahora tenemos otro que carece de ellos. No acabo de entender por qué tuvieron aquel duelo Castlereagh y Canning; por poco nos arruinan. Y lo mismo ha pasado con el asunto de Gambier, Cochrane se ha hecho insoportable para los de la Cámara desde entonces. ¿No se le ha ocurrido nunca la idea de entrar a formar parte del Parlamento? ¡Bueno!, ya habrá tiempo para hablar de ello, una vez se presente en Downing Street. Por ahora basta que haya proporcionado a la multitud un pretexto para sentirse contenta. Considero esto bastante importante.

El señor Frere parecía tener algunas ideas preconcebidas: por ejemplo, que Hornblower era un acérrimo partidario del gobierno y que solamente había combatido

en Rosas y luego huido de entre las manos de los franceses con el exclusivo objeto de mantener en sus puestos a una docena de políticos. Era como un jarro de agua fría para el ánimo de Hornblower. Silenciosamente, escuchaba el traqueteo del coche.

—Su alteza no ayuda mucho que digamos —dijo Frere—. No nos expulsó cuando asumió la regencia, pero tampoco se puede decir que se muera de amor por nosotros. La ley de regencia no le entusiasma. No se olvide de esto cuando le vea mañana. Tampoco le disgusta un poquito de adulación. Si consigue hacerle creer que debe todos sus éxitos a los admirables ejemplos de su alteza y del señor Spencer Perceval... sería lo más conveniente. ¿Dónde estamos? ¿En Horndean?

El cochero tiró de las riendas deteniendo de repente a los caballos ante una hostería, mientras los postillones acudían con caballos frescos.

—Estamos a sesenta millas de Londres —comentó Frere—. Tenemos tiempo...

Los criados de la casa de postas asediaban a preguntas al postillón y, entretanto, una pequeña reunión de ociosos (algunos aldeanos en mangas de camisa y un calderero ambulante) se unió a aquéllos, abriendo los ojos de par en par a la vista de la casaca azul galoneada de oro de Hornblower. De la hostería salió apresuradamente un individuo de cara rojiza con corbata de seda y polainas de cuero que tenía todo el aspecto de ser el señor del lugar.

—¿Absuelto, caballero? —preguntó.

—Sí, señor, naturalmente —contestó Frere al momento—. Absuelto con todos los honores.

—¡Hurra por el capitán Hornblower! —gritó el calderero, tirando el sombrero al aire. El cacique local agitó los brazos e improvisó una danza de contento a la que se unieron todos los aldeanos.

—¡Muera Boney! —gritó Frere. Y al cochero—: ¡Adelante!

—Es asombroso —añadió al cabo de un momento— el interés que ha despertado su caso. Naturalmente, hay que suponer que es más vivo a lo largo del camino de Portsmouth que en cualquier otro sitio.

—¡Ya! —dijo Hornblower.

—Recuerdo cuando el populacho gritaba que quería ver a Wellington ahorcado, arrastrado y descuartizado; eso fue después de lo de Cintra. Entonces creí que nos despedirían. Precisamente el consejo de guerra propuesto por él fue el que nos salvó, lo mismo que ahora el suyo. ¿Recuerda lo de Cintra?

—Mandaba una fragata en aguas del Pacífico por entonces —contestó Hornblower, conciso.

Sentía una vaga irritación; se sorprendía al darse cuenta de que no le hacía gracia verse aplaudido por caldereros ni lisonjeado por políticos.

—En resumidas cuentas —prosiguió Frere—, no fue una gran desgracia que Leighton resultara herido en Rosas... No porque yo le desease ningún mal, sino porque neutralizó el veneno de ciertas serpientes. De otro modo, me figuro que lo hubiésemos pagado nosotros. Sus amigos tenían veinte votos en el Parlamento. Según

me han dicho, usted conoce a su viuda, ¿verdad?

—En efecto. Tengo ese honor.

—Una mujer encantadora, para aquellos a quienes gusta su tipo. Es un eslabón que une muy estrechamente el partido de los Wellesley con el de su difunto marido.

—Ya —dijo Hornblower.

Todo el placer y la satisfacción del éxito se evaporaban; el mismo sol del mediodía parecía haber perdido calor y brillantez.

—Petersfield está detrás de aquellas colinas —le informó Frere—. Verá como allí encontraremos una multitud.

Lo había adivinado. En El León Rojo se habían reunido en espera de verlos pasar veinte o treinta personas; en seguida llegaron otras corriendo para unirse a ellas, todas ansiosas por conocer el resultado del consejo de guerra. Hubo gritos y aplausos, y el señor Frere no dejó escapar la ocasión de colocar unas cuantas palabras para alabar al gobierno.

—Son los periódicos —murmuró Frere, mientras volvían a ponerse en camino con nuevos caballos—. Quisiera que imitásemos un poco a Bonaparte en lo referente a la prensa y permitiéramos publicar solamente lo que creemos que se debería saber. Emancipación, reforma, política naval... ¡La gente quiere meter la nariz en todo!

Hasta la rara belleza de la *Devie's Punch Bowl* pasó inadvertida para Hornblower cuando desfilaron por delante de ella. La vida había perdido su encanto. Habría deseado en aquellos momentos no ser más que un oscuro capitán luchando contra las tormentas del Atlántico. Cada paso que daban los caballos le acercaba más a Bárbara, y él se daba cuenta de que tenía un vago y morboso deseo de volver con María, tan quieta, tan poco interesante y tan pacífica. La multitud que le aplaudió en Guildford —era día de mercado— apestaba a sudor y a cerveza. Se alegró de que por la proximidad de la noche su compañero se sintiese menos locuaz y le abandonara a sus pensamientos, aunque fuesen deprimentes.

Era casi de noche cuando volvieron a cambiar los caballos en Esher.

—Es una gran satisfacción pensar que ningún salteador o ladrón se atrevería con nosotros —rió Frere—. No tendríamos más que nombrar al héroe del día para salir indemnes.

En efecto; prosiguieron el viaje sin estorbos, atravesaron el río por Putney y al galope pasaron por calles oscuras y cada vez con más casas.

—Postillón, al número diez de Downing Street —dijo Frere.

Lo que Hornblower recordaba después con más precisión fue el primer bisbiseo de Frere a Perceval en voz baja: «Está salvado». Él fingió no oírlo. El coloquio no duró más de diez minutos, formal por un lado y reservado por el otro. El primer ministro no tenía ganas de conversación; su mayor deseo parecía ser el de estudiar bien a aquel hombre que tal vez le perjudicase con el regente o ante el público. Hornblower no se llevó una buena impresión ni de su ingenio ni de sus cualidades personales.

—Y ahora a Pall Mall y al Ministerio de la Guerra —dijo Frere—. ¡Dios mío, cuánto trabajo!

Londres olía a cuadra; siempre era así, recordó Hornblower, para el que llegaba del mar. Las luces de Whitehall parecían extraordinariamente brillantes. En el Ministerio de la Guerra le recibió un joven lord que a Hornblower le resultó simpático a primera vista. Era subsecretario de Estado, se llamaba Palmerston y dirigió al capitán muchas e inteligentes preguntas sobre el estado de la opinión pública en Francia, sobre el éxito del último llamamiento a filas, y la manera en que se había desarrollado su fuga. Aprobó con una señal de la cabeza cuando Hornblower vaciló a la hora de dar el nombre del caballero francés que le había proporcionado asilo en su hogar.

—Muy bien —le dijo—. Teme usted que algún idiota hable y le perjudique. Y seguramente habría algún miserable capaz de hacerlo. Si alguna vez tenemos que saberlo, le pediré que me diga ese nombre y entonces podrá fiarse de nosotros. ¿Y qué han hecho con aquellos galeotes?

—El primer oficial del *Triumph* los ha enrolado a todos, milord.

—¿De manera que ya hace tres semanas que están sirviendo a bordo de un navío de su majestad? ¡Vaya! Casi preferiría ser galeote...

Hornblower era de la misma opinión, y se alegraba de hallar a alguien entre las altas esferas que no se hiciese ilusiones sobre la dureza del servicio.

—Los haré buscar y desembarcar si consigo convencer a sus jefes del Almirantazgo para que me los entreguen. Encontraremos alguna cosa mejor para ellos.

Un criado entregó un billete a Palmerston, y éste lo abrió:

—Su alteza real exige que se presente usted —le anunció—. Le doy las gracias, capitán. Espero que tendré el placer de verle de nuevo dentro de poco. Esta conversación entre ambos ha sido muy interesante. Los huelguistas han destrozado maquinaria de fábricas en el norte, y Sam Whitbread ha armado un buen escándalo en el Parlamento, de manera que su llegada no podía ser más oportuna. ¡Buenas tardes, capitán!

Estas últimas palabras lo estropearon todo. El lord Palmerston que proyectaba una nueva campaña contra Bonaparte se había ganado la estimación de Hornblower, pero el lord Palmerston que hacía eco a los cálculos de Frere sobre el resultado político del retorno de Hornblower volvió a perderlo.

—¿Qué quiere de mí su alteza? —preguntó a Frere, mientras bajaban juntos los escalones.

—Eso es una sorpresa —contestó Frere socarronamente—. Tal vez tenga que esperar hasta la recepción de mañana para saberlo. A estas horas de la tarde, a veces sucede que Prinny no tiene la cabeza lo bastante clara para hablar de negocios... pero esperemos que hoy no haya bebido demasiado. Tal vez deba usted tener cierto tacto durante su entrevista.

Aquella misma mañana, pensaba Hornblower con la cabeza trastornada, estaba escuchando las declaraciones que se hacían contra él en el consejo de guerra. ¡Cuántas cosas en el curso de un solo día! Estaba harto de tantas novedades. Sentía náuseas. Y *lady* Bárbara y su hijo se hallaban en Bond Street, a menos de media milla de allí.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las diez. El joven Pam siempre se queda hasta altas horas en el ministerio. Anda loco de trabajo.

—¡Ah! —dijo Hornblower. Sólo Dios sabía a qué hora podría marcharse de palacio. Seguramente tendría que esperar hasta la mañana siguiente para presentarse en Bond Street. Ante el portón había una carroza parada; el cochero y los lacayos llevaban las rojas libreas reales.

—La envía el lord chambelán. Muy amable por su parte —explicó Frere. Hizo subir a Hornblower y se metió tras él.

—¿Conoce a su alteza real? —Siguió.

—No.

—¿Ha estado alguna vez en la Corte?

—Asistí a dos recepciones. Fui presentado al rey Jorge en 1798.

—¡Ah! Pero Prinny no es como su padre. Me figuro que conoce al duque de Clarence. ¿No?

—Sí.

La carroza se había detenido ante un gran portalón aparatosamente iluminado por grandes faroles; la portezuela fue abierta de par en par y un pequeño grupo de lacayos ayudó a bajar a los visitantes. Se encontraron en una gran antecámara deslumbrante de luces, en donde un personaje vestido de uniforme y provisto de una empolvada peluca y un largo bastón blanco examinó de pies a cabeza a Hornblower con una rápida ojeada.

—El sombrero debajo del brazo, capitán —le susurró—. Por aquí, por favor.

—El capitán Hornblower. El señor Hookham Frere —anunció una voz.

Se hallaron en una sala enorme, resplandeciente a la luz de miles de velas, con una gran extensión de pavimento lustrado. Al fondo se encontraba un grupo de personas vestidas de seda, oro y brillantes. Del grupo destacó un personaje que vestía el uniforme de oficial de marina. Era el duque de Clarence, con los ojos redondos y saltones, y la cabeza terminada en punta.

¡Hornblower! —dijo tendiéndole la mano—. Bienvenido a casa.

Hornblower se inclinó profundamente sobre aquella mano.

—Venga, que le voy a presentar. Aquí está el capitán Hornblower, señor.

—Buenas tardes, capitán.

Corpulento, guapo y disoluto, débil y astuto. Tales fueron las impresiones que el regente le hizo a Hornblower, mientras éste se inclinaba. Los rizos, que ya eran ralos, estaban teñidos. Los ojos húmedos y las mejillas caídas y enrojecidas parecían indicar

que su alteza había cenado bien, que era más de lo que Hornblower podía decir.

—Todo el mundo habla de usted, capitán, desde el momento en que su cúter, ¿cómo se llama?, entró en el puerto de Portsmouth.

—¿De veras, alteza? —Hornblower se había quedado rígido en posición de firmes.

—Pues sí. Y, demonio, hacen bien. Tienen que hacerlo, demonio, capitán. Su trabajo ha sido algo realmente admirable. Yo mismo no lo hubiese podido hacer mejor. ¡Hola, Cunnigham! Haced las presentaciones.

Hornblower se inclinó ante *lady* Tal y *lady* Cual, ante lord Fulano y *sir* Mengano. Por todas partes ojos audaces y brazos desnudos, trajes de un exquisito gusto y cintas azules de la jarretera, tales fueron las impresiones que Hornblower recibió. Sospechaba que el uniforme que le había confeccionado el sastre de a bordo del *Victory* no le quedaba muy bien.

—Y ahora vamos a arreglar aquel asunto —dijo el príncipe—. Llamad a esa gente.

Mientras los criados tendían una gran alfombra sobre el pavimento, alguien trajo un almohadón sobre el cual brillaba alguna cosa. Llegó una pequeña procesión de tres solemnes personajes cubiertos de capas rojas; uno de ellos hincó una rodilla en tierra y ofreció al príncipe una espada.

—Arrodílese, señor —le dijo lord Cunningham a Hornblower.

Éste sintió el espaldarazo y oyó las formularias palabras con que le conferían el título de caballero. Cuando se levantó, un poco aturrido, aún no había terminado la ceremonia. Le ataron una cinta en el brazo, le prendieron una estrella en el pecho, le pusieron una capa colorada sobre los hombros y, tras repetir la fórmula de un juramento, tuvo que firmar varios documentos. Ya estaba investido como caballero de la Honorable Orden de Bath, como alguien anunció en alta voz. Ahora era *sir* Horatio Hornblower, con una cinta y una condecoración que podía ostentar por el resto de sus días. Finalmente, le quitaron la capa de los hombros y los dignatarios se retiraron.

—Permítame que yo sea el primero en felicitarle, *sir* Horatio —le dijo el duque de Clarence, adelantándose, con la bondadosa cara enternecida y sonriente.

—Gracias, señor —respondió Hornblower. La gran condecoración le golpeó el pecho mientras volvía a inclinarse.

—Mis felicitaciones, coronel —dijo el regente.

Hornblower sintió que todos los ojos se clavaban en él al oír estas palabras. Esto le dio a entender que el príncipe no se había equivocado al mencionar su grado.

—¿Señor? —dijo sin embargo, en tono de duda. Le parecía que este titubeo era conveniente.

—Su alteza —explicó el duque— se complace en otorgarle el grado de coronel de Marina.

Un coronel de Marina recibía unos honorarios de mil doscientas libras esterlinas anuales, con el privilegio de no hacer nada. Era una recompensa otorgada a los

capitanes que se habían distinguido de un modo particular y que lo ostentaban hasta que conseguían el ascenso a almirante. Hornblower recordó que ya tenía seis mil libras esterlinas. Ahora podría añadir otras mil doscientas anualmente a su media paga de capitán. Por primera vez en su vida había llegado, al fin, a la seguridad material. Tenía un título, una condecoración y una cinta; tenía todo lo que más había deseado en su vida.

—El pobre hombre cree estar soñando —dijo el regente, al mismo tiempo que reía con evidente complacencia.

—Estoy abrumado, señor —confesó Hornblower, intentando volver nuevamente a la realidad—. Realmente, no sé cómo dar las gracias a vuestra alteza.

—Agradézcamelo uniéndose a nosotros en el juego. Su llegada ha interrumpido una partida condenadamente interesante. *Sir John*, llame con la campanilla y mande que traigan vino. Capitán, siéntese aquí, junto a *lady Jane*. Seguramente le gustará jugar, ¿no? Sí, sí, lo comprendo, Hookham... Usted, lo único que desea es marcharse para irle a contar a John Walter que he cumplido con mi deber. Hasta puede decirle confidencialmente que escriba uno de sus condenados artículos de fondo y procure que aumenten mi lista civil... Dios sabe lo mucho que estoy trabajando para ello. Pero no veo por qué debe quitarnos al capitán. Ah, está bien, maldita sea, váyanse si quieren.

—De veras que no me imaginaba que le gustase jugar —dijo Frere cuando hubieron subido de nuevo al carruaje—. A mí, desde luego, no me gustaría jugar con Prinny cuando él maneja los dados... Bien; ¿qué le parece ser *sir Horatio Hornblower*?

—Muy bien.

Hornblower estaba rumiando la alusión del regente a John Walter, el director del *Times*. Solamente ahora comprendía que su investidura de caballero de la Orden de Bath y su nombramiento de coronel de Marina eran noticias útiles para explotar.

Era muy probable que hacer públicos estos honores por medio de los periódicos resultase útil políticamente; por eso tenían tantas prisas. Los escépticos se tendrían que convencer de que los marinos de la Armada Real realizaban cosas verdaderamente grandes. El haberle armado caballero era un gesto político de la misma clase que el proyecto napoleónico de hacerle fusilar por violador de las leyes de guerra, y este pensamiento amargaba la alegría del triunfo.

—Me he tomado la libertad de reservar una habitación para usted en La Cruz de Oro —dijo Frere—. Nos esperan. Hice mandar por delante su equipaje. ¿Quiere que haga detener el coche en la hostería? ¿O prefiere dar una vuelta primero por Fladong?

Hornblower prefería estar solo. La idea de presentarse en el café donde se reunían los capitanes de marina en Londres (por primera vez después de cinco años volvería a él) no le entusiasmaba en absoluto. Aquella cinta y la condecoración le causaban, además, un poco de desazón. Ya fue bastante molesto ver que en la hostería el dueño, los criados y las camareras le recibían con untuosa deferencia, con sus «Sí, *sir*

Horatio Hornblower» y «No, *sir* Horatio Hornblower», acompañándole en procesión y con gran derroche de luces hasta su cuarto, y dando mil vueltas a su alrededor para comprobar que tenía todo lo que necesitaba, cuando lo que realmente más necesitaba era que le dejaran en paz.

Sin embargo, ni siquiera pudo hallar esa paz que buscaba cuando se metió en la cama. Aunque resueltamente dejó de preocuparse por todo lo que aquel día le había ocurrido, no podía evitar pensar en el día siguiente, en que vería a su hijo y a *lady* Bárbara. Por eso pasó una noche llena de inquietud.

CAPÍTULO XIX



—*Sir* Horatio Hornblower —anunció el mayordomo, abriendo delante de él las puertas de par en par.

Lady Bárbara estaba allí, y Hornblower se sorprendió al verla vestida de negro, pues se la había imaginado con aquel vestido azul que llevaba cuando la vio por última vez: aquel azul grisáceo tornasolado que hacía juego con sus ojos. Iba de luto y era muy natural, pues apenas hacía un año que Leighton había muerto. Por lo demás, aquel vestido negro le sentaba maravillosamente y hacía resaltar el color lechoso de su piel. Con extraña nostalgia, Hornblower recordaba el suave color dorado de aquellas mejillas a bordo de la *Lydia*, en tiempos idos para siempre.

—Bienvenido —le dijo ella tendiéndole las manos. Eran deliciosamente suaves y frescas y él no había olvidado su contacto—. La nodriza traerá a Richard ahora mismo y, entretanto, permítame que le felicite cordialmente por su éxito.

—Gracias —replicó Hornblower—. La suerte me ha ayudado de un modo verdaderamente excepcional, señora.

—El hombre de suerte es aquel que sabe cuándo debe dejar obrar al azar —dijo *lady* Bárbara.

Mientras hablaban, él la miraba asombrado. Hasta aquel momento se había olvidado de lo majestuosa que era y del dominio que tenía sobre sí misma de un modo amable. Aquel dominio era el que la enaltecía a cimas inasequibles y producía a Hornblower la impresión de no ser más que un atolondrado chiquillo a su lado. ¡Qué lamentable y qué ridículo debía parecer a los ojos de ella su flamante título de caballero! A ella que era hija de un conde, hermana de un marqués y un vizconde que andaba de camino hacia el ducado. Y, de repente, Hornblower no supo qué hacer de sus manos ni de sus brazos.

Puso fin a su azoramiento la llegada de la nodriza, regordeta y rosada bajo su cofia llena de cintas, que llevaba en brazos al niño. Hizo una gran reverencia.

—Buenos días, hijito —dijo Hornblower dulcemente.

Los cabellos que aparecían bajo el gorrito aún eran muy escasos, pero los ojos oscuros miraban atónitos a su padre. La nariz, la barbilla y la frente no tenían aún ningún carácter, como era de suponer en un bebé; pero... ¿cómo olvidarse de aquellos ojazos? —Buenos días, pequeñín— volvió a decir con dulzura.

No se daba cuenta de la caricia que vibraba en su voz. Hablaba a Richard, lo mismo que años atrás habló al pequeño Horatio y a María.

—¡Ven con papá! —dijo, tendiendo los brazos al nene. Richard no tenía nada que oponer. Para Hornblower fue una sorpresa sentirlo tan menudo y ligero entre sus brazos— el recuerdo que él tenía era de niños más crecidos, —pero la impresión le pasó pronto.

—Bueno, chiquitín, bueno...

Richard se movía entre sus brazos tendiendo sus manecitas hacia los brillantes dorados de las charreteras.

—¿Bonito? —preguntó Hornblower.

—¡*Da!* —contestó Richard, tocando los hilos de oro.

—¡Oh! ¡Qué hombrecito! —exclamó Hornblower. Aún no se había olvidado del arte de entretener a los niños y jugaba con Richard, que farfullaba, encantado, entre sus brazos, se deshacía en angelicales sonrisas y con los piecitos daba inocentes pataditas en el pecho de su padre bajo el largo vestido. El viejo juego de inclinar la cabeza y fingir que iba a dar con ella en el estómago de Richard aún no había perdido sus mágicos efectos. Richard daba ligeros gritos de contento y agitaba los brazos.

—¿Qué juego más bonito, ¿eh? —Exclamaba Hornblower.

De repente, recordando la presencia de *lady* Bárbara, se volvió a mirarla. Ella no tenía ojos más que para el chiquitín; una dulce sonrisa erraba en sus labios y su serenidad se había exaltado extrañamente. Él pensó que ella debía de haberse emocionado debido a su amor por el niño. Richard también se había fijado en ella.

—*Da... da...* —dijo apuntando el dedito hacia *lady* Bárbara.

Ella se acercó y Richard se estiró por encima del hombro de su padre para tocarle la cara.

—¡Es un chiquitín muy guapo! —exclamó Hornblower.

—¡Muy guapo! —confirmó la nodriza, tendiendo las manos para volverlo a tomar. A su parecer, un padre como un semidiós, vestido con un deslumbrante uniforme, no condescendía en ocuparse de un niño de pecho durante más de diez segundos, pasados los cuales alguien debía librarle de su dulce peso.

—Es un briboncillo —dijo la mujer, después de coger nuevamente al niño, que pateaba y miraba con sus grandes ojazos ya a su padre, ya a *lady* Bárbara—. ¡Ahora, díles adiós! —dijo la nodriza; y, levantándole el bracito, le hizo agitar la regordeta mano.

—¿Cree que se le parece? —preguntó Bárbara, apenas la puerta se hubo cerrado tras la nodriza y el niño.

—Pues... —dijo Hornblower con una leve sonrisa de duda.

Se había sentido feliz durante los pocos minutos que tuvo al niño en brazos; mucho más feliz de lo que imaginaba. Aquella misma mañana había sido víctima de un gran desfallecimiento. Se había dicho y repetido que tenía todo cuanto deseaba, y una voz interior se obstinaba en responder que no le importaba nada todo aquello. A la luz del día, la cinta y la condecoración le parecían fruslerías sin importancia; puro oropel. No llegaba a sentirse contento de sí mismo. Había algo vagamente ridículo en aquel título de «*sir* Horatio Hornblower», igual que siempre había sentido que había algo ligeramente ridículo en su propia persona.

Intentó consolarse pensando en todo el dinero que ya poseía. Le esperaba una vida tranquila y segura; ya no se vería nunca más en la necesidad de empeñar su

espada, ni se sentiría violento en sociedad por culpa de las hebillas de sus zapatos, que no eran de oro. Sin embargo, pensar que todo eso era cierto y verdadero le asustaba. Le parecía como una condena de expatriación; sentía añoranza por las largas semanas pasadas en el castillo de De Graçay. Recordaba la ansiedad y la impaciencia que le había consumido allí. Molestias e inseguridad que, mientras las estaba pasando, le parecieron desdichas irreparables; pero resultaba que ahora le atraían, aunque resultase difícil de creer.

Había envidiado a ciertos capitanes colegas suyos a cuyas acciones los periódicos habían dedicado varias columnas. Pero ahora descubría que esas cosas cansan muy deprisa, que resultan un manjar bastante indigesto. Ni Bush ni Brown le querían más, ni tampoco dejarían de quererle, por lo que el *Times* dijera de él. Hornblower traicionaría el amor de los que más le habían amado, y también tenía sus buenas razones para temer que no faltarían rivales que le detestarían más. Ayer mismo había recibido los homenajes de una multitud de gente; eso no aumentaba de ningún modo la buena opinión que él tenía sobre la multitud, y además, comprendía que se arraigaba en él un amargo desprecio por las altas esferas que las gobernaban. En su interior, el hombre acostumbrado a luchar y el ser humanitario se estremecían de disgusto.

La felicidad era como una ruta del mar Muerto que, apenas abierta, se convierte en cenizas en la boca. Así pensaba Hornblower, generalizando sin discernimiento, fiándose de su propia experiencia. La esperanza y no la posesión era lo que daba la felicidad, y ahora que había hecho este descubrimiento, su escepticismo le impedía incluso disfrutar de la dicha de la espera. Sospechaba de todo y de todos. Una libertad que no pudo conseguir sino a costa de la muerte de su mujer era una libertad que no valía la pena disfrutar. Los honores concedidos por aquellos a quienes no les costaba nada otorgarlos no podían llamarse honores. Lo que la vida daba con una mano, lo quitaba con la otra. La carrera política con la que tanto había soñado se le abriría ahora, sobre todo gracias a la influencia de los Wellesley, y, sin embargo, ya veía con aterradora claridad cuánto llegaría a odiar aquella carrera. Por unos instantes había sido feliz con su hijo, y con gran cinismo se preguntaba si aquella felicidad podría durar treinta años.

Sus ojos se volvieron a encontrar con los de Bárbara y supo que, si él quisiera, ella sería suya. Para aquellos que nada sabían ni nada comprendían y creían que su vida era una novela romántica, cuando en realidad era de lo más prosaico que darse pueda, sería un final de novela. Bárbara le sonreía y Hornblower se dio cuenta de que le temblaban los labios al sonreír.

Entonces recordó las palabras de Marie cuando le dijo que él era uno de esos hombres de los que las mujeres se enamoran fácilmente. Y se sintió violento por haber pensado en ella.



C. S. FORESTER (El Cairo, 1899 - Fullerton, California, 1966). Escritor inglés cuyo nombre completo era Cecil Scott Forester. Pese a esto, su verdadero nombre era otro, Cecil Louis Troughton Smith, y lo de Forester era todo un alias. Nació en El Cairo, Egipto donde su padre se encontraba destinado como funcionario del Gobierno británico, cursó estudios de Medicina que dejó inacabados.

Su primera novela *Payment Deferred* (1926), fue llevada al cine, al igual que varios de sus principales títulos posteriores, tales como *Orgullo y pasión* (1933) y *La Reina de África* (1935), clásico de la novela de aventuras contemporánea y estupendo temple narrativo que narra la peripecia de una vieja lancha a través de los rápidos de un río africano, cuando en Europa ha estallado una contienda remota cuya resonancia hermanará, extraña y conmovedoramente, los destinos de dos seres dispares en apariencia y secretamente fraternos y complementarios en lo esencial. Pero C. S. Forester es principalmente conocido por su saga protagonizada por el capitán Horatio Hornblower (1937-1957), un ciclo narrativo escrito a partir del epistolario que se conserva en el National Maritime Museum.

C. S. Forester, cuyas novelas emanaban brío, emotividad y tierna ironía, formó junto a Patrick O'Brian y Alexander Kent, el grupo de autores más reconocido de novela histórica marinera.

Notas

[1] *El guardiamarina Hornblower.* <<

[2] *Hornblower contra el «Natividad»*. <<